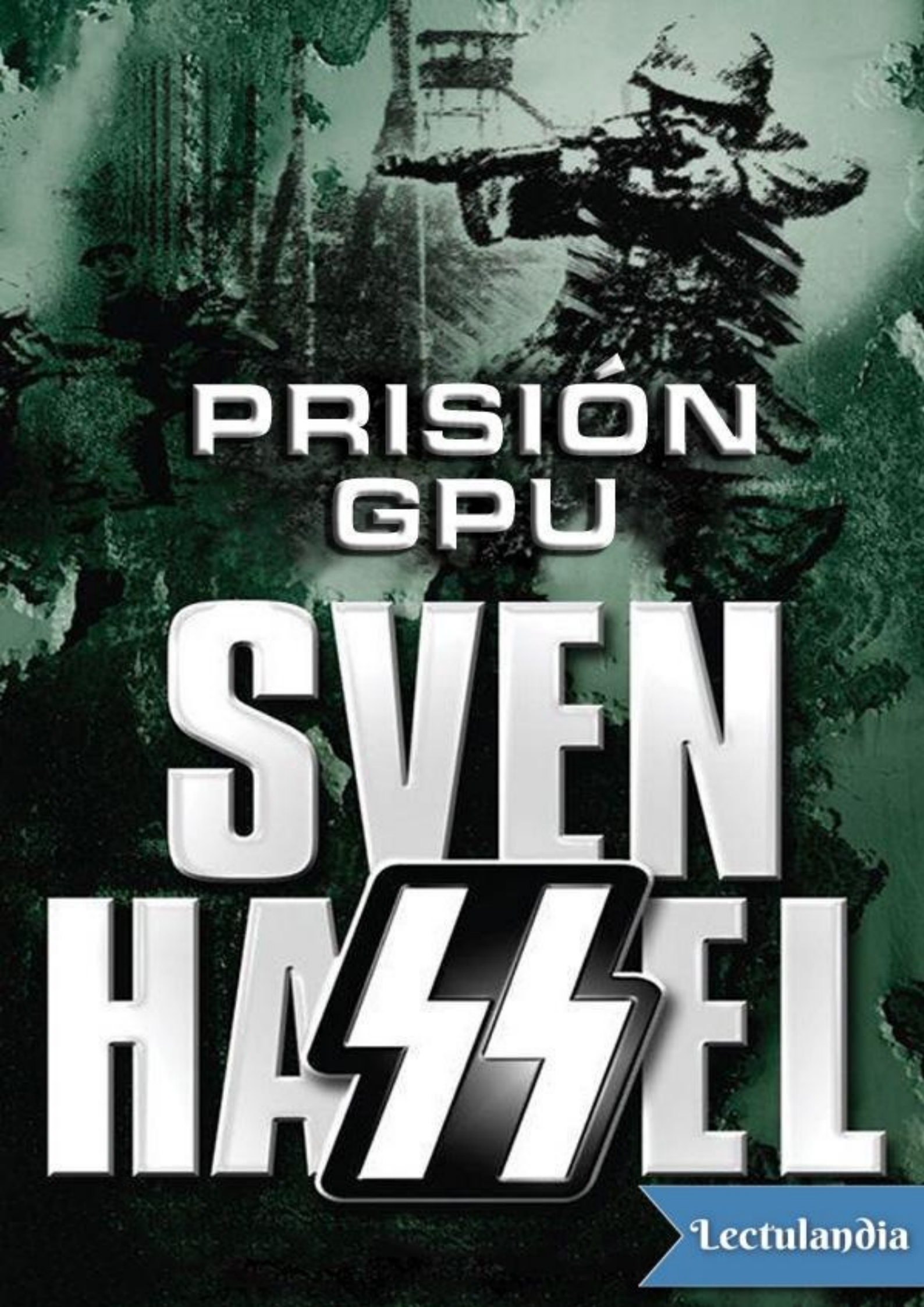




PRISIÓN
GPU

SVEN
HAFEL

Lectulandia

En esta ocasión nuestro autor, que sigue en el Frente del Este, junto con sus compañeros de aventuras llegan a una prisión soviética, liberando a los prisioneros, narrándoles estas las penurias y el trato recibido. El más extraño personaje de todos es sin duda alguna, el Stabsgefreiter Albert Mumbuto, por ser de raza negra. Antes que comenzara la Segunda Guerra Mundial en Alemania había unos 200 mil negros procedentes de las excolonias alemanas en África, las cuales les fueron quitadas a Alemania por el Tratado de Versalles. Algunos otros habitantes de raza negra procedían del Sarre, descendientes de miembros de la Legión Extranjera que vivieron en esa zona francesa que luego volvió a ser parte del territorio alemán.

Sven Hassel

Prisión GPU

Biblioteca Sven Hassel: 13

ePub r1.0

Titivillus 05.06.2020

Título original: *GPU-Fængslet*
Sven Hassel, 1981
Traducción: J. Ferrer Aleu

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

CARRERA DE OBSTÁCULOS HACIA LA POSESIÓN DE LA
GUARNICIÓN

ATAQUE DE INFANTERÍA

EL COORDINADOR DE FUEGO

PRISIÓN GPU

DESECHOS DE GUERRA

OCHENTA POR CIENTO

EL COMBATE DE BOXEO

LOS TIGRES

Notas

A mi amigo el poeta español Joaquín Buxó Montesinos

Lo único que teme nuestro Führer es la paz, pero no debes preocuparte por esto. Nuestros enemigos no soñarían siquiera en hacer la paz con él.

Porta en una conversación con *Hermanito* al cruzar el Dniéper en Junio de 1942.

Nuestra risa era dichosa cuando la muerte
se volvía absurda y la vida todavía más.

WILFRED OWEN

—Aprés moi, le déluge —explica el capellán castrense, mirando con ojos saltones al Oberst, el cual lo observa fríamente desde la silla de su caballo—. Mi mamaíta me dejó cuando yo era pequeñín —solloza, compadeciéndose.

—Está borracho —dice el Oberst, golpeando con la fusta sus botas de montar.

—Se equivoca de medio a medio, Oberst amigo —hipa el capellán, soltando una larga risotada que retumba en el silencio mañanero de las calles—. Míreme mejor, Oberst amigo, y verá que estoy completamente sereno. Ni siquiera su caballo advertiría nada si le echo el aliento a la cara.

Con ayuda del poste de un farol, realiza la difícil tarea de ponerse en pie y saludar.

—Oberst, señor, no quiero engañarle —dice con solemne sinceridad—. Estoy borracho. ¡Borracho como una cuba! —Se impone diez padrenuestros y quince avemarías de penitencia, pero pierde la cuenta y dice—: ¡Dios mío, señor! ¿Puedo hablar, señor? ¡Soy capellán del Tercer Cuerpo de Ejército, señor! —Se abraza al cuello del caballo y pide al Oberst que le arreste, le cargue de cadenas y le lleve a la cárcel—. Pero, por favor —suplica, sonriendo taimadamente—, por favor, que sea la cárcel Alt Moabitt. ¡Hoy tienen alubias para comer! Acompáñeme, Herr Oberst, señor, y lo verá. ¡Son las mejores alubias que habrá catado en su vida!

CARRERA DE OBSTÁCULOS HACIA LA POSESIÓN DE LA GUARNICIÓN

Gregor Martin jura durante largo rato sin repetirse.

—Servicio de *escolta* —gruñe—. Por todos los diablos del infierno, ¿por qué hemos de ser siempre *nosotros*? ¿Por qué no les meten simplemente en un tranvía o algo por el estilo? ¡Toda esa mierda con grilletes y esposas y la carga de la vida! ¡Como si estuviesen lo bastante chalados para tratar de escapar!

—No entiendes nada —dice Porta, sonriendo satisfecho—. El HDV^[1] dispone que los prisioneros tienen que ser llevados a la cárcel encadenados y bajo escolta armada. El Ejército se toma estas cosas muy en serio. ¡Mándalos en el *tranvía*, y espéralos a la vuelta de la esquina!

—Cierra el pico —gruñe, malhumorado, Gregor—. Si empiezas otro de tus cuentos y se trata de algún prisionero, te pego un tiro, ¡palabra!

—Mis cuentos no son cosa de broma —se lamenta Porta—. Puedes aprender mucho de ellos. Una vez escoltábamos a unos prisioneros desde Altona hasta Fuhlsbüttel, y cuando llegamos a Gänsemarkt, todos convinimos en tomar un tranvía. Pero el jefe de la escolta, *Oberfeldwebel* Schramm, andaba mal de la vista y tenía que llevar gafas oscuras. Le dijimos que estábamos subiendo a un número 9, cuando debíamos tomar el 6, pero él nos dijo que cerrásemos el pico, como has hecho tú ahora. ¡No quería confesar que sus gafas le gastaban malas pasadas casi siempre!

»«Tú mandas, Schramm», pensamos, y tomamos el número 9, que termina en Landungsbrücke.

—Bueno, ya basta —grita, enfurruñado, Gregor—. Todos sabemos cómo va a terminar.

—No sabéis nada —sonríe Porta, condescendiente—. Tres días más tarde, nos topamos con *Marabú*^[2] en Fuhlsbüttel, pero antes de esto el *Oberfeldwebel* Schramm se había vuelto majareta y habíamos tenido que llevarle a Giessen^[3]. Después de todo esto, la escolta fue arrestada y el

comandante tuvo que designar una nueva escolta. *Esta* fue puesta bajo el mando del *Feldwebel* Schluckemeyer, que andaba mal del oído...

—Si vas a decirnos que también perdió la chaveta —grita Gregor—, ¡alguien lo pasará mal!

—¡Oh, *nooo!* —dice Porta, con aire ofendido—. Yo me atengo siempre a los hechos. El *Feldwebel* Schluckemeyer no se volvió loco. Se *pegó* un tiro antes de que llegásemos a Fuhlsbüttel, y esto nos creó bastantes dificultades, porque, como comprenderéis, no podíamos presentarnos en el internado sin un jefe de escolta...

Gregor saca su «P-38» de la funda de cuero.

—Una palabra más, ¡y te lleno de agujeros!

—Hágase tu voluntad —suspira Porta, encogiéndose de hombros—. Pero un día te arrepentirás de no haber aprovechado mi caudal de experiencia. Yo soy experto en escoltas, lo mires como lo mires.

—¡Mierda! —dice Gregor, irritado, metiendo de nuevo la pistola en la funda.

Porta, que conoce Berlín como el forro de su bolsillo, toma la delantera, pero cuando cruzamos Neuer Markt y entramos en la Bischofstrasse, uno de los presos, el *Gefreiter* de Infantería Kain, observa que hemos errado el camino.

—¿Qué diablos sabes *tú* de esto? —farfulla furiosamente Porta—. Puedo tomar un atajo, ¿no?

¡Y un cuerno! —dice tercamente Kain—. Yo nací en esta ciudad y la conozco como la palma de mi mano. Baja por ahí y saldrás directo a Alexander Platz.

—¡No querrás *dar*me lecciones, carne de presidio! Yo sé lo que hago —dice Porta.

—Los presos solo hablan cuando se les habla —ruge *Hermanito* desde detrás del pelotón.

—Si vamos al internado —interviene un *Wechtmeister* de Artillería—, hemos *errado* el camino.

—Palabras, palabras, palabras —canturrea Porta, en tono de superioridad—. Parecéis una bandada de loros parlanchines en una tienda de pájaros. Déjate llevar por el espíritu navideño, Gregor, y libera a los esclavos de sus cadenas. Voy a darles un descanso en «El Perro Avieso», al otro lado de «Alex».

»Siempre hay algo interesante en «El Perro Avieso» —explica Porta, con alegre sonrisa de truhán, cuando hacemos alto ante la puerta de «El Perro».

»El miércoles pasado, un tipo corrió tras otro y le metió una bala en el culo por tratar de estafarle en el juego. Anoche, un encuentro entre ferroviarios y tranviarios terminó con uno de ellos enfermando de fiebre crónica, y *todas* las noches hay alguien que sale a la calle por la ventana.

—¿Te metiste en política? —pregunta *Hermanito* con aire interesante soltando las esposas a un *Gefreiter* de Ingenieros.

—Y que lo *digas* —responde flemáticamente el ingeniero—. Según las pruebas, debí de ser al menos ministro de un gobierno.

—¿Frente Rojo y toda esa basura? —preguntó *Hermanito*, con una sonrisa picara.

—Peor —declara el ingeniero, con semblante hosco—. Me engatusaron en «La Rana». Los perros de presa^[4] rondaban por allí como una bandada de patos en busca de un mendrugo, y a mí se me ocurrió decir que Adolfo no era más que un embustero de Brunau que nos habían enviado los austríacos por pura malicia.

—Solo tenías una oportunidad —le explica el omnisciente *Hermanito*—. Cuando te llevaron ante el tribunal, tenías que levantar el brazo, hacer chocar los tacones y gritar «Heil Hitler!». Y hacer lo mismo cuando te hiciesen cualquier maldita pregunta. *Entonces* te habrían enviado a reconocimiento. Y tú otra vez el brazo en alto y haciendo las mismas declaraciones. Te habrían pedido que hicieses alguna cosa calmante, como introducir trocitos de madera en agujeros, o juntar palabras, o algo así. ¿Y qué habrías hecho tú? Gritar: «*Führer, befehl, wir folgen!*». Y habrías seguido con esto aunque te hubiesen metido de por vida en una celda en solitario. Al cabo de un tiempo, habrían descubierto que no podían castigarte y te habrían metido de por vida en la casa de locos. ¡*Allí* se está seguro! Solo hay que sentarse tranquilamente y esperar a que Alemania se libre de la peste. Cuando *esto* ocurra, soltarán a los de dentro y meterán en la jaula a Adolfo y a *sus* colegas. En la nueva Alemania, quizá te habrían hecho comandante, como mínimo.

—Este sitio huele mal, ¿no? —protesta un *Wachtmeister* de Artillería, en tono pesimista, mientras se sientan en la cervecería apestosa y llena de humo.

El dueño, un hombre bajito, con un gran sombrero hongo negro, recibe a Porta con una amplia sonrisa. La primera ronda es por cuenta de la casa.

—¿Alguno de vosotros va destinado al matadero? —pregunta Porta, después de la segunda ronda—. Si es así, no os pongáis nerviosos. Todo se ha acabado antes de que uno tenga tiempo de pensarlo. Conozco al tipo que lo hace, y *sabe* lo que se trae entre manos. Solo la pifió un par de veces, y una de

ellas no fue por su culpa. El hombre le puso nervioso al echarse a llorar y decir que era inocente. ¡Y lo *era*!

—No creo que sean tan crueles —dice un *Feldwebel* de Infantería, metiendo baza en la cuestión—. Los alemanes somos seres humanos.

—Díselo a los chicos de Germersheim^[5] —dice irónicamente Porta.

—Quizá no te lo creas —dice el *Feldwebel*—, pero yo soy realmente inocente.

—Claro que lo eres —dice Porta, asintiendo con la cabeza—. *Todos* somos inocentes. Desgraciadamente, muchas veces es más peligroso ser inocente que culpable. —Se inclina sobre la mesa y prosigue, en tono confidencial—: Una vez conocí a un tal *Herr* Ludwig Gansenheim, de Soltau. Era un hombre muy *precavido*. Tan precavido que incluso andaba por la calle con los ojos cerrados, para no ver lo que no debía ser visto. Cuando una conversación tomaba un rumbo peligroso, se metía los dedos en los oídos. Y se habría metido también los de los pies, si hubiese habido sitio para ellos. Bueno, un día se vio mezclado en una marcha de la KDF^[6], donde todo el mundo vociferaba *Heil Deutschland, Heil unser Führer!* Cuando llegaron a Leipziger Strasse y dieron la vuelta al edificio de los tranviarios, nuestro neutral amigo *Herr* Ludwig Gansenheim, había recibido tal lavado de cerebro que se imaginó ser un fiel seguidor del *Führer*, aun sin proponérselo. Cuando la alegre multitud tronó sobre el puente del Spree, estaba tan desquiciado que empezó a gritar: «¡Muerte y gas para todos los judíos y comunistas!». Su exaltación era tal que ni siquiera se dio cuenta de que caía al suelo, donde fue pisoteado por toda aquella muchedumbre. Ellos corrieron hacia la Cancillería para poder ver un momento a Adolfo, y, mientras lo hacían, una patrulla Schupo^[7] barrió los restos de *Herr* Ludwig y de otros diez pobres inocentes como él. Y lo mandaron al depósito de cadáveres, donde tal vez alguien podría identificarlos en definitiva.

—La guerra es terrible —dice el *Feldwebel* de Infantería, torciendo hacia abajo las comisuras de los labios hasta casi meterlas debajo del mentón.

—Toda clase de gente muere de algún modo, tanto si son culpables como si son inocentes.

—Sí, sí —prosigue Porta, entusiasmado—. ¡En tiempo de guerra no hay que preocuparse! A algunos les hacen trizas en el frente, y otros pierden la vida en Plötzensee. Más pronto o más tarde, todos la diñamos, para que nuestros descendientes vean que *hicimos algo* durante la guerra y no nos limitamos a correr en círculos, como una bandada de gallinas perseguidas por una zorra que les da dentelladas en el culo. Las Guerras Mundiales tienen que

terminar en un baño de sangre y de mierda, para obtener una buena mención en los libros de Historia. No penséis que Adolfo aceptaría una guerra que pasara inadvertida. ¡Solo los dictadores y los generales *malvados* son recordados para siempre!

La lluvia se ha convertido en nevisca cuando los presos y sus guardianes salen de «El Perro». En la hostería de las Juventudes Hitlerianas de Prenzlauer Strasse, están arriando la bandera. Doblamos la esquina y bajamos por Dircksen Strasse.

—*Mierda* —gruñe Gregor, enjugándose la cara—. Ya me estoy cansando de esta maldita guerra. Siempre yendo de un lado a otro y esperando que te den una bomba en el coco.

De una puerta elevada unos pocos escalones sobre el nivel de la calle, sale volando un hombre que rueda por la calle como una rueda viva y se estrella contra la pared de la casa de enfrente. Su abrigo y su sombrero salen volando detrás de él y, después de una pausa, un paraguas.

Porta ríe, ilusionado.

—¡Hemos llegado, caballeros! *Esto* es «La Rana Coja», y parece que el ambiente está animado. Ahora mostraos amables y tranquilos —sigue diciendo, en tono paternal—, porque este es un lugar decente, con un piano y un juego de tambores, y aquí vienen las viudas de guerra a consolarse de sus irreparables pérdidas.

—He estado aquí otras veces —declara *Hermanito*, brillándole los ojos—. ¡Se puede hacer cada ligue! Pero falta espacio. Ni siquiera se puede ir a mear. ¡Tienes que enviar solo al pajarito!

—¿Qué haremos si aparecen los perros guardianes? —pregunta nerviosamente Gregor, dejando su «Mpi» sobre un estante debajo del mostrador.

—No hay problema —ríe despreocupadamente Porta—. Tanto los perros de presa como los *Schupo* llaman siempre antes de registrar este lugar.

El dueño, que tiene las dos piernas de palo, abraza calurosamente a Porta y le pregunta adónde va.

—Llevo a cuatro pobres bastardos a que los cuelguen —responde Porta.

—¡*Caray!* —dice el dueño—. La primera ronda invita la casa. Cerveza y aguardiente.

Después de las primeras cuatro rondas de cerveza y aguardiente, Porta empieza a contar anécdotas disolventes.

—Cuando los Tommys se apoderen de *él*, le estirarán *de veras* su cuello austríaco —dice en tono confidencial un tranviario que sale al amanecer con

un transporte de tropas.

—Pero largaré un discurso antes de que se abra el maldito suelo bajo sus pies —dice *Hermanito*, riendo desaforadamente y descargando un puñetazo que hace bailar todos los vasos.

Un *Schupo* medio vestido de paisano ríe con tanta fuerza que se atraganta con el cigarro.

El dueño le golpea la espalda con su tercera pata de palo que guarda en reserva detrás de la barra.

El hombre regurgita el cigarro que, para asombro nuestro, sigue encendido.

Dos mujeres, vestidas de negro, blanco y rojo, sentadas debajo de un retrato de Hitler, empiezan a cantar:

*Una vez maté a un guripa,
Para su mujer fue una chiripa...*

Un grupo de heridos, sentados a la larga mesa, manosean las piernas de las chicas.

Sofía estaba borracha como una cuba...

canta Porta con voz de barítono que ha bebido demasiada cerveza. Un oficial de Sanidad, medio dormido junto a la estufa, abre un ojo con aire conspirador y recorre la estancia con la mirada.

—¡Maulas! Sois todos unos maulas. ¿Qué os importa la patria? —vocifera, arrebatado—. ¡Yo os ajustaré las cuentas! KV^[8] todos, ¡y al frente!

Lanza un profundo suspiro, se derrumba sobre la mesa y vuelve a dormir.

—¡Borracho! ¡Borracho como un odre! —dice el dueño, meneando la cabeza con desaprobación—. Busca el ascenso declarando a todos KV. Y le dieron una medalla por ello, vaya que sí. La semana pasada declaró KV a un infeliz que solo tenía una pierna. Y le enviaron a primera línea con la pata de palo bajo el brazo, hasta que le dieron por GVH^[9] y lo devolvieron al cuartel. Ahora está en la Escuela de Hauptfeldwebel, esperando a que llegue el momento de ajustarle las cuentas al maldito matasanos militar.

—Cinco por diez minutos y veinticinco por toda la noche —ofrecen las mujeres de rojo, blanco y negro.

—Pero solo si lleváis gomita, compañeros —ríe la más pequeña de las dos, señalando sugestivamente debajo del vestido.

—Más tarde, más tarde —las despide Porta—. Cantad primero aquella de los niños huérfanos.

—No, la de la muerte que se aparece después de medianoche —hipa *Hermanito*, riendo como un loco—. Ahora vamos a chirona con cuatro candidatos a la horca —confía a las patrióticas damas.

—Parecen muy simpáticos —ríe la más alta y delgada.

—Y lo son —dice *Hermanito*, haciendo un guiño—. Serán cuatro fiambres adorables.

—¿Qué han hecho? —pregunta con curiosidad una voz desde la mesa larga.

—Poca cosa —sonríe Porta—. El de a pie degolló a sus gemelos recién nacidos. El artillero mató a golpes a su mujer con no sé qué pieza de un cañón, el gordo, que es carnicero en su vida civil, hizo morcillas con la carne de dos putas.

—¡Ya basta! —grita indignado el *Wachtmeister*—. No somos asesinos. ¡Somos políticos!

De pronto, todo el mundo quiere invitar a una ronda.

—Todo sea por la patria —canturrea Porta, sobre las cabezas de los parroquianos, que exudan un ambiente de cerveza y de amor callejero.

—Después de nosotros el maldito diluvio —anuncia excitadamente *Hermanito*, bebiéndose la cerveza de un parroquiano que se ha dormido.

—Nuestros malvados enemigos hacen que nos meemos en los calzones —hipa Gregor, tambaleándose amenazadoramente.

En la mesa larga, los convalecientes y sus damas empiezan a cantar:

Alemania, antigua casa,

Tu ensangrentada bandera está hecha trizas...

—Como servidor del Estado, no puedo seguir escuchando estas cosas —protesta un hombre alto y delgado que lleva una chaqueta de cuero negro y parece un águila fuertemente acatarrada.

—Entonces siéntate en el rincón y métete los dedos en los oídos —le aconseja Porta—. Lo que no se oye no duele.

—Vayamos de una vez al maldito invernadero —suplicó el *Wachtmeister* de Artillería, muy compungido—. ¡Todo esto es una locura! Como prisionero militar, protesto enérgicamente.

—Los piojos deben de hacerte cosquillas en el hígado —gruñe *Hermanito*—. ¿Qué diablos tiene que ver esto contigo, al fin y al cabo? Ahora no eres soldado en activo. Diviértete un poco. Es tu última oportunidad antes del Consejo de Guerra. Después de *este*, te reirás mucho menos. ¡*Entonces* quizá te darás cuenta de que las Guerras Mundiales no son cosa de broma!

El *Gefreiter* de Infantería está borracho y baila un tango ondulatorio con la patriótica ramera bajita. Ella le agarra con fuerza para que no se caiga.

—Conozco a un imbécil al que van a cortar el coco —le confía él, con una risita de calavera.

—Los buenos son *siempre* los primeros en marcharse —le consuela ella, acompañando sus palabras con un fuerte eructo.

—Ayer un sucio bastardo me dio unas tarjetas de racionamiento falsas por toda una noche —se lamenta una chica.

—Entonces no pudiste dejarlo satisfecho, ¿eh? —dice un *Feldwebel* manco.

—¿No tiene miedo de que se escapen? —pregunta un paisano, que huele a policía.

—No se atreven —dice Porta, con un guiño—. Les fusilarían por desertar, además del motivo que tengan para hacerlo ahora, y esto es suficiente para convencer al más cabezota del mundo.

—Debe usted saber, como suboficial que es, que está severamente prohibido llevar a los presos a establecimientos públicos. —El policía de paisano se vuelve a Gregor—. Le recuerdo la pagina 176 del reglamento de escoltas militares. El prisionero debe ser llevado directamente a su lugar de encierro, donde quedará incomunicado. Bajo ninguna circunstancia se le permitirá establecer contacto con otras personas. Si la comunicación con él se hace necesaria, se limitará al menor número posible de palabras.

—Has dado en el clavo, amigo —farfulla tontamente *Hermanito*—. Los prisioneros deben ser tratados como niños pequeños, vaya que sí. No deben ser contaminados por los borrachos ni por las putas. Y cualquiera que *hable* con ellos debe ser encadenado y llevado inmediatamente a presencia del juez.

—¿Cincuenta por un pinchazo? —murmura un hombrecillo andrajoso—. De primera calidad, palabra —susurra, y le da un codazo de complicidad a Porta—. Éter y bencina. Dentro de tres días, toda China tendrá la peste negra. Si tú eres el único soldado alemán vivo, a ninguno de ellos le importará un pepino.

—Demasiado pronto, hijito, demasiado pronto —dijo Porta, sin interés—. Yo soy uno de los pocos afortunados que todavía disfruta con una buena

guerra.

Poco después, el extraño hombrecillo desaparece en el lavabo con su jeringuilla hipodérmica y cuatro infantes cansados de la guerra. Cuando vuelven, exudan un nuevo optimismo.

Aumenta el ruido en el bar. Dos de los prisioneros se han echado a dormir en la cesta del perro junto a la estufa. Lo cual no satisface al perro. Gruñe, enseña los dientes y les mordisquea. Pero todo es inútil. Resueltamente, levanta una pata de atrás y se mea en sus caras.

—Un par de cuartillos de agua al día es *bueno* para la salud, farfulla el adormilado *Gefreiter* de Infantería.

—Masca la comida veintisiete veces antes de tragarla, —dice con voz lamentosa al *Gefreiter*, moviendo las mandíbulas como una vaca que rumia en un establo caliente.

—¡Llebadme a la cárcel! —exige severamente el *Wachtmeister*—. Tengo *derecho* a ser llevado directamente a la cárcel. Soy un maldito prisionero y tengo más derechos que cualquier maldito soldado del Ejército. No solo tenéis que cuidar de que no me escape, sino también de que no sufra ningún daño. Es un asunto muy serio, ¡de *veras*! —Señala con un dedo acusador a los dos prisioneros en la cesta del perro—. A los jueces no va a gustarles *eso*, ¿sabéis? Unos prisioneros borrachos como cubas.

—Tengo hambre —declara Porta, soltando un regüeldo—. ¿Qué os parece una ración de «mierda en una teja» para calmar el dolor de tripas? ¡Ocho «mierdas en tejas»! —grita por la ventanilla de la cocina.

Muy pronto salen ocho platos humeantes de salpicón de la cocina.

La triste luz gris de la mañana de noviembre empieza a despuntar, y Gregor piensa que ya es hora de reanudar el servicio y empezar a buscar el camino de la cárcel.

—¡Tal vez se ha ido! —babosea el ingeniero en la cesta del perro.

—¿Lo crees de veras? —pregunta el *Gefreiter* de Infantería, con una expresión de esperanza en el semblante.

Diríase un hombre muerto de hambre que acaba de encontrar una mochila llena.

—No les va a gustar si llegamos en mitad del desayuno —murmura lúgubrementemente *Hermanito*.

—*Tienes* razón —confiesa Porta, pensativo—. Sobre todo con estos chicos de la cesta del perro apestando a cerveza y a aguardiente.

—Entonces, ¿qué *hacemos*? —suspira Gregor, indeciso, sintiéndose de pronto bastante solo.

—Bombardear Inglaterra hasta hacerla añicos —declara un aviador borracho, descargando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Solo quedará un gran agujero en el mar!

—¡Que Dios nos asista! —grita Gregor, eructando a causa del salpicón—. Nunca debimos *tener* una cochina fuerza aérea.

—Es lo que yo digo —grita el *Gefreiter* de Infantería desde la cesta del perro—. Valientes infantes y una Artillería que sepa apuntar bien. Una lluvia de bombas sobre ellos, ¡y arriba que vamos!

—Sí, y perdimos un *montón* de guerras de *esta* manera —suspira cansadamente Porta—. Los soldados de a pie caminaron directamente hacia el infierno. Y cuando llegó el día de la victoria no quedaba de ellos más que el agujero de sus culos. Y todos los brillantes cañones «Krupp» estaban tan gastados que disparaban hacia atrás y sembraban el campo de artilleros.

—Si no venís *ahora mismo* —grita Gregor, enfadado y levantándose de un salto como un perrito envenenado—, me largo. Que me aspen si no lo hago.

—¡Huy! ¡Huy! —aúlla *Hermanito*—. Mandón como un prusiano sin nadie a quien dar órdenes, eso es lo que *eres*. Escucha, Gregor. *Tú* eres de la *escolta*. Y si te presentases solo, ¿cómo *podrías* ser de la escolta? Te formarían Consejo de Guerra. Cuenta con ello. El jefe de una escolta, sin escolta y sin prisioneros... Un asunto muy grave, gravísimo, ¡*palabra!*

—¡Oh! Le darían de patadas en el culo hasta llegar al cogote, vaya que sí. Tendría que ponerse cabeza abajo para cagar —confirma Porta, rascándose una oreja—. Basta con echar un vistazo al Reglamento para ver que el servicio de escolta no es nada de broma.

—Lo que es la Biblia para el Papa y el Corán para los musulmanes, es el maldito Reglamento para el Ejército alemán —grita solemnemente *Hermanito*—. Si Job, el hijo de Moisés, hubiese tenido un Reglamento Militar al que echar una ojeada, no habría sido nunca capaz de cruzar el asqueroso Rin y seguir andando por la mojada jungla alemana, haciendo que todos se ahogasen en pagana chucrut.

Hermanito ha soltado una de sus extrañas mezclas de Biblia e Historia.

—Díganme, caballeros. Díganme, por favor. ¿Dónde estoy? —pregunta de pronto el médico militar, que se pone en pie con gran dificultad, flaqueándole las piernas.

—Doctor, señor. ¡Está usted entre amigos! —le tranquiliza Porta, haciendo chocar los tacones—. Usted, señor, está en «La Rana», señor.

—Mátame, camarada —ordena el médico militar, con una expresión muy germana en el semblante—. Soy una rata alcohólica. Mátame —repite, abriéndose la guerrera y dejando el pecho al descubierto.

—Si usted lo manda, señor —responde Porta, obediente, apoyando con dificultad la culata del rifle en el hombro. Se tambalea peligrosamente, apuntando a todas partes—. Estése quieto, doctor, para que pueda matarle según me ha ordenado —grita, entre aquella barahúnda.

—¡Fuego! —ordena *Hermanito* con voz estentórea.

Un estampido ensordecedor retumba en el aire, y una blanca polvareda cae del techo. La bala rebota por todo el salón y va a caer en una jarra de cerveza, vertiendo parte de su contenido.

—Me ha matado, me estoy desangrando —gime desesperadamente el médico militar, mientras la cerveza empapa su ropa. Se esconde debajo de la mesa dando alaridos, y, al dar de cabeza contra uno de los travesaños, se da cuenta de que no está muerto. Se pone dificultosamente en pie, se planta delante del espejo y apunta a su imagen con un dedo—. ¡Ah, estás *ahí*! —dice, taimadamente—. Pensabas que podías engañarme, ¿eh? Yo veo *a través* de ti, porque soy tu médico. Los enfermos simulados no pueden conmigo. Apto para todo servicio ¡y al frente! ¡Dame una *patada*! —ordena, en tono autoritario.

—¡Orden cumplida, señor! —grita *Hermanito*, enviando al oficial de Sanidad al otro lado del salón de una patada bien dirigida.

—¡Han llegado los rusos! —chilla una mujer menuda y que parece excepcionalmente patriótica, saltando sobre la espalda del dormido *Schupo*.

Le muerde salvajemente el cuello y tira de sus orejas con ambas manos.

El ferroviario, que estaba tumbado sobre la mesa roncando como una sierra mecánica disparada, se despierta de pronto al oír los gritos del *Schupo*.

—*Zurücktreten. Zug fährt ab!* —vocifera, sentándose a horcajadas en la silla, con cara de ferroviario.

Silbando y resoplando como una máquina de vapor, empieza a saltar alrededor del salón sobre su silla.

—*Seguro* que van a poner a ese bastardo de patitas en la calle —profetiza el *Wachtmeister*, observando con torvo semblante al ferroviario que sigue silbando y bufando.

—*Todos terminaremos allí, más pronto o más tarde* —dice lúgubrementemente Gregor.

—*Verweile Augenblick, du bist so schön* —dice solemnemente Porta, citando a Goethe.

El ferroviario atropella al médico militar. Se arrastra a lo largo de la pared y se pone en pie delante de *Hermanito*.

—¡Te he encontrado, hijo mío! ¡Te he *encontrado*! —babea como un idiota—. ¿Cómo está nuestro amado papaíto? ¿Apto para todo servicio?

—En realidad, no —responde *Hermanito*—. Le cortaron la cabeza en Fuhlsbüttel, ¡la mañana de Año Nuevo de 1938!

—Los caminos del Señor son misteriosos —solloza el médico militar, y se santigua—. Con cabeza o sin cabeza, ¿qué más da? Yo digo que es apto para el servicio. A fin de cuentas, ¿de qué le sirve la cabeza a un soldado alemán? En el momento en que entra en el cuartel le dicen que deje de pensar. Los caballos lo harán por él. Por eso les dio Dios unas cabezas tan grandes. Pero ¿qué estoy haciendo yo en «La Rana»?

—Voy a responderle porque usted lo ordena, doctor, señor —dice, hipando, Porta—. Se está poniendo como una cuba y diciendo a todos los parroquianos presentes que son aptos, ¡aptos para todo servicio!

—Imposible —protesta el médico, en un destello de sensatez—. No estoy de servicio, y cuando no estoy de servicio no puedo declarar a nadie apto para el servicio. Debe denunciarme. Solicito un Consejo de Guerra. Ahora voy a derrumbarme —chilla con voz estridente, y cae como un saco sobre la mesa del dueño—. A *ti* te estaba buscando. Mañana te extirparemos los pulmones. Los inútiles para el servicio no necesitan pulmones. ¡*Tú* has sido *arruinado* por tu ambiente!

—¡Que te den por el culo! —grita el dueño, empujándole fuera de la mesa.

—¡Jesús, María y José! —exclama Porta—. ¡Lo que se permite un cagón así! ¿Qué hacemos con él?

—Cortarle el gaznate —sugiere el dueño, rezumando humanitaria cortesía.

—¡Ya *basta*! —grita de pronto Gregor, apretándose el cinturón—. ¡*Arriba*, hatajo de borrachos! ¡En pie! Tratad de escapar, y emplearemos las armas.

Amartilla ruidosamente su «P-38». Súbitamente, se extingue su energía y pide otra cerveza.

—No me dejéis, muchachos —suplica el médico militar, mirando la falda de la alta dama patriótica—. ¡Arrestadme! ¡Llevadme al patíbulo! ¡La cabeza me pesa demasiado!

—Esto parece más prometedor —suspira tristemente el dueño—. Hacednos un favor a todos, ¡y lleváoslo!

—¿Por qué no? —conviene Gregor—. ¡Vamos a encadenarlo con los otros cuatro delincuentes!

—¿Qué, qué, qué? —protesta Porta. No puedes hacer *eso*. Somos ocho guardianes y cuatro prisioneros, tal como dice el Reglamento. Si nos llevamos a ese bastardo, *tendrás* que buscar otros dos guardianes. En otro caso, te formarán Consejo de Guerra por infracción del Reglamento. ¡Adónde iríamos a *parar*, si *cualquiera* pudiese hacer prisioneros extraordinarios durante el trayecto! Al poco rato, pareceríamos una peregrinación o una procesión o algo por el estilo.

—Iré yo como guardia adicional —dice un *Jäger* que más bien parece una cabra mojada—. Mi licencia terminó hace dos días y no me vendría mal una excusa por el retraso.

—¿Llevas un arma? —pregunta Gregor, yendo a lo práctico.

—¡Aquí está! —fanfarronea el *Jäger*, sacando una carabina de debajo del mostrador—. Y también tengo municiones. Me dirijo al frente del Cáucaso.

—Espera un momento —dice Porta—. Necesitamos otro.

—¡Aquí está! —zumba una voz en la puerta, la voz de una figura de ébano con uniforme de panzer.

—¿Es que se ha rendido África? —pregunta asombrado Porta—. ¿De dónde diablos vienes?

Unos dientes blancos brillan en la cara negra.

—Soy alemán. *Stabsgefreiter* Albert Mumbuto *11 Panzerersatz-Abteilung*. Mi padre fue corneta del *2º Leibhusaren-Regiment*. Le ha dado la mano al Príncipe Heredero y ha visto al Kaiser. Yo he sido trasladado al *27º Panzer-Regiment*, *z.b.V.*

—Somos *nosotros* —sonríe satisfecho Porta—. ¡Mi más cordial bienvenida, negro! *Ahora* sé lo que he de hacer. ¡Arresta al doctor!

—Ven aquí, malvado hijo de perra —grita *Hermanito*, poniendo las esposas al médico, con un aire netamente americano—. Quedas arrestado, *amigo*; por consiguiente, ¡no *me* llames amigo de ahora en adelante!

—¡Bienaventurados serán los últimos! —canturrea el médico militar, aplaudiendo con las manos esposadas y levantándolas en alto en ademán sacerdotal. Después ríe satisfecho—. Vamos allá, muchachos. Ahora, *todos* somos aptos para el servicio. Soy un cerdo. Un cerdo gigantesco —confiesa, con sinceridad de borracho.

La comitiva entra en Gips Strasse, y el médico grita a una pareja adormilada:

—¡Eh, vosotros! ¡Eh! ¿Queréis conocer al doctor Alfred Hütten? No debéis confundirlo con su primo, el doctor Oscar Hütten, el veterinario, que es un borracho y además un poco hereje. No cree en el *Führer*, ¡ni en la Santísima Trinidad!

—Ándate con cuidado, nido de ladillas —gruñe Gregor, con irritación—, si no quieres que te aplasten las narices.

—Tiene mucha razón, *Herr Oberjäger* —dice el médico militar, sonriendo débilmente y abrazándose al poste de un farol.

—Dejémosle en el parque, —sugiero cuando al fin conseguimos soltarle del poste, al cual se mantiene pegado con una pierna levantada, como si fuera un perro.

Un *Feldwebel* de la *Luftwaffe* nos observa con aire interesado.

El oficial médico lo saluda.

—Aquí por fin, —grita con aire feliz—. ¿Habéis demolido Inglaterra? ¿Ha sido inundada por el Mar alemán? Chicos en forma, los de la *Luftwaffe*, —dice poco después, imitando con los brazos extendidos el vuelo de un avión—. El mariscal del Reich, Göring, luce la más alta condecoración alemana ¡creada expresamente para él!

—Los cuellos gordos de los alemanes tienen derecho a tener medallas gordas —filosofa Porta.

—¡Alto! ¿Adónde llevan a estos hombres? —pregunta una voz grave en la oscuridad. Un corpulento capellán castrense, que lleva la gorra con la visera echada hacia atrás, sale de una puerta detrás de la iglesia del Redentor—. ¡Contestad! ¡Responda Comandante!

—Prisioneros y escolta... ¡alto! —Ordena Gregor con semblante compungido, deplorando el encuentro con el arma espiritual del ejército—. ¡Escolta con cinco prisioneros en marcha del cuartel de las tropas acorazadas a la prisión de la guarnición, Sr. capellán!

¡Bien, bien, bien! —dice el capellán con voz cargada de satisfacción—. ¿Así que vamos a prisión, eh? Será mejor que os acompañe. El comedor de oficiales de la prisión tiene un buen cocinero, y si no me equivoco, hoy hay judías. ¿Si hay alguien al que no le gusten las alubias? ¡Que de un paso al frente y lo mato!

Luego sacude tan vigorosamente la cabeza que hacer volar el gorro que atraviesa la calle rodando.

—¡Borracho! —dice Porta con el aire del entendedor.

El capellán se cae dos veces al suelo en la tentativa de recuperar el gorro. Cuando lo logra, por fin, se lo pone en la cabeza de través.

—Lo hago para confundir al enemigo, —confiesa, sonriendo con picardía—. Sígueme. Por orden del *Führer* voy a llevarlos a «La Doncella Rosada» y allí les cantaré las cuarenta. ¿No le *conozco*? —pregunta a Porta.

—*Herr* capellán. Fui ayudante del capellán en la 7ª División de Infantería, en Munich.^[10] Me despidieron porque mi fe no era bastante firme, señor.

—Entonces, ¿n-n-no crees en Dios? —farfulla el capellán, agarrándose fuertemente a un farol.

—Solo cuando estoy espantado —confiesa Porta—. Como cuando los enemigos de Alemania me arrojan bombas. *Herr* capellán, en circunstancias ordinarias no advierto la diferencia entre una paloma romana y un gato montes finlandés con alas, ¡de veras, señor!

—Y-y-yo tampoco —murmura el capellán, besando con fervor el poste del farol—. Nos olvidamos de Dios cuando las cosas marchan bien. A propósito, ¿eras c-c-c-católico o p-p-p-protestante?

—Bueno, señor, podríamos decir que soy un poco las dos cosas. Depende del momento —confiesa diplomáticamente Porta.

—¡Esto me gusta! ¡Me *gusta*! —ríe el capellán castrense, dando unas palmadas amistosas en el hombro de Porta—. Acabo de estar con el obispo. El Vaticano ha preguntado por mí. Va a ocurrir algo gordo. Puedes serme útil, *Obergefreiter*. Haré que te trasladen a mi servicio m-m-m-militar es-es-es-espiritual. Sería una lástima que un hombre como tú fuese sacrificado en el sangriento altar de la patria.

—*Estoy* de acuerdo —murmura Porta, santiguándose rápidamente.

—Vamos, pues —dice el capellán, lanzando una estocada a un enemigo invisible—. Pelotón, ¡izquierda! Adelante, ¡march! *Ya* conoces el camino. «La Doncella», en Berg Strasse.

—Los consejeros espirituales que hablan de amistad no son de fiar —dice Albert, frunciendo el ceño y apartándose del capellán.

Cuando marchamos junto a los altos setos del Stadt Park, un fuerte «¡Alto!» rompe el silencio de la madrugada.

La mitad superior de un *Oberst*, envuelto en una capa y tocado con una gorra, aparece sobre el seto. Gregor, aterrorizado, casi deja caer su «Mpi». El silencio de la noche es roto ahora por un ruido extraño. Como si todos los pasajeros de un barco se hubiesen mareado al mismo tiempo. El ruido es producido por el capellán castrense, que devuelve todo lo que se ha zampado en el comedor del 5º Regimiento Panzer, que no es poco.

El seto se abre y un caballo castaño con un *Oberst* sobre el lomo lo cruza como un «T-34». El caballo huele a Porta y cierra un ojo como diciendo:

«¡Ya verás cómo ahora pasa algo!».

—¿Qué clase de charranada es *esa*? —chilla furiosamente el *Oberst*, golpeando sus botas de montar con la fusta.

Gregor se cuadra, saluda y hace chocar los tacones.

—*Herr Oberst*, señor. Permítame explicarle, señor. Cinco presos y sus guardianes, camino de la cárcel, señor. ¡Todo según el Reglamento, señor!

—Volvemos a encontrarnos, *Herr Oberst* —grita satisfecho el capellán castrense, empujando a Gregor a un lado, como si fuese un trasto inútil—. ¿Y cómo está su señora esposa, señor? ¿Todavía me aprecia, señor? ¡Confío en verla pronto en el confesonario, señor!

Y suelta una risotada que resuena en toda la calle.

—¡Está *borracho*, hombre! —gruñe el *Oberst*, con voz nasal.

—¡Qué desfachatez! Esto es un insulto a mi honor espiritual. —Apunta al *Oberst* como si su látigo fuese un sable—. ¡Cu-cu-cuidado con lo que dices! O te convertiré en chucrut. ¿Se imagina que me espanta un *Oberst* como tú, solo porque vas montado a caballo? *Sois* unos feos bastardos. ¡Los dos!

—Esposen a ese hombre —ordena el *Oberst*, con voz tonante en la noche.

Hermanito se arroja sobre el capellán, como un oso polar hambriento, y lo arroja al suelo. La nieve sucia salpica las relucientes botas del *Oberst*.

El caballo relincha y recula, protestando. El *Oberst* resbala hacia atrás pero se salva agarrándose al cuello del animal. Este recula otra vez, y ahora el hombre pierde su silla y cae con un chasquido sobre el fango, junto a *Hermanito* y el capellán.

—Bienvenido a casa —se chancea el capellán, saludando, tumbado sobre la espalda.

Temblando de nerviosismo, Gregor ayuda al *Oberst* a ponerse en pie. Nadie advierte que Porta da una palmada al caballo en la grupa que hace que este cruce el seto y se lance al galope por el parque.

—Permítame informarle, señor. ¡El caballo ha desertado! —grita Porta, haciendo chocar dos veces los tacones.

—¡Agárrenlo! —ordena rudamente el *Oberst*.

Guardianes y prisioneros salen corriendo en la oscuridad detrás del caballo que galopa y, después de describir un círculo, vuelve junto al *Oberst*. Este está a punto de sufrir un ataque. Al ponerse la gorra, ha descubierto que estaba llena de fango.

Hermanito se cuadra delante de él, con la mano en la gorra, intentando informar. Consigue decir «*Herr Oberst*», pero es atajado por un rugido de furor.

Solo cuando se ha encaramado de nuevo sobre la silla parece el *Oberst* relajarse un poco. Se inclina sobre el cuello de su montura y mira fieramente al capellán, que sigue sentado sobre el fango y hablando consigo mismo.

—¡Espósenlo! —vocifera el *Oberst*—. ¡Ha atacado a un oficial prusiano! ¡Espósenlo! —repite, con furia vengativa.

—*Herr Oberst*. Permítame informar. No tenemos más manillas, señor —trompetea *Hermanito*.

—Entonces, ¡átelo! —truená el *Oberst*—. ¡Y no ponga esa cara de estúpido, hombre! ¡*Usted, Obergefreiter!* ¡*Usted!* —grita a *Hermanito*.

—Permítame informarle, señor. ¡Nací con ella! Los psicópatas del Ejército me dieron por chiflado. En 1938, señor, por orden de *Herr General der Kavallerie* Knochenhauer, del que era yo asistente. Permita que le diga que era el jefe del Décimo Cuerpo de Ejército, en Hamburgo, señor.

—Conozco muy bien al general Knochenhauer —grita el *Oberst*, acariciando el cuello de su caballo como si fuese el propio general—. Debía de ser usted una mala pieza, soldado, si no pudo soportarlo el general Knochenhauer.

—Permítame explicarme, señor. Permítame decir que el general y yo tuvimos problemas de contacto —dice *Hermanito*, sonriendo compungido.

—Pero ¿qué clase de hombre es usted? —gruñe el *Oberst*, inclinándose sobre el cuello del caballo para mirar más de cerca a *Hermanito*.

—¡Alemán, señor! ¡Un *alemán!* ¡Esto es lo que soy, señor! —ruge *Hermanito*, golpeando las losas con la culata del rifle y provocando un surtido de chispas.

—Tendrá noticias mías —le promete el *Oberst*, con evidente desagrado.

Hace dar media vuelta a su caballo y se aleja a través del parque.

—¿Qué diablos vamos a hacer ahora? —pregunta Gregor, observando con preocupación al *Oberst* que desaparece bajo la lluvia.

—Tienes un problema, amigo —reconoce Porta, con aire sombrío—. Un *Oberst* del Estado Mayor te ha ordenado que arrestes al buen capellán y te lo lleves con el resto de los prisioneros. Hubieses debido protestar contra la orden. Estás patinando sobre una capa de hielo muy fina. No puedes llevarle contigo, porque te faltan dos soldados de escolta. Si lo haces, infringirás el Reglamento. Perderás tus galones y tendrás suerte si no te cargan dos años en Germersheim. No puedes arrestar al capellán. Pero un *Oberst* te ha ordenado que lo hagas. Si no lo haces, desobedecerás una orden. Y esto puede costarte la cabeza, hijo mío.

—¿Y que *diablos* tengo que hacer? —gime desconsoladamente Gregor, y maldice el día en que le hicieron clase de tropa, poniéndole en condiciones de *mandar* un pelotón de escolta—. Sácame del apuro —suplica.

—Bueno, pero solo por esta vez —dice Porta, sonriendo ampliamente—. Aunque no me gusta mezclarme en las decisiones de los suboficiales.

—¡Déjate de gansadas! —le interrumpe Gregor, con un destello de esperanza en los ojos—. Dime lo que he de *hacer*.

—Antes de que apareciesen el *Oberst* y su caballo, el capellán te había dado una orden. Te había ordenado ir a «La Doncella Rosada» de Berg Strasse. El capellán es un oficial de categoría equivalente a la de comandante, y desobedecer sus órdenes puede costar muy caro. Y no ha revocado aquella orden.

—Por el amor de Dios, ¿qué he de *hacer*, pues? —Gregor está ahora a punto de llorar, sintiendo que la capa de hielo se adelgaza cada vez más—. Un prisionero no puede dar órdenes al jefe de sus guardianes. ¡Y menos la orden de meterse en una tasca!

—Cuando tu madre te echó al mundo, debió de ser un parto muy difícil —comenta Porta, asombrado—. ¿No puedes entenderlo? Todavía no te has encontrado con el *Oberst* y su caballo.

—¡Ya lo tengo, ya lo tengo! —Los ojos de Gregor se iluminan, como los de un náufrago que ve una playa delante de él—. Vamos directamente a «La Doncella Rosada» y dejamos que ese mamón de capellán nos invite a unos tragos. Al salir de «La Don cella», cumplimos la orden del *Oberst* y arrestamos al cura. Pero antes hemos reclutado dos guardianes más en «La Doncella».

—Estás hablando en «plural» —dice Porta, frunciendo el ceño—. Tú eres el chico que cumple las órdenes, y tú eres el chico que carga con el paquete. Tú, ¡no «nosotros»! ¡Tú eres el jefe!

—Doy gracias a Dios de no ser suboficial —suspira Albert, mostrando dos hileras de dientes blanquísimos—. Es peligroso, ¡vaya si lo es!

—Eres apto para todo servicio —grita el médico militar desde la oscuridad, sacudiendo amenazadoramente las esposas.

—Cierra el cajón, cara de culo —le riñe *Hermanito*, golpeándole el cogote con la culata del rifle.

—Prisioneros y escolta, ¡paso ligero! —ordena Gregor, en voz que revela claramente que ya no está preocupado.

El capellán castrense marcha al frente de la columna, con su látigo sobre el hombro, a modo de sable. De vez en cuando, interrumpe la marcha para dar

unos pasos de baile. Cada vez que se cruza con un paisano, se quita la gorra en ademán cortesano.

—Beber alcohol es una vulgaridad —declara el médico militar, con satánica mueca—. No penséis que vais a libraros del frente. —Se vuelve al *Wachtmeister* de Artillería—. Aunque tu trastornado hígado se vuelva tan grande que te salga por la boca, ¡te declararé apto para el servicio! —Pincha la espalda del negro con los dedos—. ¿Quieres conocer mejor al doctor Alfred Hütten? Ahora tendrás una buena oportunidad. Te enviaré a la lavandería y te convertirás en un alemán tan blanco como la nieve. El *SS Reichführer* ha ordenado que todo el mundo tiene que ser ario. Los que tienen la nariz ganchuda tendrán que hacérsela enderezar. A propósito, ¿de dónde sacaste ese color, señor negro?

—Calla, curandero —gruñe Albert, largando un puñetazo que el matasanos esquivaba.

—Negro o blanco, eres apto para todo servicio, ¡y volverás al frente, muchacho!

—Convivid en el espíritu del Señor, e iréis al cielo —salmodia el capellán, haciendo girar la fusta sobre su cabeza.

—Los curas son como las piernas de las chicas —bromea Porta—. Prometen felicidad más arriba.

—Matadme —suplica el capellán, con aire santurrón—. Clavad mi cabeza sobre un poste, delante de la iglesia de la guarnición. Siempre he querido ser mártir. —Cae de rodillas en una parada del tranvía y pasa amorosamente las manos por el pie de hierro forjado del rotulo—. ¡Volvemos a encontrarnos, mi querido Copérnico!

Su voz estentórea resuena en toda la plaza.

Ese tipo tiene el culo donde debería estar su cerebro —gruñe resignadamente Gregor—. El malvado Emil hará de él todo un pelotón de mártires cuando lo meta en la jaula.

De pronto, el médico militar abraza a *Hermanito* y empieza a lamerle la cara, como un perro alborozado.

—Pensaba que estabas muerto, camarada. Tu disfraz es fantástico, pero no me has engañado. Tú eres el chico que solía refocilarse con los fiambres del deposito de Klagenfurt. Quítate el sombrero cuando hables con un académico —farfulla, haciendo saltar de un manotazo el casco de acero de *Hermanito*.

—¡Quita las puercas manos de mi sombrero de latón! —ruge *Hermanito*, muy enfadado, recogiendo el casco.

*Mi sombrero tiene tres arrugas,
Tres arrugas tiene mi sombrero...*

canta el medico militar, entusiasmado, tratando de dar unos pasos de charlestón. Se le enredan las piernas y se cae.

—*Alea jacta est*^[11] —anuncia con voz fuerte el capellán, entrando en «La Doncella Rosada» al frente de la columna.

—¡Oh, noooo! —gruñe el dueño, dejando caer dos jarras llenas— ¡Otra vez ese maldito capellán!

Con el ruido de una manada de lobos hambrientos en acción, el capellán ataca una fuente grande de tocino ahumado con chucrut y cortezas. No emplea cuchillo ni tenedor, sino que arrambla la comida con ambas manos.

El dueño se lleva las manos a la cabeza.

—¡Válgame Dios, se lo comerá todo! ¡Y era para seis personas! ¿Qué voy a darles al club de tiro?

—Deja que se coman al capellán —sugiere Porta, yendo a lo práctico—. ¡Nosotros podemos prescindir de él!

—Es un hombre terrible —gime el dueño—. Las siete plagas de Egipto concentradas en una sola. No hay en toda la zona militar de Brandeburgo un solo comedor de oficiales que no tema sus visitas. Dice que estuvo en una cena con el *Reichsmarshall*, y antes de que los invitados hubiesen terminado los entremeses, él se había comido todo lo que había en la mesa, incluidas las flores de adorno. Otra vez estropeó el tren eléctrico de *Herr Göring* cargándolo con dados de carne de cerdo. Había tres cocineros en el extremo de la vía, trinchando lechones acabados de asar en pequeños pedazos y cargando estos en el tren. Cuando este pasaba por delante de él, el capellán vaciaba los vagones. Cuando hubo terminado, el tren estaba tan lleno de grasa que el *Reichsmarshall* y todos sus especialistas en trenes tardaron tres semanas en ponerlo en condiciones de funcionar de nuevo. Dicen que él fue la causa indirecta de que la *Luftwaffe* no ganase la Batalla de Inglaterra.

—Magnífica comida —dice el capellán, dando palmadas en el hombro del dueño, en buena camaradería.

—Me alegro de que le haya gustado —responde tristemente el dueño.

—Ha estado bien, patrón. Tal vez unas pocas cortezas más..., pero no me quejo. El tocino estaba bueno. Ahumado en casa, diría yo. Es usted muy astuto, patrón. Pero yo lo sé todo. Cerdos ilegales en el patio de atrás, ¿eh? ¿Cuándo será la nueva matanza? Me daré una vuelta por aquí. Ahora

tomaremos té con ron. Después invitaré a una ronda de cerveza y aguardiente. Póngalo en la cuenta como de costumbre, patrón.

—Ese práctico del cielo borracho me va a *arruinar* —murmura, afligido, el dueño.

—¿Por qué no le echas, patrón? —pregunta Porta—. Una buena patada en su sagrado culo, y lo pones de patitas en la puta calle.

—No puedo —suspira tristemente el dueño—. Ya lo has oído. Sabe todo lo de los cerdos clandestinos. ¡Si un maldito inglés le arrojase una condenada bomba...! Y lo peor es que siempre dice que mañana empezará una nueva vida y pagará todas sus deudas.

—Sí, sí, todos tenemos nuestras dificultades —dice Porta—. Una vez conocí a un jefe de estación, un tal *Herr* Leo Birnbaum, que dirigía la estación de Bamberg. Un tipo simpático y comprensivo, pero que tenía debilidad por la botella. Los días pares bebía ginebra holandesa con cerveza, y los impares bebía cerveza con Bommerlunder^[12]. Cada víspera de Año Nuevo tomaba la decisión de que, a partir del primero de enero, sería un ciudadano abstemio. Pero cuando se despertaba después del jolgorio, era siempre el tres o el cuatro de enero, de modo que era ya demasiado tarde y tenía que esperar hasta el siguiente primero de enero. En cuanto a los Ferrocarriles Nacionales Alemanes, parecía pensar que los habían inventado para que él se divirtiese.

»«*Plauen*, ¡transbordo!», gritaba a veces cuando algún tren entraba en su estación.

»Y cuando los pasajeros empezaban a empujarse para salir, les gritaba y preguntaba qué estaban haciendo y si no sabían leer. ¿Acaso no decían los rótulos Bamberg? No lo mataban porque su suegro había sido barbero del *Führer* antes de 1933 y era ahora el *Gauleiter* local.

»Pero al fin llegó un día en que ni el barbero *Gauleiter* pudo salvarle. Fue poco después de que empezase a comer arenques salados. Alguien le había dicho que eran buenos para la resaca. Era la mañana del 22 de febrero. Un poco antes de las once, creo que era, todo empezó a ir mal. El jefe de estación Birnbaum estaba plantado en el andén número 5, masticando un arenque salado y llevando una bandera verde en la mano izquierda y una bandera roja en la derecha, cuando, para sorpresa suya, vio que el tren de mercancías 109 entraba en la vía 3, en vez de hacerlo en la 5. Agitó furiosamente las dos banderas.

»«¡Ciento nueve, ciento nueve! ¿Qué estás haciendo en *esa* vía?».

»El tren de mercancías 109 no pareció oírle. Y el hombre empezó a cruzar las vías, sin dejar de agitar las dos banderas. En el andén número 3, pisó un viejo y grasiento sombrero que alguien había perdido, y resbaló precisamente entre dos vagones de petróleo destinado al 35º Regimiento Panzer, en Bamberg. El ferroviario que iba en el último vagón trató de agarrarlo. ¡Fue un terrible error! *Herr* Birnbaum se agarró al brazo del ferroviario y le hizo caer con él debajo de los vagones-cisterna. Las ruedas exteriores cortaron limpiamente la cabeza del jefe de estación Birnbaum, mientras que las exteriores cortaron, con la misma limpieza, la cabeza del ferroviario Schultze. El suceso fue particularmente lamentable para el último, pues todavía estaba a prueba y no llegó a tener nunca un empleo fijo.

»Y la cosa tuvo un feo epílogo. Los accidentes nunca suelen andar solos. La mujer de limpieza auxiliar de los Ferrocarriles Nacionales Alemanes, *Frau* Amanda Grimm, estaba en el andén número 2, apoyada su barbilla alemana en el palo de su escoba de los Ferrocarriles Nacionales Alemanes, preguntándose adonde habrían ido a parar los dos funcionarios.

»Cuando hubo pasado el tren de mercancías, miró cansadamente la vía y vio la cabeza del jefe de estación Birnbaum que le guiñaba un ojo. Lanzó un grito alemán de terror.

»«¡El jefe de estación ha perdido la cabeza!», aulló, y corrió a la oficina del telegrafista. Este, pensando que estaba borracha, le dio una bofetada. Más tarde, ella le denunció por esto. A fin de cuentas, era una especie de funcionaria y estaba entonces de servicio, cosa que podía demostrar por el hecho de tener aún la escoba en la mano. Pero el asunto no acabó aquí. La Kripo^[13] recibió el parte del suceso y un escribiente estúpido lo calificó de «homicidio», porque otro escribiente estúpido había marcado el expediente con lápiz rojo: Caso Nº 2988-41 «Decapitación de un Jefe de Estación». Finalmente, el caso llegó a la mesa de un detective razonable que no hacía más que pasar el tiempo hasta llegar a la edad de la jubilación y no le interesaban los ascensos ni toda aquella porquería. Sin embargo, todavía no había terminado la cuestión. Aquella misma noche, la RAF bombardeó Bamberg. Desde luego, no *apuntaban* a Bamberg, sino a Munich. Esto se descubrió más tarde, cuando uno de los aviadores tuvo que hacer un aterrizaje forzoso. El Kripo que llevaba el asunto resultó alcanzado durante el bombardeo, mientras descansaban tranquilamente en «El Pato Cojo».

»*Ahora* el asunto pasó a otro *Kripo*. Un joven con la auténtica mentalidad del funcionario *alemán*. Iniciaba todos los interrogatorios con una risotada de buen conocedor y hacía saber claramente a los testigos que los embustes

repetidos no harían más que empeorar las cosas para ellos cuando al fin dijese la verdad. Cuando vio las palabras «Decapitación de un Jefe de Estación» se relamió de gusto. Aquí estaba al fin. El caso importante que podía significar su ascenso al grado de inspector del RSHA^[14]. Se bajó el ala del sombrero, se puso el abrigo de cuero y emprendió la acción.

»«¡Confiesa! —gritó a *Frau* Amanda Grimm, la mujer de limpieza—. ¡Miente, y te arrepentirás!».

»La mujer fue interrogada tantas veces que al final se volvió completamente loca y llegó a creer que había empujado al jefe de estación bajo el tren de mercancías 109. Pero no quiso confesar el asesinato del otro ferroviario.

»«Ni siquiera lo conocía», decía, para defenderse.

»«No hay que *conocer* a la gente para matarla —le explicaba el joven *Kripo*, en tono amistoso—. ¡Los soldados lo hacen diariamente!».

»Nunca hubiese debido decir tal cosa. Precisamente en aquel momento, tres caballeros de sombreros calados sobre los ojos llegaron para interrogar al telegrafista de la estación sobre otro caso. La mujer de limpieza se lamentó, diciéndoles que el *Kripo* había dicho que los soldados alemanes eran unos asesinos. Los tres hombres cayeron sobre el detective y a punto estuvieron de hacerle trizas. Este fue el principio de otra serie de desdichas. El telegrafista estaba sentado, con la mano sobre la llave, preparado para detener el expreso de Eger y dejar paso al tren de Munich.

»Las actividades de los del sombrero calado le pusieron nervioso. Cometió un error. El expreso de Eger siguió rodando a toda velocidad. El tren de Munich entró en la línea que no debía. El telegrafista empezó a chillar. Los del sombrero calado estaban tan ocupados en atizarle a su colega, que había ofendido el honor del soldado de la Gran Alemania, que ni siquiera oyeron sus gritos. Estaban acostumbrados a oírlos. Ni siquiera advirtieron que el telegrafista se comía la cinta para destruir la prueba.

»«¡Va a pasar ahora!», profetizó, mirando por la ventana.

»El tren expreso, que llevaba dos locomotoras, una de ellas empujando hacia atrás —era el Número 044376-2— llegó resoplando. Cruzó la estación lanzando chorros de vapor. Dos paquetes de *Völkischer Beobachter* fueron arrojados desde el vagón correo. Llevaban las últimas noticias sobre «rectificaciones del frente» y «retiradas planeadas de antemano».

»El telegrafista cerró los ojos, abrió la boca y esperó el choque de los dos trenes lanzados a toda velocidad. Se encontraron en la aguja 22. El expreso de Eger pareció que iba a barrer al rápido de Munich, con un estruendo del que

había pocos precedentes. Según el típico estilo alemán, todo se volvió muy complicado.

»Los del sombrero calado se olvidaron completamente de su misión. Desaparecieron antes de que se extinguiesen los ecos de la colisión. Pero de poco les sirvió. Fueron descubiertos y acusados de haber participado en el accidente ferroviario. Por suerte no les acusaron de sabotaje. Les habrían impuesto dos penas de muerte. Tal como fueron las cosas, solo tuvieron que estirarles el cuello una vez. El telegrafista prefirió no tener que habérselas con la justicia alemana. Voló por los aires con la estación, al prender fuego a los explosivos que hay siempre en reserva para destruir las cosas antes de que el enemigo se apodere de ellas.

»La auxiliar de limpieza consiguió también librarse del largo brazo de la ley. Se había escondido en el armario donde guardaba el telegrafista sus artículos de estraperlo. Cuando este voló la estación, la mujer, voló con ella.

—¿Te ocurre algo, patrón? ¿Te encuentras mal? —pregunta, solícito, Porta—. Quizá no me has seguido bien. Quería explicarte que el exceso de alcohol es *mal*. Yo conocí a un chico que tenía un puesto de gasolina. Se llamaba Oskar Schleben y era un encanto. Le había encontrado en un portal de la Schleben Strasse y le habían puesto el nombre de la calle. Tuvo un hijito estupendo, con ayuda de una joven china, y todas las noches le daba un vaso de «Bommerlunder» para que se durmiese. Cuando el chiquillo tenía dos años, sin haber estado realmente sereno un solo día en su vida, se escapó de casa. Bueno, estuvo rondando durante un rato y, cuando se cansó, se sentó en la acera delante del Tiergarten^[15]. ¡Precisamente junto a la carretilla de un vendedor de salchichas! Nadie comprendió jamás *cómo* había podido el chiquillo *llegar* tan lejos. Algunos pensaron que tal vez era debido a su sangre china. Fuese como fuese, al cabo de un par de horas la gente empezó a fijarse en él, y, naturalmente, apareció un *Schupo*.

»«¿Qué estás haciendo aquí, hombrecito?», le preguntó con fingida amabilidad de polizonte.

»«Pu-pu», respondió el chico, y lo repitió varias veces. En realidad, era lo único que *sabía* decir.

»El poli se amoscó.

»«¡Habla en alemán, o te meteré en chirona!».

»«Pupu», dijo el chico, y naturalmente, le detuvieron.

»Le llevaron a Alex^[16], donde hicieron todos los trámites y lo encerraron en una celda. Y tal vez se habrían olvidado de él, porque habían sido incapaces de llenar su hoja de ingreso. No podían consignar el nombre «Pu-

pu» en un documento importante de la Policía alemana, compréndelo. Pero, cuando el chico echó en falta su ración diaria de «Bommerlunder», empezó a chillar como un desesperado. El *Stabswachtmeister* Schlade, que era un alemán muy *recto*, abrió la puerta de la celda y miró duramente al chico.

»«¿No has leído el reglamento de la prisión? Está prohibido cantar y hablar en voz alta. ¡Rigurosamente prohibido!».

»A1 chico esto le importaba un bledo. Él quería su «Bommerlunder». Enviaron a buscar al psiquiatra de la Policía y la cosa empezó a ponerse fea...

—¿Qué te pasa, patrón? Parece como si fuese a darte un ataque —dice compasivamente Porta, sirviéndose un vaso de cerveza.

—No, no, ¡ni una palabra más! No me hables de la Policía. N-n-no me hables de nada —balbucea el dueño, tapándose los oídos con las manos—. No puedo soportarlo más... ¡Voy a volverme loco!

—Loco o no loco, eres apto para el servicio. Cuenta con ello, torpe bastardo —declara el médico militar, a grandes voces.

Poco después pregunta al capellán castrense si le *gustaría* conocerlo mejor.

—Está *borracho*, señor —dijo el capellán.

—¡Se equivoca! Es *usted* quien está borracho, padre. Pero no le servirá de nada. Es apto para el servicio. ¡Vaya al frente y que le peguen un tiro! ¿Pueden los perros entrar en el cielo? —pregunta, después de una breve pausa. Tiene un extraño brillo en los ojos.

—Habría que presentar una instancia al obispo de Münster —responde el capellán— Sería estudiada con toda atención. Y yo ejercería mi influencia. ¡No se olvide de poner los sellos adecuados!

—¡Maldita sea! ¡No puedo *aguantar* más esta basura! —grita Gregor. De pronto se ha vuelto furioso cumplidor de su deber—. ¡Prisioneros y escolta! ¡A formar, hatajo de borrachos! ¡Los prisioneros en medio! ¡Al que abra la boca, le meto la cabeza por el ojo del culo! ¡Se acabó la juerga! ¡Volvemos a estar en el Ejército!

Varios de los nuestros tropiezan en la escalera al salir de «La Doncella Rosada», cantando alegremente. El capellán se sube al poste de un farol y empieza a ladrar. Dice que es un hombre lobo.

—¡Mirad cómo vuelo! —grita, triunfalmente, y acaba cayendo en un charco fangoso.

—Gregor ordena que nos alineemos para contarnos, —pero cambiamos continuamente de sitio y no salen los números.

—Todo da vueltas —gime, afligido—. Nos multiplicamos como los conejos.

—Déjame contar a mí —dice Porta, servicial.

Pero tampoco le sale la cuenta. Vuelve a entrar en el local y sale con un trozo de tiza de billar. Cada hombre tiene que poner una marca de tiza en la parte delantera de su bota izquierda y volver a «La Don cella» para no enredar la cuenta. Pero el capellán lo enreda todo al poner la marca en ambas botas.

Gregor siente que se está volviendo loco y empieza a dar cabezazos contra la pared.

Entonces se le ocurre otra idea a Porta. Cada hombre recibirá una jarra de cerveza, la beberá y dejará la jarra vacía sobre el mostrador. Pero *Hermanito* lo estropea todo tomando dos jarras más mientras los otros apuran las suyas.

Gregor renuncia a la idea de hacer la cuenta.

Es bien entrada la mañana cuando cruzamos el puente del Spree al lado de Kronprinzen Ufer y oímos a lo lejos una banda militar.

—¡Cantemos! —ordena el capellán castrense, y empieza con voz fuerte:

*Willst du noch einmal sehen,
sollst du nach dem Bahnhof gehen.
In dem grossen wartesaal,
sehen wir uns zum letzten Mal...*^[17]

—Arreglaos el uniforme, ¡poneos bien el casco! —ordena nerviosamente Gregor—. Por el amor de Dios, ¡procurad parecer soldados alemanes! Levanta la carabina, *Hermanito*. La arrastras como un sucio cazador furtivo.

—¿Qué pasa? —gargariza Albert, con una loca sonrisa partiendo su negra cara—. ¿Es que viene Adolfo?

—Peor que esto —gruñe Gregor—. Llega el desfile de la Guardia. Marchan directamente sobre nosotros y están tocando la *Badenweiler*, la marcha personal del *Führer*.

—*C'est le bordel!* —dice el *Legionario*, con indiferencia.

—¿Y si nos dejásemos caer en «El Gendarme Cojo», que todavía estará abierto? —sugiere *Hermanito*, yendo a lo práctico—. Está ahí mismo. Una carrerita por aquel callejón y estamos en «El Gendarme» sin darnos cuenta.

—Demasiado tarde —decide Porta—. El mundo está a punto de derrumbarse.

Una banda de Infantería, con un tambor mayor a la cabeza, blandiendo un bastón, aparece doblando la esquina. Llena toda la anchura de la calle.

—Serenidad, hijo mío —aconseja Porta—. Estás al mando de una escolta militar con prisioneros esposados. Según el Reglamento, tienes preferencia sobre esos alborotadores. ¡La banda tiene que cederte el paso! Solo tienes que detenerte ante unidades motorizadas pesadas.

—Sí, sí, pero esa banda está tocando la *Badenweiler* personal del *Führer* —interviene Heide—. Incluso las unidades motorizadas pesadas tienen que detenerse. Lo dice claramente el Reglamento, en la sección que trata de las bandas militares.

—¡Virgen santa! ¿Qué he de *hacer*? —gime desesperadamente Gregor.

—Ganar tiempo —le aconseja Porta—. Lo que haría yo sería desandar el camino por el puente del Spree. Entonces no podrían acusarte de haberte desviado del camino. Y *tampoco* podrían decir los de la charanga que les has cerrado el paso.

—*Tu as raison* —dice el Legionario.

—Pero no podemos marchar *tiernamente* hacia atrás —chilla Gregor, mirando furiosamente a Porta.

—No, claro que no —explica pacientemente Porta—. En cuanto hayan acabado de tocar la marcha de Adolfo dejarán de ser los niños mimados, y tú y tu escolta armada tendréis preferencia. Entonces podrás gritar de frente, ¡march!, y si ese almidonado tambor mayor no te cede el paso, podrás meterle su viejo palo en el culo. Quizás *esto* le enseñaría a respetar los derechos de los pelotones armados del Gran Ejército Alemán.

De pronto parece que haya estallado un tifón en medio de la banda. Dos gatos aterrorizados han salido corriendo de un portal, con tres bulldogs pisándoles los talones. Uno de los gatos salta sobre la espalda del que toca la tuba, el cual cae al suelo y suelta su instrumento. Dos trompetas tropiezan con la tuba, mientras el otro gato corre entre las piernas de los otros músicos, perseguido por los tres perros. Y así vienen y van entre los de la banda, creando una escena de pánico indescriptible.

De alguna manera inexplicable, el médico militar se hace con una batuta y empieza a dirigir a los tambores y a los flautistas de la banda que siguen en pie. Le siguen automáticamente y suenan los primeros acordes de la prohibida *Salus Caesari nostro Guillermo*.

El tambor mayor se pone sobre sí y, muy indignado, interrumpe la marcha prohibida.

El médico militar le ataca con la batuta, y el otro se defiende con el bastón de empuñadura de plata.

—¡Gregor! Como jefe de la escolta, debes poner fin a esto —dice Porta—. Eres responsable de los prisioneros a tu cargo.

—No puedo, no puedo, ¡me las voy a cargar! —lloriquea desesperadamente Gregor—. ¡Maldigo el día en que nací!

—Esto no tiene remedio —declara lúgubrementemente Porta—. Larguémonos de aquí antes de que tengan tiempo de pensar.

—Prisioneros y escolta, de frente, ¡march! —grita Gregor, en el tono desesperado de un condenado a muerte.

—¡Abajo con ellos! —grita el capellán castrense, arremetiendo en cabeza del grupo.

Los soldados de la Guardia retroceden aterrorizados.

Avanzamos como una ola en día de temporal.

Bajamos por Lehrter Strasse y, al llegar frente al campo de fútbol, *Hermanito* lanza de pronto un grito terrible y se doblega como presa de un dolor espantoso en todo el cuerpo. Se arroja sobre el nevado asfalto y aúlla como un loco.

—Por todos los santos, ¿qué te pasa? —pregunta Gregor, desorbitados los ojos y escrito el miedo en su semblante.

—Conozco este *truco* —gruñe maliciosamente el médico militar—. ¡Aquí no queremos maulas, hombre! ¡Eres apto para el servicio!

—Mis esposas, mis esposas —chilla *Hermanito*, rodando y encogiéndose como una pelota.

—¿Tus esposas? —pregunta Porta, sin comprender.

—Las manillas, las manillas. Me están cortando los cojones —gime *Hermanito*, lastimeramente, revolcándose en el mojado suelo.

Le quitamos los pantalones y queda explicado el misterio. Había llevado las esposas tal como había visto en las películas policíacas americanas. Sin que él lo advirtiese, las manillas se habían metido dentro de sus pantalones y se habían cerrado de pronto sobre sus partes pudendas. Y al revolcarse *Hermanito*, se habían apretado aún más.

Porta tardó un rato en encontrar la llave y abrir las esposas, de modo que pudiésemos continuar la marcha.

—*Dominus vobiscum!* —saluda el capellán a unos que hacen cola en la parada del tranvía.

Después maúlla como un gato y pide al médico militar que lo castre, a fin de no caer en la tentación cuando se tropiece con mujeres de mala vida. Salta sobre un banco, y grita sobre los campos de fútbol:

—¡Todos los muertos deben presentarse inmediatamente al capellán de la División para las exequias y para ser rociados con agua bendita! ¡Los parientes deberán pagar la cuenta!

—Voy a matar a ese bastardo —promete Gregor, furioso, tirando del capellán para hacerle bajar del banco.

—¡Lo hemos conseguido! —dijo Porta, apretando el botón del timbre de la puerta de la prisión.

—¿Qué demonios te *propones*, hombre? ¿Quieres derribar la maldita prisión con tus timbrazos? —le riñe severamente el *Wacht-Feldwebel*.

—*Herr Feldwebel*. Permítame decirle que tenemos un poco de prisa, señor —dice Porta, juntando los talones—. Llevamos un retraso considerable. Recibimos órdenes de traer a esos nuevos prisioneros a través de todo Berlín. El último de estos nos fue encomendado por el *Standortkommandant* en persona.

—Todos apestáis más que toda una cervecería —gruñe el *Wacht-Feldwebel*.

—Órdenes, señor, ¡órdenes! Nos *ordenaron* consumir bebidas alcohólicas —declara Porta—. Dondequiera que fuésemos, teníamos orden de ocupar las cervecerías, los bares, las tascas y todo lo demás. *Conocemos* el Reglamento y no quisimos correr el riesgo de que nos acusaran de desobedecer las órdenes. Si queremos salir vivos de esta Guerra Mundial, tenemos que obedecer las órdenes. Por estúpidas que sean.

—No vas a darme el pego —dice el médico militar, mirando severamente al *Wacht-Feldwebel*. Ya lleváis demasiado tiempo sentados aquí, fingiendo que estáis enfermos. Todos sois aptos para el servicio. Debéis ir al frente, ¡y que os peguen un tiro!

—Tienen muy limpio este lugar —encomia Porta, observando a un grupo de prisioneros en traje de faena, hincados de rodillas y fregando el suelo.

—Una buena vista para un viejo soldado —sonríe *Hermanito*, con satisfacción—. No es corriente ver un portal tan reluciente. Esos esclavos, ¿emplean un barniz ordinario, o es algo especial de la Intendencia de Prisiones Militares?

—Cuando dé tres golpes y abra la puerta —murmura el *Wacht-Feldwebel* —, no entréis a paso de *marcha*, sino de *puntillas*, ¡y no piséis esa raya blanca del suelo! Si lo hacéis, nuestro *Hauptfeldwebel* os convertirá a todos en caracoles, ¡y hará que os comáis las almorranas!

—Lo *sabemos*, *Herr Feldwebel*, señor —afirma confiadamente Porta—. Hemos estado aquí antes de ahora. Conque, ¡abra las puertas del Infierno!

Se abre la puerta y entra el pelotón, formando en línea recta y sin pasar de la raya blanca.

Gregor da el parte con una rapidez que convierte todo su discurso en una sola palabra larga.

La cara del *Hauptfeldwebel* de detrás de la mesa irradia una malignidad bestial, capaz de espantar a un héroe de guerra.

Nos observa uno a uno, y sus ojos brillan traidoramente entre rollos de grasa. Pasa una mano velluda como la de un simio sobre el cráneo completamente calvo. Su mirada se detiene en *Hermanito*, como si no pudiese dar crédito a lo que ve.

—¿De dónde, válgame Dios, has sacado una cara tan horrible? —pregunta, gruñendo como un animal.

—Con su permiso, *Herr Hauptfeldwebel*, señor —ruge *Hermanito*, fijos los ojos en el retrato de Hitler—, soy miembro de la familia Frankenstein, ¡señor!

—¿Quieres dártelas de gracioso *conmigo*? —pregunta el *Hauptfeldwebel* en tono amenazador, levantándose a medias de la silla. Después sin esperar respuesta, vocifera—: Prisioneros, ¡izquierda! ¡*March!*

Naturalmente, el capellán castrense se tambalea y cae. Tumbado en el suelo, apoyándose en un codo y descansando la barbilla en la mano como un querubín muy grande, empieza a cantar un salmo:

*Llega hambriento, débil y cansado,
Asaltado por pensamientos de duda.
Pero no irritado...*

—Ese hombre está borracho como un gitano —declara el *Hauptfeldwebel*, acabando de levantarse de su silla—. ¿Qué significa esto?

—Permítame informarle, señor —grita Porta, chocando tres veces los tacones—. Le explicaré lo que ocurrió, y por qué el capellán está *aquí*, señor. No le habíamos visto nunca, hasta que salió de la oscuridad y nos ordenó entrar en «La Doncel la Rosada», donde tiene una deuda por comestibles consumidos, señor. Entonces llegó el *Standortkommandant* sobre un caballo castaño y nos ordenó que arrestásemos al capellán, señor. Permítame decirle que algo parecido había ocurrido antes de ahora, señor, con una escolta y unos prisioneros que iban camino de la cárcel de la guarnición de Munich. Aquellos desgraciados marchaban por la Leopold Strasse cuando llegó un caballo *negro* con el general de Infantería Ritter von Leeb. Al otro lado de la

calle, señor, estaba sentado el *Oberveterinär* doctor Schobert, cantando canciones obscenas, señor. El general en jefe ordenó a la escolta que arrestase al veterinario cantor. Y así lo hicieron, porque una orden es una orden, como el aguardiente es aguardiente. Pero cuando llegaron a Leopold Strasse apareció otro caballo, este alazán, con el jefe de Estado Mayor del Séptimo Cuerpo de Ejército, *Oberst* von Wittsleben, montado en él, señor. *Este* caballo era en realidad un caballo austríaco que había servido en el Segundo Regimiento de Húsares de Honved, pero cuando Austria se reincorporó al Gran Reich Alemán, señor, aquel regimiento volvió al Ejército alemán. El jefe de Estado Mayor había detenido a dos *Gefreiters* del 40 Regimiento de Infantería, que habían sostenido una conversación subversiva. También fueron entregados a la pobre escolta...

El *Hauptfeldwebel* rechina los dientes con tal fuerza que es un milagro que no se descoynten sus mandíbulas. Sus ojos empiezan a rodar furiosamente dentro de las cuencas.

—Permítame que le diga, señor —prosigue Porta, sin interrumpirse para tomar aliento—, que los apuros de aquella escolta aún no habían acabado. Marchaban gallardamente por Maria Theresien-Platz cuando llegaron dos soldados corriendo tan de prisa que hubiérase dicho que les habían puesto un cohete en el culo, señor. Se oyó un gran estruendo en «La Copa de Oro», y un teniente salió dando vueltas por la puerta giratoria como si le hubiesen dado una fuerte patada en el culo, señor. Bueno, todo había empezado con un *Stabszahlmeister* Zorn, que...

El *Hauptfeldwebel* respira hondo tres o cuatro veces, y después empieza a rugir. Las palabras brotan de sus labios con tanta rapidez que es imposible comprender lo que dice. Cuando consigue al fin recobrar el control, se deja caer sobre la silla, que cruje en son de protesta.

—¡Usted! ¡Cállese! —le escupe a Porta—. Me está volviendo loco. Habla más que una jaula de cotorras. Ni siquiera me deja pensar. ¿Qué diablos tiene que ver conmigo su escolta del Séptimo Cuerpo de Ejército? Estamos en Berlín. No quiero saber lo que *pasó* en Munich. Me importa una mierda Munich y todo el Séptimo Cuerpo de Ejército, ¡y le *ordeno* que se cague en Munich!

—Lo siento, señor. En este momento, no estoy en condiciones —dijo Porta, sonriendo amistosamente.

—¿Ha sido enviado aquí por el propio Satanás? —chilla el *Hauptfeldwebel*—. ¿O acaso era *usted* uno de los prisioneros en Munich, *Obergefreiter*?

—No, señor, claro que no, señor. No tuve nada que ver con aquello. Ni como guardián, ni como prisionero. Lo oí contar cuando un *Feldwebel* vino a confesarse en Wehrkreis-Pfarrer Weinfuss. Entonces yo era ayudante del capellán castrense de allí. Era en la Séptima División, en Munich. Y a propósito...

El *Hauptfeldwebel* descarga los dos puños sobre la mesa con tal fuerza que los papeles, las plumas y otros artículos de escritorio salen volando por los aires.

—¡Una palabra más, y le estrangulo! —amenaza, con voz ronca—. ¿Por qué me cuenta todo esto? —pregunta, desesperado, después de una breve pausa.

—Bueno, señor, ya que me lo pregunta, señor, solo lo decía para que el *Hauptfeldwebel* comprendiese por qué habíamos traído al capellán castrense con nosotros...

—¡Los papeles de los prisioneros! —le interrumpe el *Hauptfeldwebel*, lanzando una mirada asesina a Porta.

Pálido y silencioso, Gregor le entrega los papeles.

Los cuatro prisioneros «regulares» desaparecen en las profundidades de la prisión militar.

Durante un rato, reina un silencio opresivo. Observamos al *Hauptfeldwebel*, al famoso Emil *el Cruel*, y él nos observa a su vez. Crujen los correajes. Las culatas de los fusiles arañan el suelo. Una mosca se posa sobre el papel secante y se limpia las alas. Todo el mundo contempla la mosca.

Porta abre la boca como para decir algo, pero desiste y vuelve a cerrarla.

La negra cabeza de Albert, redonda como una Pelota de fútbol, se raja con una blanca sonrisa.

—¿De qué demonios se ríe? —ruge Emil *el Cruel*—. ¿Se imagina que está de nuevo en África, preparándose para zamparse algún pobre misionero? ¡Cierre la boca, hombre! En Alemania solo nos reímos cuando se nos ordena hacerlo. ¿Cómo diablos puede llevar uniforme de la Gran Alemania? Creo que el *Führer* dijo que todos los negros eran *untermensch* igual que los judíos.

Albert dirige una mirada suplicante a Porta, que acude inmediatamente en su ayuda.

—Si me permite hablar, señor, Albert no es un verdadero negro. Es un Reichs-negro, señor. Su padre era *Wachtmeister* de húsares. Puedo explicárselo todo. Es una larga historia...

—¡Basta! No quiero explicaciones —grita Emil *el Cruel*, con expresión de terror en sus ojos—. Los papeles del resto de los presos. Vamos. No se imaginen que pueden meter aquí a quien les dé la gana. No, ni siquiera un asesino que hubiese degollado a su propio general sería admitido sin los papeles adecuados.

—Permítame informarle, señor —le tranquiliza Porta—. Los papeles están en camino. Llegarán por correo un día de estos, señor. Permítame decirle que cuando nos tropezamos con el caballo castaño y el *Standortkommandant, Herr Oberst...*

—¡No quiero saber nada de caballos ni de *Obersts*! ¿Me ha entendido, *Obergefreiter*? ¡Deje de pedir permiso! ¡Deje de informar! ¡Me está volviendo loco! ¡Papeles, papeles!

—Con su permiso, señor, *iba* precisamente a informarle de esto...

—¡No, no, no! —gime Emil *el Cruel*, dejándose caer sobre la mesa, desesperado.

—¿Desea beber un poco, señor?

Porta sonríe, amigablemente, y ofrece un vaso de agua al *Hauptfeldwebel*.

Emil *el Cruel* lo agarra como un náufrago que acaba de encontrar un madero flotando en el mar, y traga el agua con un ruido parecido al de un desagüe al ser desatascado. Después abre un cajón, saca una pistola de reglamento y la pone sobre la mesa.

—¿Sabe lo que es esto, *Obergefreiter*? —Porta se inclina hacia delante y observa la pistola con interés.

—Con su permiso, señor, es una «Walter», señor, modelo 38, señor. Yo tengo una igual, señor.

Saca una pistola bien engrasada de la funda y apunta con ella a Emil *el Cruel*. Las comisuras de los párpados del *Hauptfeldwebel* empiezan a temblar.

—No me apunte con eso —balbucea, extendiendo las manos en ademán defensivo—. ¡Podría dispararse!

—Con su permiso, señor, esto ha ocurrido otras veces, señor. Le sucedió a un *Wachtmeister* de Caballería en la prisión de Paderborn. Los hombres solían llamarle *el Enano*, porque realmente lo era, señor. Bueno, fue muerto por un *Obergefreiter* de Caballería del Kavallerie-Schützenregiment Número Cuatro, señor. El *Obergefreiter* estaba mostrando al *Wachtmeister* su '08, como podríamos hacerlo ahora nosotros. Ni siquiera los tres oficiales del Cuerpo Jurídico Militar pudieron llegar a descubrir cómo se había disparado el arma, pero lo cierto es que se disparó, y que el *Wachtmeister* de Caballería

murió como un conejo, señor. A corta distancia, señor, la vieja '08 hace un buen agujero en un hombre, y la «P-38» lo hace también bastante grande, si es que usted me comprende, señor. Podría demostrárselo si...

—¡Aparte esa pistola! —chilla desesperadamente Emil *el Cruel*—. Quiero solucionar este caso, y que no se hable más de caballos ni de *Obersts* ni de pistolas. ¿Por qué están aquí ese capellán y ese médico militar? *Usted* cállese. *Obergefreiter* —vocifera, apuntando a Porta con el gordo dedo índice—. No quiero volver a oír su voz. ¡Aunque usted y yo seamos los únicos que quedemos vivos después de la guerra! ¡Preferiría hablar solo! ¡Conteste usted, *Unteroffizier*! —grita a Gregor.

Pero Gregor está al borde del ataque de nervios y solo puede emitir unos sonidos extraños.

Emil *el Cruel* empieza a temblar. Todo su cuerpo se estremece. Sujeta desesperadamente su frente con ambas manos.

—¡Jesús, María y José! ¿En qué lío me he metido? ¿Me he vuelto loco, o no es más que mi imaginación?

—Con su permiso, señor —dice *Hermanito*, con su voz de bajo profundo—. Permítame informarle de que el *Standortkommandant* de Berlín/Moabitt ordenó el arresto del capellán, señor, y mandó que lo llevásemos con nosotros, ya que nos dirigíamos a chirona. El *Standortkommandant* dijo que telefonaría al jefe de la prisión y que hablaría con él acerca del capellán.

—Pero ¿por qué motivo he de encerrarle? *Tengo* que saber de qué se le acusa. No puedo simplemente acusar recibo de «un capellán castrense». Esto es una cárcel prusiana, ¡no una oficina de objetos perdidos!

—Con su permiso, señor, el capellán castrense, señor, insultó al Dios alemán —miente deliberadamente *Hermanito*, y observa con gran interés cómo rasca febrilmente Emil *el Cruel* en el impreso de ingresos en la prisión.

—Muy bien —gruñe Emil *el Cruel* con satisfacción, mientras su pluma sigue rascando.

—¿Nada más?

—Solo un poco de difamación del *Führer* —dice *Hermanito*, lanzando un largo suspiro.

—¿No podía *decir* esto antes que nada, imbécil? —trueno furiosamente Emil *el Cruel*—. Ahora tendré que corregir la hoja, y estas correcciones requieren la firma de tres testigos fidedignos. Y estos no son fáciles de encontrar hoy en día en Alemania. ¡*Todo el mundo* sabe que insultar al *Führer* debe ponerse antes que insultar a Dios!

Empieza a borrar desesperadamente. Derriba el frasco del líquido de borrar, sufre un ataque agudo de ira y empieza a morder el bloc de hojas de ingreso. Llama a la guardia y ordena que el capellán castrense sea llevado a la celda 210, en el ala de oficiales.

—*Dominus vobiscum* —oímos que dice el capellán al retirarse.

—Y ese, ¿qué? —pregunta Emil *el Cruel*, señalando al médico militar.

—Con su permiso, señor —zumba la voz de *Hermanito*—. El doctor está aquí por su propia orden.

—¡Válgame el Dios de la Gran Alemania! —dice Emil *el Cruel*—. ¿Adónde iríamos a parar si cualquier alemán pudiese arrestarse a sí mismo? ¡Tendríamos que construir al menos mil cárceles nuevas!

—¡Alto ahí! Me ocuparé de usted —grita el médico militar, tambaleándose peligrosamente—. ¡Yo no tolero los simuladores! Usted, *Hauptfeldwebel*, ¡usted! ¡Es apto para todo servicio!

—Permítame explicarle, señor —interviene súbitamente Porta—. El *Obergefreiter* Creutzfeldt tiene lagunas en el cerebro, señor. Una vez, un caballo le dio una coz, ¿comprende? Ha olvidado que nos hemos tropezado con el comandante Von Ott, jefe del Wachtbataillon Berlin. Nos ordenó que arrestásemos al doctor, señor, porque interrumpió un desfile de la guardia y, vulnerando el Reglamento, tomó la batuta de un director e hizo que la banda tocara música prohibida.

—He oído algo acerca de esto —suspira Emil *el Cruel*, meneando la cabeza—. ¡Le costará caro!

—Con su permiso, señor —prosigue despreocupadamente Porta—, hubo aquel farmacéutico militar del Octavo Cuerpo de Ejército, en Viena. *Él* quiso dirigir la banda de música militar del Regimiento Hoch und Deutschmeister. Pues bien, señor, también le costó caro al boticario. Ni siquiera puede...

—¡Cierre la boca ahora mismo! Usted, ¡usted, *Obergefreiter*! ¡Al diablo con su boticario, y al diablo con Viena! —ruge Emil *el Cruel*, golpeando la mesa con la pistola—. Si no recibo hoy mismo los papeles, le haré a usted responsable. ¿Qué podría *hacer* con unos presos sin hoja de ingreso? Tendría que guardarlos aquí *eternamente*. Hasta mucho después de que empezase la *Tercera* Guerra Mundial. Si no han sido ingresados, ¿quién podría soltarlos? Ni siquiera vendría nadie a interrogarlos. Y sin interrogatorio ni confesión, ¡no puede celebrarse consejo de guerra! El viejo Emil tendría que quedarse para *siempre* con esos bastardos ilegalmente arrestados. ¿No ve el lío en que me habría metido? Cualquier *Kriegsgerichtsrat* podría acusarme de detención ilegal de personal del Ejército. Y en *este* caso, ¡nada menos que oficiales!

Lanza un largo suspiro de desesperación y se derrumba en su propia grasa. Porta suspira con él.

—Con su permiso, señor, estamos viviendo tiempos duros e implacables. Aunque las guerras mundiales *siempre* traen consigo malos ratos.

—En esto tiene razón —dice resignadamente Emil *el Cruel* y ordena a un guardia que lleve al médico militar a la celda 209.

—¿Puede tener «material de lectura»? —pregunta el guardia, un *Gefreiter* de *Jägers* con expresión de increíble estupidez.

—¡Por todos los diablos, no! Ya leyó demasiado cuando estaba estudiando para médico. Odio a esos engreídos sabelotodos que hacen que alguien les aguante la minga cuando van a echar una meada.

—Con su permiso, señor —empieza animadamente Porta—, hubo un profesor de medicina que...

—¡Cierre el pico! —ruge Emil *el Cruel*—. O le encerraré también a *usted*. ¡Y líbrele Dios de encontrarse en *mi* cárcel! ¡El propio diablo es un maestro de escuela dominical comparado conmigo!

—Con su permiso, señor... —empieza de nuevo Porta.

—¡Largo de *aquí*! —truená Emil *el Cruel*, dando una patada a la mesa—. ¡Qué Dios le ayude, *Obergefreiter*, si volvemos a encontrarnos!

—Vuestro *Hauptfeldwebel* está chalado —confía Porta al *Gefreiter* de oficina, mientras se alejan por el largo pasillo—. Primero dice que quisiera encerrarme. *Después* me amenaza con toda clase de calamidades si vuelve a verme.

—No te gustaría conocer *de veras* a Emil *el Cruel* —interviene el guardia de mirada hosca—. Si te diese una patada en el culo, ¡estarías cagando por la boca el resto de tus días!

Tenemos fama de ser *la* prisión más dura, no solo de la Gran Alemania, sino de todo el mundo —se jacta el escribiente, con orgullo—. ¡No hay una cárcel peor en *parte alguna*!

—No está mal —admite Porta—, pero, comparada con los viejos tiempos, es un lugar de recreo.

—No hablarías así si estuvieses dentro —gruñe el *Gefreiter* de oficina, con una risa burlona—. No se limitan a gritarte y a saltarte los dientes y hacer que te los tragues. Quizá te sorprenderías al ver que te queman con cigarrillos encendidos o te arrancan las uñas o te aplastan a martillazos los cojones.

—Ve a Neuberg —interviene el guardia, con una satánica risotada— y terminarás en el establo. Allí te tienden como un lenguado, te espolvorean con

harina y sal, y dejan que varias cabras de áspera lengua te laman hasta dejarte limpio. ¡Para morirte de risa!

—¡Bah! Estos son juegos de niños —grita desdeñosamente Porta—. Ni siquiera harían rechinar los dientes a un japonés. Habríais tenido que vivir en la Edad Media, cuando la Inquisición andaba a la caza de brujas y de herejes. Para probar su inocencia, tenían que empezar andando sobre pez hirviendo y bebiendo hierro fundido. Después, te pellizcaban aquí y allá con tenazas calentadas al rojo, y después te arrancaban la lengua y te sacaban los ojos. También había otro truco consistente en amarrar las piernas y los brazos del reo a cuatro caballos, y si resultaba descuartizado, la gente veía claramente que *era* culpable. También oí decir que, cuando se quería hacer confesar a las mujeres que eran brujas y tenían pacto con el diablo, estas lanzaban unos gritos tan terribles que habríase dicho que les clavaban cuchillos o les pinchaban la espalda con hierros candentes. Pero, cuando *habían* confesado, la cosa no había terminado aún. ¡Oh, no! *Entonces* solían cortarlas en pedazos y clavar estos en postes delante de la iglesia o el Ayuntamiento, para que sirviese de ejemplo a otras desgraciadas. Los que tuvieron que pasar por *esto* habrían pensado que los de la Gestapo o de la GPU son unos niños de teta en comparación con aquello. Entonces el mayor problema era *morir* pronto. Hoy en día te cortan la cabeza o te rompen el cuello en el extremo de una cuerda, y todo se acaba en un santiamén. En los viejos tiempos, te cortaban un dedo del pie, después una mano, y después una pierna o tal vez un brazo, antes de llegar a la cabeza.

La pesada puerta de la prisión se cierra de golpe detrás de nosotros.

Con las carabinas colgadas del hombro, echamos a andar por la mojada calle.

—Ese Emil *el Cruel* debe de pasarlo muy mal —dice Albert, suspirando profundamente—. Sin un solo pelo en su cabeza. Debe sentirse muy solo. A nadie le gustan los calvos. Decidme, por ejemplo, ¿quién quiere a Mussolini?

—¡Supongo que nadie! —dice Porta—. Los calvos son casi siempre hombres malvados.

Una hora más tarde, estamos de nuevo en la compañía y se disuelve el pelotón de escolta. Suena el toque de alerta. Todo el cuartel se llena de ruido, al prepararse los hombres para la marcha. El regimiento va a partir para el frente. Han llegado nuevo equipo y nuevas armas. Marchamos en compañía hacia el depósito de Intendencia.

Todas las puertas de la piedad estarán cerradas,
y el soldado curtido, rudo y duro de corazón,
libre la sangrienta mano, atacará
con deliberación tan ancha como el infierno.

WILLIAM SHAKESPEARE^[18]

Se pone a horcajadas sobre un sillón y emplea la metralleta como una guadaña. Barre la gran habitación. Yeso y polvo de años salta de las paredes.

El Feldwebel de Ingenieros permanece en pie una fracción de segundo, hecho visible por el fogonazo del «Mpi». Entonces su cuerpo cae hacia atrás sobre la larga mesa, donde yacen unas gallinas recién matadas. Recibe la rociada de balas y el cuerpo se retuerce violentamente. Cae al suelo arrastrando las gallinas.

El ruso hace una mueca e introduce un nuevo cargador. Salta a la vista que se divierte. Como la mayoría de la gente cuando mata impunemente.

«Matar es divertido», decían los SD de Sonderkommando Parecía que otras muchas personas eran de la misma opinión Todos llevamos un diablo en el cuerpo, y la guerra hace que aparezca con sorprendente rapidez.

El ruso gira en redondo y casi se cae del sillón. El «Mpi» escupe hacia la puerta, a la que han llegado corriendo un Leutnant de Ingenieros y dos clases de tropa.

El Leutnant parece quedar suspendido en el aire. Sus piernas se agitan como las de un espantapájaros al viento cuando las balas se incrustan en su rodilla Los otros dos soldados son arrojados contra la pared. Por un instante, aquello parece una explosión en una fábrica de pinturas.

Albert y Gregor disparan al mismo tiempo Después del ruido del «Kalashnikov», las «P. 38» suenan como pistolas de aire comprimido, pero el resultado es diferente. El ruso se vuelve, herido en un hombro. Después, recibe otra bala en el estómago. Suelta un rugido y empieza a derrumbarse.

La siguiente casi le arranca la cabeza de los hombros. Cae al suelo con un sordo chasquido, apoyados todavía los pies en el sillón. ¡Más sangre!

—¡Hijo de puta chalado! —exclama Albert, enjugando el sudor de su cara negra y brillante ¡Caray! ¡Habría podido liquidarnos a todos!

—¡Cabezota de mierda! —dice Porta—. En fin, ya no podrá matar a nadie más Revisemos la casa, por si acaso.

Hermanito mata un gato por equivocación. Se estaba lamiendo en el antepecho de una ventana.

—¡Cerdo asqueroso! —le increpa Porta, y no vuelve a decirle una palabra en todo el día.

ATAQUE DE INFANTERÍA

El Viejo saluda a los recién llegados y les explica, pacientemente, todo lo que no les enseñaron en la escuela de instrucción.

—Ahora escuchadme —dice, con voz ronca, escupiendo sobre la nieve un chorro de tabaco mascado. Frunce los labios y lanza un silbido largo y penetrante—. Cuando oigáis *esto*, ¡echaos al suelo! ¡De bruces! Son los diablillos que están al acecho. ¡Se *desparraman*! Tenéis que echaros en seguida al suelo, si no queréis ver vuestras tripas colgando sobre las puntas de vuestras botas. Ahora, ¡este ruido! —Produce un ruido grave y áspero, como el freno de un tren de mercancías—. *Poneos* a cubierto, con la rapidez de un murciélago salido del infierno. Los hoyos del suelo no sirven. Esas cosas golpean y *saltan*. Si estáis en un hoyo, ¡la mierda caerá sobre vosotros desde arriba! —Imita el sonido de todas las clases de granadas y de bombas. Lo repite una y otra vez, hasta que está seguro de que los jóvenes reclutas le han comprendido—. Una cosa *tenéis* que aprender, muchachos —sigue diciendo—. ¡A correr! ¡A correr como diablos! ¡A correr más de prisa que un conejo con un cohete en el trasero! Corriendo, *podéis* libraros de las granadas, si sois lo bastante rápidos, y no olvidéis nunca que estáis en HKL^[19], encogeos lo más posible, ¡y tened baja la cabeza! Si queréis volver a vuestra casa. Cuidado con los tiradores, muchachos. —Señala el corro de jóvenes con el tubo de su vieja pipa con tapadera de metal, y lanza otro chorro de saliva sobre la nieve—. Sé que os han dicho que nuestros vecinos del otro lado están mal adiestrados. ¡Olvidadlo! ¡Corred cuanto podáis! Los tiradores siberianos son los mejores del mundo. Pueden darle a una rata en la cabeza, ¡desde doscientos metros!

Hace muy poco que ha amanecido. La compañía llega a primera línea, y dos minutos después, el primer hombre cae de un balazo en la cabeza. Un chico de diecisiete años, artillero de tanque, que ha olvidado lo que *el Viejo* trató de enseñarle. Los otros palidecen al contemplar a su camarada muerto. La bala explosiva se ha llevado toda su cara.

—¡Estúpidos! —dice Porta, con sarcástica mueca—. Esto debería demostraros que Iván no usa pistolas de fogueo. Pueden volar una cabeza alemana en menos que canta un gallo, ¿eh? No seáis curiosos, ¡y viviréis más tiempo!

—¡Eh, tú! —ordena *Hermanito*, con voz tonante—. ¡Tú, el del cuello largo! ¡Sí, tú! ¡Deja de mirar como un imbécil!

Un muchacho larguirucho, de diecisiete años, con un uniforme demasiado grande para él, se cuadra y saluda.

—¡Olvida la gimnasia! —le dice *Hermanito*, echando una nube de humo de su gordo cigarro—. Coge esas cajas de municiones y pégate a mi culo. Aunque Iván te borre de la faz de la tierra con un lanzallamas, ¡no te separes de mí! ¿*Panjemajo*^[20]?

—No puedo llevar las seis, *Herr Obergefreiter*. Solo tengo dos manos —se disculpa el joven, muy afligido— tendiendo ambas manos.

—Entonces, ¡átate un par de ellas en los cojones! —sugiere *Hermanito*, relinchando como un caballo—. Tienes que *llevarlas*, de la manera que prefieras ¿*Panjemajo*?

Más abajo de la línea, Heide se pavonea. Le han dado el mando de un pelotón, y su síndrome cuartelero se manifiesta plenamente. Sus gritos pueden oírse desde muy lejos, mientras hostiga a su pelotón.

—Julius es, y siempre será, un puerco militar. *Il est con!* —dice agriamente *el Legionario*.

—Nació con uniforme y casco de acero, ¿no lo sabías? —dice Porta—. Cuando salió del vientre de su madre, un 2 de abril, que es desde luego el cumpleaños del *Führer*, lo hizo con bayoneta calada y pinchó con ella la panza de la comadrona, ¡lanzando un hurra salvaje! Después le abrió la cabeza al médico con la culata y tomó una ducha fría, ¡para preparar su carrera de suboficial del ejército prusiano!

Observamos sonriendo a Heide, que está haciendo acopio de furia artificial, que al parecer considera necesaria para convertir a unos paisanos estúpidos en robots militares. Julius Heide es un soldado apuesto, erguido, bien adiestrado, de cabellos rubios y ojos azules, fríos y amenazadores.

—¡Qué espectáculo! —grita Porta, desde un hoyo en la nieve—. Ya quedamos pocos de los viejos. Donde quiera que mires, solo ves caras nuevas. ¡Malditos estúpidos! Ven acá, *Hermanito*, y hazme compañía. ¡No puedo soportar a los desconocidos!

—Yo tampoco —gruñe *Hermanito*, con su voz de bajo—. Si tengo que irme al otro barrio, quisiera que me acompañasen los amigos. Siempre me ha

repugnado mezclar mi sangre, mi mierda y mis huesos con un montón de bastardos extraños.

Mirando cuesta abajo, alcanzamos a ver la fatídica aldea por cuya posesión van a morir muchos soldados alemanes y rusos en los próximos días. Gracias a la nieve, parece una postal navideña más que un lugar donde acecha el peligro. Pero sabemos que los rusos están allí abajo y que han fortificado sus defensas mucho y bien. Es la primera estación de la *vía dolorosa* que conduce a las alturas y a la enorme prisión de la GPU^[21] que se yergue amenazadora en la cima de la colina más lejana, apareciendo y desapareciendo entre cendales de nieve.

La carretera discurre desde las alturas y las cumbres hacia el valle donde espera la muerte. Nuestras unidades de asalto tendrán que abrirse paso a través de varias aldeas y fortificaciones para llegar a la gran prisión. Esta mañana aún no lo sabemos, pero dentro de poco la maldeciremos nosotros y los soldados rusos tanto como miles de desdichados presos la han odiado y maldecido. Cuando amaina intermitentemente la nevada, parece algo sombrío y amenazador, que nos domina con sus macizas paredes y sus hileras de ventanas enrejadas.

—Me pregunto cuántos habrán estado encerrados en *ese* lugar —dice reflexivamente Porta, estudiándolo a través de sus gemelos de campaña—. Una edificación rodeada por tres murallas con gran cantidad de alambre espinoso en la cima. ¡Nunca había visto cosa igual!

—Un infierno grande, ¿no? —dice *Hermanito*, impresionado, mirando por los lentes de los prismáticos—. Me pregunto si soltarán a los esclavos cuando empecemos a machacar la fortaleza. ¿O se limitarán a dar otra vuelta a la llave, como hacen los nuestros cuando hay un ataque aéreo?

—No les dejarán salir —dice sentenciosamente Porta—. Cuando empecemos a lanzar bombas incendiarias, dejarán que se fríen en su propia grasa.

—Me pregunto si habrá mujeres ahí —dice Albert, relamiéndose.

—Claro que las hay. Es una cárcel de hombres y de mujeres —explica Julius Heide, que siempre está fastidiosamente enterado de todo.

—¿Qué clase de infelices perdedores sociales están encerrados allí? —pregunta *Barcelona*, consciente de que la expresión herirá a Heide en lo más hondo.

—¿Qué quieres decir con eso de perdedores sociales? —silba Heide—. ¡Son criminales! Cerdos políticos y criminales, ¡que deberían ser llevados al paredón!

—No olvides —dice Porta, sonriendo satisfecho— que es una prisión de *untermensch* comunista. Sus presos políticos son en cierto modo aliados nuestros. Liberadores, podrías decir.

Los traidores son traidores —dice categóricamente—. El ruso que simpatice con nosotros *sigue* siendo un traidor a su país, un criminal político, ¡y merece la muerte por ello!

—¡Bravo! —dice Porta, soltando una carcajada y llevándose las manos a la cabeza.

—Entonces, ¿qué me dices de la gente de Vlasov? —pregunta Gregor, sonriendo con picardía—. Nosotros *les* hemos dado uniformes y armas para que *nos* ayuden a dar una paliza a los suyos, ¿no?

—¡Sois demasiado estúpidos para comprenderlo! —exclama Heide, irritado, y a punto está de asomar la cabeza sobre el borde nevado de la trinchera. De pronto se acuerda de los tiradores y se agacha rápidamente—. Uno de nuestros clásicos lo dijo claramente: *Der Feind liebt den Verrat, aber Verachte den Verräter*^[22].

—¡Tonterías! —*Hermanito* hace un ruido despectivo—. Todo el mundo quiere a todo el mundo, ¡mientras lleven el uniforme debido! Alemania tiene suecos *e* ingleses y rusos *a* su servicio.

—Y también negros —añade Porta, riendo y señalando a Albert, que está sentado masticando un trozo de pan helado.

—¡Cierra el pico, hombre! —gruñe Albert, ofendido—. ¡Yo soy alemán de pura raza!

—Tal vez eres alemán —grita Heide, burlón—, ¡pero *nunca* serás germánico!

—Lo cual me satisface, ahora que el SS Heini ha dicho que los hindúes son arios —gruñe Albert, mostrando todos los blancos dientes como un perro rabioso.

—¿Por qué los negros tienen blancas las palmas de las manos y las plantas de los pies? —pregunta *Hermanito*, con interés, mirando las palmas rosadas de Albert.

—Esto lo sabe *todo el mundo* —grita Porta, apartándose de Albert—. Él y los de su tribu tuvieron que ponerse a cuatro patas cuando les pintaron de negro.

—¡Ja-ja-ja-jaaa! —silba Albert—. Eres *gracioso*, hombre, ¡*muy gracioso*!

Un sonido sordo y siniestro aumenta en el aire. Como si algo viniese hacia nosotros, rebotando en las paredes de un tubo muy largo. La nieve se alza en

grandes surtidores al caer los proyectiles de los morteros ante nosotros. Las granadas estallan con sordos estampidos.

—¡No hay derecho! —protesta Porta, desde el fondo de su agujero en la nieve—. Somos *nosotros* los que deberíamos disparar los morteros, y no esos culones y estúpidos Ivanos. ¡Siempre quebrantan las normas!

Un grito hiende la noche. Viene del otro lado del helado arroyo. Fuerte y estridente. La inútil protesta del hombre contra el trozo de metralla que se ha clavado profundamente en su cuerpo. Como si gritar sirviese de algo.

Vuelve a oírse el inquietante sonido, seguido de una sorda explosión. Nos encogemos. Húndete en la nieve. La instrucción sirve para esto. No te dejes matar por un puerco mortero. Por ninguna razón. Todo el mundo está más o menos aterrorizado. Los jóvenes que no estuvieron nunca en el frente llevan la peor parte.

—¡Joder, vaya frío! —gruñe Gregor, soplando hacia arriba para calentarse la cara con su propio aliento—. ¡Debemos estar a treinta bajo cero! Lo bastante para helarle los cojones a un oso polar y hacer que tenga olvidada a la señora osa durante un mes de domingos.

—Estamos exactamente a diez bajo cero —declara Julius Heide, dándose importancia—. El soldado alemán debería ser capaz de *soportarlo*. Los antiguos teutones tenían que aguantar temperaturas peores.

—¿Estabas tú *allí*? —grita Gregor, golpeando la nieve con los pies.

—¡Claro que estaba! Julius estaba allí, y también su *Führer*. Los alemanes abrevaban sus caballos en el Volga y Julius le quitaba los carámbanos del culo al *Führer*, ¡después de echar este una cagada!

Porta se ríe tan estruendosamente que los rusos empiezan a disparar sus ametralladoras, pensando que se burla de ellos.

Hermanito desprende la cantimplora de su mochila y sigue con la mirada el rastro de las bengalas. Echa un largo trago y ofrece la cantimplora a Porta.

—*Stolichnaya* —exclama Porta, entusiasmado, y se lleva la cantimplora a los labios, sintiendo que el vodka puro circula por todo su cuerpo y llega hasta los helados dedos de sus pies.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunta Gregor, pasando la cantimplora a *Barcelona*.

—GEKADOS^[23] —responde *Hermanito*, sonriendo misteriosamente—. Acerté a pasar por delante de un almacén de la *Luftwaffe* donde les estaban ajustando las cuentas a tres ladronzuelos de ingenieros. Los habían pillado escamoteando un metro o algo así de tocino. Bueno, nadie se dio cuenta de que yo me llevaba una caja.

—¿Dónde está el resto? —pregunta Porta, con no poco interés—. ¡Generalmente hay doce botellas en cada caja!

—Aquí —ríe *Hermanito*, abriendo su anorak.

—Solo espero que Iván no te dé con una de sus píldoras —observa secamente Porta—. Volarías como un manojo de cohetes en víspera de Año Nuevo.

—Nada me pasará, no temas —dice *Hermanito*, con certidumbre—. Siempre estoy dispuesto a ceder el sitio a los condenados héroes que quieren que graben sus nombres en una lápida porosa delante del cuartel y aceptan de buen grado una licencia permanente con tal de que los vean allí.

El *Feldwebel* Lange, del Grupo de Mando, llega deslizándose sobre la nieve, desalentado, y se deja caer jadeante junto al *Viejo*.

—La cosa está que arde —balbucea, muy excitado—. El hijo de puta de Iván viene en *oleadas*. No hay contacto con el Tercer Batallón. ¡La radio del Grupo de Mando quedó hecha cisco! ¡Un impacto directo! Yo soy el único que pudo librarse. En el último minuto. ¡El culón de Iván estaba llamando ya a la puerta!

—*C'est le bordel!* —dice *el Legionario*, manejando frenéticamente el transistor de radio—. Puedo oírles, ¡pero no entiendo palabra de lo que dicen!

—¡Emplea el Morse! —ordena vivamente *el Viejo*.

El Legionario empieza a golpear la clavija. Heide le ayuda. Envía un mensaje urgente: «Ataque ruso. Ala derecha abierta. Segundo Batallón sin contacto con flancos y retaguardia. Imposible mantener posición. Tercera y Quinta Compañías destruidas. Cambio».

—¡Imbéciles! —maldice amargamente *el Viejo*—. Esto es lo que sacáis de emplear patanes sin instrucción para que luchen por vosotros. Y ahora, ¿qué?

Heide levanta la mano y escribe furiosamente. Tiende el mensaje al *Viejo*.

—*Claro, claro* —murmura *el Viejo*, riendo amargamente, y aspira una pulgarada grande de rape—. ¡Hasta el último hombre! ¡Hasta la última bala! Oigamos, por una vez, lo que dice el *otro* lado. Preparad vuestras herramientas y vuestras mangueras de jardín, muchachos. ¡Tendremos visitantes! ¡Dadme el jefe de la compañía!

El aire está lleno de ruido. El cielo y la tierra parecen haberse abierto para escupir fuego y acero sobre nosotros. Chirrían las orugas de los tanques. Potentes motores zumban al desarrollar la fuerza máxima. La blancura cegadora de la nieve se torna violeta y carmesí. Todo el horizonte parece estar en llamas.

Albert está tumbado a mi lado, apretado contra la nieve. Ha bajado lo más posible su blanca capucha sobre la cara. Está seguro de que su cara negra sería un blanco perfecto.

—¡Dios mío, qué no daría yo por un *Heimatschuss*^[24]! ¡Así podría salir de una vez para siempre de este infierno! —sueña en voz alta.

Las ametralladoras empiezan a tabletear a ambos lados de nosotros. Las bengalas se apagan sobre la nieve.

—¿Y ahora qué, *Oberfeld*? —pregunta el joven *Leutnant* Braun, mirando distraídamente a su alrededor.

Aunque es el jefe del pelotón, es lo bastante avisado para dejar que *el Viejo* tome las decisiones.

—Atacar —responde brevemente el Viejo—. Tenemos que tomar aquella puerca aldea, ¡y pronto! Si no lo hacemos, pueden irnos preparando una corona de flores.

—Imposible —gime el joven teniente—. Necesitaríamos armas pesadas para tomarla. ¡Allí debe de haber un batallón!

—No llores, *Leutnant* —grita satisfecho Porta—. Cuando empiecen a funcionar nuestras herramientas y nuestras mangueras de jardín, el viejo Iván se largará y se irá a tomar por el culo antes de que tenga usted tiempo de decir Jesús.

—Adelante —ordena *el Viejo*, y se pone en pie con la metralleta preparada y las granadas de mano colgando del cinturón a su espalda—. Los dedos en el gatillo, ¡y seguidme!

Saltamos en tromba las paredes de nieve y bajamos hacia la nieve profunda. Sudando y maldiciendo, avanzamos en el infierno blanco. Cada paso que damos requiere un esfuerzo sobrehumano. Nuestros pies avanzan, dejando a menudo una bota en la nieve.

Las «Maxims» pesadas martillean desde la aldea. Como segadores, diezman nuestras primeras filas. Sombras oscuras yacen como islas silenciosas en la nieve.

—*Vive la mort!* —vocifera *el Legionario*. Parece volar sobre la nieve. Los ataques parecen siempre volverlo loco. Se lanza como un árabe que hubiese perdido la chaveta.

Desde un agujero en la nieve, un ruso nos contempla horrorizado.

El Legionario dispara su «Mpi», y el ruso se derrumba como un guiñapo ensangrentado.

Hermanito avanza como un búfalo rabioso. Pincha con su «Mpi» la espalda de un asustado maestro de escuela que, una y otra vez, intenta alejarse

de su verdugo.

—¡Adelante, maestro apestoso! ¡Esta es la gloriosa guerra que estuviste enseñando a tus pobres alumnos! Ándate con cuidado y no empieces a acariciar ideas de alta traición, ¡hijo de puta!, o tendrás que esconderte en un agujero bajo tierra mientras nosotros ganamos la guerra.

El ex *Oberst*, que es demasiado viejo para ataques de Infantería como este, tose y bufa como una locomotora averiada al subir una fuerte pendiente.

Silban las balas. Vuelan sobre nuestras cabezas con un zumbido de avispas irritadas.

Cagándonos en todo y casi sin resuello, nos ponemos a cubierto en el otro lado de la colina. Sentimos en el cogote el cálido aliento de la muerte. Nos deslizamos desafortunadamente cuesta abajo y, de pronto, para sorpresa nuestra, nos encontramos entre casas medio enterradas, con solo las puntas de las chimeneas asomando sobre la capa de nieve.

Vuelan las granadas. Tabletean las «Mpi» y las «LMG». Puertas y ventanas son arrancadas de sus goznes y lanzadas en nuestra dirección. Miles de balas trazadoras brillan en el aire helado y se hunden en los cuerpos de soldados que huyen. Los infantes rusos abandonan sus agujeros en la nieve y corren en busca de nuevos escondites en la nieve amontonada detrás de las cabañas. Nos acomete una furiosa sed de sangre. La borrachera de la victoria. Al haber pillado por sorpresa al temido enemigo.

—*Vive la mort!* —chilla frenéticamente *el Legionario*, descargando la culata de su rifle sobre la cabeza de un gordo sargento, y sintiendo las salpicaduras de la sangre.

—*Njet vystrelitj!* —gime un capitán ruso, alargando una mano hacia delante, en ademán defensivo.

El *Leutnant* Braun se detiene y mira, confuso, al oficial ruso herido. Después echa a correr detrás del *Viejo*, que desaparece al doblar la esquina de una larga trinchera.

Como en una película acelerada, veo que el ruso tiene una granada de mano y se dispone a arrojarla contra el *Leutnant* Braun. Deliberadamente, golpeo su cara con la culata. La granada resbala de su mano y estalla en una explosión de nieve y de tierra helada.

Un soldado de Infantería es lanzado al aire. Una de sus piernas cuelga de jirones de carne. La sangre brota de su muslo como agua de una cañería reventada.

Me inclino sobre él, pero es inútil. Muere, gracias a la estupidez de Braun. Hubiese tenido que matar al ruso. Como dice Porta: «Si queremos conservar

la vida, tenemos que ser más crueles y traidores que ellos. ¡Solo media un segundo entre la vida y la muerte! Vacila al disparar o al arrojar una granada, y puedes darte por muerto».

Un ruso delgado como un esqueleto se pone en pie delante de *Hermanito*.

—*Milosti! Milosti!* —grita histéricamente, dando saltos como si estuviese pisando uvas.

—Los rusos buenos son los rusos *muertos* —ríe triunfalmente *Hermanito*, y envía una descarga larga como la eternidad al cuerpo del ruso, que cae hacia atrás como un muñeco de trapo sobre una valla ardiendo.

El cuerpo de un miliciano yace desparramado sobre un vehículo arruinado. Tiene el cráneo abierto y la masa encefálica cuelga a un lado. Un anticuado casco de acero yace boca arriba a sus pies.

El maestro de escuela se para en seco, como si hubiese tropezado con una pared. Mira durante largos segundos el cráneo hendido. Arroja la carabina al suelo, se tapa la cara con las manos y empieza a chillar como un loco.

—¡Maldito quejica! —ruge *Hermanito*, cayendo encima de él como una ola gigantesca—. ¿Te imaginas que ya ha terminado la maldita guerra de Adolfo y que ha llegado ya la hora de las lágrimas? ¡Coge ese fusil y camina, si no quieres que te vuele los cojones! Es decir, ¡si es que los *tienes*!

El maestro de escuela corre graznando, como un cuervo aliquebrado, delante de *Hermanito*, el cual le ayuda largándole patadas y golpes de culata. Yo corro detrás de los otros, con la LMG en los brazos. De un estrecho callejón salen corriendo unas figuras vestidas de blanco, con altos gorros de piel. Hay una fuerte explosión y me zumban los oídos. De pronto, ¡me quedo sordo como una tapia! Dejo caer la LMG, presa del pánico. Un segundo después, siento que me elevo del suelo como levantado por una mano gigantesca que me arroja después sobre la nieve.

Surge un surtidor de llamas cegadoras. Otro, y otro. Varias botas pasan sobre mí en largas y ágiles zancadas.

El aire silba, zumba y restalla, como si millones de avispa irritadas cambiasen de lugar.

Me hundo febrilmente en la nieve. Solo pienso en una cosa. Huir de este infierno de locura.

Una casa se alza en el aire y se disuelve en una lluvia de vigas, ladrillos y cristales.

Una estufa pasa volando, dejando tras de sí una estela de chispas.

Los rusos de la entrada de la calle son empujados hacia atrás y aplastados contra los muros de piedra del *koljós*. Un cañón antitanque desciende sobre

sus orugas por la calle de la aldea, aplastando a dos infantes alemanes a los que hace papilla en su carrera. Se abre paso a través de una casita.

Una SMG^[25] rusa aparece al derrumbarse la pared. Deliberadamente, le arroja una granada de mano.

Una tremenda explosión, y la ametralladora calla.

A las pocas horas, la aldea ha sido limpiada.

Algunos se rinden. Salen cansadamente de sus agujeros, con los brazos en alto y un miedo mortal en sus semblantes.

Las «Mpi» restallan cruelmente. No hacemos prisioneros. Los matamos a todos. Incluso a los heridos.

La compañía de Ingenieros encuentra una compañía de Infantería alemana. Todos han sido liquidados. Con un tiro en el cuello y rematados a bayonetazos.

Formamos un círculo y les contemplamos en silencio. Algunos, apáticos, otros, hirviendo de furor. Algunos de los muertos han sido torturados. ¡Bestialmente!

—*Merde!* —dice *el Legionario*—. ¡Basura en el estercolero militar! *C'est la guerre.*

—Solo unos hombres malvados pueden hacer una cosa así —dice Albert—. ¡Unos hombres *muy* malvados!

—Cualquier día les haremos nosotros lo mismo, si se ponen en *nuestro* camino —ríe *Hermanito*, con igual malignidad.

Un «Panzer-4» baja con gran estruendo por la calle de la aldea. Su grueso tubo de escape brilla en la luz gris invernal.

Con un chirrido de cadenas y levantando una nube de nieve, se detiene delante del *Leutnant* Braun. Un general de Brigada, envuelto en una blanca piel de oso, emerge de la torrecilla abierta.

—¿Qué está haciendo aquí *su* gente, *Leutnant*? —grita en tono amenazador.

El *Leutnant* Braun farfulla nerviosamente una respuesta, a tal velocidad que las palabras se atropellan al brotar de sus labios.

El abrigado general le observa con malicia.

—¿Está en contacto con su compañía? —pregunta, sacudiendo el hielo de sus guantes de piel.

—Mi general —dice el *Leutnant* Braun, con voz de falsete—. El puesto de mando está en la cabaña de caza a dos kilómetros al norte de Sandova.

—¿Le han ordenado que tome posición aquí? —pregunta el general de Brigada, con voz ronca, y francamente amenazadora.

—No, mi general.

—Entonces, ¡siga *adelante*! ¡El camino hacia casa pasa por Moscú!

El «P-4» desaparece en una nube de nieve y lanzando chorros de fuego por el tubo de escape. El general no corresponde al saludo del *Leutnant* Braun.

Maldiciendo en voz baja y rojo como una amapola, Braun se reúne con nosotros.

—Seguimos adelante —dice, en tono de disculpa y jugueteando nerviosamente con su metralleta.

—¿Cuáles son sus órdenes, señor? —pregunta *el Viejo*, apretando flemáticamente el tabaco en su pipa con tapa metálica.

—Probablemente será mejor para todos que dé usted las órdenes, Beier —dice resignadamente el *Leutnant*—. ¡En la escuela de oficiales no enseñan nada de esto!

—¡Coged las armas! —ordena bruscamente el *Viejo*—. El dedo en el gatillo, ¡y marchad por los lados de la carretera! ¡Mantened distancia entre los grupos! No os apelotonéis, por el amor de Dios, si no queréis que un mortero os liquide a todos a la vez. ¿Cuántas veces tendré que decíroslo? ¡Desplegaos, me cago en la puta! —grita furiosamente a *Hermanito*, que ha adoptado como asistentes al maestro de escuela y al desgraciado *Oberst*.

—¡Calma, *Viejo*! ¡Yo y mis dos héroes alemanes vamos a desplegaros sobre toda la sangrienta Rusia!

El fúnebre gris de la mañana de invierno se convierte en un azul de hielo. La tormenta ha amainado. Un tiro puede oírse a varios kilómetros de distancia en el crudo frío invernal.

Marchamos cansadamente por la amplia llanura en dirección a las amenazadoras y lejanas alturas grises.

—¿Dónde diablos se ha metido ahora Iván? —pregunta Porta, mirando debajo de un montón de heno—. Cuando uno piensa que está en un sitio, se mete bajo tierra. Siempre escondiéndose, el muy maricón, ¡para poder dispararnos por la espalda!

—Los rusos han adquirido *gran* experiencia de esto en el curso de los años —explica Gregor—. Cuando no les persigue un enemigo ladrón y sanguinario como nosotros, su propia policía secreta se empeña en enviarles a Siberia para quitar nieve a paladas.

Avanzada la tarde, llegamos a unas ruinas. Están llenas de cuerpos carbonizados y amontonados.

Después de una breve y acalorada discusión, perdemos interés. Porta encuentra un cerdo congelado.

—Dios nos protege —dice *Hermanito*, y empieza inmediatamente a hacer una fogata. Envía al maestro de escuela y al desgraciado *Oberst* a buscar leña —. ¡Seca! —les grita—. ¡U os emplearé a *vosotros* como leña!

El Viejo quiere seguir adelante. Vocifera y se desgañita, pero cede al fin. Sabe por amarga experiencia que solo un ataque masivo de tanques enemigos puede apartar a Porta de un banquete.

Con palas y hachuelas, descuartizamos el gordo y congelado cerdo.

—¿No deberíamos deshelo primero? —pregunta el *Leutnant* Braun ingenuamente, levantando las manos para resguardarse de los helados trozos de carne que saltan en todas direcciones.

—No tenemos tiempo, *Leutnant*. Si esperamos demasiado, nuestros amigos se nos echarán encima con sus viejas balalaikas automáticas y convertirán nuestros culos en coladores —le explica Porta, abriendo el cerdo con un hacha de carnicero.

Albert sube del sótano con un saco de patatas, una cesta llena de huevos y una jarra de leche helada.

—¡Jesús, María y José! —grita Porta, con la boca llena de cerdo congelado. Ahora lo moja en un tazón de aguardiente dulce ruso que ha encontrado Albert junto con las otras cosas—. ¡Ahora voy a hacer *blinis*!

El *Leutnant* Braun se emborracha y empieza a cantar canciones prohibidas. En varias ocasiones confía a Gregor que nunca le *han* gustado el *Führer* y su partido.

Heide lo mira con reproche. No puede comprender que un oficial del Ejército del *Führer* diga estas cosas. Resuelve romper toda relación con el *Leutnant* Braun.

En el sótano, Porta encuentra todo lo que necesita para hacer *blinis*. Incluso salmón ahumado. Es bastante ordinario y tiene un color un poco extraño, pero es perfectamente comestible.

—Debería emplear una sartén de hierro colado —explica—, preferiblemente sin mango, aunque eso tiene poca importancia. En todo caso, puedo hacer unas tortitas rusas muy aceptables.

Silbando alegremente, empieza a mezclar la pasta en un puchero grande.

—Sin cerveza, ¿verdad? Bien, usaremos vodka. —Con grandes aspavientos, rompe los huevos y los echa en la harina y la leche.

Pronto se llena toda la ruina del aroma de los *blinis*. Montones de estos se acumulan en la larga y desvencijada mesa. Porta los hace muy gruesos, al

estilo ruso. Cuando ha terminado de hacer el último, empezamos a devorarlos, como si nos preparásemos para siete años de escasez.

Primero un *blini* caliente y humeante; después una tajada de salmón ahumado, y encima de esta, un trozo de cerdo. Y otro *blini*. En realidad, tendría que haber crema agria, pero tenemos que imaginarla. En vez de esta, los rociamos con aguardiente dulce. Cuando han desaparecido todos los *blinis*, casi no nos atrevemos a movernos por miedo de reventar.

Porta saca su flautín de una bota. Se tumba sobre la espalda y nos ofrece un aria de la opereta *La Divorciada*.

—¡Santa Inés, lo que he comido! —gruñe Gregor, lanzando una larga y sonora ventosidad, seguida de cerca por un doble esfuerzo de Porta.

—La próxima vez que encontremos algo comestible, os haré *Bortsch* —promete, con una expresión soñadora en el semblante—. La sopa predilecta de todos los rusos. Cuando encontremos una vaca, nos llevaremos una tajada, y confío en que también encontraremos un poco de tocino en el camino. En cuanto a las verduras, ¡no habrá dificultad! ¡Es una sopa capaz de hacer capitular en el acto a todo el Ejército Rojo!

Casi tenemos que arrastrarnos para ir al retrete, que, por extraño que parezca, es lo único que queda en pie de toda la aldea.

Porta es un glotón. Se lleva una tajada de cerdo y un tazón de aguardiente dulce.

—El hombre que tiene la cabeza en su sitio no da un paso sobre la corteza terrestre sin llevar provisiones consigo —nos alecciona, hincando el diente en la tajada.

Oímos ruido de armas y equipo en el exterior.

—La compañía ha llegado —declara Porta, mirando cautelosamente por una grieta de la pared manchada de hollín.

—¡Arriba! —ordena nerviosamente *el Viejo*—. ¡Coged vuestras cosas! Löwe se pondrá furioso si nos encuentra aquí comiendo de un modo tan insensato.

—Sí. Salgamos y vayamos en busca del viejo Ejército Rojo —ríe *Hermanito*, estúpidamente borracho—. Para esto hemos venido, ¿no?

—¿Dónde diablos se habían escondido, Beier? —pregunta el *Oberleutnant* Löwe, enrojecido el semblante, taladrando al *Viejo* con la mirada.

—Aquí —responde *el Viejo*, señalando vagamente la estepa con un movimiento circular de la mano, sin saber exactamente lo que tiene que contestar.

Löwe lo mira un momento con desconfianza. Después se encoge resignadamente de hombros y ordena:

—Quinta compañía, ¡en columna de a uno detrás de mí!

Apenas hemos salido de la arruinada aldea cuando una potente explosión retumba en la alborada. Instintivamente, nos arrojamos al suelo, entre la nieve, y nos encogemos.

Tierra, hielo y cascotes de acero vuelan por el aire. Parece que la onda expansiva va a hacer estallar nuestros pulmones, pero, afortunadamente, la explosión ha sido demasiado lejana para causar grandes daños a la compañía. Solo tenemos tres heridos. Pero apenas nos hemos puesto en pie y reanudado la marcha cuando toda una manada de «T-34» pintados de blanco sale del bosquecillo con gran estruendo de motores y chasquido de cadenas.

—¡Salones de Té! —chilla histéricamente *Barcelona*—. ¡Preparad las estufas!

El *Oberleutnant* Löwe levanta la mano para que nos detengamos y esperemos a los de antitanques, que jadean y resoplan al subir la cuesta.

—¡Echadnos una mano, holgazanes! —chilla un *Feldwebel*, lívido el semblante.

Un 75 mm es instalado en la gruesa capa de nieve.

—Esto no es de nuestra incumbencia, ¿verdad? —responde Porta, arqueando una ceja.

El *Feldwebel* empieza a chillar y a agitar los brazos, pero es interrumpido por *el Viejo*, que le dice que se vaya al diablo y que se lleve su maldito cañón.

—¡Me acordaré de ti! —promete el *Feldwebel*, hundiéndose en la nieve.

—*Herr Oberleutnant!* —grita a Löwe—. Estoy seguro de que Dios no quiere que nos maten aquí. ¡Larguémonos!

—Quédense donde están —ordena Löwe, con irritación—. ¡Preparen sus armas de corto alcance y no se muevan de sus agujeros!

—¡Vamos allá! Y pásame los «Molotovs» a medida que yo los vaya arrojando debajo de los «Salones de Té» —ordena *Hermanito* al maestro de escuela, golpeándole el casco de acero con el cañón de su «Mpi»—. ¡Que el diablo y su abuela te ayuden si pierdes el ritmo! ¡Te arrojaré debajo de un «T-34» como si fueses una bomba! Cuenta con ello, ¡chupador de alfabetos!

Rabiando en silencio, el maestro y el *Oberst* degradado pasan las granadas a *Hermanito*.

—¡Sujetad vuestros sombreros de hojalata! —ruge *Hermanito*, haciendo girar un puñado de bombas alrededor de su cabeza.

A unos veinticinco metros delante de él, avanza roncando un «KW-2».

—Va a aplastarnos —balbucea el maestro de escuela, aterrorizado y disponiéndose a correr.

—¡Quédate aquí! —gruñe *Hermanito*, apoyando en él una mano del tamaño de un jamón—. ¡Te arrancaré el pellejo si tratas de huir!

El tanque de cincuenta y tres toneladas se detiene. La torrecilla gira lentamente.

Una explosión ensordecedora, y una llamarada brota del cañón de 155 mm. La onda expansiva lanza a *Hermanito* sobre el maestro y el ex *Oberst*. La granada cae solo a treinta metros de su agujero en la nieve y arroja sobre ellos un alud.

—¡Bonita manera de abrir el baile! —gruñe *Hermanito*, asqueado y enjugándose la cara.

—¡Santo Dios! —chilla el maestro presa del pánico, pues la panza gigantesca del carro se alza amenazadora delante del agujero en la nieve.

El ex *Oberst* se incorpora a medias, cierra los ojos y espera que el tanque se les eche encima.

—¡Arriba, estúpido Iván! —ruge *Hermanito*, arrojando en rápida sucesión dos manojos de bombas debajo del «KW-2».

Se produce una llamarada de un blanco amarillento, y una columna de humo negro brota de la torrecilla del carro y forma un hongo encima de ella.

—¡Jesús! —balbucea el *Oberst*, pálido de miedo.

Una terrible explosión parte el «KW-2» en mil pedazos.

Hermanito rueda apartándose, al saltar hacia delante los restos incendiados del «KW-2». El ex *Oberst* yace en un agujero en la nieve chillando aterrorizado. Quince toneladas de torrecilla del tanque se han deslizado precisamente encima de él, desgarrando la espalda de su guerrera pero sin herirle. Con ojos desorbitados y temblando de los pies a la cabeza, contempla el rugiente infierno de llamas que solo unos segundos antes era una mortífera arma de guerra.

—¿Dónde está el maldito lanzallamas? —pregunta amenazadoramente *Hermanito*, mirando furiosamente al ex *Oberst*, en cuyos ojos aflora la locura del frente—. ¡El lanzallamas, desgraciado! —repite, golpeando al hombre con la culata de su «Mpi».

El ex *Oberst* trata de escurrirse como un perro apaleado. *Hermanito* le lanza una lluvia de maldiciones, con su «Mpi» a punto y el dedo en el gatillo.

—Voy a hacerte picadillo y sembrar tus pedazos en toda Rusia, ¡y después iré a escupir sobre la tumba de tu madre! —grita, con una grotesca sonrisa—.

Has tirado algo de propiedad del Ejército alemán, y esto merece un castigo, ¡culo paralítico!

Las cadenas orugas rechinan amenazadoramente detrás de la cortina de nieve, portadoras de muerte por aplastamiento. Un largo muro de piedra se abre como una cascara de huevo. La onda expansiva llega hasta nosotros y nos arroja al suelo. El calor quema la piel, pero *Hermanito* parece no ver el infierno que le rodea. Lanza una ráfaga de tiros a la nieve, cerca de los pies del ex *Oberst*.

—¡El lanzallamas! —farfulla, roncamente.

—¿Qué pasa? —pregunta *el Viejo*, con su voz tranquila acostumbrada.

—Una horda de monos salvajes debería haberse comido el culo de ese hijo de perra —masculla furiosamente *Hermanito*—. Ha tirado el maldito lanzallamas de Hitler. ¡Se imagina que todavía lleva sus galones! Nunca había conocido un tío mierda como él, ¡palabra!

—¿Dónde está? —pregunta *el Viejo*, mirando desdeñosamente al ex *Oberst*.

—Lo he perdido —murmura el *Oberst*, con voz pastosa.

—¿Lo has perdido? —ruge *Hermanito*, escandalizado, con voz lo bastante fuerte para ser oída en Moscú y en Berlín al mismo tiempo—. ¡Santa María, madre de Dios! ¡Lo que me faltaba oír! ¡Estás mintiendo, cubo de basura degradada! ¡Tú lo tiraste! ¡Lo tiraste porque no querías llevarlo, bastardo! ¡Y una mierda como tú ha sido oficial del Ejército del *Führer*!

—¡Ve a buscarlo! —ordena secamente *el Viejo*.

—¿Estás loco? —protesta el *Oberst* degradado. ¡Me matarán si bajo a buscar el lanzallamas!

—¿Y qué? —gruñe aviesamente *Hermanito*—. ¡Nadie te echaría en falta en esta unidad! Y Albert estaría contento. Se ahorraría tener que romperte la cabeza con su garrote, ¡antes de hacer contigo morcillas con ajo!

—¡Morir! —sonríe burlonamente *el Viejo*—. Cuando tenías mando decías «caer por el *Führer* y la patria». Pero tienes razón. «Muerto» es la expresión adecuada. ¡O «asesinado»! ¡O «tullido»! ¡O «hecho trizas»!

—*C'est la guerre* —sonríe *el Legionario*—. Muerte, ven, ven ahora, muerte... —tararea en voz baja.

—¡Por última vez! ¡Ve a buscar el lanzallamas! —ordena *el Viejo*, colocando su «Mpi», como sin advertirlo, en posición de fuego.

Gacha la cabeza, erguido el cuerpo, desarmado, el ex *Oberst* resbala y se desliza por la helada cuesta.

Una granada estalla a pocos metros de él, lanzándole una rociada de nieve. Es arrojado hacia atrás. Pierde el casco de acero. Se levanta con dificultad y camina tambaleándose sobre la gruesa capa de nieve, sin advertir los gritos de los hombres, los chasquidos de los árboles y las ensordecedoras explosiones a su alrededor.

—Segundo pelotón, ¡adelante! —ordena *el Viejo*. Y volviéndose a *Hermanito*—. ¡Cuida de ese viejo cagón!

—Con mucho gusto —dice *Hermanito*, sonriendo satisfecho—. ¡Le cuidaré como una madre! ¡Pero no todas las madres son buenas!

—¡Que Dios *te* valga, si le liquidas! —le advierte *el Viejo*, con dura expresión en el semblante.

—¿Cómo puedes creermelo capaz de una cosa así? —pregunta *Hermanito*, con una taimada sonrisa en su cara negra de pólvora—. Yo cumplo el tercer mandamiento: ¡No liquidarás a tu vecino! Y tampoco olvido lo que dijo Moisés: Aquel que dé un porrazo a la cabeza a su compañero, ¡que le aplasten a él la tapa de los sesos!

—¡Majareta! —gruñe *el Viejo*, irritado, y corre cuesta abajo con *el Legionario*.

El ex *Oberst* regresa jadeando y arroja furiosamente el lanzallamas a los pies de *Hermanito*.

—¿Has perdido la chaveta?, hombre —exclama *Hermanito*, en tono de reproche—. ¡Puedes mellar el aparato de Adolfo! Y te lo descontarán de la paga, ¡puedes estar seguro! No olvides que cobras un sueldo de recluta, no de oficial. Tardarías un año en pagar. Ahora cárgatelo sobre la espalda y no te separes de mí. ¡Vamos a brindar con los vecinos! ¿Adónde diablos ha ido ese maldito maestro de escuela? Si ha tratado de escapar, ¡le pillaré y le clavaré su puntero en el culo!

—Estoy aquí —grita el maestro de escuela, asomando la cara asustada sobre el borde de un hoyo en la nieve.

—Bueno, *así* está bien —gruñe satisfecho *Hermanito*—. Os conviene a los dos que no me enfade. Carga con las malditas municiones y sigue la flecha. ¡Lo peor que puede pasaros es que os vuelen el culo y no podáis volver a sentaros en un orinal!

—¡Arriba, arriba, hatajo de héroes cojos! —*El Viejo* les hostiga con impaciencia—. ¡Vamos! ¡Acercaos, imbéciles! ¡Seguid a los tanques!

—Parece que hayáis comido mierda o se os haya subido a la cabeza —ruge *Porta*—. ¡Agrupaos, agrupaos, si estáis cansados de la vida! Yo no voy a

salir del Ejército empujado por una bala. ¡No me alisté voluntario para que me matasen!

—Correr, correr, ¡correr! ¡Siempre corriendo! —vocifera furiosamente *Hermanito*, agarrándose al gancho del remolque de un «P-4»—. ¡Pronto tendré que arrastrarme sobre las nalgas! ¡Tengo las piernas gastadas hasta las caderas!

Se enciende el horizonte. Los cohetes de nuestras baterías silban en el aire, y los pesados órganos de Stalin les responden enfurecidos.

Las ametralladoras pesadas «Maxim» rusas retumban delante de nosotros y también en diagonal. Avanzamos contra ellas con granadas de mano y minas S, y despachamos a los supervivientes en lucha cuerpo a cuerpo. Todo es tan rápido que apenas nos damos cuenta de lo que nos sucede.

—*En avant, marche! Vive la mort!* —chilla frenéticamente *el Legionario*, clavando su largo cuchillo moruno a un teniente ruso, que tropieza con un cadáver y suelta el «Kalashnikov» que llevaba en la mano.

Una y otra vez, el grito de guerra moruno del *Legionario* suena a través de la cortina de nieve.

—La arena de este loco desierto le hace hervir de nuevo la sangre —se burla Porta, escupiendo desdeñosamente sobre la nieve.

—Loco como una cabra —comenta Gregor—. ¿Por qué diablos tiene que luchar así? ¡Él no quiere a Adolfo ni a la Vieja Alemania!

—Probablemente un camello le mordió las nalgas cuando corría por el Sahara con sus compañeritos, capando a los pobres árabes —ríe Porta.

Los terribles cañones de campaña rusos empiezan de nuevo. Estallan las granadas a nuestro alrededor, levantando nieve, tierra y cadáveres helados.

Jurando y maldiciendo, avanzamos entre las montañas de nieve, hundiéndonos a menudo hasta los sobacos y emergiendo de ella con gran dificultad.

Salimos de nuevo a la carretera y nos convertimos literalmente en carretas al resbalar sobre la helada superficie. Nuestras botas claveteadas no pueden afirmarse en ella.

Las metralletas rusas barren la carretera en mortíferas ráfagas. Las granadas de mano estallan a nuestro alrededor en un infierno de fuego. Seguimos avanzando a grandes saltos y tropezamos con un destacamento de soldados de a pie que se apretujan temerosos sobre la nieve y levantan las manos pensando que somos rusos.

—¿Están cansados los héroes del *Führer*? —ríe *Hermanito*, disparando una ráfaga de balas alrededor de los pies de un *Unterfeldwebel*.

—¡Adelante, camaradas! —grita Porta, burlón—. ¡El camino más corto para volver a casa pasa por Moscú!

Con palas de bordes afilados y bayonetas caladas, el pelotón se lanza contra las posiciones rusas. *Hermanito* lanza una larga y estruendosa ráfaga a través de la ranura de observación de un puesto de defensa. Al rebotar en las paredes de hormigón, las balas producen una carnicería. Pocos sobreviven a ellas. Son literalmente hechos pedazos en un fuego cruzado indirecto de proyectiles imprevistos.

Arrojo una granada de mano contra el búnker del fondo de la posición. La lanzo con tanta fuerza que a punto estoy de descoyuntarme el brazo. La explosión que sigue me empuja hacia atrás con enorme fuerza, y todo el aire es extraído de mis pulmones.

El búnker vuela por el aire en una sola pieza y cae en posición invertida. Mi granada debe de haber volado el depósito de municiones de reserva.

La onda expansiva levanta a *Hermanito* y el maestro de escuela, que caen de nuevo pesadamente sobre la nieve.

—¿Te has vuelto *loco* o qué? —chilla *Hermanito*, pálido de furor, saliendo a gatas del montón de nieve—. ¡No se manejan así los explosivos, hijo de puta! ¡Por poco me arrancas de mis botas!

Dos cañones motorizados llegan chirriando. El primero de ellos se detiene sobre un búnker y gira sobre sus cadenas como un pie apagando un cigarrillo sobre el suelo. Crujidos de madera. Chasquidos de hormigón. Unos hombres lanzan gritos ahogados. El cañón motorizado sigue girando y meciéndose hasta que callan las voces.

Arrojo una granada contra un nido de «MG» Trozos de madera vuelan por el aire. Un «Maxim» se vuelca, apuntando el suelo. Sobre su cubierta de refrigeración penden los restos de un soldado ruso, convertida su cara en una pulpa imposible de reconocer.

Oímos a nuestro alrededor los estampidos característicos de los cañones de los tanques.

Un *Rittmeister* alto y delgado, con la gorra de oficial jactanciosamente inclinada sobre un ojo nos hostiga.

—Vamos, vamos, ¡no os enfriéis! ¡Demostrad que sois soldados del *Führer*, muchachos!

—¡Y tú demuestra que eres un montón de mierda de gallina! —gruñe furioso *Hermanito*, aunque no lo bastante fuerte para que pueda oírle el *Rittmeister*.

—En esta guerra de hombres, ¡cuántos imbéciles andan por ahí con diarrea verbal! —gruñe Porta, escupiendo despectivamente detrás del desgarrado *Rittmeister*.

De pronto, el oficial es alcanzado por un proyectil. La sangre brota de su cara, y el hombre se derrumba, lanzando un chillido estridente. Su elegante gorra rueda sobre la nieve y se engancha en un arbusto. Gregor coge el arma del oficial, una de las codiciadas «Kalashnikov». *Barcelona* arranca la mitad de su chapa de identidad y se la mete en el bolsillo.

—Más provisiones para el estercolero militar. Ven, muerte, ven... —canturrea *el Legionario*.

Súbitamente, el *Leutnant* Braun tira su «Mpi» y se derrumba sobre una caja vacía de municiones. Nos paramos a mirarle. Sus ojos empañados nos contemplan fijamente.

—Pronto estará en camino del sol poniente —dice Heide, con una mueca burlona.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta el *Oberleutnant* Löwe, que ha llegado resbalando y deslizándose desde una altura, al frente del Grupo de Mando.

Heide señala al *Leutnant* Braun, riendo.

—Cobardía frente al enemigo —farfulla, con expresión cruel en el semblante.

—Ya vuelve a las andadas, ese maricón sanguinario —grita *Hermanito*—. ¿Por qué no estiras la cabeza lo bastante para que Iván la arranque de tus hombros?

—¡Silencio! —gruñe Löwe—. ¡Yo cuidaré de ti! ¡Braun, en pie! Vamos. ¡Arriba, hombre!

El *Leutnant* Braun mira sin ver. Parece estar en otro mundo.

—Ha perdido todo su relleno —exclama, asombrado, *Hermanito*—. No le ha quedado una pizca, ¡palabra!

Löwe sacude al petrificado oficial, sin resultado.

—Ha tomado el camino más corto hacia el *Valhalla* —dice Gregor, encogiendo los hombros con indiferencia.

—¡Adelante! —ordena bruscamente Löwe—. Déjenlo a los médicos.

El terreno se eleva en fuerte pendiente. El esfuerzo para subir es inhumano. *Hermanito* me agarra de un hombro al resbalar yo y deslizarme atrás hacia un abrupto declive. Miro hacia abajo y me da vueltas la cabeza.

Furiosos y lanzando juramentos, seguimos cuesta arriba, maldiciendo al Ejército y sus sistemas, a Alemania y a los padres por cuya culpa venimos al mundo. Muchos no pueden más y se tumban en la nieve, pero los jefes de

sección y de pelotón les hacen levantarse y seguir adelante. Heide se muestra sumamente activo. Su voz helada y penetrante puede oírse a gran distancia.

—¡Y *pensar* que me ofrecí *voluntario* para *esto*! —gruñe Albert, de bruces en la nieve y agarrado a un arbusto para no resbalar por la helada pendiente—. Es un castigo de Dios. No debí mearme en la bota de vino de aquel obispo, con lo que le causé ictericia. No debí hacerlo, ¡aunque era un cretino gordinflón!

El Legionario resbala a pesar de sus botas claveteadas, y su «Mpi» rueda por la pendiente. Él contempla desolado el arma que sigue rodando y deslizándose, levantando una estela de nieve en polvo.

La mayoría sabemos que, por cálculo de probabilidades, es imposible que unos soldados activos de primera línea como nosotros sobrevivamos a esta guerra. Pero todavía tenemos esperanza, y nos alegramos cuando amanece un nuevo día y vemos que aún estamos vivos.

Este ataque, realizado con temeraria bravura y contra todo lo que puede llamarse razonable, no tiene nada que ver con el heroísmo. Es simplemente una lucha desesperada.

El cuartel general del Cuerpo de Ejército recibió la orden de tomar estas alturas, y a nuestro regimiento se le ha confiado la misión de echar a los rusos de la prisión de la GPU y mantenerse en ella, pase lo que pase. El que tiene la prisión de la colina domina todo este sector del frente. Hace casi cuatro semanas que luchamos por ella. Ambos bandos han perdido varios batallones, pero ningún soldado alemán ha puesto todavía pie en el interior. No hemos pasado de las murallas exteriores. Siempre hemos sido rechazados. Pero parece que esta vez la cosa va en serio. Dos divisiones de veteranos participarán en el ataque. Un batallón de ingenieros que se ha unido a nosotros trae consigo algunas armas extrañas. Unas cosas raras, como cañones de arpones, que van a disparar cuerdas de escalada hacia las murallas de la prisión. Se presume que se emplearán para subir a la colina, que es casi una montaña, y después para entrar en la prisión.

Circulan fantásticos rumores sobre lo que sucede en la prisión GPU. Se dice que hay en ella varios miles de presos. Nuestra artillería la ha bombardeado constantemente desde hace cuatro días, y nos preguntamos si serán muchos los que seguirán con vida.

Julius Heide, que siempre está bien informado, dice que es una prisión antigua, que ya existía antes de la revolución. Ahora la emplea la Policía secreta rusa como estación de tránsito, y los presos proceden de los distritos militares de Kiev y Járkov.

Después de tres días de encarnizados combates hemos puesto pie en la primera altura. Nos dejamos caer al suelo, medio muertos. Los pulmones nos duelen como si nos los hubiesen atravesado con puñales de hielo. Estamos empapados en sudor, incluso bajo el aire frío.

El *Leutnant* Braun vuelve a estar con nosotros. Yace boca arriba, parpadea. Está muerto para el mundo. El *Oberleutnant* Löwe, de cara hollinienta, está sentado con la espalda apoyada en el tronco de un árbol que le brinda cierta protección contra el viento helado. *El viejo* mira tristemente a ninguna parte, mientras llena su vieja pipa, con tapa metálica. Le cuesta encenderla. El tabaco está húmedo.

Hermanito yace de bruces, al lado de Porta. Por el rabillo del ojo, observa al maestro de escuela y al ex *Oberst*. Como de costumbre, chupa un gordo cigarro.

—Te estás ensañando con ese par —dice Porta, sonriendo a medias—. A fin de cuentas, ¿qué han hecho?

—¿Hecho? ¿Hecho? —grita roncamente *Hermanito*. Se suena con los dedos—. ¡No han hecho *nada*! Por eso *quiero* que hagan algo. Mira, nunca he *podido* soportar a los maestros. No los soporto desde que salí de aquella maldita escuela donde nos molían a palos. Juré que, si le echaba la zarpa a alguno de aquellos bastardos, me las *pagaría*. ¡Y ese puntero ambulante no es de los peores! Dice que es un *Oberschulrat*. Sí, cuando entró en las oficinas de la compañía dijo que ahora era soldado de a pie, pero que en realidad era un *Oberschulrat*. Por esta razón quería ingresar lo antes posible en la escuela de oficiales. Yo le pedí al *Feldwebel* Schluckebier que me lo confiase; a él tampoco le gustan los maestros de escuela. «¡La escuela de oficiales! —gruñó—. ¡Ya le daré yo escuela de oficiales! Cuando haya acabado con él, ¡solo le quedarán las amígdalas!».

—Bueno, ¿y qué pasa con el *Oberst*? —pregunta Gregor—. No es maestro de escuela, y muchos *Obersts* son buenos. ¿Hay algo malo que decir de nuestro Hinka?

—No, este está bien, bastante bien —responde *Hermanito*—, pero *no* ese otro maricón. Ni con mucho. Mi amigo el *Stabsgefreiter* Frick, de la plana mayor de la División, me ha contado bastantes cosas acerca de él. En Sennelager solían llamarlo «el loco asesino de reclutas». Era el más cruel de todos los instructores de Westfalia y Renania. De pronto, al ver que aumentaban demasiado la lista de reclutas muertos, ordenaron una investigación. Y antes de que él se diese cuenta, se encontró en Germersheim con unos agujeritos en las hombreras donde antes llevaba los galones. Gracias

a sus buenas relaciones, no tuvo que dar el paseo de madrugada con doce buenos amigos armados de fusiles, en busca de un abrigo de madera. Y en vez de conducirlo al osario, le enviaron aquí para darle ocasión de demostrar que era un héroe y merecía recuperar sus galones. Schluckebier *me* lo dio como regalo de cumpleaños. ¡Miradlo! Ya no tiene en *sus* ojos el brillo de los galones. Es carne de cañón, y nada más. Pero ha aprendido una cosa. ¡Ahora sabe lo que es un *Obergefreiter*!

—De todos modos, ándate con cuidado —le advierte el Viejo—. Aunque haya sido degradado, todavía tiene relaciones. ¡Y arruinar a una mierda de *Obergefreiter* como tú no cuesta mucho!

—Me importan un carajo sus relaciones —declara jactanciosamente *Hermanito*—. Cuando haya acabado con él, ¡pagaré gustoso por ello!

—Estás chalado —dice *el Viejo*, meneando la cabeza. Por fin consigue hacer funcionar su vieja pipa con tapa de plata.

—¡Vamos, vamos! Vosotros, ¡en pie! ¡Adelante! —grita el *Oberleutnant Löwe*, levantando un puño cerrado, señal para un rápido movimiento de avance.

—Iván se ha escondido otra vez —declara Porta al cabo de una hora sin que ningún ruso dé señales de vida.

—No te dejes engañar —dice Gregor—. El camarada Iván es el bastardo más cruel y más astuto de este mundo. Cuando te imaginas que ha puesto pies en polvorosa, te encuentras con que te ha saltado la mitad de la cabeza de un tiro.

—Cojones, eso no me *gusta* —farfulla Albert—. En esas condenadas colinas puede ocultarse todo un cuerpo de ejército, y nosotros marchando tan campantes entre ellas. Antes de que nos demos cuenta, tendremos todo un regimiento de puercos cosacos pisándonos los talones con sus malditos jamelgos ¡Coño! Este lugar *apesta* a esos traidores maricones con todos sus trucos.

—¿No te gustan los caballos? —pregunta Porta.

—Los *odio*, hombre —gruñe Albert, mostrando los dientes como un lobo hambriento—. Como os dije, mi viejo era tambor de húsares. Y solían darle una ración de carne gratis cada vez que un caballo estiraba la pata. Comíamos carne de caballo dos veces al día, y los chicos llegamos a *apestar* tanto a caballo que no podíamos pasar por delante de los establos sin provocar un coro de relinchos. ¡Dios mío, los *caballos*! ¡No puedes pasar por detrás de ellos sin que te larguen un pedo en la cara!

Poco después de medianoche, en medio de una cegadora tormenta de nieve, la compañía llega a un *koljós* que el enemigo parece haber abandonado a toda prisa. Piezas de equipo están tiradas por todas partes.

Hermanito encuentra dos escopetas pesadas de triple cañón. Da una a Porta, con una caja de municiones.

—¿Qué diablos vais a hacer con eso? —pregunta asombrado *el Viejo*.

—Ya lo verás —ríe Porta—. Primero recortaremos los cañones para que no ocupen tanto sitio y los perdigones se desparramen mejor. Cuando las disparemos, el camarada Iván tendrá que echar cuerpo a tierra si no quiere quedar esparcido en todo el paisaje.

—Podemos capar a todo el maldito Ejército Rojo de un solo disparo —grita *Hermanito*, desternillándose de risa.

—Pero *tienen* sus inconvenientes —les advierte Gregor, en tono agorero—. Si Iván os pillas con ellas, os las meterán en el culo para saltaros la tapa del coco.

—¡Santo Dios! —grita Porta, con asombro, desde la bodega—. ¡Hemos dado con el principal depósito de víveres de los rojos! —Asoma la cabeza por un escotillón—. Podremos hacer *bortsch*, hijitos, la sopa predilecta del Ejército Rojo —ríe—. Echadme una mano para subir esta olla, muchachos. Creo que es la mayor del mundo.

—En Rusia todo es grande —filosofa *Barcelona*—. ¿Sabíais que los rusos *siempre* compran sus botas dos números más grandes? Así se sienten más confiados.

—Tú pelarás las cebollas y las partirás en tiras bien finas —ordena *Hermanito* al maestro de escuela—. Y tú, cagadero ambulante —dice, volviéndose al ex *Oberst*—, cuidarás de las remolachas y de las coles. Y hacedlo bien, ¡o juro que os cortaré las orejas!

Porta se ha cubierto la cabeza con una bolsa para harina y atado media sábana blanca a su cintura. Parece el cocinero jefe del «Grand Hotel» de París.

—Ahora, vamos a ver —grita, afanosamente, blandiendo un enorme cuchillo sobre su cabeza—. Ante todo necesitamos cinco litros de agua. Ni una gota más, ni una gota menos. Tú, Julius, perfeccionista prusiano, verterás el agua. ¡Veamos, veamos! Aquí hay un trozo de buey. Necesitamos tres kilos, y después necesitamos un kilo y medio de carne magra de cerdo. Además, cinco puerros, uno por cada litro de agua, y cuatrocientos gramos de col. Pero *pondremos* quinientos; esto no perjudica. Un kilo de remolacha, medio apio, un puñado de perejil trinchado. ¿Tenemos de todo?

—No hay perejil —dice *el Viejo*.

—¿Podemos usar repollo? De esto hay mucho —sugiere *Hermanito*, que se ha encargado de los suministros, sacando la cabeza por el escotillón.

—Lo probaremos —dice Porta—. Tal vez el *bortsch* será aún mejor con esto. Y ahora, por el amor de Dios, ¿tenemos cinco dientes de ajo? ¡Esto es indispensable!

—¡Ahí va! —dice *Hermanito*, arrojándole un puñado—. Échalos todos. ¡Así será mejor! El hijo del judío peletero, David, solía decir que nunca estaban de más. ¡Hace que te pongas más animado que un palo de bandera el día del cumpleaños de Adolfo!

—Necesitamos crema agria —dice Porta—. ¡Necesito crema *agria*!

—Echa un poco de vinagre —sugiere Gregor—. *Esto* le dará acidez.

—Ahora solo necesitamos mantequilla, sal y pimienta —grita Porta, y empieza a cantar la canción del lechero borracho.

—¿Cuánta pimienta? —pregunta *Hermanito* desde la bodega—. Aquí hay más de un saco.

—¡Idiota! —silba Porta—. Solo necesito una cucharadita.

—El agua está hirviendo —grita Heide, en son de aviso, persiguiendo al maestro de escuela alrededor del caldero y obligándole a dar cinco vueltas.

—Daos prisa —grita ardientemente Porta. Las cebollas. La parte blanca de los puerros. La mitad de la remolacha, y el apio en tiras finas.

—¡Ya está! —dice *Hermanito*—. Mis dos *culis* lo han hecho. Si no está bien, ¡dilo y los caparé en el acto!

—¡Silencio, *Hermanito*! Hablas demasiado. Me pones nervioso —le advierte Porta—. *Ahora* hay que sofreír un poco la verdura en buena mantequilla ucraniana sin sal. No hay mejor mantequilla que la de Iván. Si esto es lo que busca en Rusia el viejo GROFAZ^[26], ¡puede contar conmigo! Ahora la carne, y mientras se está cociendo, cantaremos el aria del *Cazador Furtivo*. *Hermanito* y Albert serán los barítonos y Heide y Gregor los sopranos. ¿Listos?

Porta golpea tres veces la gigantesca olla con su cuchara de madera, y el aria del *Cazador Furtivo* retumba en el holliniento *koljós* y se extiende por la nevada estepa.

Porta se golpea el pecho como si fuese un tambor, y la bolsa de harina se cae de su cabeza. Apoya un pie sobre la espalda del maestro de escuela, que está tumbado en el suelo y limpiando la «SMG» por orden de *Hermanito*, y adopta la actitud de cazador mayor.

—*Der Förster ist tot, Der Wüddieb lebt!* —canta con voz tonante.

—Oídle —grita *Hermanito*, con admiración—. ¿No canta maravillosamente?

Nos sentamos en círculo alrededor del hirviente caldero. Porta tararea una canción bucólica rusa, mientras echa el ajo en la olla.

—¿No habría por ahí un pato pequeño? —pregunta a *Hermanito*.

—¡Encuentra un pato! —ordena *Hermanito* al ex *Oberst*, y este lo encuentra.

—Tengo que explicaros esto —dice Porta—. Es una cosa que *hay* que saber. Hay dos clases de *bortsch*. El *bortsch* ordinario, común o campestre, que es el que tragan a espuestas los tártaros y los moscovitas, y el *bortsch* de día de fiesta, que vuelve locos a los polacos y a los ucranianos. Primero socarran un pato, lo parten, le quitan todos los huesos y tendones, y lo cortan en pedazos pequeños. Después, cantando unas estrofas de *Katerina Ismailova*, lo dejan caer pedazo a pedazo en la sopa. Así. ¡Plop, plop, plop, plop! Y cada vez que se echa un pedazo uno puede formular un deseo.

—Como una buena moza —grita *Hermanito*, brillándole mucho los ojos.

—¿No ha hervido ya bastante ese maldito *bortsch*? —pregunta *el Viejo* con impaciencia, lamiéndose los labios como un lobo.

—Para un gran cocinero —le advierte seriamente Porta—, no hay nada peor que los invitados impacientes. Puedes ser el jefe de este destacamento, pero no te metas en la cocina. ¡Esta es mía! Del *Chef* Joseph Porta, *Obergefreiter* por la gracia de Dios. Si no puedes esperar a que termine este *chef d'oeuvre* ruso, té aconsejo que salgas a dar un paseo y te llesves a los que estén impacientes como tú.

Nuestra paciencia se ve sometida a dura prueba mientras Porta, imperturbable, continúa la operación de espumar la sopa. Sentimos que nuestras mandíbulas se cierran y se abren automáticamente, y nos roncan las tripas, mientras él, calmamente y con aire digno, corta la carne en cubitos y los deja caer en la olla. Por último, vierte el zumo de remolacha con aire santurrón y pide que el Dios de todas las Rusias bendiga la sopa.

Casi nos atropellamos cuando nos dice que presentemos nuestros platos de hojalata. Ordena que nos alineemos como soldados en un desfile. *Hermanito* está a punto de pegarles un tiro al maestro de escuela y al ex *Oberst* cuando tratan de poner sus platos al lado de los nuestros.

—¡Los esclavos al final de la cola! —ruge—. En los tiempos de Jesús, habríais estado con los malditos perros. ¿Es que no leéis nunca la Biblia, distinguidos bastardos?

Porta echa un buen trozo de mantequilla en cada plato y, con la dignidad de un arzobispo iniciando a una fila de sacerdotes novicios, vierte la sopa sobre la mantequilla.

—Hunde bien la cuchara, hijito —babea *Hermanito*, brillándole los ojos de hambre—. ¡Lo mejor está siempre en el fondo!

Finalmente, Porta espolvorea cada ración con repollo trinchado y añade crema agria.

Cuando *Hermanito* se ha zampado tres platos, se apiada del maestro de escuela y del ex *Oberst*.

—Supongo que también tendréis hambre, ¿no? —dice con magnanimidad—. Acercad vuestros platos al *Obergefreiter* Porta. Si, por equivocación, encontráis un pedazo de carne en *vuestra* sopa, debéis comunicármelo inmediatamente. ¿*Panjemajo*?

—Deja de atormentar a esos infelices —silba *el Viejo*, con irritación.

—¿Dices que dar de comer es atormentar? —grita *Hermanito*, pasmado—. Entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Que les limpie el culo para que no manchen los pantalones de Adolfo?

Durante una hora, más o menos, solo nos dedicamos a atiborrarnos de *bortsch*, sin hablar mucho. Cuando ya no podemos más, nos echamos atrás y nos sentimos maravillosamente satisfechos.

—Cuando la buena y vieja Alemania haya perdido esta guerra —dice filosóficamente Porta— y se haya recobrado un poco de *esta* paliza, creo que sería para mí una buena idea abrir un restaurante en Berlín. Me parece que compraré las ruinas del «Kempinski». Supongo que me las darán baratas. Serviré de todo: relleno de Nueva Inglaterra, pavo asado al estilo americano, pollo a la romana.

—No te olvides del *Poulet au sang* francés, *mon ami* —añade *el Legionario*, encendiendo un «Caporal».

—No lo olvidaría por *nada del mundo* —dice Porta, sonriendo—, como no olvidaría las berenjenas griegas *au gratín*, ni los pasteles de la cocina judía para postre.

—Vas a hacerme vomitar —le interrumpe furiosamente Julius Heide—. ¿Cómo puedes hablar de esa porquería judía?

—¿Preferirías cordero *à la Turcque*? —pregunta Porta, arqueando las cejas—. ¡Lo tendré para clientes de tu clase!

—Yo quisiera que hubiese sopa de pescado venezolano en tu menú —dice Gregor, lamiéndose sus agrietados labios.

—¿Y qué me dices de una paella valenciana? —grita *Barcelona*, desde el antepecho de la ventana.

—¿Qué demonios pasa aquí? —inquieta una cascada voz de oficial desde la puerta.

—¡Atención! —grita *el Viejo*, levantándose de un salto y dejando caer la pipa con tapa metálica.

Con los labios fuertemente apretados, el *Oberst* manco Hinka entra en la estancia de techo bajo. Está llena de olor a *bortsch*.

—¿Qué es eso? —pregunta, mirando la olla con interés.

Queda en ella un poco de sopa.

—La sopa predilecta de los rusos, *Oberst* —grazna Porta.

—Quisiera probarla —sonríe Hinka.

Porta le llena un plato.

—¿Tal vez el ayudante...? —pregunta Porta, mirando al *Leutnant* plantado nerviosamente en la puerta como una gallina clueca.

—No haga preguntas tontas. Porta —responde el *Oberst*, con la boca llena.

El ayudante acepta el plato con recelo. No puede disimular que no confía en el arte culinario de Porta. No le sorprendería que hubiese un veneno activo en la sopa.

—Una sopa maravillosa —exclama el *Oberst* Hinka, devolviendo a Porta el plato vacío.

—Sí, señor; esos *untermensch* entienden de comida, señor —dice apreciativamente Porta—. Algún día debería usted probar la Selianka, señor. Es su sopa de salmón. La hacen en las playas del mar Negro. La conocí cuando visité a un amigo mío, Serguéi Smirnov, señor. Jefe de cocina de «El Gato Gris», el restaurante tártaro de Atenas, señor. Bueno, su Selianka, señor, haría salir del Kremlin a José Stalin. Tengo la receta señor, si quiere que se la dé.

—No, gracias, Porta; hoy no —sonríe el *Oberst* Hinka, dando unas palmadas en el hombro de Porta—. Vamos a salir de aquí dentro de una hora. Serenidad, Beier —dice, volviéndose al *Viejo*—. Creo que vamos a tener follón. Y le diré una cosa, Porta, y también a usted, Creutzfeldt: nada de saqueos, ni de andar por ahí husmeando el botín. Si me entero de algo de esto, significará un Consejo de Guerra, ¡y no me apiadaré de ustedes! El saqueo es un delito grave.

—Comprendido, señor; lo he entendido perfectamente, ¡señor! —dice Porta, en tono servil—. Hemos visto los anuncios, señor; están en todas

partes, ¡señor! El saqueo significa la horca. *Oberst* Hinka, señor, con su permiso, señor; sabemos tener los dedos quietos, señor, para que no nos salgan ampollas en ellos. ¡Hemos visto los anuncios, señor!

Veinte minutos más tarde, Porta y *Hermanito* han violentado la puerta de un sótano y subido al que había sido despacho del alcalde. Abren armarios y cajones, desparramando su contenido por el suelo. Como no encuentran nada de interés, pasan a la habitación contigua, donde descubren una botella de vodka en un cesto para papeles.

—Quitémosle el polvo —dice Porta, llevándose la botella a los labios.

Cuando han vaciado la botella hasta la última gota, pasan de una habitación a otra, riendo y alborotando. Por fin llegan al dormitorio, donde impera una cama antigua de cuatro postes y de extraordinarias dimensiones.

Hermanito husmea como un sabueso que acaba de oler una zorra. Desde los pies de la cama, se desliza debajo del grueso edredón de estilo campesino.

—Aquí, ¡coño, coño, coño, coño! —farfulla sofocadamente debajo de la ropa de la cama. Su cabezota aparece un momento junto a la almohada—. ¡Coño! —repite, y se entierra de nuevo como un hurón en una madriguera de conejos.

Porta mete la cabeza debajo del edredón para ver lo que está haciendo *Hermanito*. Como no le ve, se mete también allí y empieza a gruñir como un erizo en una cálida noche de verano.

Hermanito no advierte de momento que es Porta el que ronda por allí. Se entabla una breve pero violenta lucha, durante la cual el edredón es rasgado de arriba abajo. Las plumas llenan el aire.

Se sientan en los extremos de la cama, mirando pasmados a su alrededor. Parecen dos gaviotas en una tormenta de nieve, al caer las plumas lentamente sobre ellos.

Hermanito encuentra en una cómoda un par de pantalones de mujer, largos y rojos, con volantes de blonda y faldetas abrochadas delante y detrás, según la moda de principios de siglo.

—¡Virgen santa de Kazan! —exclama Porta, relamiéndose—. ¡Qué culo debía tener esa moza! ¡Esos calzones le habrían venido grandes a un caballo percherón!

—Y que lo digas —farfulla *Hermanito*—. Si tuviésemos aquí ese culo con todos sus accesorios, ¡podríamos celebrar un pequeño torneo triangular!

—¡Coños! —suspira Porta, soñador, husmeando los calzones rojos y aullando como un gato al rumiar una aventura nocturna.

—Dame esas cosas —le pide *Hermanito*.

Se pone los pantalones rojos encima del uniforme. Porta le tiende unos enormes sostenes.

Como le estorba la máscara de gas, la arroja, por la ventana.

—Antes de la próxima guerra, no van a usar armas químicas —decide tranquilamente.

Llena los sujetadores con un par de bayetas. Parecen dos montañas. El descubrimiento de un par de anticuados corsés está a punto de provocar una pelea. Porta consigue al fin hacerse con ellos.

Se admiran en un espejo de cuerpo entero. Los corsés son muy hermosos, cubiertos de rosas y mariposas bordadas.

—¿Por qué mariposas? —pregunta, asombrado *Hermanito*.

—Es natural —dice reflexivamente Porta—. Vuelan en busca de las pollas.

En un armario encuentran un gran sombrero negro adornado con cerezas. Porta lo confisca.

—¿Qué te parezco? —pregunta, contoneándose e imitando la andadura de una ramera—. ¡Solo por diez pavos! —grita por la ventana abierta, lanzando besos con los dedos a un grupo de motoristas que les miran boquiabiertos como si presenciasen alguna especie de milagro.

—Yo, por la mitad del precio —vocifera roncamente *Hermanito*, golpeándose el trasero.

—Vamos, vamos, jovenzuelos —les invita Porta, haciendo oscilar las cerezas del sombrero—. Comprad los boletos en la puerta. Diez pavos por un servicio alemán corriente. Doble precio para el francés de lujo. Y solo dos marcos para ver el culo de Sofía.

Hermanito se sube al antepecho de la ventana y menea las caderas. Los pantalones rojos ondean al viento.

Porta hace un movimiento cortante con la mano y escupe en la nieve.

—Es inútil, querida —dice a *Hermanito*—. Es verdad lo que dice «El Cocodrilo»; los alemanes son como su *Führer*. ¡Todo se les encoge con este horrible frío!

Cierran de golpe la ventana.

Hermanito tropieza y cae en una mecedora, se vuelca y le lanza contra una puerta empapelada igual que la pared para pasar inadvertida. *Hermanito* se encuentra en una pequeña habitación, detrás de aquella puerta, y mira confuso a su alrededor.

—¿Dónde te has metido? —pregunta Porta, asomando su sombrero cargado de cerezas por la puerta rota.

Hermanito no responde, sino que señala en silencio una grande y anticuada caja de caudales, adornada con una estrella roja y la hoz y el martillo. Aquella visión serena inmediatamente a Porta. Pasa unos dedos cariñosos y suaves sobre el metal de la caja.

—Siempre había deseado conocer a alguien como tú —confiesa.

—Ten cuidado —dice precavidamente *Hermanito*—. ¡El malvado Iván puede haber preparado una pequeña sorpresa para dos hijos de puta entrometidos como nosotros!

—Solo tienes mierda entre las dos orejas —dice rotundamente Porta.

Empiezan a examinar la caja, milímetro a milímetro. Tratan de separarla de la pared, pero no pueden moverla. Encuentran dos barras de hierro, pero ella sigue sin moverse.

Porta escupe a la estrella roja y amenaza a la caja con el puño.

—Espera, cruel y cuadrada hija de perra —dice *Hermanito*—. ¡Nosotros te enseñaremos dónde Moisés compró sus cervezas! ¡No te imagines que hemos hecho todo el maldito camino hasta Rusia para que tú te burles de nosotros!

—¡Diablos! —dice reflexivamente Porta, dirigiendo una mirada calculadora a la pesada caja—. Tenemos que apartarla de la pared.

—Pero ¿por qué? —pregunta *Hermanito*, sin comprender—. La puerta está en la parte de delante, ¿no? Si quieres entrar en una casa, lo haces por la puerta, ¿no? ¡No vas a derribar la pared de atrás para entrar!

—¡Silencio! —silba Porta, con irritación—. ¡Las cajas de caudales son diferentes! Sus puertas son infranqueables. Cuanto más enredas con *ella*, más difícil es de abrir. Hay que emplear la puerta de atrás. Ojalá tuviésemos una cortadora de oxígeno. Pronto daríamos cuenta de ese montón de chatarra.

—¿Y qué me dices del lanzallamas? —sugiere ansiosamente *Hermanito*, y corre a la puerta para ir a buscarlo.

—¡Oh! No digas tonterías, imbécil —le ataja Porta—. Fundiría la caja con todo lo que hay dentro de ella. No somos chatarreros y, lo que es más, no vamos a salir de esta guerra tan pobres como entramos en ella.

—Hay algo en eso que dijiste de atacar las cajas por detrás —dice *Hermanito*, rascándose reflexivamente la calabaza con la punta de la bayoneta—. ¿Te acuerdas de aquel judío de Hein Hoyer Strasse que tenía un socio, que no era judío y era cerrajero en Bernhard Nocht Strasse? Bueno, ese tipo trabajaba en cajas de caudales por la noche y también los fines de semana. Siempre que tenía que reparar alguna, la abría por detrás. Y eso fue lo que lo fastidió en definitiva. Porque el hijo de puta del comisario Nass y sus muchachos de sombrero gacho de la jefatura de David Strasse la

emprendieron con el cerrajero, que no era judío. Cada vez que una caja de caudales era reventada, el viejo Nass estaba convencido de que había sido nuestro cerrajero. Ya puedes adivinar el resto. Una mañana temprano, antes de que el lechero hubiese dejado el cuartillo en la puerta, allá que va el viejo Nass con un par de sus sabuesos y despierta al cerrajero, que estaba en la cama soñando con cajas de caudales repletas de dinero. Pasarán más de veinte años antes de que alguien le vea fuera de la maldita *Fuhlsbüttel*^[27].

—Pero, como este es nuestro primer encuentro con una caja de caudales soviética, nadie pensará que la reventaron dos libertadores alemanes —dice despreocupadamente Porta, y empieza a trajinar con la cerradura de combinación.

—Esto me recuerda un aparato de radio —dice *Hermanito*.

—Pero el programa es un poco diferente —replica Porta, sonriendo con indulgencia—. Con una radio, hay que pagar para que escupa toda la mierda. En cambio, confío en que aquí *cobremos* si sabemos encontrar la emisora adecuada.

—A propósito, ¿has *probado* la puerta? —pregunta *Hermanito*, yendo a lo práctico—. Recuerdo una vez en que el hijo del peletero judío David y yo estábamos echando un vistazo al almacén de un competidor y nos acompañaba un experto en cerrajería. Este llevaba más de una hora trajinando, ¡cuando descubrimos que la puerta no estaba cerrada! Este experto se quedó tan avergonzado que perdió la cabeza y acabó haciéndose detener por una de las imbéciles sanguijuelas de Nass.

—¡Esta vez tienes toda la razón! —exclama Porta, abriendo con cierta dificultad la pesada puerta.

Cuando mira por encima del hombro de Porta y ve montones y montones de billetes, *Hermanito* ríe con tal fuerza que su risa llena la habitación y retumba en toda la casa.

—¡Millones! —murmura Porta, extasiado—. ¡Montones de millones! ¡Nunca había visto *tanto* dinero junto! ¡Alabado sea Dios! —salmodia, alzando los ojos al cielo—. Iré a la iglesia a la primera, primerísima oportunidad. Y si tropiezo con un hereje en este país, ¡le daré algo que pensar durante todo el resto de su vida!

—Es mucho dinero. Más de lo que podemos contar —grita *Hermanito*, frotándose las manos como un viejo judío que ha logrado estafar a un antisemita.

—Pronto habrá dos Rockefeller más en el firmamento económico —profetiza Porta, con satisfacción.

—¿Quiénes son esos? —pregunta estúpidamente *Hermanito*.

—Mírate al espejo —le dice Porta—, y verás a uno de ellos.

—¡Santo Dios! ¡No puedo creerlo! —dice *Hermanito*, mirándose de cerca en el espejo.

—Ahora, todo lo que hemos de hacer es tener la cabeza fría —dice Porta, tocando amorosamente los montones de dinero.

—Difícilmente podría ser de otra manera en este invierno ruso —dice tranquilamente *Hermanito*.

—Desde este momento —declara Porta, con enérgica expresión en su semblante—, somos demasiado ricos para que nos interese la guerra mundial de Adolfo. Baja al sótano y trae dos sacos grandes. ¡Nos vamos de viaje, muchacho!

—¿Sin despedirnos de los otros? —pregunta *Hermanito*, sin acabar de comprender.

—Ya no les *conocemos* —dice Porta—. Si se oliesen lo que hemos encontrado, ¡nuestra riqueza duraría poco! Julius declararía que esto es propiedad del Estado y lo haría confiscar. Como he dicho hace un momento: ¡Debemos conservar la cabeza fría como el hielo.! ¡Nuestro pasado ha muerto! Baja al sótano y trae dos sacos. Y *muy* grandes.

—Me cagaré en los pantalones del Ejército de Adolfo antes de tirarlos y vestirme de paisano —promete *Hermanito*, y echa a correr silbando, en dirección al sótano.

—¿Habéis encontrado algo? —grita Gregor, entrando por la ventana junto con Albert y sus brillantes dientes blancos.

Porta cierra rápidamente la puerta de la caja y se mueve para impedirles la vista de la puerta rota de la pequeña habitación.

—Mierda —responde con indiferencia, e intenta adoptar el aire de una zorra a la que se hubiese confiado la guarda de los polluelos.

Albert se monda de risa al ver el corsé de Porta con las rosas y las mariposas.

—¿Qué es *eso*? ¿La nueva arma secreta de Adolfo? —farfulla Gregor, entre carcajadas.

Albert hace chocar con fuerza los tacones al ver un gran retrato de Stalin que pende sobre una mesa escritorio y le mira con expresión aviesa.

—*Kak wy pashywajetjc, Tovarich?*^[28] —grita, levantando un puño delante de él, como si intentase *aplacar* la fiera mirada del georgiano.

Hermanito vuelve del sótano con dos grandes sacos bajo el brazo.

—Fuera de aquí, pingajos —grita, agitando los sacos como si estuviese espantando a las gallinas—. ¿No sabéis que está prohibido entrar en casas particulares?

—¿Para qué son esos sacos? —pregunta Gregor, con interés, palpando el tejido de yute.

—Tenemos órdenes de tapar las ventanas —dice apresuradamente Porta, antes de que *Hermanito* meta la pata.

—¿Crees que un chalado me ha lamido el pelo? —relincha Gregor—. Vosotros habéis encontrado algo. ¡Nadie me quita la piel de los cojones! Yo he sido transportista de muebles. ¡Puedo oler las cosas a un kilómetro de distancia!

—Si no te callas y te largas de una vez, a paso vivo y llevándote a ese negro fantasmón, y dejas que cubramos las malditas ventanas, ¡te pego una hostia! —ruge furiosamente *Hermanito*, moviendo los brazos como aspas de molino.

—¡Os *traéis* algo entre manos, hombre! —dice burlonamente Albert, botando sobre el sofá.

Da un salto mortal, cae sobre las manos y se sostiene en vertical, mirando con interés debajo del sofá.

—Estás tentando al destino, sabandija africana —gruñe furiosamente Porta, largando una patada a un cojín que va a dar en la lámpara.

—Es verdad, hombre, ¡es verdad! —ríe Albert, sacando una gran lata de aceite de debajo del sofá.

—¿Es que piensas engrasar tus cojones y salir rodando hacia tu casa en África, donde te encontrarás con una cama de clavos? —pregunta fieramente *Hermanito*, y larga una patada a Albert que, afortunadamente, no da en el blanco.

—¿Por qué no? —dice Albert, haciendo un guiño y echando un trago de la lata.

Hermanito adelanta de golpe la cabeza, como una cigüeña que va a cazar una rana. Huele la lata de aceite.

—¡Feliz Navidad a todos! ¡Es aguardiente de ciruelas! —vocifera, arrancando la lata de las manos de Albert.

—Déjame probar —pide Porta, agarrando la lata.

—¡Alarma! ¡Alarma! —grita una voz fuera de la casa.

Una ametralladora tabletea furiosamente. Los morteros retumban en la noche. Un *Obergefreiter* de tanques se sube a una silla y se apodera del retrato de Stalin.

—¡El tío José será un buen recuerdo! ¡Estará magnífico sobre el sofá de la familia en Colonia, cuando termine la guerra!

—¡No lo *toque*! —chilla Gregor, aterrorizado y tumbándose de bruces en el suelo.

Albert se mete de un salto detrás del sofá como un gato negro huyendo de un perro alsaciano. Porta se ha agazapado ya detrás del mullido sillón, junto con *Hermanito*, que esconde la cabeza como una cigüeña. El sombrero adornado con cerezas vuela por el aire como un pájaro herido.

En una fracción de segundo, Gregor ha visto el fino cable negro que sale del cuadro y se mete en un agujero de la pared empapelada.

La explosión vuela toda la casa. Una enorme columna de llamas se eleva hacia el cielo. El tejado entero parece balancearse sobre la llamarada. Aquello es el fin del mundo. Las explosiones se suceden a lo largo de toda la calle. Las casas se derrumban como si fuesen de cartón. El negro cielo brilla con luz cegadora. Es tan claro como si fuese de día. La onda expansiva atruena en la calle como un tornado, barriendo todo lo que encuentra a su paso. Un camión rueda dando vueltas de campana como un juguete. A través de las ruinas de la pared sale el sofá, con Albert chillando y agarrado a él para salvar la vida. Se estrella contra la pared de una casa al otro lado de la calle, con un chasquido feo de astillas al romperse.

Albert chilla como un cerdo al que llevan al matadero. Sale corriendo por un estrecho camino, agitando los brazos y las piernas como aspas de molino. Su desafortunada huida lo lleva derecho a un estanque helado donde ya ha aterrizado Gregor.

—¡Jesús! —farfulla—. ¡Ha sido como para quitarle todo el relleno a un oso pardo!

A su alrededor, heridos y moribundos gritan pidiendo auxilio. Columnas de fuego lanzan un resplandor purpúreo sobre la hirviente y sucia nieve. Es como una erupción volcánica, que parece prolongarse por toda la eternidad.

¡Pero cesa al fin!

Los que todavía están vivos se ponen trabajosamente en pie. Se hallan en un estado de *shock* y literalmente sordos como una tapia. Les duelen los oídos. Como si se los pinchasen con una aguja al rojo.

Durante unos minutos, somos incapaces de comprender lo que pasa a nuestro alrededor. Nos hallamos en un estado de locura aguda. Por todas partes se ven jirones de carne y astillas de huesos. Incluso los árboles que flanqueaban la calle de la aldea por ambos lados han desaparecido sin dejar

rastros. Arrancados de raíz. Rusos y alemanes, paisanos y militares, corren en círculos como locos, en un pánico absurdo.

Un sargento ruso, con el uniforme hecho jirones y manchado de hollín vacía su «Kalashnikov» en el aire, lo tira y ruge *yob tvoyu mat!*^[29] De un golpe con el canto de la mano, rompe el cuello a un *Feldwebel* gordo que iba a darle una patada.

Una motocicleta con sidecar, con ametralladoras y bolsas de municiones, está enrollada en lo que queda de una chimenea. Los ensangrentados despojos de un ser humano penden del sidecar.

Albert se ha vuelto loco. Corre a cuatro patas y en círculos como un perro rabioso. Solo vuelve a la normalidad cuando Porta le tiende su casco de acero. Toda la parte protectora del cuello ha sido arrancada. Albert mira un momento el arruinado casco, sin comprender. Se pasa una mano por la cabeza, como para asegurarse de que sigue en su sitio. Contempla el triste y negro cielo y da gracias a Dios y a todos los santos conocidos y desconocidos. Incluso inventa alguno para la ocasión. Coge el casco y lo muestra a todos, como prueba de que Dios le dispensa una protección especial.

—Es porque los negros no tenemos nada que ver con esta guerra —afirma—. Es una guerra para los blancos y los amarillos.

—¡Vaya follón! Y todo por un retrato —suspira Porta, contemplando los restos de la casa del alcalde.

El *Oberst* Hinka se lleva aparte a Porta, cuando ve el abigarrado corsé. Porta se ha olvidado de quitárselo.

—¿De dónde ha sacado eso? —pregunta severamente.

—¡Lo he encontrado, señor! —responde Porta, y en cierto modo es verdad.

—¿Dónde lo ha encontrado? ¡Vamos! ¡Quiero la verdad! —Los ojos de Hinka son como taladros—. ¿En qué casa?

Porta se vuelve y se retuerce. Trata de inventar uno de sus cuentos acostumbrados. Algo referente a una peluquería de Düsseldorf cuya dueña siempre llevaba corsé.

—¡Al diablo con sus amigas peluqueras! —le interrumpe bruscamente Hinka—. No va a hacerme comulgar con ruedas de molino, Porta. Pensaba que ahora ya lo sabía. ¿Qué pasó en aquella casa, qué provocó la explosión?

—¡Oh, sí, señor! Ahora comprendo lo que quiere usted saber, señor —sonríe falsamente Porta—. Fue uno de esos motociclistas, señor, que se encaprichó de un retrato de Stalin y quiso llevárselo. Y era un bonito retrato, señor. Yo le advertí, señor; quiero decir al motorista, no a Stalin, señor. —

Porta extiende los brazos en dirección a la arruinada aldea—. ¡Algo olía mal en aquel retrato, señor! ¡Usted mismo puede verlo, señor!

—¿Reconocería al motorista si volviese a verlo? —pregunta Hinka, con desconfianza.

—Se habrá ido, señor. Estoy seguro de que se ha ido *definitivamente*. Quizá podría ser aquello que cuelga de aquella chimenea de tejas. El dios alemán no se anda remiso en castigar la desobediencia, ¿no es verdad, señor? —añade, reflexivamente.

—¿Lo ha visto morir? —le interroga vivamente Hinka—. Si todavía está vivo, ¡sabrá cómo castigo yo la desobediencia!

—¡Lo tendría bien merecido, señor! —admite Porta, suspirando profundamente—. Habríamos podido saltar todos en pedazos, solo porque un borracho no podía prescindir de un pequeño botín.

—Tenga cuidado, Porta, no empiecen a crecerle alas de angelito. Le he preguntado si lo *había* visto morir.

—Desgraciadamente, no, señor. ¡Se me vino la casa encima!

—¿Quién estaba allí con usted?

—Nadie en absoluto, señor. Estaba solo allá dentro. Aparte del ladrón, señor.

—Entonces, ¿arrojó aquellos pantalones y aquellos sostenes por la ventana al *Obergefreiter* Creutzfeldt?

Hinka señala a *Hermanito*, que permanece boquiabierto, desorbitados los ojos, todavía en estado de *shock* a causa de la explosión.

—¡Venga aquí, Creutzfeldt! —grita, irritado.

Hermanito no reacciona en absoluto. Todavía está como una tapia.

—¡Me parece que se le han estropeado los auriculares! —opina sabiamente Porta—. Con su permiso, señor, yo tampoco podía oír al principio; pero me puse cabeza abajo y ahora puedo oír de nuevo, señor, gracias a Dios. Oigo todo lo que dice el *Oberst* Hinka, señor.

—¡Quítese ese ridículo corsé! —ordena vivamente Hinka—. Se lo advierto, Porta. ¡Mi paciencia tiene sus límites! Si se pasa de la raya, encontraré una celda para usted en *alguna* parte.

—Sí, señor, supongo que siempre habrá una celda libre en Germersheim, señor —dice Porta en voz baja, tratando de parecer descorazonado.

—Algún día le haré fusilar —promete Hinka, dando la vuelta.

—Nos pondremos en marcha dentro de una hora —dice *el Viejo*, que ha estado en una reunión de jefes de sección en el puesto de mando—. ¿Qué diablos lleváis puesto? —gruñe agriamente, al ver a Porta y a *Hermanito* con

el corsé y los pantalones de mujer—. ¡No quiero veros con esa facha! ¿Qué diablos pensarían los rusos?

—Se olvidarían de disparar contra nosotros —dice Porta—, lo cual, bien mirado, podría ser buena cosa.

Una pared de fuego oscila a lo lejos. Puede verse una enorme nube de humo negro contra las llamas. Un remolino térmico deja caer una espesa lluvia de ceniza sobre nosotros. El suelo tiembla como un animal agonizante.

Hermanito aparece a través de la espesa lluvia de ceniza, alto y macizo, como una máquina viviente de músculos y tendones. El gordo cigarro emerge de su cara manchada de hollín como un inflamado mascarón de proa. Todavía lleva los anticuados pantalones de mujer y maldice incesantemente al maestro de escuela y al ex *Oberst*. Estos resoplan detrás de él con el lanzallamas y las cajas de municiones.

El aire está lleno de ruidos burbujeantes y chirriantes. El chasquido de una granada de mortero hace que el ex *Oberst* busque refugio.

—¡Que el diablo te lleve, imbécil! —ruge *Hermanito*—. ¿No te tengo dicho, cagón, que no debes tratar de cubrirtte sin que yo lo ordene?

Se oye de nuevo aquel sonido sordo. *Hermanito* levanta la cabeza con curiosidad y sigue la trayectoria de la granada con los ojos. Cae en la nieve con un feo ruido y la esparce en todas direcciones.

Un trozo de metralla abre un agujero en una de las cantimploras de *Hermanito*, y el vodka gotea por sus piernas.

—¡Puercos herejes rusos! —grita furioso, apuntando a las alturas con la escopeta de cañones recortados—. ¿Qué clase de truco es este? ¿Qué tiene que ver con la guerra?

—¡Cúbrase, hombre! —grita el *Leutnant Braun*, muy nervioso—. ¿Quiere que lo maten?

—No me pasará nada, señor —le tranquiliza *Hermanito*, con su ronca voz de bajo profundo—. No dejaré que me maten antes de haber visto Nueva York y Londres y de haber visitado África con Albert y probado a cagar en uno de esos retretes con clavos de los faquires.

—¡Segundo pelotón, tomen la delantera!

La orden es transmitida a toda la compañía.

Nos levantamos poco a poco. Las piernas del *Viejo* se hunden en la nieve hasta las rodillas. Lleva su «Mpi» sujeto con una corta correa sobre el hombro.

—¡El dedo en el gatillo! ¡En pie! —grita, con impaciencia—. ¡Arriba, *Hermanito*! Encárgate del flanco derecho, ¡y que el mismísimo diablo te

ayude si te metes en una choza o empiezas a sacar los dientes de oro a los cadáveres! ¿Me has oído?

—¡Gritas tan fuerte que habrás despertado a los muertos de todos los cementerios de Hamburgo! No me extrañaría que todos los cadáveres estuviesen ahora en posición de firmes, ¡temblando con todos sus huesos! —farfulla maliciosamente *Hermanito*, poniéndose en pie con provocadora lentitud.

—¿Estás de mal humor? —pregunta Porta—. Se diría que te están devorando los piojos comunistas.

—Es ese marica de *Oberst*, el que me irrita —dice hoscamente *Hermanito*—. Tiene menos seso que un recluta entre las orejas, ¡que es como decir ni pizca!

—No voy a seguir aguantando tus insultos —grazna el exoficial.

Trata de dar a su voz el tono de mando que empleaba cuando estaba al frente de un regimiento. Pero no lo consigue.

—Peor para ti, cotorra desplumada —dice *Hermanito*, con una mueca burlona y golpeando al ex *Oberst* con el dorso de la mano—. Porque vas a tener que aguantarlos, ¿no? ¿Quieres metértelo en la cabezota? ¿O prefieres que te haga correr un poco para animarte? Compréndelo de una vez para siempre, estrella apagada, eres el ojo del culo de todo el maldito Ejército alemán, esto es lo que eres. ¿Y yo? Yo soy un *Obergefreiter*, ¡la espina dorsal del Ejército! ¡Y la parte de arriba, desde luego!

—¿Quieres realmente que echemos una carrera hacia esa puerca prisión? —pregunta Porta, ajustando los portaligas del rojo corsé, que le golpean las piernas.

—Quieras o no, es donde vamos a ir —responde secamente *el Viejo*, echando un escupitajo de tabaco sobre la nieve.

—Esta piojosa guerra mundial lo ha vuelto todo patas arriba —gruñe Porta, pesimista, y toma un cigarrillo del *Legionario*—. ¿Cuándo vas a dejar de fumar esa porquería negra francesa con la que te envenenas los pulmones?

—*Pas question, mon ami!* Estos cigarrillos tienen al menos la ventaja de que podré conservarlos en su mayor parte para mí —responde *el Legionario*—. Vuestros pálidos rubios solo son aptos para jovencitas que no han pasado la comunión.

—Ya me estoy hartando de partir nueces del Brasil con las nalgas y escupir las pepitas con la rapidez de un mortero escupiendo granadas —fantasea Porta, mirando la prisión GPU, con sus murallas iluminadas por las danzantes llamas del bosque de coníferas incendiado.

—Tendremos que *subir y bajar* cuestras empinadas, deslizarnos sobre lagos helados hasta despellejarnos el culo, abrirnos paso en bosques congelados como si fuésemos buldóceres, y todo para llegar a esa condenada cárcel comunista. ¡Yo estoy acostumbrado a que me lleven sentado a la cárcel! Si esto no es un caso de vulneración de los *Derechos Humanos*, que debería plantearse con urgencia ante un tribunal internacional, es que soy más imbécil que un pato cojo holandés.

—Tendría que estar prohibido someter a personas normales a toda esta mierda, ¡solo porque unos pocos chalados no pueden dejar de iniciar una guerra mundial! —grita furiosamente Gregor.

Llega un trineo motorizado, levantando una nube de nieve. Un *Oberstleutnant* del Estado Mayor General grita histéricamente, preguntando por el jefe de la compañía. *El Viejo* señala por encima del hombro, en dirección al *Oberleutnant Löwe*, que está sentado sobre un barril, rascando a un gato detrás de las orejas.

—¿No sabe cuadrarse, hombre? —ruge, furioso, el oficial de Estado Mayor.

El Viejo junta despacio los tacones y se toca el casco con la mano, simulando un saludo.

—*Oberleutnant Löwe*, jefe de la Quinta compañía, 27 Regimiento Panzer, ¡a sus órdenes, señor! —ladra cansadamente Löwe.

—¿Por qué diablos están sentados aquí rascándose las narices? —chilla el *Oberstleutnant* con rojos galones del Estado Mayor—. ¿No han recibido la orden de atacar? ¡Sin pararse un solo instante! ¡Ata-a-a-quen, hombre!

La voz de «Ata-a-a-quen» resuena con ecos burlones.

—*Oberstleutnant, ¡señor!* —responde Löwe, saludando correctamente, aunque mandando en secreto al vocinglero *Oberstleutnant* a las últimas profundidades del infierno.

Tambaleándonos como borrachos, avanzamos a través del denso bosque de coníferas en medio de una oscuridad total. Tropezamos con ramas heladas. Tenemos las caras cortadas y arañadas.

De pronto, una «Maxim» rusa tabletea en la espesura.

Con la rapidez del rayo, Porta lanza una granada de mano, seguida de una rociada de balas.

Un soldado ruso es lanzado al aire, y su largo abrigo se agita como unas alas.

La ametralladora amartilla de nuevo.

—¡Por todos los diablos! —grita *Hermanito*, apuntando a los arbustos con el lanzallamas.

Un rugiente chorro de fuego rojizo brilla sobre la nieve. Los árboles se encienden. ¡La ametralladora calla!

Los rusos yacen en un montón, ennegreciéndose poco a poco sus cuerpos aún en llamas, como un asado que lleva demasiado tiempo en el horno.

—Afortunadamente, no sabemos lo que nos va a pasar hasta que ha pasado —suspira *Barcelona*, observando a un ruso cuyos cabellos arden—. Es un soldado viejo. De no serlo, no le habrían dejado llevar los cabellos tan largos.

—¡Adelante, adelante! —ordena *el Viejo*, corriendo pesadamente y adelantándonos.

Vemos un grupo de rusos que tratan de huir. Uno de ellos tropieza con un árbol caído y resbala un largo trecho sobre un arroyo helado.

—¡A ellos! —grita Heide, ansiosamente, levantando la «LMG» que lleva colgada del hombro. Todo su cuerpo tiembla cuando envía una larga y ruidosa ráfaga de balas contra el grupo enemigo que intenta escapar.

Tres de ellos mueren, alcanzados en la espalda y con el pecho destrozado. Empleamos una nueva clase de balas. Unos proyectiles terribles que solo hacen un pequeño orificio de entrada, pero deja grandes desgarros al salir. Algunos heridos yacen en la nieve, lanzando unos gritos que parten el corazón.

Hermanito mata a cuatro supervivientes con la escopeta de cañones recortados. Un arma terrible a poca distancia.

Un viejo teniente con uniforme de miliciano está de pie contra un árbol, con las manos cruzadas detrás del cuello. Nos mira con ojos aterrorizados, al avanzar nosotros hacia él.

—Un comisario —dice Heide, con satánica sonrisa.

—No es *ningún* comisario —dice *Barcelona*—. No es más que un pobre bastardo asustado. Un saco de huesos temblorosos en un uniforme pasado de moda. ¡Deja que el infeliz vuelva junto a sus nietos!

—¿Te has vuelto loco? —protesta Heide airadamente—. Ese cerdo es un oficial soviético, y hay que *matar* a los oficiales soviéticos. ¡Orden del *Führer*!

Levanta su «Mpi» y dispara contra el pecho y la cabeza del teniente.

La cabeza se abre. Dispara dos balas más contra el estómago, para más seguridad.

—¡Asunto liquidado! —declara orgullosamente, cargando el arma sobre el hombro.

Un infante herido se incorpora a medias, apoyándose en una rodilla.

—*Njet sstrjeljatj, njet sstrjeljatj, tovarich germanski* —suplica desesperadamente.

Su camarada alemán, en la persona del *Legionario*, le clava una bayoneta en la espalda. La punta asoma en el pecho del ruso. *El Legionario* retuerce la bayoneta para sacarla del cuerpo. Este cae hacia delante, en la actitud de un musulmán en oración.

Un oficial ruso echa un brazo atrás para lanzar una granada.

Albert le chafa la cara de un culatazo. Matamos a los otros desde lejos, en cuanto les echamos la vista encima. No nos acercamos a ellos hasta que estamos seguros de que están muertos. Y les clavamos las bayonetas antes de pasar por encima de ellos.

Tienen los bolsillos llenos de *machorka* y llevan vodka en las cantimploras. Es un licor de mala calidad. Sabemos por amarga experiencia que produce un terrible dolor de cabeza, y lo cedemos amablemente a los novatos. En cuanto a nosotros, Porta proveerá.

Registramos sus carteras con interés. Cogemos las instantáneas de sus amiguitas y tiramos el resto. Los pocos rublos que tienen no nos interesan.

Hermanito queda muy impresionado por una fotografía que encuentra en la cartera del oficial cuya cara ha aplastado Albert.

—¡Santa Emma, qué adorable criatura! —gruñe, limpiando cuidadosamente una mancha de sangre de la fotografía—. Cuando uno ve una flor rusa como esta —sigue diciendo, guiñando un ojo a la chica de la foto—, se da cuenta de que el Hacedor debía estar distraído el día en que hizo el modelo alemán corriente, con su moño y todos los demás pelos de su cuerpo recogidos en trenzas.

—¡Huy! —exclama Porta, con admiración, observando por encima del hombro de *Hermanito*.

—¿Quieres hacer un cambio? Tres de las mías por la tuya. ¡Vaya bombón! ¡Santa Madre de Kazan!

—No insistas, ¡es mía! —gruñe *Hermanito*—. El muerto había escrito su dirección al dorso. Cuando termine la guerra de Adolfo, compraré un billete de ida y vuelta y me la llevaré a la buena y vieja Hamburgo.

—Debes de tener mierda en vez de sesos —ríe Porta, burlón—. Cuando se entere de que le diste el pasaporte a su amiguito comunista, ¡no querrá saber nada de ti!

—Sé que piensas que estoy chalado —dice agriamente *Hermanito*—, pero no lo estoy tanto como para decirle a la tía que mandé a ese imbécil al otro mundo. No, no, no. Le diré a mi adorada que, con riesgo de mi propia vida, cargué con el esqueleto del humanoide de su amigo durante veinte kilómetros, para ponerle al cuidado de los buenos médicos alemanes. Será una historia estupenda como las que se ven en las películas. Diré que su pobre héroe falleció de muerte natural.

—No sacarás nada de ella —declara Porta, meneando tristemente la cabeza—. Cuando Adolfo pierda esta guerra, cambiará totalmente el mapa del mundo y la Wehrmacht alemana será desarmada. El hecho de ser alemán no será nada divertido. ¡Cuenta con ello! Cualquiera que se lo proponga podrá darnos patadas en el culo, y liquidarnos si tratamos de replicar.

—Vamos, vamos —grita con impaciencia el *Oberleutnant Löwe*—. ¡Adelante! ¡Muévanse! Parece que siempre encuentran la manera de escurrir el bulto. ¡Muévanse y acabemos con esto de una vez! ¡Tenemos que hacerlo! ¡*Oberfeldwebel Bleir*! ¡Tome la delantera con la número Dos! Exploradores en vanguardia y en ambos flancos.

—¡Siempre hemos de ser nosotros! —gruñe furiosamente Porta, largando una patada a una cantimplora rusa vacía—. ¡Tenemos que hacer *todo* el trabajo sucio de este podrido Ejército! ¡Oh!, quién pudiese estar en casa, en el buen Berlín, y dejar que nuestros líderes rondasen por aquí treinta años más, ¡sueñan hacerlo! —Introduce violentamente los cartuchos en su escopeta de cañones recortados y mira por el cañón—. En fin, que sea lo que Dios quiera. ¡Vayamos en busca de nuestro puerco vecino y volemós la cabeza a todos los comunistas ateos!

En el momento en que la compañía sale del bosque, volvemos a oír el ruido sordo y odioso de los morteros. Seguido de estruendosas explosiones. No hay arma que nos guste menos que el mortero de trinchera. Es muy traidor, y casi no te avisa antes de que llegue el proyectil y estalle ante tus narices. No lanza un largo silbido como las granadas. También nos disgusta la gente que cuida de los morteros. Casi siempre son mujeres. Campesinas toscas y corpulentas.

Una noche atacamos a una compañía femenina de morteros. Las mujeres trataron de escapar a través del bosque, ocultándose detrás de los árboles y de los arbustos, pero las encontramos una tras otra y las matamos como ratas, a pesar de sus lágrimas y de sus gritos. A los pocos hombres que había en la compañía los hicimos prisioneros y nos confirmaron lo que ya sabíamos.

Aquellas mujeres eran fanáticas y trataban a los prisioneros de una manera horrible.

—¡Matad a esas perras! —dijo un sargento *ruso* capturado, sonriendo satisfecho y dando una patada a una de las muertas.

Ahora podía decir lo que le viniese en gana. ¡*Su* guerra había terminado!

Uno de los bisoños, un muchachote del pelotón de *Barcelona*, tiene la cara destrozada. Un trozo de metralla ha hecho el trabajo. Los labios, la nariz, los ojos y la frente, han desaparecido. Sus chillidos pueden oírse a gran distancia. Nos esta volviendo locos.

Formamos un tembloroso e inquieto círculo a su alrededor, observando cómo trata el *Gefreiter* Rolfe, de Sanidad, de vendar la herida. Menea la cabeza, desalentadamente.

—Esas granadas de metralla son muy eficaces —dice en voz baja *Hermanito*—. ¡Más que las armas del tío de Düsseldorf, para asesinar a las putas!

—Si sale con vida de esta y consiguen remendarle la cara de algún modo —observa reflexivamente Gregor—, no será un bonito espectáculo. ¡Daré un susto de muerte a los chavales!

El horizonte cambia de color y adquiere un rico tono amarillo rosado. Se oyen fuertes ruidos más allá de las alturas. Un regimiento de Artillería pesada toma posiciones a lo largo del río helado. Dos compañías de tropas de asalto se unen a nosotros. Apestan a betún. Llevan cascos de acero pintados de blanco y con el barboquejo perfectamente ajustado. Cinturón, mochila, máscara de gas. No falta nada. Incluso capas contra los gases, correctamente plegadas. Hace tiempo que nosotros tiramos las nuestras. Sus grandes abrigos son tan pulcros que podrían desfilan con ellos por la Puerta de Brandeburgo.

Los observamos burlones, pero también sentimos un poco de envidia. Tienen todo lo que nos falta a nosotros. El 27º Regimiento Panzer es un asilo comparado con ellos. Ni siquiera tenemos tanques, a pesar de que se presume que somos un regimiento de tanques.

—¡Jesús, qué *elegantes* vais! —exclama Porta, tocando un lustroso cinturón—. El hermano Iván, que es como un bandolero, ¡se va a llevar un susto de muerte cuando os vea!

—¿Y dónde está la banda? —pregunta Gregor—. ¡Ya sabéis! Los viejos ran-pa-ta-plan, con sus tambores y trompetas. ¡No podéis marchar sin *ellos* contra los vecinos!

—Parecen un hatajo de vagabundos —dice un *Feldwebel*, mirando desdeñosamente el gastado y triste uniforme de campaña de Porta.

—Exactamente lo que *somos*, *Feldwebel* —dice sonriendo Porta, que se ajusta el maltrecho monóculo y mira con condescendencia al *Feldwebel*.

—¿Qué clase de pandilla son *ustedes*? —grita un *Oberfähnrich*—. A primera vista, ¡parece carne de presidio!

—¿*Pandilla*? —gruñe *el Viejo*, mirando de soslayo y como paladeando la palabra—. Permita que le diga, señor *Oberfähnrich*, que nosotros estábamos combatiendo antes de que se fundase su Asociación de Guardias, y que hemos perdido ya más hombres que los que puede perder su División en toda la guerra.

—Sí, parecen un poco quemados —ríe agriamente el *Oberfähnrich*. Se lleva despreocupadamente los gemelos a los ojos y explora las alturas—. ¿Es esa pequeña cárcel de allí arriba la que hemos de ayudarles a tomar? Nosotros arreglaremos esto, mientras echan ustedes una siesta para aliviar sus viejos y cansados huesos —dice alegremente, bajando los gemelos.

—¿De veras? —responde fríamente *el Viejo*—. Esa «pequeña cárcel», como la llama usted, nos ha costado ya cubos de sangre.

—Lo único que necesitan es agallas y voluntad de triunfar —declara orgullosamente un joven *Unteroffizier*, que apesta a «Walhalla» y a citas de Hitler—. El soldado alemán cumple todo lo que ordena el *Führer*. ¡Esos *untermensch* rusos no nos detendrán!

—*Bien sur que si, sergeant!* —dice sarcásticamente *el Legionario*, con su eterno cigarrillo oscilando entre sus finos labios mientras habla.

—Todo el mundo habla de la primera línea del frente —sigue diciendo ásperamente el *Unteroffizier*—. Pero esto no tiene nada que ver con la cuestión. Lo que hace al soldado es el *férreo* servicio de guarnición, hasta el punto de que la línea del frente parece una casa de reposo en comparación con aquello. Lo que hemos visto hasta ahora de su frente nos causa risa.

—Un negro *capado* habrá masticado tus cojones —grita Porta, lanzando una carcajada—. Pero vas a cagarte en los calzones en cuanto Iván empiece a tocar su vieja balalaica automática.

—Antes de que se haga de noche estarán prometiendo a Dios ir regularmente a la iglesia durante el resto de su vida —relincha Gregor, divertido.

—¡Tonterías! —dice, indignado, el *Unteroffizier*—. ¡Yo no creo en Dios!

—Muchas personas no creen cuando llegan aquí, *mon ami* —observa tranquilamente *el Legionario*—. Pero cuando están tumbados en el suelo, bajo un *barrage* de Artillería, ¡es sorprendente ver lo temerosos de Dios que se

vuelven! Los ateos más fanáticos se vuelven más devotos que los testigos de Jehová, ¡e imploran a Alá!

—Ahora verán algo diferente —declara el *Unteroffizier*, en tono helado—. El trabajo que empezaron inútilmente aquí hace una semana, ¡nosotros lo terminaremos en dos horas!

—Ya veremos, ya veremos —dice *el Viejo*, con sarcástica sonrisa—. Me encantaría verles tomar aquella prisión en solo un par de horas. ¡Nos ahorrarían el trabajo!

Una lluvia de balas barre el muro nevado, lanzando tierra y pedazos de hielo sobre nosotros.

El *Oberfähnrich* echa inmediatamente cuerpo a tierra, de acuerdo con las instrucciones. Cautelosamente, observa por encima del borde del refugio.

—¡Abajo! —le grita *el Viejo*— avisándole.

Pero la advertencia llega demasiado tarde. La cabeza del *Oberfähnrich* estalla como un tomate demasiado maduro, salpicando a los más próximos a él.

—¡Malditos y estúpidos ordenancistas! —maldice Porta, limpiando su cara de sangre y esquiras de hueso—. ¡Vienen aquí para ensuciarnos con sus despojos!

El aire se llena con los estampidos de varios morteros. La nieve se alza como una cortina al ser recogida hacia atrás.

Las bombas de los morteros caen en espesa lluvia, y un par de cañones de baja trayectoria siembran granadas entre nosotros. Al cabo de un momento, el terreno se ha convertido en un mar tempestuoso lleno de restos de toda clase.

El heroísmo se evapora poco a poco en el *Regiment Gross Deutschland*. Incluso el *Leutnant* de finos labios y bien cortado uniforme parece asustado.

—¡Abajo, maldito sea! —le advierte ásperamente *el Viejo*.

A pesar de su miedo, el *Leutnant* observa que *el Viejo* no le ha dado el tratamiento correspondiente a su rango. Abre la boca pequeña y cruel, para decir algo. Pero antes de que pueda pronunciar una palabra, le alcanza una breve ráfaga de metralla y le lanza hacia atrás sobre la pared de nieve. Después cae de bruces, rompiendo el hielo debajo de él. Agita espasmódicamente las piernas. ¡Y queda completamente inmóvil!

—Ven, muerte..., ven... —tararea en voz baja el menudo *Legionario*.

Dos tanques «Panzer» surgen de la nieve. Rugiendo y rechinando pasan delante de nosotros. El enorme cañón sobresale amenazador de cada torrecilla, apuntando como un índice gigantesco.

—¡Adelante! —grita Löwe, alzando el puño cerrado en el aire—. Quinta compañía, ¡sígueme!

Corremos pesadamente sobre la nieve profunda, pegados a los tanques. Cuando cesa el fuego, nos dejamos caer para recobrar aliento.

Un grupo de rusos sale de una humeante ruina.

Un par de «Mpi» tabletean, y los rusos se derrumban, con expresión de sorpresa en sus semblantes.

—¡Instrucción defectuosa! —murmura Heide desdeñosamente, dando patadas a los cadáveres.

En su opinión, todo el que no es soldado cien por ciento es basura. Para él, la piedad es signo de mentalidad de esclavo.

Una hilera de camiones pesados, con grandes caracteres cirílicos pintados, está cerca de un *koljós*. Granadas trituradoras de patatas silban en el aire. Los soldados de Intendencia que dormitaban en las cabinas de los camiones se lanzan de cabeza. Algunos mueren de la caída. Todo termina tan rápidamente que apenas sabemos lo que ha pasado.

Corremos junto a los cadáveres, por si encontramos algo útil. Estamos saqueando los camiones cuando un personaje menudo, en uniforme de general, aparece de pronto entre nosotros.

Órdenes bruscas, secas, restallan como disparos de ametralladora.

El *Oberleutnant* Löwe se ha cuadrado y apoya los dedos en el borde del casco.

—A sus órdenes, mi general. ¡Sí, señor! —es cuanto puede balbucir.

Apenas puede *decirse* algo más cuando se está en presencia del general Barón von Mannteufel, el temido jefe de *Panzer Granadier Division Gross Deutschland*. Es la primera vez que lo vemos, pero habíamos oído hablar de él, y era más que suficiente. Incluso Porta y *Hermanito* se ocultan sin ruido detrás de uno de los camiones rusos.

—Que yo sepa, no se ha dado la orden de detenerse aquí. ¿O acaso me equivoco? —dice en tono destemplado el pequeño y delgado general de ojos fríos como el hielo—. Estamos atacando la prisión GPU, caballeros. Miren a su alrededor y pronto se darán cuenta de que la prisión no está *aquí*, sino *allá arriba*, en la cota 347. Deténganse una vez más sin mi permiso, ¡y comparecerán ante un consejo de guerra!

Antes de que Löwe pueda abrir la boca para responder, el general ha desaparecido, junto con su burlón ayudante.

—Mierda en la cabeza y tierra en el culo —dice *Hermanito*, contrariado, dejando caer un solo diente de oro en su bolsa—. Los soviets deben de ser

muy pobres. Casi todos esos llevan acero en vez de oro en sus quijadas. ¡Esto es una estafa al pobre liberador alemán!

Durante unas horas, la compañía sigue avanzando sobre la nieve, con la fuerza de la desesperación. Sudamos al abrimos paso entre los matorrales crujientes y helados. Siento, más que veo, una patrulla rusa, y disparo a bulto. La ráfaga alcanza a un oficial ruso en la boca, y el hombre se derrumba con la cara destrozada.

Porta lanza una larga y cruel rociada de balas que levanta del suelo a los rusos más próximos a nosotros y los derriba hacia atrás como bolos.

—¡Coño, hombre! —aúlla Albert, rodando de pronto hacia un lado y levantando una polvareda de nieve. Mientras rueda, arroja dos granadas de mano que hacen trizas a tres rusos. Suspira para cobrar aliento y se limpia la cara con un puñado de nieve—. ¿Estás loco, hombre? —balbucea, gris el rostro por el miedo.

—¡Salones de té al frente! —chilla Heide histéricamente, casi lanzándose de cabeza en una zanja.

—¡Idiota! —gruñe Porta, atando unas granadas a una lata de petróleo.

—¡Dame eso! —silba *Hermanito*, con afán destructor.

Arranca el paquete de las manos de Porta antes de que este tenga tiempo de protestar.

Con increíble velocidad y agilidad felinas, *Hermanito* se acerca al «T-34». Más de prisa de lo que se tarda en contarlo, se encarama en uno de los tanques, cuyas trampillas de la torreta han sido dejadas descuidadamente abiertas. La «MG» delantera escupe pequeñas llamaradas. Con mano avezada lanza el artefacto por una de las trampillas. Riendo como un loco, salta del tanque y rueda para refugiarse detrás de una roca grande.

El «T-34» vuela con estruendo ensordecedor. Su depósito de municiones ha aumentado la fuerza de la explosión. Podemos sentir en todo el cuerpo la presión aplastante de la onda expansiva.

Una «Maxim» ladra cruelmente en el bosque.

El *Leutnant* Müller, del pelotón número Uno, lanza un grito estridente. La primera ráfaga de la «MG» le ha roto la espalda. Rueda como un muñeco de trapo, y sus entrañas caen sobre la nieve.

Con el lanzallamas, limpiamos la posición.

Volvemos a estar en la estepa azotada por la tormenta. Fatigados casi mortalmente, nos quedamos agazapados, esperando el fuego de Artillería que nos abrirá un camino al otro lado del río helado. El regimiento de motoristas ha sido ya destruido al cruzar el río. Muchos hombres se han ahogado al

romper los morteros rusos la gruesa capa de hielo. Y los que no se han ahogado han sido aplastados por las masas de hielo flotante, al juntarse violentamente o subir y bajar chocando entre ellas.

El ruido que hacen parece de truenos.

Porta extiende su paño verde sobre la nieve y arroja varias veces los dados, a modo de prueba.

—Vamos, aves migratorias heladas —desafía—. Juguemos a los dados. ¡Probad la suerte! ¡Yo me llevaré las ganancias!

Nos reunimos temblando en el hoyo en la nieve, y pronto nos olvidamos del frío ante el señuelo de los dados bailando sobre el paño verde. Perdemos la camisa.

Gregor Martin es el primero en quedarse sin blanca, pero no pierde la esperanza y pide prestada una suma importante a Porta, al interés del ochenta por ciento.

Heide lo pierde todo. Poco después, se marcha *Barcelona*. Albert se niega a creer que está arruinado. Como único negro entre tantos blancos, tiene el convencimiento de que no puede perder. Nos dice una vez más que su padre tocaba el tambor de los húsares.

—Si encontráis algo en vuestros vacíos bolsillos, os daré el doble —promete Porta, como buen camarada.

—Y si no, ¡os lo prestaremos! —ofrece *Hermanito*, que es el tesorero de Porta.

Albert asiente con la cabeza, con una mirada triste y perdida en su negro semblante.

—Pero no olvides lo que hacen los blancos si no se les pagan sus deudas de honor —gruñe amenazadoramente *Hermanito*, tendiendo a Albert un puñado de billetes.

—¡Cojones, qué frío hace! —se lamenta Gregor, echando el aliento sobre su cara, de cuyas cejas penden pequeños carámbanos de hielo.

Se oyen a lo lejos los aullidos de los lobos bajo el viento helado que sopla en fuertes ráfagas sobre la estepa.

—¡Vaya si hace frío! —dice *el Viejo*, haciendo su apuesta—. Pero ¿qué diablos se puede esperar de una noche de invierno en Rusia?

—*Merde aux yeux* —murmura *el Legionario*, frotándose las manos.

—Jefes de sección, ¡al puesto de mando!

La orden es transmitida de un agujero a otro.

—¡Que el propio Satanás se meta por sus gaznates con un rollo de alambre espinoso sobre la espalda! —maldice furiosamente *el Viejo*—. Una

vez que tengo las de ganar, ¡y el maldito Ejército se ensaña con un pobre jefe de sección!

—*C'est la guerre, mon ami* —dice *el Legionario*, dando una chupada a su eterno cigarrillo.

Las ráfagas espasmódicas de viento helado se hacen continuas y se convierten en una de esas temidas tormentas de nieve rusas. Incluso los lobos se ponen a cubierto. Pero nosotros no podemos hacerlo. El ataque continúa a pesar de la tormenta. El viento es lo bastante fuerte para empujar una vaca sobre la estepa.

El Viejo vuelve con gran trabajo, por el lado de estribor de los altos montones de nieve.

—Perezosos, ¡en pie! ¡Preparados! —grita, todavía desde lejos.

Recogemos, gruñendo, nuestro equipo.

—¿Quién va delante? —pregunta *Barcelona*, con irritación, echando un trago largo y sonoro de su cantimplora de vodka.

—El 114 —responde *el Viejo*, encendiendo despacio su pipa con tapa metálica.

—Entonces, tomémoslo con calma —sugiere *Porta*—. Dejemos que la Infantería nos abra el camino. Seguiremos su ritmo. ¡Esto reducirá el peligro en un cincuenta por ciento!

Hermanito abre la escopeta de tres cañones, la carga con municiones para la caza del oso, y vuelve a cerrarla.

—Vamos allá y hagamos correr a Iván hasta que el ojo del culo le quede por encima de las orejas, y a ver si podemos tener un poco de paz —gruñe ferozmente.

Inicia un trote detrás del *Viejo*, que lleva su arma bajo el brazo como el cazador que inicia su jornada.

La compañía ha sido provista de unos extraños lanzadores de arpones que disparan cuerdas para escalar los riscos.

—Nos han tomado por monos —gruñe *Porta*, empezando a trepar con ayuda de la cuerda helada.

Uno de los novatos resbala en la cuerda, con el cuerpo dando vueltas. Casi me arrastra con él. Presa de pánico, suelta la cuerda y se abraza a mi cuello.

—¡Suéltame, loco! —grito, temeroso, y empiezo a sentir que mis manos se aflojan sobre la cuerda.

—¡Muérdele los dedos! —grita *Porta*, que se balancea en una cuerda junto a mí.

Desesperadamente, sigo su consejo y clavo los dientes en las manos del hombre. Con un chillido estridente, me suelta y resbala sobre el acantilado entre una nube de nieve. Queda un momento suspendido en una cornisa de hielo y después sigue resbalando en la hondonada.

Al fin llegamos a la cima, agarrándonos a la vida con manos y pies.

Un abrelatas fulgurante levanta la tapa de la negra noche. A su vivo resplandor, aparece una aldea como surgida de la nieve.

En breves carreras, avanzamos hacia el pueblo. Abro una puerta de una patada, con el fusil a punto.

Un oficial ruso se levanta, con una expresión de absoluto asombro en su semblante.

Casi consigue gritar *Germanski!* Pero no puede pasar de *Ger...* Mi bala explosiva le alcanza en la boca y le hace tragarse el resto de la palabra. La cabeza y el cuello se abren, y su contenido salpica un cartel de colorines que muestra unos felices bañistas en una playa de Crimea. A pesar de todo su horror, la visión es casi cómica. El cuerpo se estremece y da dos pasos en mi dirección. Disparo de nuevo. El resto del cargador le da en la cintura y lo lanza al aire, donde parece quedar suspendido un segundo, como queriendo dar un salto mortal hacia atrás. Tiene los brazos extendidos. En una mano sostiene todavía la gorra con su escarapela dorada y el emblema de la hoz y el martillo. Su espalda se tuerce violentamente, y la sangre fluye a raudales. Cae al suelo con un fuerte chasquido. Una estantería de libros se vuelca y una lluvia de chucherías cae sobre el cadáver.

Un teniente y dos suboficiales llegan corriendo de una estancia contigua. En el mismo instante, una ráfaga de «Mpi» restalla a mi lado. Una ráfaga larga, cruel.

Los tres rusos son arrojados contra la jamba de la puerta y se derrumban como globos pinchados.

—¡Vaya, hombre! —grita Albert, acariciando su «Mpi»—. ¡Estas viejas guitarras mecánicas hacen que uno se sienta fuerte!

—¿Qué hacéis ahí plantados, con aire soñador? —grita *el Viejo*, asomando la cabeza—. ¡Adelante! ¡*Los dedos fuera del culo!* ¡De prisa! ¡Ya tendréis tiempo de observar cadáveres cuando estéis en la fosa común!

Parece como si nos apuntasen con mil ametralladoras. Una sombrilla de bengalas ilumina las estrechas calles de la aldea. Salen fogonazos de todas las puertas y ventanas. Las granadas de mano vuelan en el aire y estallan con secos chasquidos.

En todo escondrijo, por pequeño que sea, acecha un soldado del Ejército Rojo, presto a combatir con desprecio fanático a la muerte.

Hermanito lanza un grito agudo y se tambalea, sangrando, contra una pared.

—¡*Hermanito*! —grito yo, sintiendo miedo, y me echo al suelo a su lado.

Él abre los ojos y me mira, confuso.

Porta llega corriendo desde el otro lado, seguido de cerca por Gregor. Gregor lleva un botiquín ruso en la mano.

—¿Estás muerto? —pregunta Porta, acercando su cara a la de *Hermanito*.

—¡No! —responde este—. ¡Pero el maldito hereje me ha dado en el cuello!

—¡Que me aspen! —grita Porta, asombrado, después de desabrochar el cuello del uniforme de *Hermanito*.

—¡Puedo ver la luz a través de ti! ¡Nunca había visto *cosa* igual! ¡*Mirad*! —dice, señalando el orificio de entrada—. La maldita bala le ha atravesado limpiamente. ¡Un poco más arriba y le habría decapitado!

—Ha estado a punto de convertirse en una gaita humana —dice Gregor, aplicando una gasa al orificio de salida—. Por santa Inés, ¡qué suerte tienes! Un poco más arriba, y esos ateos te habrían vaciado el cráneo.

—¿Puedes beber? —pregunta Porta, preocupado, tendiéndole la gran cantimplora de cinco litros, llena de vodka.

—No hagas preguntas tontas —dice *Hermanito*, con dificultad.

Toma la cantimplora y la medio vacía en veintiún segundos.

—Debe salir por los agujeros y empapar los apósitos —dice Porta, con asombro—. Ninguna persona normal podría beber tanto vodka tan de prisa.

—Y me ha sentado bien —exclama, satisfecho, *Hermanito*—. Ese traguito me ha convertido en un hombre nuevo. ¡Dejadme la botella! Al hombre nuevo le gustará también beber un poco de agua heroica.

—Bueno, ¿*podéis* creerlo? —exclama Porta, sacudiendo la cantimplora vacía.

Un nuevo ruido llena el aire, y una lluvia de proyectiles de mortero cae estruendosamente sobre el pueblo. Se producen incendios. Innumerables casitas cubiertas de ramajes empiezan a arder.

—Salgamos de aquí antes de que los vecinos nos salten las orejas a tiros —dice Gregor.

—Allá voy —ríe *Hermanito*, agarrando su escopeta de cañones recortados—. Quisiera probar este viejo cañón y ver cómo dispara. ¡Tal vez pueda encontrar al imbécil que me hizo este agujero!

Toda aquella noche y el día siguiente tenemos que hacer frente a toda clase de diabluras. Después de tres días, hemos avanzado un centenar de metros. No más. Cada vez que tratamos de ponernos un poco cómodos en algún refugio conquistado, los rusos contraatacan con más fiereza que nunca y nos obligan a retroceder. Durante los días siguientes, pasamos un infierno de combates a corta distancia. Cuando nos retiramos un poco para descansar, Albert es el único que no ha recibido ninguna herida.

—¿Cómo te las arreglas? —pregunta Porta, sorprendido, ajustándose el vendaje de la cabeza.

—Las balas no saben dónde tienen que encontrarme, coño. Por algo soy *negro*, ¿no lo ves? —Albert muestra los perlinos dientes y pone los ojos en blanco— ¡Pasan a mi *alrededor* y van a hacer sus agujeritos en vuestros culos blancos! Os aseguro que, en esta guerra mundial de blancos, ¡ser negro es una gran ventaja!

«Que el Führer escapase a este bajo atentado contra su vida es una elocuente señal de Dios de que Adolfo Hitler es nuestro hombre providencial, elegido para realizar grandes designios, y de que ningún poder en la tierra podrá detener su marcha por el camino predestinado que conduce a la Victoria Alemana final».

Völkischer Beobachter, 21 de julio de 1944

—No tenemos equipo de invierno —dice el oficial de Intendencia Bauer—. El Führer ha asegurado a los jefes del Ejército que no habrá más campañas de invierno y que, por consiguiente, no son necesarios los equipos de invierno.

—¿Quiere tomarme el pelo, o qué? —ruge el Oberst Hinka—. Estamos a principios de noviembre. Hace catorce días cayeron las primeras nieves. Si continúan, ¡dentro de una semana estaremos con la nieve al cuello!

—El Führer ha ordenado que no se suministre equipo de invierno. No habrá más campañas de invierno —continúa el oficial sonriendo resignadamente.

—¿Está usted loco? —truená Hinka—. Muchos de mis hombres no tienen capotes, y andamos escasos de otras cosas. El suministro de municiones está en su nivel más bajo. Necesitamos aceite de invierno, tanto para los vehículos como para las armas.

—Lo siento, Herr Oberst —responde el oficial de Intendencia encogiendo los hombros con pesadumbre—. No he recibido ningún equipo de invierno para el Cuerpo de Ejército. El último envío fue de chaquetas de faena, gafas para motoristas y preservativos.

—¡Usted debe de estar loco! —grita el Oberst Hinka—. ¡Chaquetas de faena y preservativos! ¿Qué diablos vamos a hacer con esto?

—Venga y véalo usted mismo, Oberst Hinka. Toda la consignación está todavía en el punto de recepción. He firmado el recibo, sí. ¿Pero qué voy a hacer con montañas de chaquetas de faena y millones de gomas francesas? ¡No lo sé! Pedí lo que se necesitaba. Aceite de invierno. Piel. ¿Y bien? No he recibido nada de lo que pedí. Órdenes del Führer, Oberst Hinka.

—¿Y qué piensa que hemos de hacer con los condones? ¿Metérselos a los rusos por la cabeza y asfixiarlos con ellos? —vocifera Hinka, que parece a punto de arrojarse contra el oficial de Intendencia.

Aquella noche, los soldados alemanes del 4º Ejército Panzer empezaron a despojar de sus equipos de invierno a los rusos muertos.

EL COORDINADOR DE FUEGO

El *Generalleutnant* von der Hecht, jefe de la División, se ajusta mejor el monóculo y se inclina sobre los mapas extendidos sobre la tosca mesa. Los jefes de regimiento de la División y los oficiales de la plana mayor están reunidos en la pequeña habitación de techo bajo.

El larguirucho y severo jefe de Estado Mayor, *Oberst* von Balk explica bruscamente por qué han fracasado, uno tras otro, los ataques a las alturas.

—¡Solo excusas! ¡Siempre excusas! —gruñe, con irritación. Golpea los mapas con el puntero—. La verdad es que los hombres no tienen agallas, y que los jóvenes oficiales son débiles. ¡Esto tiene que *cambiar*! ¡No más guante blanco! ¡Puño de hierro es lo que hace falta! La menor señal de cobardía, o de escurrir el bulto, será castigada en el acto. Se establecerán consejos de guerra móviles, ¡con plenas facultades! ¡Se *restablecerá* la disciplina! Llevamos tres semanas atacando el sanatorio de la cota 409 y el molino del otro lado. ¡El objetivo es la prisión GPU! ¿Y dónde estamos? ¡Todavía en el sanatorio y el molino! Y el enemigo reconquista el terreno... ¡casi en el mismo momento en que nosotros lo tomamos!

—El cuartel general del *Führer* ha dado tres días al Cuerpo de Ejército para cumplir esta misión. Aquí... —y golpea con el puntero un sitio marcado con un círculo rojo en el mapa—, ¡es la puerta para llegar al sanatorio y al molino! Pasando por aquí, podemos tomar muy pronto la altura, y después, la larga meseta donde se halla la prisión está a un tiro de piedra. Una vez *allí*, ¡solo hay un corto paseo hasta el Dniéper!

—¡Seremos la primera División que llegue al Dniéper!

Se yergue y mira al jefe de la División. La Cruz de Caballero con hojas de roble del general, centellea a la blanca luz de la lámpara de carburo.

Los finos labios del general esbozan una sonrisa. Saca un pañuelo blanquísimo de la manga y se enjuga la frente con él. Sus fríos ojos de pescado miran interrogadores a los oficiales reunidos.

—Mi general —protesta débilmente el jefe de la infantería—. Esto va a costar muchas vidas.

—Cada batalla cuesta vidas, *Oberst* —gruñe desdeñosamente el general—. Las pérdidas no cuentan. ¡Las batallas más sangrientas son las que se recuerdan!

—Un ataque será imposible sin apoyo masivo de la artillería —interviene el oficial de operaciones, evitando la fría mirada del general.

—¿Me está diciendo algo *nuevo*, *Oberst*? —ladra roncamente el general, llenando un vaso de coñac y tomándolo de golpe.

El general se yergue bruscamente y dirige una mirada aviesa al jefe del regimiento Panzer, el manco *Oberst* Hinka.

—Su Segundo Batallón armó un buen lío, *Oberst*. ¿Cómo pudo ocurrir una cosa así? Fue una lástima que el comandante Blank resultase muerto. ¡Habría hecho un buen papel en un consejo de guerra!

—Nos sorprendieron, señor —se defiende Hinka—. Cualquiera hubiera caído en *semejante* trampa. Los tanques rusos ocultos eran invisibles a dos metros de distancia. El enemigo barrió el Segundo Batallón de la faz de la tierra. ¡El comandante Blank no podía evitarlo!

—Ahórrese las excusas —le interrumpe vivamente el general—. El resto de su Segundo Batallón pasará a Infantería. A esos cerdos perezosos les conviene un poco de ejercicio. ¡Lo único que hacen es calentarse el trasero dentro de sus tanques!

—Está bien, mi general —dice Hinka, lanzando una mirada afligida al bajo techo.

Un *Rittmeister* del regimiento motociclista se cae al suelo con estruendo, volcando también la silla.

El general se cala con más fuerza el monóculo y observa la figura caída con evidente desagrado.

—Es mi oficial de ordenanza, *Rittmeister* Opel, señor —dice el *Oberstleutnant* Winkel, jefe del Cuarto Regimiento de Caballería.

—¡Saquen de aquí a ese alfeñique! —ordena vivamente el general—. ¡Trasládenlo inmediatamente a un regimiento de asalto!

—¡El *Rittmeister* no ha dormido en una semana, señor! —dice el *Oberstleutnant* Winkel, tratando de defender al inconsciente oficial.

El seco y pequeño general levanta su larga cara caballuna del mapa y lanza una mirada asesina al *Oberstleutnant*.

—¿Cree usted que *yo* he dormido mientras mi División trataba de conquistar aquella maldita prisión? —silba, roncamente—. ¿Y *me* ha visto caer sobre el puerco suelo ruso? ¿Se derrumban nuestros soldados cuando marchan? ¡No me venga con esas gansadas, *Oberstleutnant* Winkel! Su

adormilado *Rittmeister* no me sirve. ¡Téngalo lejos de mi vista! Si sale con vida del ataque, quiero que sea sometido a consejo de guerra por debilidad e ineficacia en el servicio. —Se inclina sobre los mapas y señala con la punta del látigo el círculo rojo—. Escúchenme, caballeros —grita, con voz cortante como un cuchillo—. Hay que tomar esa altura, ¡y la va a *tomar* mi División! Las otras dos Divisiones atacarán por los flancos. La División de reserva limpiará la retaguardia. He sido autorizado por el OKH^[30] para tomar el centro con mi División. ¡El *Feldmarschall* von Mannstein *confía* en nosotros! —Se pasa nerviosamente la mano por la cabeza afeitada—. Caballeros, ¡quiero esa altura antes de la noche de mañana! ¡Es una orden! ¡Y miren lo que les digo! Cualquiera que falle, por el motivo que sea, comparecerá ante un consejo de guerra por cobardía e incompetencia. —Golpea de nuevo el mapa con el látigo de puño de plata—. ¡Es una orden! Aunque me cueste toda la División, ¡tendré esas alturas antes de la noche de mañana!

Hay un fuerte ruido junto a la puerta. Un *Leutnant* de Artillería ha caído de bruces.

El general tiene ahora el rostro congestionado y golpea furiosamente sus botas de montar con el látigo.

—¿Alguno más de ustedes quiere caer de bruces? —silba, con malignidad—. Si es así, háganlo *ahora*, ¡para que pueda librarme de ustedes lo antes posible!

Se hace un silencio mortal mientras dos sanitarios se llevan al *Leutnant* como si fuese un saco de patatas.

—Prosiga, Balk. —El general se vuelve a su jefe de Estado Mayor—. Pero dese prisa. ¡El tiempo apremia!

—El cuerpo de Ejército atacará en tres oleadas —dice el jefe de Estado Mayor—. Como han oído, *nosotros* dirigiremos el ataque. No nos detendremos, sea cual fuere la resistencia del enemigo. Cruzaremos la garganta. Nos apoyará una barrera de artillería. Empezará a machacar las alturas y descenderá por las laderas. El enemigo se quedará sin aliento. Tenemos delante de nosotros al 39 de Guardias Soviéticos. Una unidad de élite, al mando del terco general Koniev. Ha sido reforzado por la 521 División Acorazada y la 1ª Brigada de Caballería. Sus reservas estarán aquí, a veinte kilómetros a retaguardia. Son la 731ª División de Fusileros, que no significa nada. Si es lanzada al combate, uno de nuestros batallones puede encargarse fácilmente de ella. No tienen experiencia de combate ni bravura. Una masa de campesinos mal instruidos a los que podemos aplastar como piojos. *Oberstleutnant* Winkel, usted atacará desde este punto como apoyo de

Infantería al regimiento panzer, y dirá a sus hombres que se mantengan cerca de los carros. Lleve un destacamento de Policía Militar como fuerza de seguridad en retaguardia. Cualquiera que intente rezagarse debe ser liquidado en el acto. *Oberst* Jevers, usted será el enlace con la División del flanco y seguirá al 104º Regimiento de Granaderos con su Regimiento Motociclista número 6.

—Muy bien, señor —murmura el *Oberst* Jevers, impresionado, contemplando los grandes mapas.

Sabe el significado de esto. Ha sido, literalmente, condenado a muerte.

Con fría sonrisa, el jefe de Estado Mayor mira al *Oberst* Mullen, comandante del 114º Regimiento de Granaderos Panzer.

—Y usted, *Oberst*, atacará junto con el 104º. Comandante Zaun, usted se abrirá camino entre las líneas, en el curso de la noche, con el 77º batallón de asalto, y tomará los puntos de defensa enemigos con lanzallamas pesados y explosivos. Acérquese, Zaun. Debe abrirse paso por *aquí*. —El jefe de Estado Mayor golpea el mapa con el puntero—. ¡Hágalo *deprisa*! Como si el diablo le estuviese pisando los talones. ¡Porque se los *estará* pisando! A la hora H, estará detrás de los puestos avanzados enemigos. ¡Le va en ello la cabeza!

—¡Muy bien, señor! —responde el comandante Zaun—. ¡Comprendido! —Se humedece los secos labios—. Un viaje al cielo —murmura al *Oberstleutnant* Winkel—. ¡No muchos volverán de esta!

—¿Está nervioso? —pregunta el jefe de Estado Mayor, que ha oído la observación en voz baja—. Si cree que es un trabajo demasiado duro, ¡dígalo! ¡No me costará encontrarle un sustituto!

El comandante se pone colorado como una amapola, pero no consigue responder antes de que el jefe de Estado Mayor se vuelva al jefe de Artillería, *Oberst* Grün.

—Usted, *Oberst*, mandará toda una División de Artillería. Le será incorporada una brigada de «Nebelwerfer» pesados y dos pelotones de morteros pesados. No tengo que decirle que la misión requerirá una buena planificación y una estrecha colaboración entre sus diversas baterías. Tiene cinco horas para reunir las y dar instrucciones a sus jefes de batería. Hemos conseguido que nos envíen un grupo de meteorología; por consiguiente, no habrá dificultades a *este* respecto. Si no confía en algunos de sus jefes sustitúyalos por hombres seguros y experimentados. ¡No podemos cometer errores! ¡Todo depende de su fuego! Su coordinador de fuego es el hombre más importante. Debe ser de primerísima clase. ¿A quién propone para esta función?

—Al *Hauptmann* Henckel —responde el *Oberst*, sin vacilar. Mira a un oficial de Artillería alto y delgado, de poco más de treinta años—. *Herr* Henckel ha sido instructor durante tres años en la Academia de Artillería en Jüterburg. No lleva mucho tiempo en el frente, pero ha sido sumamente recomendado por la Academia. Estoy convencido de que no podríamos encontrar un oficial mejor para esta función.

—Confío en que esté en lo cierto —ladra el general, lanzando una mirada escrutadora al alto *Artillerie-Hauptmann*, que se ha colocado deliberadamente fuera del resplandor de las lámparas de carburo—. Escuche esto, Henckel, pues es importante. Todo depende de que comprenda bien las órdenes. ¡No tenemos tiempo de repetirlas! Continúe, Balk —gruñe, con impaciencia, golpeando sus botas con el látigo—. ¡Tenemos mucho que hacer!

El *Oberst* Grün se acerca en dos zancadas al controlador de fuego y le da un codazo en las costillas.

—¡Maldita sea, Henckel! —murmura—. ¡Está durmiendo de pie! ¡Despierte, hombre! ¿Dónde están sus órdenes de fuego? ¡Muéstreme lo que ha escrito!

Moviendo los ojos de un modo extraño, el *Hauptmann* Henckel tiende al *Oberst* su bloc con los planes de fuego.

—¿Qué diablos es esto, hombre? ¿Ha perdido la cabeza? —balbucea furiosamente el *Oberst*—. ¡Apenas si ha tomado notas! ¿Quiere que nos formen consejo de guerra a todos? ¡Abra los ojos, hombre! Nunca había visto nada parecido. —Se vuelve a su ayudante—. *Herr Pohl*, encienda una fogata debajo de Henckel. Y oiga lo que le digo, Henckel: ya no está en Jüterburg. Cometa aquí un error, y no saldrá de rositas. ¡Le costará la cabeza! ¿Está enfermo? Si es así, dígalo ¡Ahora!

—No, señor; estoy bien. Solo un poco cansado.

—*Cansado* —dice el *Oberst*, con una risita burlona—. ¿Acaso no lo estamos *todos*?

Vuelve a la mesa de los mapas, con aire preocupado, y mira nerviosamente al seco y menudo general, preguntándose con quién podría remplazar a Henckel. No se le ocurre nadie más para encargarle la misión.

—¿Está loco, hombre? ¡Se ha dormido otra vez! —susurra el ayudante, irritado y apretando el brazo de Henckel—. Escuche y escriba lo que dicen. Si no lo hace, ¡podría destruir a todo el Cuerpo de Ejército cuando abra fuego!

—No sé lo que me pasa. No puedo mantenerme despierto —dice el *Hauptmann* Henckel, en son de excusa, apoyándose en la pared para no caerse—. ¡Ya no recuerdo la última vez que me acosté en una cama!

—¿Una *cama*? —se burló el ayudante—. Considérese dichoso si puede tumbarse sobre un montón de paja y no ha de conformarse con la nieve apisonada. Las camas solo son para los jefes de alta graduación. Yo no he visto una cama en dos años.

—¿Dos años? —murmura Henckel, con asombro—. Debió de estar con licencia, ¿no? ¡Todo soldado tiene tres semanas de licencia al año!

—¿Dime la verdad, Henckel, en que parte del mundo has vivido hasta ahora? ¿En la luna o en los alrededores? ¿Licencia? ¡Santo cielo, pero tú estás viviendo en un mundo de fantasía! La única cosa que puedes esperar es una herida inteligente que te permita sustraerte a toda esta mugre y recobrar el sueño perdido. ¡Enterate de lo qué te digo! ¡Si tuviera la suerte de quedar herido, todos los médicos militares de este mundo no lograrían hacerme levantar de la cama por seis meses!

—¡Pero sería sabotaje! —exclama Henckel con reproche.

—¿Esto piensa? —sonríe el ayudante, con aire ausente—. Pronto cambiará de idea. Pero ahora le ordeno que despierte. La función que se le ha encomendado requiere algo más que tener los ojos abiertos. Si no lo hace, acabara muy mal. En lenguaje del frente, le calentarán los huevos en el, ¡paredón!

Les interrumpe una explosión horrrisona. Todo el edificio se sacude con estruendo. Ninguno de los oficiales presentes reacciona. El jefe de Estado Mayor Interrumpe un solo segundo la exposición de su plan de ataque.

Desde la oscuridad, llegan gritos estridentes y gemidos.

El *Hauptmann* Henckel mira nerviosamente la puerta encubierta. La cortina negra se mueve bajo el empujón de la corriente de aire provocada por las explosiones.

—¿Bombarderos? —pregunta, en voz baja, parpadeando violentamente del miedo. Ahora se encuentra honrosamente en el frente. En Jüterburg no había ataques aéreos.

—Supongo que puedes llamarlos bombardeos. *Nosotros* los llamamos —sonríe, zumbón—, «molinillo de café». Tienen muchos viejos biplanos con las bombas colgando bajo el fuselaje, como salchichas en una carnicería. Cuando el piloto ve una luz en el suelo desengancha una bomba y la deja caer. Prueba a estar fuera con un cigarrillo encendido en la boca, ¡te aseguro que recibirás una bonita bomba, antes de decir Jesús!

Una serie de explosiones hacen que la puerta se abra como golpeada por el puño de un gigante. Un soplo de aire frío y de nieve en polvo barre la estancia y apaga las lámparas de carburo antes de extinguirse.

—Cierren esas puertas y enciendan las luces —ordena furiosamente el general, azotando con impaciencia sus altas botas de montar—. ¡Luces! —repite—. ¡Luz, malditos sean sus ojos!

Algunos hombres del Cuerpo de Transmisiones casi se caen al llegar corriendo con nuevas lámparas de carburo. Pronto brillan con blanco resplandor. Pero una de ellas silba y produce fuertes chasquidos.

El general la mira con ceño.

—Hagan callar a esa lámpara —grita, enrojecido el semblante por la ira.

Un *Unteroffizier* de ingenieros trata nerviosamente de ajustar el quemador, pero la lámpara sigue chisporroteando. Como si quisiera irritar al general.

El *Unteroffizier* se quema los dedos, pero es lo bastante prudente para disimularlo.

—¡Llévense esa lámpara! ¡Fuera con ella! —brama con voz ronca el general.

El *Unteroffizier* agarra la lámpara y sale corriendo del túnel oscurecido.

Al mismo tiempo estallan varias bombas. El *Unteroffizier* y la lámpara salen volando por el túnel en una lluvia de vidrios rotos, jirones de carne y ladrillos.

—¡Maldito follón! —gruñe, irritado, el general—. ¡Limpiesen eso y prosigamos!

El plan para el gran ataque se reanuda inmediatamente. Por lo visto, el bombardeo y el *Unteroffizier* muerto no interesan a nadie. Un par de soldados se llevan rápidamente los restos.

—¿Tenemos que contener al enemigo con un breve y violento fuego de barrera? —pregunta el jefe de Artillería, *Oberst* Grün, en tono de incertidumbre.

—Sí, sí, ¡claro! —responde con mal humor el general, ajustándose el monóculo—. ¿Qué esperaba? Su fuego cae en la tierra de nadie y se desplaza hacia delante, precediendo el avance de la infantería, que debe seguir muy de cerca la pared de fuego. Perderemos algunos imbéciles, pero esto es inevitable. El enemigo no soñará siquiera que nuestros hombres sigan tan de cerca a la barrera. Les pillaremos por sorpresa y no tendrán tiempo de colocar sus armas automáticas en posición. Sus armas *pesadas* habrán sido destruidas por nuestras granadas. ¡Hay que *aprovechar* el momento de sorpresa! Sorpresa, caballeros, no lo olviden. Y usted, *Oberstleutnant* Winkel, atacará por la estepa abierta. Sé que será costoso, pero estoy seguro de que puede hacerlo. Confío en usted. Pero *no* olvide mantener el contacto con ambos

flancos. Si pierde este contacto, ¡la *habremos* palmado! Nuestro adversario es un genio contraatacando a través de líneas debilitadas de conexión. Si cometemos el menor error en esto —y descarga su látigo sobre los planos de la mesa—, ¡sufriremos el mayor fracaso de todos los tiempos!

La instrucción de los regimientos individuales prosigue durante otra media hora. De vez en cuando se oyen alusiones al consejo de guerra y a la prisión militar.

Por último, el general recalca de nuevo la grave responsabilidad de la Artillería. Apoya pesadamente la mano en el hombro del *Oberst* Grün.

—Grün, prométame que *sustituirá* a cualquiera que no merezca su absoluta confianza. Un zopenco entre sus oficiales puede tener una importancia imprevisible. —Se lleva la mano a la gorra—. Gracias, caballeros. ¡Les deseo toda la suerte posible! Si fracasa el ataque, ninguno de ustedes será oficial cuando termine la cosa. ¡No lo olviden!

—¡Dios mío, *otra vez*! —murmura desesperadamente el *Oberst* Grün.

El *Hauptmann* Henckel se ha dormido de nuevo.

—Lo siento, señor —murmura, avergonzado, Henckel—. No comprendo lo que me pasa. Tengo la impresión de ser dos personas diferentes.

—¿Qué voy a hacer con usted? —pregunta el *Oberst*, muy preocupado—. No *tengo* un sustituto para el coordinador de fuego. En otra ocasión, podría emplear un *Wachtmeister* con experiencia, pero esta vez no puedo hacerlo. *Tiene* que sobreponerse. No ponga esos ojos, ¡serénese, hombre! —insiste, sacudiendo furiosamente al adormilado oficial—. ¿Lo *ha* anotado todo?

—Sí, señor; todo está anotado, señor. No era muy difícil. ¡Confíe en mí, señor!

—¡Por Dios y por todos los diablos! Espero que sea así. Pero no se engañe; no va a ser una tarea fácil. Para mayor seguridad, repáselo con mi ayudante.

El *Oberst* toma su largo abrigo de pieles de una percha.

Henckel, servilmente, quiere ayudarle.

—¡Déjese de tonterías! —le reprende, irritado, el *Oberst*—. No está en el comedor de oficiales. Aproveche el tiempo repasando las instrucciones. Y que el diablo, Dios y todos los Santos le ayuden, Henckel —murmura, mientras se dirige a la puerta, apretándose el cinturón. Saca su pistola de la funda y se la mete en el bolsillo del abrigo, para tenerla más fácilmente a su alcance.

El *Hauptmann* Henckel mira fijamente hacia delante. La larga aula de la escuela baila ante sus ojos, como un barco en alta mar. Solo desea tumbarse en el suelo, y dormir, dormir, dormir...

«Debo tomar una ducha, una ducha helada», piensa, y empieza a andar de puntillas hasta que puede sentir el dolor en sus rodillas. Pero no le sirve de nada. Las pálidas caras de los oficiales que están en la habitación giran en círculo a su alrededor. Muy lejos, alguien está diciendo algo sobre sincronizar los relojes.

Un comandante de los *Nebelwerfers* le da un codazo en las costillas y le dice algo, pero él solo entiende la palabra «espere». No sabe lo que tiene que esperar.

—¿Está enfermo? ¿Qué diablos le pasa? —le pregunta vivamente el comandante.

—Solo estoy un poco cansado, señor.

—Quiera el diablo que no lo esté demasiado para desempeñar como es debido su función de controlador de fuego. Porque, si lo *está*, será mejor que se ponga enfermo inmediatamente. Quizá le meterían en la cárcel, pero esto sería mejor que dar al traste con la operación. En este caso, le formarían consejo de guerra. ¡Y le costaría la cabeza, amigo!

—Estaré bien dentro de un minuto, señor —asegura Henckel al comandante, con voz pastosa.

—También confío en que sea así. ¿Ha anotado bien los intervalos de tiempo? —pregunta recelosamente el comandante, mirando a Henckel fríamente y de soslayo—. Si quemo demasiado pronto mis cohetes..., o demasiado tarde..., ¡todo se desvanecerá en humo! ¡Déjeme *ver* esos intervalos!

Sin decir palabra y con mano temblorosa, Henckel tiende al comandante su grueso bloc de notas.

El comandante, con labios apretados, resigue las columnas de números y los cálculos. Comprueba, con alivio, que las cifras son correctas en lo que concierne a sus *Nebelwerfers*. Lo que no sabe es que las notas son del ayudante y que Henckel tiene que copiarlas, y casi no las ha mirado aún.

—Duerma un par de horas —le aconseja el comandante, dándole unas palmadas en el hombro—. Tiene que estar fresco como una lechuga cuando empiece la función. ¡Esta noche estará sobre el filo de una navaja!

Se toca la visera de la gorra con un dedo y se acerca dando saltitos al jefe de los cañones pesados.

Cansado y extrañamente mareado, Henckel se sienta en la desvencijada mesa al lado del ayudante. Juntos repasan el horario y los diversos objetivos de los cañones.

—Tengo que recomendarle una cosa —le advierte seriamente el ayudante —, y es que compruebe su red telefónica. No deje nada a la casualidad. El jefe de Estado Mayor se pondrá en contacto con usted, por el instrumento de doble línea, si algo anda mal. Si tiene alguna duda, ¡dígalo *ahora*!

—No soy *tan* imbécil —responde el *Hauptmann* Henckel, con irritación —. Pocos saben tanto como yo sobre coordinación de fuego. En mi opinión, todos están haciendo una montaña de una topera. Nosotros solíamos *jugar* a esto en Jüterburg.

—¡Dios Todopoderoso! —murmura el ayudante a su conductor, al subir temblando a su *Kübel*—. Este gallito de guarnición no se da cuenta de que tiene ya una pata en el otro mundo. ¡Jüterburg! ¡Un jardín de infancia comparado con esto! No me sorprendería en absoluto que ese tonto adormilado se rompiera el cuello esta noche. ¡Al Regimiento! —ordena bruscamente, envolviéndose en una manta—. Dios mío, ¡pero que frío!

El pesado *Kübel* patina varias veces y a punto está de ir a parar a una de las profundas zanjas que hay a ambas orillas de la carretera.

—Los que salgan vivos de esta —gruñe pensativamente el ayudante— no olvidarán con facilidad la batalla por esa maldita prisión GPU.

—¿Sabe una cosa, *Rittmeister*? —observa el conductor, *Unteroffizier* Stolz, dando un brusco giro al volante para evitar un poste de conducción eléctrica—. Si yo fuese el general, dejaría que Iván conservase su maldita prisión y su sanatorio y también su molino. Hay espacio de sobra a los lados para dar un rodeo.

—Pero usted *no es* el general, Stolz —dice sarcásticamente el ayudante—. Cuando termine esta bonita guerra, volverá a su casa y será conductor de camión, tanto si la prisión es tomada como si no. Pero el jefe de nuestra División es teniente general, con una sola estrella dorada. Y le gustaría tener otras tres estrellitas doradas cuando acabe la guerra. Los generales consideran que las guerras son *para* esto. Si tomamos la prisión, nuestro teniente general será *General der Kavallerie* y, quien sabe, quizá llevará una cinta colorada alrededor del cuello. Y de *General der Kavallerie* a *General-oberst* no hay más que un paso. Aparte de esto, si no toma la prisión GPU puede perder su mando. Y con él las brillantes estrellitas... ¡y la pensión correspondiente!

—Bueno, discúlpeme, *Rittmeister*, señor, pero me parece una locura que nosotros tengamos que sudar sangre y exponernos a que nos hagan pedazos, solo para que un general pueda llevar un par de estrellas más en sus hombreras.

—Tiene toda la razón, Stolz, pero estas son las reglas del juego. Afortunadamente, es usted chófer del Estado Mayor. Dé gracias a Dios de que no es uno de esos pobres diablos de los regimientos de asalto.

—Sí, le doy gracias a Dios —gruñe el *Unteroffizier* Stolz, sintiendo un escalofrío de miedo en la espina dorsal.

El *Kübel* pesado del jefe de la artillería está parado en la ancha encrucijada. El jefe está plantado en la orilla de la carretera, hablando con el *Hauptmann* Henckel.

—¡Pare aquí! —dice el ayudante, y salta de su vehículo antes de que este se detenga.

—¿Todo en orden? —pregunta vivamente el *Oberst* Grün, resguardándose del viento helado detrás del *Kübel*.

—Todo en orden, señor —responde el ayudante, frotándose las manos—. Lo he repasado todo con el *Hauptmann* Henckel.

El *Oberst* asiente con la cabeza, satisfecho, levanta el cuello de piel sobre sus orejas y observa con preocupación la oscura estepa. Unas nubes bajas y negras cubren masivamente el cielo.

—Estaré un rato con el Estado Mayor de la División —dice el *Oberst* Grün, pateando la nieve—. Si tiene alguna duda, me encontrará allí. Y usted, Henckel, si tiene que hacerme alguna pregunta, hágala ahora mismo.

—Muy bien, señor —responde Henckel, con voz ostensiblemente temblorosa—. ¿Tengo que dar yo las órdenes de fuego, o vendrán estas de la División?

El *Oberst* lo mira con estupefacción. No puede dar crédito a sus oídos.

—¡Lo que me faltaba oír! —ruge, furioso—. ¿Es que no ha entendido nada de lo que se ha dicho? ¡Claro que es usted quien ha de dar las malditas órdenes! ¡Esta es la función del coordinador de fuego! ¡Coordinar el fuego de los cañones! —El *Oberst* frunce los párpados, y le mira con recelo—. No habrá perdido la cabeza, ¿verdad?

—No, señor, no. Estoy perfectamente, señor. Solo un poco de vértigo, y estoy muy cansado y aturdido. Llevo mucho tiempo sin dormir —añade, avergonzado, después de una breve pausa.

—Somos muchos los que andamos faltos de sueño —dice fríamente el *Oberst*—. Y usted es quien menos motivos tiene de queja, *Hauptmann*. Ha disfrutado de un agradable período de tres años, prestando servicio de guarnición en Jüterburg, mientras que nosotros hemos vivido aquí como ratas. Y ahora lloriquea como una vieja reumática, ¡solo porque tiene un poco de

sueño atrasado! Si cree que no puede hacer este trabajo, dígallo antes de que sea demasiado tarde. ¡Siempre podré emplearle como correveidile!

—*Oberst*, señor, he recibido instrucción especial de control de fuego, y pienso que esta operación no es particularmente difícil —responde Henckel, en tono dolido.

—Esto es muy prometedor —ríe ásperamente el *Oberst*—. Pero meta la pata, ¡y el general le sacará el hígado por la garganta! Ahora, vaya a comprobar sus conexiones. ¡La cosa *tiene* que funcionar como es debido! *Hals und Beinbruch*, Henckel! —añade amablemente, metiéndose en el *Kübel*, que desaparece en un torbellino de nieve, seguido de cerca por el vehículo del ayudante.

—Engreído idiota —murmura Henckel—. Sin la guerra, ese tontaina no habría llegado nunca a *Oberst*. Los mejores oficiales son retenidos en casa como instructores. Buenos instructores hacen buenos oficiales. Yo sé más de control de fuego que tú, ¡cerdo presumido del frente! Tardaste veinte años en llegar a *Oberst*, ¡y yo soy *Hauptmann* a los tres! Cuando esto acabe, ¡volveré a Jüterburg con el grado de comandante!

Con aire ofendido, sube a su propio vehículo y se arrebujá en el abrigo de pieles porque está temblando de frío.

—¡Jesús, *Herr Hauptmann*! ¡Escuche cómo zumban! —gruñe su conductor, un viejo *Obergefreiter* del tipo de *Hermanito*.

—Guárdese sus descaradas observaciones, *Obergefreiter* —le riñe Henckel—, o me encargaré de *usted*. ¡Solo debe hablar cuando yo le pregunte!

El *Obergefreiter* arquea una ceja, asombrado. «¡Orgullosa de mierda! —piensa—. Somos nosotros los que debemos cuidar de ti. ¡Nos hemos cargado a docenas de tipos mejor que tú!».

—*Herr Hauptmann*, el *Obergefreiter* Schwarz pide permiso para solicitar instrucciones sobre el punto de destino, *señor*.

—Ya *sabe* adonde vamos —gruñe Henckel, con irritación.

—No, señor. ¡No tengo idea, señor!

—Al Centro de Coordinación de Fuego, ¡estúpido!

—¿Cuál de ellos, señor? Hay muchos de ellos, señor.

Por un momento, parece que Henckel va a estallar. Aprieta las manos enguantadas y lanza una mirada asesina al descarado y sonriente *Obergefreiter*.

—¡Al Centro de Coordinación de Fuego de Artillería! ¿Adónde pensaba que habíamos de ir?

—Yo no *pienso*, señor. Me enseñaron a no hacerlo cuando era recluta. Déjalo para los caballos, decían. A fin de cuentas, ¡tienen la cabeza más grande!

—Lo cree así, ¿eh? —escupe, enfurecido, Henckel—. Déjeme en el Centro de Coordinación de Fuego de Artillería y preséntese para regresar al servicio con la batería. ¡No quiero volver a verlo!

—Muy bien, señor —dice el conductor, sonriendo tranquilamente.

Arranca con un chirrido de marchas y, pisando a fondo el acelerador, se lanza a toda velocidad por la accidentada carretera, sin importarle los montones de nieve. Pero, a pesar de la loca carrera, capaz de romper los huesos al más pintado, el *Hauptmann* Henckel se sume en un sueño parecido al de la muerte.

El *Obergefreiter* Schwarz le mira de reojo. Una expresión zumbona se pinta en su semblante, y empieza a cantar a pleno pulmón:

*Es geht alles vorüber,
es geht alles vorbei,
das Ei vom Dezember
kriegst du im Mai!
Zuerst fällt der Führer,
und dann die Partei!*^[31]

El *Kübel* llega a un terreno más resbaladizo, gira dos veces sobre su eje y se desliza de lado por una larga pendiente.

Schwarz lanza una fuerte y larga risotada, como si aquello fuese muy divertido. Mira de nuevo al *Hauptmann* Henckel, que ha resbalado hasta el suelo del vehículo, medio inconsciente.

—¿Te imaginas que puedes despedirme, engreído polizón? ¡Ya lo verás! Aunque te pongas cabeza abajo y grites tus órdenes por el ojo del culo, ¡no te librarás del viejo *Obergefreiter* Schwarz!

Detiene violentamente al vehículo ante el abrigo subterráneo del Centro de Coordinación de Fuego.

—Con su permiso, señor, debo informarle de que hemos llegado sanos y salvos a casa, señor. Despierta, compañero, pues has de empezar a lanzar chatarra contra el hermano Iván. Y si apuntas mal, serán ellos los que te llenarán de hierro. —Sacude bruscamente al dormido oficial, pero es inútil— ¡Despierta, maldito seas! Imbécil con galones, ¡el taxi ya ha *cumplido* su misión! ¡Eh, Herbert! —grita a un *Gefreiter* encogido ante la entrada del

refugio y que lleva descuidadamente una carabina sobre el hombro—. Ven y échame una mano. Aquí hay un bastardo vestido de cuero reluciente, ¡que quiere pasar durmiendo el resto de la guerra!

—Dale una patada en los huevos —sugiere Herbert, con indiferencia, dando un gran bocado a una morcilla helada.

—No puedo hacer esto, amigo. Es uno de los jefazos —se burla satisfecho, el *Obergefreiter Schwarz*.

—¿Dónde lo encontraste? —pregunta Herbert acercándose despacio al *Kübel*.

—Es el nuevo controlador de fuego. ¡Ha tragado hierro forjado, así que tiene un sable como espina dorsal!

—¡Mierda y almorranas! —gruñe Herbert, sacando al *Hauptmann Henckel* del *Kübel* como si fuese un saco de patatas y dejándole rodar por la nevada pendiente.

—¿Dónde estoy? ¿Qué sucede? —grita Henckel, despertándose confuso al rodar hasta un montón de nieve.

—Con su permiso, señor. ¡Está en Rusia! —gritan los dos soldados a coro, saludando con simulada torpeza.

—¿Rusia? —farfulla Henckel.

Mira nerviosamente al cielo. Un «molinillo de café» zumba en lo alto. En el horizonte, se elevan bengalas multicolores. Un cañón automático truena furiosamente. A lo lejos, estallan granadas con un ruido sordo. La unidad de meteorología es apenas visible en el bosque. Formas vagas se deslizan afanosamente de un lado a otro. Un rayo de luz se eleva en el aire, para medir la altura de las nubes.

Henckel se tambalea sobre unos pies que le parecen pesadísimos y, borracho de sueño, entra en el refugio de Coordinación de Fuego y saluda a los dos *Leutnants* que le reciben.

—¿Todo en orden? —pregunta con arrogancia.

Aquí se encuentra en casa. Está en su ambiente. Junto a una pared, están los grandes cuadros de distribución del teléfono, servidos por cuatro hombres del Cuerpo de Transmisiones. El mapa de fuego, con los objetivos marcados, está extendido sobre una mesa grande.

Junto con los *Leutnants*, toma las coordenadas y anota los intervalos de tiempo necesarios.

Un mensajero trae el informe meteorológico.

Henckel se queja. El informe ha sido redactado descuidadamente. Exige que lo escriban de nuevo.

—Y con el debido margen de dos dedos, por favor.

Los dos *Leutnants* se miran y se guardan lo que piensan.

—Me echaré un rato —murmura ásperamente Henckel, se tumba en un banco y se tapa la cara con la capucha de piel.

Todos los presentes se miran con asombro. No pueden dar crédito a sus oídos.

—Debe de estar chalado —murmura el *Leutnant* Rothe—. ¡Dormir precisamente antes del gran ataque de artillería! Ese tipo debe tener los nervios de acero. ¡Ni siquiera se ha molestado en comprobar la red telefónica!

Mientras habla, el teléfono suena de modo alarmante.

—Si no es el jefe del Estado Mayor o el comandante supremo, déjenme dormir —murmura Henckel, con voz soñolienta y bajando aún más el capuchón sobre su cara.

—Muy bien, señor —responde tranquilamente el *Leutnant* Rothe, levantando el teléfono—. Aquí «LIEBRE DE LAS NIEVES». *Leutnant* Rothe. Sí, *Herr Oberleutnant*. Todo está en orden. A sus órdenes, señor. ¡Cierro! —Cuelga el receptor—. Los chicos de los obuses —dice al *Leutnant* Hassow.

Durante los quince minutos siguientes, los teléfonos llaman incesantemente. Las diversas unidades de Artillería manifiestan estar preparadas para la acción.

El Centro de Control de Fuego es escenario de una actividad febril. Los dos *Leutnants* trabajan como negros para terminar a tiempo el complicado trabajo de preparación. Solo el controlador de fuego duerme a pierna suelta, como si toda esta actividad no tuviese nada que ver con él.

—¡Que Dios nos asista! —dice el *Leutnant* Hassow, levantando la mirada de los tablas de fuego que tiene delante—. ¡Menudo *estruendo* vamos a armar! Me alegro de *no ser* el controlador de fuego, responsable de todo esto. Es increíble lo que han acumulado aquí. Dos brigadas de *Nebelwerfers*. Esto significa doce secciones con cuatro baterías en cada sección, y cada batería tiene cuatro *werfers* con diez tubos cada uno. Después, están los obuses de 210 milímetros. Cuatro cañones por batería nos dan un total de treinta y seis. Luego está la sección pesada con tres baterías. Nueve cañones en total. Y nuestro propio lote de noventa y seis cañones de 105 y 150 milímetros.

—Sin olvidar los especialistas con cuatro baterías de *lanzapíldoras* de 280 milímetros —añade Rothe.

—¡Esto son doce más! Vamos a armar bastante ruido —grita el *Leutnant* Hassow—. ¡Y hay *montañas* de municiones!

—Parecerá el fin del mundo —murmura Rothe—, a los pobres infelices que reciban la rociada. ¡Ni sus ratas ni sus piojos podrán sobrevivir!

—Nuestra infantería tendrá poco que hacer —ríe Hassow—. ¿Te das cuenta? Poco menos de cinco mil granadas serán disparadas en los primeros seis minutos. Asusta pensarlo. Después seguirán las ráfagas, a intervalos de tres minutos. ¡Santo Dios! ¡Y *él* sigue durmiendo! ¡Debe estar loco de remate! ¿Te imaginas lo que pasaría si algo saliese mal?

—No se necesita mucha imaginación para *saberlo* —responde lacónicamente Rothe—. Haremos que *él* lo firme todo, ¡y así no tendremos que cargar *nosotros* con el muerto! ¡Me da mala impresión lo que *puede* ocurrir!

Henckel tiene la impresión de no haber dormido más de unos minutos cuando le sacude el *Leutnant* Rothe un par de horas más tarde.

—*Herr Hauptmann!* ¡Despierte! Lo llaman de la División. ¡*Despierte*, señor!

Henckel se pone al fin en pie, confuso y bostezando. Rothe lo mira con expresión dudosa.

—No estará usted enfermo, ¿verdad, señor? Estaba tan quieto que, de momento, pensé que estaba muerto.

—¿Por qué diablos me ha despertado? ¿Qué pasa? ¿No pueden solucionar nada sin mi ayuda? Tengo que dormir *un poco*, antes de que empiece el ataque.

—¡Señor! ¡La División ordena que se ponga inmediatamente al teléfono!

—¿La División? —farfulla Henckel, todavía confuso. De pronto se da cuenta de dónde está, y se yergue tan bruscamente que da de cabeza contra una de las vigas que soportan el bajo techo—. ¡Por mil diablos! —grita, llevándose una mano a la cabeza, donde empieza a formarse un buen chichón—. ¿Qué imbécil construyó esto con un techo tan bajo? Haga que lo cambien mañana mismo, Rothe. ¡Esto revela una incompetencia inaudita! Que el responsable comparezca ante mí a las nueve de la mañana. ¿Comprendido, *Leutnant*?

«Eres un loco», piensa Rothe. «Deberías alegrarte de tener un techo sobre tu cabeza, cuando la mayoría de los demás solo tienen un agujero en el suelo».

Henckel agarra el teléfono y da su nombre en clave con voz soñolienta.

Una voz muy despierta dice:

—Un momento, señor. Le pongo con el jefe del Estado Mayor.

A los pocos instantes, suena la voz cortante del jefe de Estado Mayor en la línea. A Henckel le cuesta comprender lo que dice. Algo sobre horarios de ataque y conexiones.

—Muy bien, señor, —responde automáticamente, garabateando sin sentido en su bloc mientras responde.

—¿Entendido? —gruñe el jefe de Estado Mayor, después de una breve pausa.

Henckel se tambalea como si fuera a caerse. Escucha con los ojos cerrados.

El *Leutnant* Rothe le agarra del brazo y le sacude violentamente.

—¡Diablos! ¡Despierte, señor!

Henckel mira al *Leutnant* Rothe, con ojos vacilantes. Rothe sigue sacudiéndole, hasta que el *Hauptmann* le aparta, con irritación.

—No comprendo, señor —dice, con voz que suena como a través de una máscara de algodón.

—¿Está loco de remate? —ruge el jefe de Estado Mayor—. Le repetiré los tiempos, ¡y que Dios le valga si no los anota todos!

Da una serie de números con la rapidez del rayo.

—¡Repítalos! —silba el jefe de Estado Mayor en cuanto ha terminado, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

Afortunadamente para Henckel, el *Leutnant* Rothe estaba escuchando por otro aparato. Pone un bloc con el horario delante de Henckel.

Con voz hueca, como de ultratumba, Henckel lo recita al jefe de Estado Mayor.

—Henckel, cualquiera diría que se ha dormido de pie. ¿Qué le pasa?

—¡Estoy muy cansado, señor!

—¡También lo estoy yo! —restalla la voz del jefe de Estado Mayor en el oído de Henckel. Diríase el rugido de un carnívoro hambriento—. ¡El general está cansado! ¡Todos estamos cansados! ¡No quiero oír más estupideces! Usted es un oficial, ¡y como tal cumplirá su deber!

Cuelga con un ruido que retumba en el oído adormilado de Henckel. Este se queda un momento mirando el teléfono; después, da media vuelta y vuelve al banco, tambaleándose.

Apenas se ha tapado la cara con el capuchón cuando le llaman de nuevo al teléfono. Se levanta lanzando maldiciones y se pone al aparato.

—Escriba esto, *Herr Hauptmann* —dice la simpática voz del ayudante—: Hora H BERTHA HELGA LUDWIG ADOLF BERTHA. ¡Repita!

—Hora H BERTHA HELGA LUDWIG ADOLF BERTHA. ¡Fin! — responde cansadamente Henckel, deseando que el ayudante y todo el Estado Mayor se estuviesen asando en el infierno.

Se interrumpe la comunicación. Como está medio dormido, se imagina que el ayudante ha colgado.

Inclinado sobre la mesa de los mapas, escribe el mensaje con mano temblona. No ha oído nada de la comparación del tiempo.

—Ahora, ¡déjenme dormir en paz! —dice, tumbándose de nuevo en el banco.

Los dos *Leutnants* lo miran y menean la cabeza.

—Es raro que se interrumpiese esa llamada —observa el *Leutnant* Rothe—. Tengo la impresión de que falta algo.

—¡Dios mío! ¡Estoy más muerto que vivo! —gruñe el *Hauptmann* Henckel cuando el *Leutnant* Rothe vuelve a despertarle al cabo de media hora.

Se arroja un cubo de agua helada sobre la cabeza, para despejarse. El efecto dura poco.

Un *Feldwebel* le trae las últimas instrucciones. Junto con los dos *Leutnants*, comprueba las diversas conexiones y los horarios. Poco a poco, las cosas vuelven a marchar.

—Vamos, Rothe, léalo —ordena Henckel, soñoliento, dejándose caer en una silla, cruzando las manos detrás de la cabeza y cerrando los ojos.

—Orden de fuego a las 5,06 horas —lee en voz alta Rothe—. A las 5,12, la artillería pesada abre el fuego con granadas de 75 milímetros. Dos minutos después, ataque de acorazados y de infantería. Fuego de barrera por encima de ellos y avanzando, para que sigan las tropas de asalto.

—Mera rutina. Ninguna dificultad en esto —observa Henckel con indiferencia, estirando las largas piernas calzadas con botas. Bosteza ruidosamente, hasta casi desencajarse sus mandíbulas— ¡Por mil diablos! ¡He estado a punto de dormirme otra vez! Si no supiese que no puede ser, diría que he pillado la enfermedad del sueño. Denme un vaso grande de vodka. ¡Esto anima!

Mirando de reojo al *Leutnant* Rothe, un *Feldwebel* le trae un vaso de vodka.

Henckel se echa el licor al colete de un solo trago. Se atraganta y le da un acceso de tos. Se pone en pie para no ahogarse.

—¿No preferiría una taza de café, señor? —pregunta cuidadosamente el *Leutnant* Hassow—. Tenemos que conservar fría la cabeza, y no creo que el

vodka sea el mejor refresco.

—No *me* diga lo que tengo que hacer, *Leutnant* —dice Henckel, con voz ronca.

Pide otro vaso de vodka y lo engulle con fruición.

El *Leutnant* Hassow le pasa unos documentos para que los firme. Henckel lo hace, con una rúbrica florida, sin leerlos.

Rothe mira con alivio a Hassow, como diciéndole: «¡Para él el muerto!».

—Probemos nuestras conexiones —ordena Henckel, dando una palmada en el hombro al *Feldwebel* de Transmisiones. Consulta su reloj. Son las 4.45 —. Póngame con los *Werfers*. Esos soldados de reemplazo necesitan más tiempo que todos los demás.

Después de una breve conversación con el jefe de los *Nebelwerfers*, pide los planos de fuego y se aprende de memoria los objetivos. Junto con los *Leutnants*, repasa rápidamente las órdenes militares. Después pide que le pongan con los vigías avanzados. Parece haber cierto desacuerdo con el del 104 Regimiento de Infantería, y Henckel le pone bruscamente en su lugar y corta la comunicación. Satisfecho, se echa atrás en su silla y pide un tercer vaso de vodka.

—¿Cree usted que es prudente, señor? —pregunta el *Leutnant* Rothe, con preocupación.

—Si quiero su opinión, se la pediré, *Leutnant* —le reprende vivamente Henckel, llevándose a los labios un largo cigarrillo ruso con boquilla de cartón.

Bebe la mitad del vodka y se estira hasta que crujen sus articulaciones. Observa de nuevo su reloj y ve que faltan ocho minutos para la hora H. Por un instante, piensa en echar otra cabezada antes de que empiece la fiesta. El vodka le hace sentirse optimista. Espera con ilusión el momento de desencadenar su propio infierno de fuego. Será la primera vez que apunte a blancos reales. «Voy a dejar boquiabiertos a esos estúpidos —piensa, con satisfacción—. Quizá gane incluso una Cruz de Hierro con mi perfecto control de fuego. ¿Por qué no?». Toma el resto del vodka y mira con desdén a los dos jóvenes *Leutnants* inclinados sobre el mapa de objetivos. Elige otro largo cigarrillo ruso. Estos cigarrillos sientan muy bien a un hombre de uniforme, piensa. Antes de que pueda encenderlo, suena el teléfono con impaciencia. Con aire satisfecho, toma el auricular de manos de Rothe.

—¿Qué diablos se propone? —ruge la voz del jefe de Estado Mayor—. ¿Por qué no ha abierto el fuego según lo ordenado?

—¿Abrir el fuego? —responde nerviosamente Henckel, mirando con asombro su reloj—. ¡Todavía faltan seis minutos, señor!

—¿Está loco? —chilla el jefe, con voz destemplada—. ¡Maldito imbécil! Son exactamente las cinco y diez. He tenido que esperar varios minutos antes de poder comunicar con usted. *Es el hombre más inútil que me he echado a la cara.* Es, es... —El jefe de Estado Mayor no puede hallar palabras lo bastante fuertes para expresar la opinión que le merece el coordinador de fuego de la División—. *Hauptmann* Henckel, ¿sabe lo que ha pasado? —pregunta al fin, con voz glacial—. Los tres regimientos panzer se han puesto en marcha, y la infantería está atacando. Ningún poder del mundo puede detenerlos. Espere...

La voz Calla de pronto y solo se oye el lejano zumbido en la línea.

—¡Oiga, oiga, oiga! —grita Henckel, furioso y asustado ante las posibles consecuencias de su error en el horario.

Con ojos desorbitados, mira desesperadamente a su alrededor. Toda su arrogante confianza le ha abandonado. «Espere...», ha dicho el jefe del Estado Mayor. ¿Qué ha querido decir? ¿Que espere al teléfono? ¿O era el principio de una amenaza de lo que puede ocurrirle por haber faltado a su deber? No, ¡no puede ser! Sin duda ha querido decir que espere una nueva llamada.

—¿Qué pasa? —pregunta el *Leutnant* Rothe, con inquietud, mirando fijamente a Henckel.

—Mi reloj está atrasado —dice Henckel con voz monótona mirando el reloj sin verlo—. ¡Hubiéramos tenido que abrir el fuego hace unos minutos! ¡Los tanques están ya atacando!

—¿Hubiésemos debido abrir el fuego? —pregunta Rothe, recalcando el plural—. *Usted*, señor, era quien debía dar la orden. No el *Leutnant* Hassow, ¡ni yo! Pero ¿cómo podía andar mal su reloj? ¿No sincronizaron todos sus relojes antes de salir de la División? ¡Es una acción obligada!

—Estaba durmiendo de pie —confiesa Henckel, con voz apagada—. ¡Debió pasarme por alto!

—¡Santo Dios! —grita Hassow, impresionado.

—¡Debería usted saber que no había sincronizado su reloj con los demás! —dice Rothe, en tono de reproche.

—Lo recordé en cuanto hube salido —suspira Henckel, enjugándose el sudor de la frente.

—Entonces, ¿por qué no volvió atrás e hizo la comprobación? —pregunta fríamente Hassow.

—¡Mi reloj ha sido siempre exacto hasta el segundo! —responde, aturrullado, Henckel.

—Pero no *esta* vez —dice Rothe, con voz seca—. ¡Unos minutos muy caros!

El teléfono suena de nuevo.

—Comunicación con todas las unidades de Artillería, señor —dice el telefonista de Henckel, tendiéndole el aparato.

Durante un instante, Henckel mira fijamente al instrumento que el hombre tiene en la mano. ¿Qué diablos tiene que hacer? Siente un vacío en la cabeza.

«Espere...», había dicho el jefe de Estado Mayor. ¡*Claro!* Quería decir que esperase hasta que llegase esta llamada.

—¡Tome ese maldito teléfono, hombre! —grita irrespetuosamente Rothe—. ¡Los cañones están esperando sus órdenes!

—¿Órdenes? —murmura, confuso, Henckel. Mira atontado al *Leutnant* Rothe. Se desabrocha el rígido cuello del uniforme y muestra los dientes en una sonrisa de calavera—. Denme otra vodka —ordena. Toma afanosamente el vaso lleno de manos del *Feldwebel*. «Yo les enseñaré», piensa, y agarra resueltamente el teléfono que le conecta con todas las unidades. Respira hondo. Le brillan los ojos—. ¡Objetivo número uno! ¡Abran fuego! —ruge ante el micrófono. Sonríe como un caballo y cuelga el aparato—. Instrucción de Jüterburg, ¿comprenden? ¡Sabemos de qué va todo!

—*Ha sido* una decisión clara y firme —exclama, asombrado, el *Leutnant* Hothe—. Creo que va a despertar todo el mundo... ¡en *ambos* lados del frente!

Todos los cañones de todas las unidades se ponen en movimiento, apuntando con sus negras bocas al oscuro cielo invernal.

Los artilleros están preparados, con las correas en la mano. Permanecen tensos, esperando la orden del jefe de la batería. Los de los *Nebelwerfers* están en sus refugios, detrás de las baterías, apoyado el dedo en el botón de fuego, prestos a lanzar sus mortíferos cohetes. Los segunderos parecen rodar vertiginosamente. Todo está callado; un silencio siniestro impera en la negra mañana de invierno.

De pronto, el silencio es roto por un terrible estruendo. ¡Los cañones abren fuego con un solo estampido ensordecedor! Vuelan las granadas. El terreno es iluminado por el resplandor intermitente de los proyectiles que estallan. Empieza el baile de las llamas.

La mañana está llena de estruendo, de estallidos, de truenos. Como si una serie continua de trenes expresos rodase por el cielo. Los estampidos de los

cañones amenazan con romper los tímpanos de los hombres del Puesto de Coordinación de Fuego. Y un sonido prolongado y siniestro, como de órgano, se hace oír entre el tronar de los cañones. Se eleva hasta un aullido estridente que ataca los nervios.

—*Nebelwerfers* —murmura un *Feldwebel*, con miedo en la voz.

—¡Santo Dios! —gime el *Leutnant* Rothe, lanzando una mirada de espanto sobre el terreno—. Si no lo estuviera viendo, no lo creería. ¡Diríase que el cielo y la tierra están ardiendo! ¡Que Dios asista a los pobres diablos que reciban todo eso!

Un furioso e indomable sentimiento de entusiasmo se apodera del *Hauptmann* Henckel cuando las detonaciones de los pesados obuses sacuden el Puesto de Control de Fuego. El fuerte rugido de los cañones de 320 mm produce dolor en los oídos y escalofríos en la espina dorsal.

La gris mañana de invierno se ilumina como los días más soleados del verano. En todo el horizonte pueden verse las llamaradas de los cañones. Las explosiones de las granadas se confunden con los estampidos de los disparos en un ruido prolongado. Las bocas de los cañones vomitan una granada tras otra.

Los sudorosos artilleros empujan los proyectiles pesados sobre los rieles de carga. Y disparan.

A lo lejos, oscila una muralla de fuego. Como si la tierra escupiese un infierno de llamas. Cada salva estruendosa es seguida con increíble rapidez por la siguiente, es un trueno continuo, tempestuoso.

El aullido y el rugido de las granadas se hace más insoportable aún. La superficie de la tierra se quiebra como si fuese de cristal. Los edificios se derrumban como castillos de naipes. Llamas multicolores suben hacia las alturas. Ondas expansivas oprimen los cuerpos humanos sobre el aguanieve hirviente, burbujeante. Las baterías especiales participan en la batalla. Un nuevo sonido se hace oír entre el trueno de los cañones. Caen bombas incendiarias, lanzando llamas líquidas en todas direcciones. Incluso el aire parece incendiarse.

El *Hauptmann* Henckel enciende otro cigarrillo ruso, con aire satisfecho, y sorbe un nuevo vaso de vodka. Se siente agradablemente relajado. Ya no tiene sueño. «Esto marcha», piensa. Ha sido una buena y enérgica decisión. Da una palmada condescendiente en el hombro del soldado de Transmisiones. En un momento tan grande, nada se pierde con mostrar un poco de familiaridad con los inferiores.

El sonido estridente del teléfono de campaña interrumpe sus agradables reflexiones. Con complacida sonrisa, ase el instrumento, satisfecho de haber hecho lo que se esperaba de él. «En realidad, un juego de niños», piensa. Ensayado cientos de veces en la Academia de Artillería de Jüterburg.

—Aquí el coordinador de fuego —dice, con voz ronca, frunciendo severamente el ceño.

—¿Es usted, Henckel? —pregunta la voz controlada del jefe de la Artillería *Oberst* Grün.

—Sí, señor. ¡Soy Henckel!

—¿Ha dado usted la orden de fuego?

—¡Sí, señor! —responde Henckel, con orgullo, seguro de recibir los plácemes del *Oberst* y la promesa de la Cruz de Hierro.

Hay una breve pero ostensible pausa. Y suena de nuevo la voz tranquila del *Oberst*.

—¿Cuándo dio la orden de abrir fuego, Henckel?

—¡Hace exactamente seis minutos, señor! —responde satisfecho Henckel.

—¡Hace seis minutos! ¡Comprendo! ¿Y dio la orden a todas las unidades?

—¡Desde luego, señor! ¡El jefe del Estado Mayor pensó que mi reloj debía de andar un poco atrasado!

—¿Y es así, *Hauptmann* Henckel?

—Tenía la seguridad de que el jefe del Estado Mayor estaba equivocado, señor. Tenía plena confianza en mi reloj, que no me ha fallado nunca, y di la orden de fuego guiándome por él. Supongo que no dirá que fue una decisión precipitada, señor —ríe Henckel con aplomo.

—Fue una decisión precipitada —dice el *Oberst* Grün, haciendo una pausa significativa después de cada palabra—. ¿Qué le ordenó el jefe de Estado Mayor cuando le habló por teléfono? ¿Cuál fue su última palabra?

La sangre de Henckel parece helarse en sus venas. Siente ganas de arrojar el teléfono y echar a correr. De pasar al campo ruso. De permanecer oculto y olvidado en un campo de concentración hasta que termine la guerra. Siente como si la propia muerte estuviese en el otro extremo de la línea.

—¿La última palabra del jefe del Estado Mayor, señor? Dijo: «Espere» —balbucea, y de pronto lo comprende todo.

—¡Sí! ¡Espere! —chilla con furia el *Oberst* Grün. Su anterior tranquilidad se ha desvanecido completamente—. ¡Espere! ¡Espere! ¡Irresponsable estúpido! ¿Se da cuenta de lo que ha hecho? Las tropas panzer y la Infantería atacaron a la hora señalada. Nada podía ya detenerlas. Y cuando llegaban al primer objetivo, ¡usted dio la orden de fuego! ¡Con seis minutos de retraso!

—vocifera—. ¡Aplastó a nuestras propias tropas de asalto! ¡Tomó una decisión precipitada! ¡Hizo una carnicería en nuestros hombres! ¡La artillería rusa no podría haberlo hecho con más eficacia! ¡No sé lo que pensarán allí! ¡Su inteligente decisión ha echado al infierno a todo el Cuerpo de Ejército! ¿Confiesa haber oído la orden de *Espere* del jefe de Estado Mayor?

—Debí de comprenderla mal, señor —dice débilmente el afligido controlador de fuego—. ¡Pensé que quería decir que esperase al teléfono!

El *Oberst* Grün respira con fuerza. Si Henckel estuviese a su lado, le estrangularía.

—¡Esperar al teléfono! —ríe fríamente el *Oberst*—. ¿Se figura que es un mozo de recados? Jüterburg le recomendó como coordinador de fuego. ¡Lo pagarán caro! Escúcheme bien, *Hauptmann* Henckel, pues no quiero que vuelva a comprender mal. Pase inmediatamente el mando al *Leutnant* Rothe. No intervenga en nada, ¡pase lo que pase! Considérese arrestado, siéntese en un rincón y espere la llegada del ayudante, que se ha puesto ya en camino. Entregue su pistola al *Leutnant* Rothe. ¡Recuerde que está arrestado! ¡No trate de buscar la salida más fácil con esa pistola!

—Soy oficial, señor —se defiende Henckel—. Permítame arrostrar las consecuencias de este terrible suceso. ¡Soy *oficial*!

—Por desgracia, así es —gruñe el *Oberst* Grün—. Pero se sorprenderá cuando oiga lo que piensan de usted los jefes de Infantería. El jefe del Regimiento Panzer, *Oberst* Hinka, acaba de hablar conmigo por teléfono. ¡Quiere su cabeza! ¡Usted ha asesinado a dos tercios de su regimiento! Pero yo quiero verlo ante un Consejo de Guerra. ¡Irresponsable estúpido! ¡Póngame con el *Leutnant* Rothe!

Henckel pasa el teléfono al *Leutnant* Rothe, sin decir nada.

—Sí, señor —dice este—. Sí, señor. —Repite—. Sí, señor —y cuelga el aparato.

Contempla petrificado al *Hauptmann* Henckel, que está sentado en un taburete, con la cabeza entre las manos, meciéndose de un lado a otro.

—He sido relevado, Rothe —dice, con voz monótona—. Estoy bajo arresto. Usted asume el mando. Aquí está mi pistola.

—Así lo ha ordenado el *Oberst* —murmura tristemente Rothe—. Pero, pero... ¿qué ha pasado?

—Hemos disparado sobre nuestras propias tropas. ¡He destrozado todo el tinglado!

—¡Que Dios se apiade de usted! —exclama, horrorizado, el *Leutnant* Hassow.

—¡Ayúdeme, Rothe! ¡Devuélvame la pistola! —suplica Henckel, tendiendo la mano.

El *Leutnant* Rothe le mira con incertidumbre, y está a punto de darle su pistola cuando se abre la puerta y entra en tromba el ayudante. Sus labios se fruncen en la acostumbrada y cínica sonrisa.

—¡Bien, bien! Aquí tenemos al gran especialista en control de fuego de Jüterburg —grita, zumbón, mirando a Henckel—. El jefe de la División desea volver a verle... ¡para arrancarle el pellejo! ¿Por qué diablos no esperó la orden antes de abrir fuego? Ni siquiera un soldado peón habría dado la orden de fuego con seis minutos de retraso. ¡Menudo follón ha armado! Confío en que esté lejos de la División antes de que los oficiales Panzer y de la Infantería puedan echarle la zarpa. ¡Le sacarían las tripas por la boca!

—¡No fue por mi culpa! Fue una mala interpretación —farfulla desesperadamente Henckel, rompiendo a llorar.

—Ya tendrá tiempo de explicarlo cuando se halle ante el Consejo de Guerra —ríe fríamente el ayudante—. Su única esperanza está en su estupidez. De *esta* no le salva nadie, le pondrán ¡diez penas de muerte!

—Deme mi arma —suplica el *Hauptmann* Henckel asiendo *el* brazo del ayudante.

—Y terminar de una vez —le sonríe burlón, el ayudante—. Nunca había querido ver a nadie ante un Consejo de Guerra. Pero tratándose de usted, ¡es mi mayor deseo!

Poco después, llega el *Oberst* Grün con dos PM y un *Oberinspector* de la GEFEPO^[32].

—¡Llévenselo! —ordena despectivamente el *Oberst* Grün— ¡Su vista me repugna!

Las esposas se cierran sobre las muñecas del *Hauptmann* Henckel. Este sale del Puesto de Control de Fuego arrastrándose entre los dos fornidos PM como un fardo de harapos sobre un par de brillantes botas de montar.

Los soldados son ciudadanos del país gris de la muerte.

SIEGFRIED SASSOON

El capitán de la GPU resbaló del sillón y quedó sentado en el suelo, con las piernas separadas, en medio de un gran charco de sangre. Las gafas oscuras habían resbalado sobre su nariz y sus ojos bizqueaban de un modo extraño. La gorra, con la cinta azul y la gran estrella roja, estaba ahora torcida sobre un ojo. El brazo izquierdo pendía inútil junto al costado; de él fluía sangre que goteaba en las puntas de los dedos. Con la mano derecha buscó su «Nagan». La agarró, la levantó y soltó una risa tonta. En el espacio cerrado, el disparo sonó como un obús en un salón de baile.

Porta giró sobre sus talones y disparó a su vez. Las cuatro balas penetraron en el cuerpo del oficial de la GPU, haciendo que se estremeciese espasmódicamente. La gorra cayó y rodó por el suelo. Extrañamente, las gafas subieron en la nariz y volvieron a su sitio.

Las armas de Porta y del ruso volvieron a disparar simultáneamente. Un gran jarrón azul saltó en pedazos, derramándose el agua sobre el suelo. La pistola de Porta falló y el capitán de la GPU rio de nuevo.

—Yob tvoyu mat! —murmuró, y levantó la «Nagan».

Porta fue a darle una patada, pero resbaló en la sangre y se deslizó sobre el suelo.

El ruso volvió a reír. Un sonido ronco brotó de su garganta. Porta yacía en el suelo y contemplaba, paralizado, la boca del cañón de la «Nagan».

Hermanito se inclinó sobre la mesa. Tuvo que yacer sobre el estómago para apoyar el cañón de su 08 contra los grises cabellos cortados al rape del oficial de la GPU. Apretó el gatillo. La cabeza del oficial se abrió como una sandía demasiado madura. Sesos, sangre y astillas de hueso salpicaron el techo y bajaron por las paredes. Las gafas oscuras volaron por el aire y aterrizaron junto a la puerta. Un preso con bata gris las aplastó con su bota.

—¡Hurra! —gritaron los presos y, uno a uno, se acercaron al cadáver del oficial de la GPU para darle una patada.

PRISIÓN GPU

—¿Todo a punto? —pregunta *el Viejo*, observando la posición—. Bueno, abrid los oídos, odres hinchados, y no me interrumpáis. La sección subirá en línea recta, detrás de la barrera de fuego. Esta nos despejará el camino. Pero si la Artillería *no* ha destruido las posiciones y debilitado la oposición, liquidaremos lo que reste con granadas de mano y armas automáticas. Durante los primeros minutos que seguirán a la barrera, nuestros vecinos no sabrán si han de cagar o levantarse del orinal. Por consiguiente, tendremos que actuar *de prisa* y hacer que levanten el culo por encima de las orejas. ¿Veis aquel arbusto tan raro al lado de aquel árbol frondoso?

Tiende a Porta sus gemelos, pero el extraño arbusto puede verse a simple vista. Tiene la forma de un caballo sentado.

—¿Qué *pasa* con ese arbusto raro? —pregunta Gregor, tomando los gemelos de manos de Porta.

—Tienen allí un cañón de 50 milímetros, hundido a ras del suelo —explica *el Viejo*, chupando su pipa con tapa—. Trescientos metros más atrás hay un grupo de 80 milímetros, también soterrados. Putas. Pero no os engañéis. Son profesionales de una brigada de choque. ¡Liquidadlas! Si no lo hacéis, ¡os pillarán por la espalda antes de poderos tirar un pedo!

—¡Las mandaremos al infierno! —dice resueltamente Porta.

—Un poco delante del árbol frondoso —sigue diciendo el Viejo—, hay cuatro muertos. ¿Los veis? Podéis valeros de ellos para resguardaros, en espera de la hora H. Si el adversario ve algún movimiento, se imaginará que son los cadáveres movidos por las explosiones.

—¿Y qué pasará si esos zotes de uniforme no se dejan engañar? —interviene *Hermanito*—. Si se les mete en la cabeza la idea de que esos cadáveres están llenos de vida alemana, ¿qué sucederá?

—Que os darán un permiso eterno —declara secamente *el Viejo*—. Desde aquella posición, ¡no podréis avanzar ni retroceder!

—Será una *bonita* excursión. ¡Como para hacer sudar sangre a un avestruz! —murmura Gregor, con aire nada convencido. Examinaba

cuidadosamente el terreno con los gemelos—. Pero esos muchachos escogieron sin duda un buen sitio para estirar la pata. ¡Tal vez pensaban en nosotros cuando lo hicieron!

—¡Este podrido Ejército! ¡Hay que ver cómo recobra su dinero! —dice agriamente Albert—. ¡Ni siquiera cuando estás muerto han acabado contigo!

—Abusan de nosotros, de acuerdo. Les importamos una mierda —dice *Barcelona*—. Mantente tieso, ¡y cierra el pico!

—¡Que no te dejen en paz ni cuando estás rígido y frío...! —sigue diciendo Albert, con indignación.

—Cuando estás dos metros bajo tierra, criando margaritas, sacan las flautas y los violines y empiezan a cantar tus alabanzas —se burla Porta, abriendo los brazos—. Pero cuando estás vivo, nadie te alaba. Solo lo hacen cuando has sido lo bastante imbécil para no escurrir el bulto y te matan de un balazo.

A medida que se acerca la hora H para el gran ataque, la compañía se siente presa de esa extraña angustia mortal que precede siempre al momento de atacar. Nos miramos con ceño los unos a los otros y discutimos nerviosamente sin el menor motivo. Apretamos los labios con fuerza. Los ojos están vacíos, opacos. Los estómagos encogidos por el miedo.

El Viejo observa incesantemente su reloj y estudia el terreno con los gemelos.

—¿Habéis comprendido lo que os he dicho? —pregunta, comprobando su pistola de señales.

Un murmullo de sonidos confusos es la única respuesta.

—¿Y si hacemos rodar un poco los huesecillos? —sugiere Porta, sacudiendo los dedos en la mano.

Nadie se molesta en responder. Nos miramos, sabiendo que, para muchos, esta será la última mañana de su vida. ¿A cuál de nosotros le tocará esta vez? Hacemos en silencio esta pregunta y desviamos la mirada. Desde luego, no será nadie de nuestro grupo, pensamos. Siempre lo pensamos. Y nos sorprendemos cuando cae uno de los nuestros.

La lista de los que han caído es larga. ¡Muy larga! Unos pocos hemos estado juntos durante largo tiempo y, de algún modo, parecemos haber aprendido a escabullimos entre los trozos de metralla de bordes afilados. Vivimos a unos milímetros de la muerte.

Un largo y agudo silbido hace que nos sobresaltemos. Un surco de tres centímetros de longitud aparece en la frente de Gregor. Este grita y cae hacia

atrás. Por un instante, pensamos que está listo, pero, después de unos momentos de ansiedad, pestañea y abre los ojos.

—¡Cojones, chicos! —farfulla, contraído el rostro por el dolor—. ¡No me gusta que me den!

—Te has librado por poco —dice el *Sanitäts Unteroffizier* Jarmer, vendándole la herida con mano experta—. Has tenido suerte. *La bala* estaba cansada cuando te rozó.

—Pues parece que aún la tenga dentro y trate de encontrar la salida —gruñe Gregor, hundiendo la cara entre las manos.

Llega el comandante Zaun, al frente de sus ingenieros. Juran y maldicen bajo el peso de su equipo. Los lanzallamas de tipo especial no son granos de anís, pero llevan, además, cajas de potentes explosivos y grandes rollos de alambre especial.

Un *Obergefreiter* con cara de bruto abre una caja de explosivos de plástico. Porta y *Hermanito* cogen un puñado.

—¿Qué es eso? —pregunta Albert, con curiosidad, inclinándose sobre la caja abierta y llena de paquetitos que diríase pastillas de jabón.

—Algo que te haría salir de tu negro pellejo —ríe el *Obergefreiter*—. Prueba a pisarlos. ¡Incluso *tú* te pondrías blanco!

—¡Mierda en tu cabeza! —gruñe Albert, alejándose cautelosamente de las cajas.

—Faltan cinco minutos para la hora H —confirma un comandante.

Sus duras facciones refieren la historia de muchos encuentros desesperados. Tiene la boca torcida, como si se la hubiesen amolado.

El Viejo saca su silbato, se ajusta el barboquejo y se mete otro par de granadas en las botas.

—¡Listo, señor! —murmura.

—No nos fallen, *Oberfeldwebel* —gruñe ásperamente el comandante—. ¡Nuestras vidas dependen mucho de ustedes!

Los ingenieros preparan sus largos tubos de explosivos. Los segunderos marcan el tiempo en las esferas de los relojes.

—¿Dónde diablos están esos cañones? —pregunta *Barcelona*, mirando inquieto por encima del hombro.

—Lo de siempre —ríe Porta—. El perro apaleado agita el rabo sobre la cacerola. Nada sale *nunca* bien en este maldito Ejército. Los *culis* de los cañones deben de estar durmiendo a pierna suelta, ¡sin dárseles una higa de los pobres imbéciles de a pie!

—¿Qué demonios *pasa*? —pregunta el comandante, con inquietud—. El fuego de barrera tenía que ser desde la hora H y un minuto hasta la hora H y siete minutos. Ahora pasan ocho minutos de la hora H. —Comprueba su reloj con el del *Viejo* y con el del *Feldwebel* Brandt—. Correcto —confirma, pensativo—. Algo ha fallado, pero ¿por qué diablos no envían un mensaje?

Los cañones de 122 y 150 mm truenan en la prisión de la GPU. Silban las granadas sobre nosotros y estallan en el bosque.

—Prepárense para el ataque —ordena el comandante, con voz ronca y descolgando su «Mpi».

—¡No podemos atacar sin apoyo de la Artillería! —protesta el *Leutnant* Gernert.

—Si necesito su consejo, se lo pediré —gruñe ásperamente el comandante—. Es la hora H y diez minutos. ¡Atacaremos según lo ordenado! ¡Adelante!

—Es una locura —sigue protestando el *Leutnant*—. ¡Nos matarán como si fuésemos corderos! No podemos llegar a la maldita prisión sin apoyo de la Artillería. Ya lo hemos intentado innumerables veces.

—No hay nada imposible para Dios y los prusianos —ríe flemáticamente Porta—. El dedo en el gatillo, y adelante. *Für Führer und Reich, Heil!*

—A veces me pregunto si la Providencia estaría de mal humor cuando permitió que llegásemos al mundo como prusianos —dice *Hermanito*, con una risotada.

—Debemos estar orgullosos de ser alemanes —proclama Heide patrióticamente, golpeándose el pecho.

—Ojalá pueda seguir mostrándose orgulloso —sonríe amargamente el comandante.

Heide le lanza una mirada despectiva y murmura algo incomprensible.

—¡Es la hora! —dice vivamente *el Viejo*, tocando su silbato.

Formas vestidas de blanco parecen surgir de todas partes en la nieve. Avanza a largas y rápidas zancadas.

—¡Adelante, adelante! —grita con voz estridente el comandante.

A pesar de sus cincuenta años, sale disparado como un jovenzuelo. Avanza sobre la gruesa capa de nieve con su «Mpi» en una mano y una carga explosiva en la otra.

Cuerdas con arpones salen disparadas y silban sobre la cara del risco. Las primeras tropas de asalto comienzan su ascensión. Se elevan bengalas en la oscuridad. Fogonazos de cañones brotan de todas partes.

—*Allah-el-Akbar, vive la morí!* —grita como un fanático el pequeño *Legionario*, presa de la locura del combate, como siempre que atacamos.

Tropiezo con un alambre espinoso. Las afiladas púas de metal se enganchan en mi capote de invierno, lo perforan y se clavan en mi piel. Busco febrilmente los alicates, pero no puedo encontrarlos. Los habré perdido en alguna parte. El terror se apodera de mí. Miro desesperadamente a mi alrededor, buscando a los otros. Han desaparecido, sumiéndose en la oscuridad. Lo peor que puede ocurrirle a uno en un ataque es perder contacto con los demás y quedarse rezagado y solo. Ahora tenemos la iniciativa, pero esto puede cambiar en el momento menos pensado. Dentro de pocos minutos. Entonces, ¡que Dios ampare al que se queda aislado! Una bala en la espalda. ¡O quizás algo peor!

—Te has metido en mierda —ríe *Barcelona*, inclinado sobre mí.

Me libera rápidamente. El alambre se rompe por ambos lados.

Ruedo y caigo en un agujero donde están Porta y *Hermanito*.

—Gregor está un poco más adelante —dice Porta, señalando la densa oscuridad—. Únete a él. ¡Tenéis que abrir la puerta con las granadas!

No estamos a más de cien metros del cañón soterrado y perfectamente camuflado. No podemos verlo, ni siquiera con el brillo de las bengalas.

—Parece que están durmiendo —murmura *Hermanito*, escandalizado, estirando el cuello—. Esos desvergonzados no se fijan siquiera en nosotros.

—¡Lanza! —ordena Gregor, roncamente, echando el brazo atrás. Las granadas describen un alto arco y caen en la posición rusa.

Porta y *Hermanito* las preparan y nos las dan.

Me duele el brazo. Para lanzar una granada tan lejos como Gregor y yo hemos aprendido a hacer, se necesita mucha fuerza y una técnica especial. Hay que cargar todo el peso del cuerpo en el lanzamiento. Y esto es particularmente difícil cuando se está tumbado en el suelo. Es como si parte del cuerpo saliese despedido con la granada.

Nuestras dos primeras granadas deben de haber dado en un montón de municiones, pues la explosión es tan violenta como una erupción volcánica. La pieza de largo cañón da vueltas en el aire junto con sus servidores. *El viejo* emerge de la blanca nieve al frente de un grupo.

—¡En pie, maldita sea! —grita furioso, lanzándose entre los restos de la posición destruida.

Corremos a toda velocidad sobre la espesa capa de nieve en polvo y saltamos al otro lado de la posición. Tenemos que seguir adelante antes de que los supervivientes se agrupen y nos arrojen cuanto tengan a su alcance. *Hermanito* es como un elefante rabioso. Blande su pala afilada y la descarga con ciego furor.

En cinco minutos cruzamos la alambrada protectora, arrojando granadas contra los refugios y los agujeros abiertos en el suelo. Como un ciclón, arrollamos la posición enemiga.

A la luz de una bengala, veo al comandante de Ingenieros y su grupo de lanzallamas, atacando a los artilleros femeninos que salen corriendo de sus refugios.

Las mujeres levantan las manos y miran horrorizadas a los diablos blancos. Las llamas brotan en largas lenguas de fuego. Hay un hedor a aceite quemado y a carne socarrada.

Descansamos un poco en la posición enemiga. Tenemos la impresión de que los pulmones no nos caben en el pecho. A pesar del gélido frío, estamos empapados en sudor. Abrimos los cuellos de nuestros uniformes, con una sola idea en la mente: «¡Aire!». Sobre la nieve que nos rodea hay cadáveres dispersos, ennegrecidos, ensangrentados. Las llamas susurran y silban, con un sonido de carne asándose en un espetón.

—¿Dónde diablos están los cañones? —grita furiosamente *el Viejo*.

—¡Once minutos de retraso! —murmura el *Leutnant* Gernert.

—Lo único que falta es que abran fuego mientras *estamos* en las posiciones de los vecinos —predice ominosamente *Barcelona*.

—¡No pueden estar *tan* locos! —clama Gregor, con temor.

—¡Deben saber que estamos aquí!

Un escalofrío de pánico recorre nuestras espinas dorsales. Ser aplastados por nuestro propio fuego de Artillería parece la mayor estupidez que puede sucedernos.

—*Merde aux yeux*, salgamos de aquí *en seguida* —aconseja el *Legionario*, mirando interrogativamente al *Viejo*.

Una compañía de motocicletas aparece entre los vapores sofocantes y venenosos que brotan del suelo. Su jefe, un *Hauptmann* de cabellos grises, nos hace señas de que avancemos y grita algo que no podemos entender.

—¡Que se vaya al carajo! —gruñe *Hermanito*—. ¡Nosotros no bailamos al son que se le antoje al *primer* gilí con pistola que se nos ponga delante! ¡Todavía no hemos llegado a *tanto*! Todavía somos *nosotros*, ¡vaya que sí!

—¡Adelante, *adelante*! —grita febrilmente el *Hauptmann*, levantando el puño cerrado, señal de avance a marchas forzadas.

Nos reímos descaradamente de él, fingiendo no comprender sus señales. Sabemos por amarga experiencia lo que nos espera si nos liamos con desconocidos. Nos cargarían todo el trabajo sucio, apestando a heroísmo y a Valhalla.

—Yo no me muevo de aquí, sin apoyo de la Artillería, ¿panyemayo? — declara categóricamente Porta. Pesca los restos de una morcilla en el fondo de su mochila—. ¡Ni el propio GROFAZ al frente de todos sus psicópatas podría llegar a esa prisión comunista sin apoyo artillero!

Le interrumpe una explosión de enorme fuerza. Un fuego masivo cae delante y detrás de nosotros. En el curso de pocos segundos los disparos de los cañones crean un verdadero tifón de acero y de llamas. Parece como si todo el mundo fuese lanzado hacia el cielo y volviese a caer con un enorme impacto. Desde el Nordeste hasta el Sudeste, arde todo el horizonte.

Las ondas expansivas nos hacen rodar como pelotas de fútbol. Nos agarramos a la nieve con manos y pies.

Una enorme descarga cae sobre el refugio del comando de Transmisiones. Maderos, planchas, cables del teléfono y destrozados cuerpos humanos siembran el campo de batalla en horrible confusión.

La posición destruida recibe otro impacto directo que la arruina aún más. La zona parece un terrible montón de escombros.

Un poco más atrás, una enorme granada alcanza el refugio de los ordenanzas, que se convierte en un caldero hirviente de sangre y huesos triturados.

La lluvia de granadas es constante. El lugar donde se hallaba la compañía de lanzallamas se ha convertido en un paisaje de agujeros humeantes y material destrozado, salpicado de sangre humana. El fuego concentrado de la Artillería bate las alturas con increíble fuerza. Cuerpos humanos son lanzados al aire y caen al suelo en masas deformes.

Un nuevo sonido ahogó el rugido de los cañones. Una cortina de fuego avanza en nuestra dirección como una apisonadora.

Soldados alemanes, presas de pánico, huyen codo a codo con los rusos, pero son alcanzados por la voraz y aplastante lluvia de granadas. Trozos de cuerpos humanos son proyectados hacia el cielo incandescente. Los heridos gritan lastimeramente, pero nadie los socorre. Todo el terreno se ha convertido en un infierno hirviente, indescriptible. El fin del mundo.

El ensordecir estampido de los proyectiles de 105 y 150 mm hace que hundamos la cara en la nieve. Una cadena de explosiones se ceba en las compañías de asalto, convirtiéndolas en pocos segundos en una papilla de carne triturada y sangrante.

Levanto la cabeza con cuidado y empiezo a levantarme.

—¡Abajo! —grita *el Viejo*, rodando al interior de un cráter humeante.

Una nueva lluvia de granadas hace que el suelo tiemble como en un violento terremoto. Trozos de metralla al rojo llenan el aire. Caen proyectiles en cada pulgada de terreno.

El Viejo agarra la pistola de señales del *Leutnant* Gernert y dispara una bengala roja. El fuego de barrera continúa sin interrupción. *El viejo* lanza otra señal roja y maldice nuestra Artillería. Ahora nos damos todos cuenta de que es nuestra Artillería la que dispara contra nosotros.

El fuego aniquilador se mueve lentamente hacia delante, aplastando posiciones tomadas por las tropas alemanas. Las granadas caen sobre las espaldas de los aterrorizados soldados de primera línea. Los cuerpos saltan por el aire una y otra vez. Las negras nubes se abren y revelan un mar largo e hirviente de llamas.

En solo un segundo, parece que un puño gigantesco ha aplastado los árboles y las casas en una masa repugnante.

Un largo, terrible y estridente silbido hace vibrar nuestros nervios. Miramos espantados hacia arriba y vemos las estelas de los que parecen cometas surcando el cielo y estallando estruendosamente en las alturas. Nubes rojizas, como un bosque de hongos, surgen de la tierra. Los cohetes se hunden en la nieve.

La Artillería pesada rusa se incorpora al diabólico concierto. El aire helado parece resonar con el sonido de acero contra acero. Llueven las granadas. Nada queda en pie. El bosque cargado de escarcha a lo largo de la redondeada altura es barrido de la faz de la tierra por la navaja de los cañones. Solo queda un rastrojo.

Poco a poco, el infierno de fuego se desplaza hacia delante, destruyéndolo todo a su paso. Nada escapa a la aniquilación.

Nadie reconocería este terreno. Todo está removido. Como si un idiota lo hubiese arado en todas direcciones. Hay cadáveres en todas partes. Y heridos que gritan.

En el momento en que nos disponemos a levantarnos, se produce un nuevo sonido en el cielo. Como si millones de bidones de aceite vacíos se redoblasen en lo alto.

Se eleva una colosal cortina de fuego y una explosión ensordecedora sacude la tierra.

Julius Heide grita y se entierra en la nieve junto a Porta.

El *Feldwebel* Brandt sale del medio aplastado refugio. Mana sangre de su cara, y, silenciosamente, se derrumba en medio de nosotros.

Toda una compañía de Infantería, que trata de cubrirse, es arrojada al aire. Una carnicería atroz.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —solloza histéricamente el *Leutnant* Gernert—. ¡Esos malditos imbéciles han abierto el fuego demasiado tarde!

Un áspero silbido le interrumpe. Su casco se ha abierto, como bajo la acción de un abrelatas gigantesco. La mitad de su cara ha desaparecido. Como un globo pinchado, se abate sobre un charco de su propia sangre.

—¡Los rusos! ¡Vienen los rusos! —gritan unos granaderos que bajan corriendo de la altura como perseguidos por el mismísimo diablo.

Barcelona lanza una ráfaga de tiros contra algo que piensa que es un ruso. Yo desprendo una granada de mi cinturón, tiro del seguro y la lanzo. El cañón antitanque ladra furiosamente, uniéndose al largo tableteo de las «SMG».

—La cosa está que arde —gruñe Porta, con ojos vidriosos, apoyando en el hombro la culata de su «LMG».

Delante de nosotros, cascos adornados con estrellas que surgen de la niebla envenenada.

—*Uhraeh! Uhraeh!* —grita roncamente la horda caqui salida del molino en el borde de la altura.

Preparamos febrilmente nuestras armas automáticas. Disparos de «Mpi» contra las sombras. Las granadas de mano caen sobre los apretados atacantes.

Uno de Transmisiones trajina con su aparato, grita ante el micrófono. La línea no funciona. Hace rato que fueron cortados todos los cables. Da una furiosa patada al teléfono inservible.

—Necesitamos que los cañones nos cubran —dice el *Oberst* Hinka, que ha venido a primera línea con toda su plana mayor, armados con carabinas y metralletas.

—Enviemos al maestro de escuela, cagón de tinta —propone *Hermanito*, riendo a mandíbula batiente, porque piensa que ha dicho algo gracioso.

—¿Has perdido la chaveta? —responde Porta—. ¡No pararía de correr hasta encontrarse en mitad del Atlántico!

—Está muerto —ríe Gregor, mirando el cuerpo del maestro, oculto a medias debajo de una roca.

—¿Estás muerto? —brama *Hermanito*, pinchándole con una bayoneta.

—¡Dejadme en paz! —lloriquea desesperadamente el maestro de escuela—. Dios mío, ¿qué he hecho yo para tener que verme en este trance? ¡Ayudadme, camaradas! ¡Ayudadme!

—Cierra el cajón, cerdo cobarde —le ordena duramente *el Viejo*.

Mientras habla, se abren los cielos. ¡Es como si se abriesen las puertas del infierno! El fuego de la Artillería pesada barre la tierra. Las granadas de 210 mm caen tan juntas que es increíble que alguien pueda sobrevivir. Poco a poco, el bombardeo aumenta y produce un estruendo ensordecedor que nos deja sin aliento.

Las columnas rusas atacantes caen bajo una lluvia de fuego y de acero. Un soldado ruso sale tambaleándose de la brillante humareda de azufre. Tiene la panza rasgada. Arrastra las entrañas detrás de él. Desaparece en un surtidor de llamas.

Grupos de soldados sin armas se aprietan, chillando, contra el suelo. Una terrible succión del aire los arrastra como broza hacia la implacable tempestad de fuego.

—¡Adelante! —ruge el *Oberst* Hinka, señalando con su único brazo.

Pasamos entre cadáveres y entre heridos que gritan, resbalando sobre jirones de carne cruda y restos de seres humanos. Nos tumbamos un momento detrás de un montón de cadáveres. Crece a cada minuto que pasa.

«¡Adelante!», gritan los jefes de Compañía y de Sección. Pero es inútil; el que se pusiera en pie, sería hecho papilla inmediatamente.

La loca lluvia de potentes explosivos cae sobre las alturas como un volcán en erupción. Una increíble concentración de Artillería se abate sobre nosotros, convirtiéndolo todo en polvo y cenizas. ¡El infierno besa la tierra! Gases venenosos, mareantes, surgen de agujeros y cráteres efervescentes y humeantes.

La gigantesca prisión de la colina es incesantemente batida por innumerables granadas de la Artillería pesada.

No sé el tiempo que llevo tumbado junto a un soldado con uniforme de camuflaje, cuando me doy cuenta de que es un ruso. Hemos yacido apretados, buscando protección y consuelo en aquella furiosa lluvia de metal. Es como si todas las fuerzas del mal se hubiesen desencadenado en una loca, furiosa e incontrolable convulsión.

El molino de la cima de la primera colina desaparece entre una nube de nieve, de tierra y de fuego. Literalmente pulverizado. Cuando el fuego de la Artillería se desplaza hacia delante, solo quedan las cinco grandes chimeneas, apuntando acusadoramente al cielo.

Miro nerviosamente al ruso, y este me mira con temor. Es un hombrecillo menudo y gordo, envuelto en un capote demasiado grande para él. Sonreímos, recelosos. Unas sonrisas débiles, asustadas. Sin decir palabra, prometemos: «Si tú no me matas, yo tampoco te mataré».

Por un breve instante, reina un terrible silencio. Como si los cañones se tomasen un respiro antes de lanzar un nuevo ataque.

Delante y detrás de nosotros, las llamas tejen una danza loca y diabólica. En todas partes suenan los gritos y los gemidos de los heridos. Un sonido que es como un bramido se inicia a lo lejos. Y se va acercando. Es como si el suelo fuese vuelto del revés. Giran cuerpos en el aire, y caen con un chasquido fuerte y definitivo.

El pelotón N° 4 es absorbido en espiral hacia lo alto. Elevado en el aire, parece estallar en una lluvia de carne, de huesos y de sangre. El río hierve como una cafetera. La capa de hielo de un metro de grosor ha desaparecido hace tiempo. Solo se ven grandes pedazos lejos de las orillas. La mitad inferior de un hombre sale corriendo del infierno de humo anaranjado y amarillo. Un par de botas y unos pantalones corriendo solos sobre la nieve.

—Son los nervios —dice Julius, que siempre lo sabe todo.

—*Für Führer und Reich, Heil!* —grazna ceremoniosamente Porta, observando aquellas piernas, que ahora han caído sobre la nieve como un bulto ensangrentado.

Una granada gigante estalla en medio de la larga casa blanca. Esta desaparece del mapa.

La Compañía que se había refugiado detrás de ella sale despedida por el sopro brutal. A lo largo de toda la calle, las casas son cortadas por la mitad. De pronto, las calles se llenan de paisanos salpicados de sangre, que van de un lado a otro chillando horrorizados ante aquella plaga. En medio de las humeantes ruinas, un pelotón de infantes alemanes sentados y mirando fijamente con ojos muertos, vidriosos. Muertos, pero todavía vivos.

—¡Un nuevo lote para Giessen! —dice Porta, señalando con la cabeza.

Tanques y trineos blindados salen de la colina de la prisión y bajan la cuesta, levantando cada uno de ellos una nube de nieve. Aterrizan con un chasquido y saltan sobre la grieta. A muchos se les rompen las cadenas. Las granadas silban sobre nuestras cabezas y estallan detrás de nosotros como brillantes amapolas.

Llega desde el bosque un creciente zumbido. Es el resto de los tanques alemanes, que están subiendo. Habían sido retenidos para el momento oportuno. Pasan en amplia formación.

Desde un cráter y refugio medio destruido, un grupo de ametralladoras dispara contra todo lo que se mueve. Ni siquiera se libran de ellas los muertos. Los cadáveres saltan bajo los impactos.

—¡A por ellos! —ruge el *Oberst* Hinka, señalando con su «Mpi».

Los servidores del lanzallamas avanzan arrastrándose entre los montones de nieve. Dos hombres cubren a un *Obergefreiter* de aspecto perverso y que lleva el equipo pesado sobre la espalda.

Un chorro de fuego cae sobre la posición atacada. Se oye un grito de terror. Aparecen formas en llamas. Caen al suelo, retorciéndose. Otros dos chorros de petróleo inflamado caen sobre ellas. Jirones de carne brotan de los rotos uniformes, como de un barrilito de pólvora al estallar.

Las «MG» enmudecen.

El *Obergefreiter* del lanzallamas mira a su alrededor, buscando un nuevo objetivo.

Como un relámpago rojo, la llamarada cae sobre otro nido de ametralladoras. Incluso en la muerte, los rusos siguen disparando. La lengua de fuego vuelve. Rodando como una pelota de colores, busca todos los escondrijos en el cráter.

Un apestoso olor a carne quemada nos golpea como un puño cerrado.

Tengo la impresión de que el sudor de mi cogote empieza a hervir. Aquel hedor terrible nos marea.

Podemos oír, a nuestro alrededor, el chasquido de los cañones de los tanques. Y tanques incendiados lanzan nubes en forma de hongo de un humo que huele a petróleo.

Poco a poco, nuestra Sección prosigue su avance. Hemos subido ya un buen trecho por la falda de la colina. Saltamos sobre retorcidos esqueletos de acero y resbalamos sobre restos humanos.

El suelo se abre de nuevo en un mar de llamas.

—¡Los órganos de Stalin! —grita *Barcelona*, lanzándose de cabeza en un cráter todavía humeante.

Se oye a lo lejos un aullido enloquecedor que se convierte en un rugido de ciclón. Después, el tercer movimiento. Impacto y explosión. Un estruendo largo, monstruoso, retumbante, más fuerte que todos los que hemos oído hasta ahora.

Una y otra vez, somos enterrados bajo montañas de nieve. Tenemos que luchar furiosamente para salir antes de asfixiarnos.

—¡Adelante! ¡Vamos! ¡Arriba! —grita el *Oberst* Hinka.

Nos arrastramos, corremos y nos deslizamos en dirección a la prisión, que se yergue amenazadora ante nosotros.

Asaltamos las posiciones defensivas rusas.

—¡Acabad con ellos! —nos ordenan.

Les liquidamos en un santiamén. Con los uniformes empapados en sangre, seguimos adelante. Ahora empezamos a ver detalles del largo edificio de la prisión.

El negro cielo se abre y aparecen los «Jabos»^[33], escupiendo fuego de cañón desde las alas.

Tratamos de ponernos a cubierto en las ruinas del molino. Las nubes de harina y de salvado casi nos ahogan. Como si se formasen bolitas de masa en nuestras gargantas.

Resbalo por una larga pendiente. Veo un ruso que enarbola una pala. Le suelto todo un cargador. Se dobla, chillando, y cae dentro de una caldera llena de un puré espeso. En la superficie, se forman y estallan unas burbujas.

—¡No puedo! ¡No puedo! —gime el *Leutnant* Haase, del Tercer Pelotón.

Las lágrimas ahogan su voz. Sus ojos miran enloquecidos. Una terrible onda expansiva lo arroja contra una pared de hormigón. Retrocede, chillando.

—¡No! ¡No! —farfulla.

Levanta su «Mpi» y descarga todas las balas contra un cadáver hinchado. Este revienta.

—¡Está majareta! —gruñe *Hermanito*, lanzándose sobre él con todo su peso.

—¡Noquéalo! —ordena *el Viejo*.

Hermanito balancea su enorme puño. Golpea con él la cara del *Leutnant*. Este se derrumba como un saco vacío.

Un tanque «P-2» llega volando por el aire y se estrella contra una construcción auxiliar. Rebota como una enorme pelota de goma. Los árboles, las ruinas, la nieve; incluso el río, parecen arder donde cayeron los órganos de Stalin. Las llamas lamen el cielo, bailando a través del espectro y pasando del amarillo fuerte al violeta y al rojo sangre. El calor nos envuelve como una manta luminosa que cayese sobre nosotros desde las nubes de color de rosa.

Miramos, fascinados, el increíble paisaje. Un trueno retumba en la noche invernal.

—¡Poneos a cubierto! —chilla *el Viejo*, arrojándose con la rapidez del rayo en una depresión del suelo.

Varios rusos pasmados surgen del suelo desigual, seguidos de cerca por un grupo de alemanes igualmente aterrorizados. Detrás de nosotros, a lo lejos, brota una especie de aullido, un sonido sibilante.

—¡Son ellos! —exclama Gregor, con espanto—. ¡Los de 280! ¡Los muñecos saltarines!

Toda la andanada cae en medio de los alemanes y los rusos que tratan de huir. Sus cuerpos estallan en una enorme nube rosada. Es como una fuerte lluvia sobre nosotros. Los proyectiles debieron caer a doscientos metros delante de nosotros. ¡Hace media hora! Ahora caen directamente aquí, matando indistintamente a rusos y alemanes. Nos prometieron un apoyo masivo de la Artillería. Un fuego concentrado, como jamás habríamos visto. ¡Tenían razón! No exageraban. Su fuego ha destruido completamente nuestras propias tropas. Al menos el ochenta por ciento de nuestra fuerza atacante yace aplastada entre la nieve.

—¡Esta maldita Artillería nos está matando! —gruñe Porta, buscando refugio entre unas vigas quemadas—. ¡Cómo tiene que *encogerse* uno para salir vivo de este follón!

A nuestro alrededor, masas de nieve helada, de tierra, de roca, de troncos tronchados y de metal retorcido saltan por los aires. Hombres aterrorizados son clavados en el suelo por largas lanzas de acero que llegan volando en la oscuridad. Brazos y piernas son arrancados de cuerpos temblorosos y arrojados a un lado como basura. Toda la zona se convierte en pocos segundos en un inmenso vertedero de desperdicios humanos. Flota un olor a sangre y a entrañas desgarradas.

—¡Es nuestra propia y maldita Artillería la que nos liquida! —grita un *Oberfeldwebel*, corriendo en busca de un refugio.

Un estallido le arroja contra los restos de una pared de piedra. Queda aplastado como una cascara de huevo.

El ex *Oberst* se pone en pie de un salto y lanza un grito estridente.

Gregor le agarra y tira de él para que se cubra a medias. Un segundo después, la cabeza se separa del cuerpo. Como cortada por un cuchillo gigantesco. Gregor se sobresalta y suelta el tobillo del hombre. El cuerpo sin cabeza se queda sentado, y un gran chorro de sangre brota de su cuello. La cabeza, con los ojos abiertos, rueda sobre la nieve endurecida.

Nosotros evitamos la cabeza rodante levantando automáticamente los pies para dejarla pasar. *Hermanito*, que está comiendo los restos de un pato congelado que le ha quitado a un comisario muerto, no advierte la llegada de la cabeza que rueda y se detiene a sus pies.

—¿Qué es eso? —grita, sorprendido, olvidándose de morder al pato—. ¿Por qué *me miras* de ese modo, hijo de puta? Yo no tengo la culpa de que hayas perdido el cuerpo, ¿verdad? ¡Lárgate! —gruñe, agitando la mano con la que sostiene el pato y largando una patada a la cabeza, que la envía rodando sobre la nieve.

Un comandante de granaderos «Panzer» grita histéricamente a *Hermanito* y lo amenaza con un Consejo de Guerra. Pero el comandante desaparece en un mar de llamas. Solo queda su casco de acero, meciéndose desconsolado sobre la nieve.

A mi lado yace un viejo *Hauptmann* con todo el costado abierto. Parece el cubo de desperdicios de un matadero. Huesos astillados y pingajos de carne. Su cara es un espejo de dolor y de miedo. La guerra es un infierno de agonía, de nervios destrozados, de pánico. ¿Cuándo me tocará el turno? ¿Cuándo volaré por los aires, como un surtidor de huesos rotos, de carne y de sangre?

Brotan llamaradas de la tierra. Brillantes fragmentos de armas, casas, animales y seres humanos llueven sobre las posiciones.

Una carreta-cocina, derramando sopa y patatas, surca el aire. Los caballos giran, relinchando, y dan vueltas con la carreta. Una tormenta viene sobre nosotros, seguida de un penetrante aullido. Un segundo después, la tierra se estremece con nuevas y colosales explosiones.

Una compañía de trineos es sorprendida a su paso por la quebrada y pinta sus abruptas paredes con una capa de sangre y de huesos astillados. Los pesados trineos motorizados quedan reducidos a montones de retorcida chatarra.

Al jefe de la 2ª Compañía le son amputadas las dos piernas por encima de las rodillas. Se derrumba lanzando un chillido agudo. Tirado allí, nos recuerda un destrozado muñeco de trapo. Nadie acude en su auxilio. Hay demasiados muertos y heridos. No podemos interesarnos por su destino.

—*C'est la guerre* —dice el *Legionario*—. ¡Más basura para el vertedero militar!

El *Obergefreiter* Lamm es alcanzado en el instante en que da un gran bocado a un salchichón de Westfalia. Con una expresión de asombro y desconcierto en el semblante, se derrumba contra la pared de la trinchera. Un trozo de metralla le ha hecho un diminuto agujero en la frente. Apenas si brota sangre de él.

—¡Por todos los diablos de Castilla! —grita *Barcelona*. Se agarra la garganta. Fluye sangre entre sus dedos.

—¡Te han dado! —exclama *Hermanito*, con desconsuelo, inclinándose sobre él—. ¡Jesús, María y José! ¡Te ha atravesado! Menos mal que no estabas comiendo. ¡Esa bala comunista se habría llevado el bocado!

—Esto es lo que pasa por ir a la guerra con generales que se afeitan la cabeza y llevan monóculo —dice Porta, aplicando un apósito a la herida—.

Esos tipos solo piensan en una cosa. En que su nombre aparezca en los libros de Historia. ¡Y nosotros pagamos la cuenta dejando que nos hagan pedazos!

—¿Quieres que te evacuemos? —pregunta *el Viejo*, avanzando desde el otro extremo de la posición.

—No; me quedaré aquí —responde resueltamente *Barcelona*—. ¡No quiero separarme de los chicos!

—¿Crees que lo aguantarás? —pregunta *el Viejo*, receloso, observando el orificio de entrada—. ¡A través de ese se pueden ver tus pies!

—Me quedo —murmura *Barcelona*, con firmeza—. Algo me dice que, si os dejase, ¡no volvería nunca!

—El dios alemán se mea en nosotros —explica *Hermanito* a un cabo ruso que ha saltado junto a nosotros por equivocación—. ¿*Panjemajo*?

—*Nix panyemayo* —responde el ruso, y ofrece un *machorka* a *Hermanito*, pensando que este le ha pedido un cigarrillo.

Hermanito lo acepta y ofrece al ruso un trago de su cantimplora.

—Hubiésemos tenido que encontrarnos en la *Reeperbahn* —dice, con una amplia sonrisa—. Tal vez nos habríamos divertido. Te habría proporcionado coños baratos de Hamburgo y, en los ratos libres, habríamos podido incordiar al hijo de puta del comisario Nass. Lástima que haya tenido que haber una guerra para que nos conociésemos. Y precisamente aquí, donde a cualquier desgraciado pueden volarle la cabeza de mil maneras distintas.

—*Nix panyemayo* —dice el ruso, sonriendo tímidamente. Saca una foto del bolsillo de la guerrera—. *Nevesta*^[34] () —explica, besando la mugrienta fotografía, que tiene dobladas las puntas por haber sido contemplada tan a menudo.

—Parece ser buena sobre una sábana —dice *Hermanito*, con admiración y riendo como un cabrón capado—. Espero que no habrá monos amarillos acuartelados en *tu* pueblo. Dicen que los mogoles son tan rápidos en la cama que incluso los conejos se quedan pasmados al verlo.

—*Nix panyemayo* —dice el ruso, metiéndose la foto en el bolsillo—. *Vernut'sya, do svidaniya*^[35] —añade, levantándose pronto y estrechando la mano a todos.

Le ayudamos a salir de la trinchera. Antes de perderse de vista en la nieve, se vuelve y nos saluda con la mano.

—¿Creéis que llegará? —pregunta *el Viejo*, con aire de duda.

—Le fusilarán —dice *Porta*, en tono de buen conocedor—. Hablar con los capitalistas es un delito de alta traición.

—Hubiésemos tenido que entregarlo al maestro de escuela, para que lo llevase como prisionero. Entonces no le habría pasado nada —dice *Hermanito*—. Y *nosotros* nos habríamos librado de ese bastardo. Es tan torpe que ni con las dos manos puede encontrarse el ojo del culo.

El aire frío se ha convertido en furiosa ventisca. Grandes nubes de nieve y cristales de escarcha barren la helada y temblorosa tierra. Los remolinos de nieve se mueven como olas en un mar encrespado, enterrando tanques, cañones, caballos y soldados, sea cual fuere su uniforme.

El mortífero fuego de Artillería prosigue incesantemente. Innumerables caballos han quedado atascados en la nieve. Los carreteros hacen chascar sus látigos, pero solo consiguen que los animales pataleen y se hundan más en la nieve. Los relinchos se hacen oír entre los truenos de las bombas. Las carreteras han desaparecido bajo los enormes remolinos. Tratamos de marcarlas clavando palos largos con trozos de tela en la punta.

Avanzamos trabajosamente, arrastrando los pies, dejando a muchos detrás nuestro en el infierno blanco. La helada acabará pronto con ellos. La catástrofe es total. Nuestra Artillería ha hecho un buen trabajo... ¡a costa nuestra!

Un coronel ruso, con los faldones del abierto abrigo oscilando detrás de él, viene corriendo sobre la nieve. Corre frenéticamente, convencido de que todos quieren matarle. Tropieza y rueda un largo trecho.

—*Germanski! Germanski!* —grita, abriendo mucho la boca.

Es absorbido por un surtidor de llamas que brota del suelo y toma la forma de un hongo gigantesco de color violeta.

Ahora la cortina de fuego se extiende sobre el suelo como una alfombra de acero. Todas las baterías intervienen. Lo que ha ocurrido antes no es nada en comparación con el fuego destructor que cae sobre nosotros.

Seis caballos desbocados galopan sobre la nieve helada arrastrando un cañón de campaña de 100 mm. Tres artilleros se agarran con fuerza para salvar la vida. Uno de ellos se suelta y es aplastado por las pesadas ruedas del cañón. Esta da saltos como un cañón de juguete.

Un suboficial de Intendencia es alcanzado por un proyectil de rebote y cae del caballo. Su pie queda enganchado en el estribo. Su cabeza se estrella contra una roca con fuerte chasquido.

Tres «P-4» salen zumbando de entre los restos del pueblo arruinado. El que va delante gira de pronto sobre la superficie helada, resbala hacia atrás y hacia un lado, y rueda con gran estruendo por una empinada cuesta. Surge de su torreta la llamarada de una explosión. Una humareda negra se eleva en

forma de hongo. Otro «P-4» resbala. Su comandante trata de salir por la escotilla de la torreta. A medio camino, la trampa de acero se cierra sobre él, aplastándole los riñones. El pesado tanque vuelca y le convierte en una pulpa sanguinolenta.

Un grupo de infantes alemanes desarmados llega resbalando por una pendiente. Solo tienen una idea. Escapar. Escapar a cualquier parte. Con tal de librarse de este infierno de truenos y de llamas que asola las alturas.

Un *Kübel* con gallardete del Estado Mayor frena sobre la nieve y da un largo resbalón hacia un lado. Es un milagro que no se estrelle contra los arruinados tanques. Un *Oberstleutnant* con galones rojos del Estado Mayor salta del *Kübel* blandiendo su «Mpi».

—¡Atrás, cretinos cobardes! —ruge, dando un puñetazo a un *Leutnant* de uniforme manchado de sangre—. ¡Volved a vuestras posiciones, cerdos desertores!

Levanta el arma y lanza varias breves y acertadas ráfagas de tiros contra los soldados que bajan de las llameantes alturas.

—¡Matad al maricón! —chilla furiosamente un *Feldwebel*, tratando de quitarle al *Oberstleutnant* su «Mpi»—. Primero nos machacan con nuestros propios cañones, ¡y ahora tratan de liquidarnos con sus metralletas!

—¡Al diablo contigo, guerrero loco! —grita un *Jäger-Unteroffizier*, y se arroja sobre el *Oberstleutnant*, echando espumarajos por la boca, y le estrangula.

El conductor del *Kübel* agarra una «Mpi» y lanza una larga y ruidosa ráfaga de tiros contra los soldados enfurecidos que patean el cuerpo del *Oberstleutnant* en la nieve.

—¡Malditos hijos de perra! —grita, con ira. Arroja una granada de mano en medio de los amotinados. Jadeando por el esfuerzo, arrastra el cadáver hasta el vehículo y lo cubre con un capote. Amenaza a los fugitivos—. ¡Morid, ya no servís para nada! —grita, con lágrimas de desesperación ahogando su voz—. Morid como esa mierda que sois. ¡Sois la escoria del Ejército!

Pisa el acelerador, y el *Kübel* arranca, levantando una nube de nieve en polvo.

Ahora son los rusos quienes lanzan sobre nosotros un infierno de llamas. Los cohetes bajan silbando de las nubes, machacando las tropas que huyen y aplastando a los hombres y sus máquinas. Andanadas de cohetes, con largas colas ígneas, zumban en el cielo.

—Órganos de Stalin —gruñe Gregor, aplastándose más sobre la nieve.

Un par de «T-34» llegan de la angosta quebrada, rodando sobre los montones de cadáveres y echando una rociada de sangre, de carne y de huesos, en todas direcciones.

—¡Tanques lanzallamas! —grita desaforadamente *Barcelona*, dejándose caer detrás de una alta roca.

Albert corre en círculos, tratando desesperadamente de encontrar un refugio que le proteja de los tanques lanzallamas que se acercan rápidamente.

—¿Dónde hay un agujero? ¿Dónde hay un agujero? —chilla, saltando de un lado a otro como un conejo herido.

—Ven aquí —le grita Porta, siempre hospitalario—. Echaremos al maestro para hacerte un sitio.

Albert se arroja de cabeza en el profundo cráter.

—¡Jesús! —jadea, con voz temerosa—. Aquí no hay sitio para un ser humano. ¡Sea blanco o negro!

—Bueno, no tengas complejo de superioridad —dice *Hermanito*, con una amplia sonrisa—. La raza humana empieza en el grado de teniente. ¡Los demás no *somos* nada!

—Yo nunca he sido gran cosa en el servicio de Infantería en campaña —confiesa Albert, arrojando su máscara blanca—. ¡En Sennelager y Grafenwöhr no nos enseñaron nada de esto!

Y rechina los dientes con tanta violencia que parece que va a desencajarse la mandíbula.

—¡La vida *no es* muy divertida en el frente! —dice *Hermanito*, con voz melancólica.

Se agacha rápidamente al caer una granada junto al borde del cráter y enviar una lluvia de metralla sobre el terreno.

Incluso entre los truenos de los cañones, podemos oír que se acercan los tanques lanzadores de llamas.

—*Necesitamos* apoyo de Artillería —dice el Viejo—. Si no nos lo dan, ¡acabaremos en brazos del diablo!

Empuja el cadáver del oficial de Transmisiones lejos del teléfono y se cala los auriculares forrados de caucho.

—¡La clave, maldita sea! —farfulla irritado *el Viejo*, hojeando el bloc de mensajes.

—Aquí —dice Heide, tendiéndole el libro de claves.

—¡Apoyo de Artillería! —ordena *el Viejo*, en tono duro de mando.

—¿Quién habla? —pregunta la voz gruñona y arrogante de un oficial de grado superior.

—¡Aquí «Lagartija»! —responde *el Viejo*, y da una serie de órdenes por el teléfono.

Poco después, silban granadas sobre nosotros y van a caer en los altos.

Con unas pocas y enérgicas palabras, *el Viejo* corrige la puntería, que ha quedado corta. Trabaja febrilmente, trazando líneas sobre el mapa y calculando las distancias con ayuda de los instrumentos.

Las explosiones levantan surtidores de nieve y de acero. Ahora se acercan más a la quebrada donde están instalados los Órganos de Stalin.

—¡Los «T-34», por el amor de Dios! —dice Porta, con excitación—. Si no los vuelan pronto, ¡estaremos *perdidos*!.

Al menos un batallón de tanques lanzallamas está en plena actividad. Moviéndose en curvas como una manada de jabalíes. Chorros de llamas brotan de sus torrecillas, carbonizando todo lo que encuentran a su paso.

Multitudes de vociferantes soldados del Ejército Rojo salen en tromba de la prisión GPU. Primero, los batallones de «Mpi». Después, la Infantería con bayoneta calada, como para un desfile en la Plaza Roja. Detrás de la Infantería, columnas de presos, en uniforme gris y armados solamente con garrotes. Mientras avanzan, recogen las armas de los caídos. Por último, las tropas especiales de la GPU, apuntando con sus «Kalashnikovs» a las espaldas de los presos. Su función es liquidar a cualquiera que intente huir y ponerse a cubierto.

—¡Santo Dios! —exclama el *Oberleutnant Löwe*—. Van a *aplastarnos*, a triturarnos. ¡Debemos retirarnos!

Una cortina de fuego, increíblemente densa cae detrás de nosotros. Es como si los rusos hubiesen adivinado nuestro propósito de huida y trataran de impedirlo tendiendo una barrera imposible de franquear. Se extiende a ambos lados de nosotros hasta perderse de vista.

—¡*Retirada*! —grita el *Oberst Hinka*—. Por Compañías, ¡retirada!

Se vuelve, asombrado, y ve que el ruido ensordecedor que se acerca a nuestra espalda procede de las líneas alemanas.

—¡Cohetes! —exclama, sorprendido, arrojándose detrás de una pared de nieve.

Un momento después, los temidos cohetes caen en medio de la formación de tanques lanzallamas, haciendo saltar los pesados vehículos como si fuesen juguetes.

Frío y sereno, *el Viejo* da sus correcciones al oficial de Artillería en retaguardia.

—Dos grados menos —ordena—. Sesenta metros más en longitud.

Fuego y acero surcan el aire.

—¡Ya son nuestros! —clama furiosamente *Barcelona*.

Brotan llamaradas de los «T-34». Pedazos de tanques vuelan por el aire cargado de nieve. Muy por encima del suelo, se forman hongos de un humo negro como el carbón, con destellos carmesíes. El campo de batalla parece disolverse en el trueno continuo de los cañones.

De la enorme capa de humo rojizo, salen volando unos bultos amorfos. Es como si el diablo estuviese jugando a bolos con los tanques. La nota de órgano de los explosivos de gran potencia cambia de un segundo a otro, hasta convertirse en un aullido que destroza los nervios. Nos apretujamos, temblando.

—Explosivas e incendiarias —pide *el Viejo*—. Fuego rápido a 450 metros a la derecha.

Muy pronto, las potentes bombas explosivas e incendiarias empiezan a caer sobre las fuerzas atacantes de Infantería rusa. Rociadas de sustancias químicas en todas partes. Incluso el aire empieza a arder.

—Treinta metros atrás —ordena fríamente *el Viejo*.

La onda expansiva de las explosiones nos lanza contra las paredes de nieve de nuestro cráter. Delante de nosotros, el suelo es como un potaje hirviente, espumoso, venenoso. La nieve se funde en grandes cataratas que saltan en las laderas, arrastrando cuanto encuentran a su paso.

Más unidades de Artillería entran en acción, al ponerse de manifiesto que un experto marca los objetivos.

—¿Quién hace las indicaciones? —pregunta una voz seca—. Dé su nombre y graduación. ¿Es *usted*, Eberhardt? ¡Pensaba que lo habían matado! ¡Magnífico, Eberhardt, magnífico!

El Viejo no responde, aunque ha reconocido la voz acerada del comandante general. Sin dar tiempo a más interrupciones, sigue corrigiendo la puntería.

La copiosa y tonante lluvia de granadas sigue a los batallones enemigos en retirada y los destroza implacablemente.

—Nueva corrección —pide *el Viejo*.

—Estupendo —dice Heide, con sádica sonrisa.

Su corazón militar rebosa satisfacción ante el cruento resultado del acertado fuego de Artillería.

Los cañones alcanzan pronto la quebrada y destruyen los móviles Órganos de Stalin. Sus intentos de escapar fracasan.

El resto del regimiento ataca entre aquella carnicería, siguiendo al manco *Oberst* Hinka. Algunas ametralladoras «Maxim» pesadas disparan todavía desde las posiciones arruinadas.

—Grupo Radio, centro —grita el *Oberst* Hinka—. ¡Adelante hacia los muros de la prisión!

Nubes de un humo gris amarillento, producto de los potentes explosivos, se ciernen como un enorme y horrible paraguas sobre la prisión. Cada segundo aumentan de tamaño.

Oigo muy cerca el chasquido del cañón de un tanque. Detrás de mí, una ametralladora escupe balas de nieve.

—¡Panzer! —grito, poniéndome a cubierto.

Veo la enorme panza del tanque salvando una pared parcialmente destruida. Se balancea un instante sobre ella. Se mece adelante y atrás con metálico estruendo. El motor ruge al máximo de revoluciones.

La torrecilla gira despacio en mi dirección. Un chorro de llamas brota del largo cañón. Disparo, impacto y explosión, son casi simultáneos.

Siento como si me atravesaran la cabeza con una varilla de hierro de oreja a oreja.

Porta se desliza junto a mí. El *bazooka* resbala de su mano y rueda sobre el suelo helado. Contemplo fascinado el cañón del tanque, que baja lentamente hacia mí.

—El momento oportuno —murmura Porta, agarrando el *bazooka* y apoyándolo en el hombro. Apunta al tanque—. Disfruta de la vida, vecino, pues ya no te queda mucha —dice, con sarcástica mueca, y aprieta el gatillo.

Una explosión sorda, retumbante, y la estrella roja de la torrecilla desaparece de repente. Una figura humana sale lanzada de la escotilla, sobre una enorme llamarada amarilla.

—Me he librado por los pelos —digo, soltando el aire que había retenido en mis pulmones.

Dos «T-34» se ponen a cubierto detrás de unas ruinas. Las ametralladoras de las torrecillas barren toda la carretera. Balas de rebote pasan sobre nuestras cabezas.

—El dios alemán me dice que no vamos a morir aquí —grita Porta, poniéndose en pie, con el *bazooka* al hombro.

Hermanito corre, con una pesada mina «T» en la mano. Se desliza como un tobogán a través de la carretera, en dirección al tanque, lanzando rugidos que son a un tiempo de rabia y de miedo. Lleva la mina fuertemente agarrada, pero pierde el casco y la metralleta durante el rápido trayecto.

Se pone en pie como un acróbata y lanza la mina «T» debajo del borde de la torrecilla.

La escotilla del «T-34» de atrás se abre de golpe. Aparece una figura vestida de cuero, con su «Kalashnikov» en la mano.

Las balas se hunden en la nieve alrededor de *Hermanito*, que corre por su vida en dirección a las humeantes ruinas, tratando de encontrar un sitio donde refugiarse.

—¡Muerte y condenación! ¡Cómo disparan! —ruge Albert, saltando sobre la nieve con un cóctel «Molotov» en la mano.

Con la rapidez de un gato viejo sorprendido en el momento de hurtar un arenque, salta sobre el «T-34». Deja caer el cóctel «Molotov» en el interior del tanque, detrás del comandante del «T-34». El ruso se vuelve y mira asombrado las negras facciones y los dientes blancos de Albert, que sonríe satisfecho.

—¡*Panjemajo*, tío! —grita Albert, dando un salto mortal de espaldas y cayendo en un cráter humeante.

El tanque salta en pedazos antes de que su comandante se reponga del asombro.

Hermanito corre sobre la nieve, perseguido por uno de los pesados juegos de ruedas con cadena del tanque.

Contengo el aliento, aterrorizado. Si lo alcanza, morirá aplastado. Pero, milagrosamente, la oruga tropieza con una piedra, salta en el aire y pasa por encima del cuerpo de *Hermanito*. Después rueda sobre la carretera y va a estrellarse contra un nido de ametralladoras.

La sección de lanzallamas avanza rápidamente. La Infantería se lanza en dirección a las puertas cerradas de la cárcel.

Desde las ventanas enrejadas, las «MG» abren fuego contra nosotros. Bengalas penden en el cielo como paraguas brillantes, arrojando una luz fantástica sobre la prisión. Un humo negro brota del tejado de esta.

Los ingenieros colocan explosivos a lo largo de los muros.

De pronto, aparece un oficial ruso delante de mí.

Una breve ráfaga de mi «Mpi» le arroja contra las puertas de la cárcel. Cae hacia delante, golpeando el suelo con la cara. Corro desesperadamente y tropiezo con un carcelero enloquecido que agita un enorme manajo de llaves en una mano y una pistola en la otra.

La primera bala de mi «Mpi» le da en el corazón, haciéndolo pedazos. Muere antes de tocar el suelo.

Una enorme piedra llega volando y me golpea el pecho con enorme fuerza. Todo el aire es expulsado de mis pulmones. Caigo de bruces, enterrando la cara en la nieve. Nunca sabré cuánto tiempo permanezco así. Al recobrar el sentido, oigo voces rusas guturales. Uno de los hombres me da una patada brutal, pero consigo guardar silencio, a pesar del dolor. Prosiguen su carrera, mientras continúa el tableteo de las ametralladoras.

Sé lo peligroso que es yacer aquí demasiado rato sin ser socorrido. Puedo helarme hasta morir. O morir del *shock*. Me arde el pecho, y las punzadas de dolor son cada vez más fuertes. En todas partes hay sombras oscuras que corren. Imposible saber si son rusos o alemanes.

Largas y furiosas lenguas de fuego salen de las ventanas enrejadas de los edificios de seis pisos de altura, del ala de las mujeres. A la luz de las llamas, puedo distinguir seres humanos agarrados a los barrotes al rojo de las ventanas. Los gruesos cristales se funden como cera. Bastan unos segundos para transformar un ser humano en una momia negra y carbonizada.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, tostándote al calor del comunismo ruso? —pregunta Porta, con amplia sonrisa, inclinándose sobre mí—. ¿Dónde te han herido?

—En el pecho —jadeo.

Me reconoce con dedos expertos.

—Has tenido suerte —dice—. Lo único que veo es que tu pálida piel está tomando el color de la de Albert.

—Ha sido una piedra. Una piedra grande.

—¡Coño! —exclama Porta—. Iván debe de andar escaso de municiones, si empieza a lanzarnos piedras.

—¿Qué ha pasado? —pregunta *el Viejo*, deteniéndose, en compañía de Heide.

—Dice que Iván le ha arrojado una piedra —responde despreocupadamente Porta—, ¡y ahí lo tenéis gimiendo como un gatito enfermo!

—¡Vamos! ¡En pie, hijito! —ordena bruscamente *el Viejo*—. ¡No te imagines que estás practicando deportes de invierno!

—Tengo que ver al sanitario —protesto—. Creo que tengo rotas las costillas. Parece que se estén clavando en mis pulmones.

—Respira hondo un par de veces —sugiere Porta—. ¡Ya verás! ¡*Con esto* se pondrán en su sitio las cuadernas de tu viejo casco!

—Quiero ver al sanitario —insisto, con terquedad.

—No *pensarás* que el curandero de sífilis está paseando por aquí bajo la lluvia —dice Porta—. Mueve los pinreles y no te alejes de nosotros. Quédate aquí, y será Iván quien te dé *su* tratamiento. Unas cuantas de sus píldoras para la tos, y necesitarán una lupa para encontrar tus costillas.

Gimiendo de dolor, un dolor como para volverme loco, ando renqueando detrás de la Sección. Un sanitario desconocido me da un puñado de grageas.

Lanzamos minas dentro del gran vestíbulo de recepción. Las gruesas paredes se derrumban como si fuesen de cristal. Pesadas puertas con montantes de hierro saltan de los muros. La onda expansiva nos lanza hacia atrás, pero pronto nos ponemos en pie y asaltamos la prisión. Disparamos contra todo lo que se mueve.

Montones de cadáveres yacen en el vestíbulo, todos con las caras igualmente rojas, destrozadas. Cuando la onda expansiva mata, produce este efecto. Hay muchos jovencitos de mejillas suaves, barbilampiños. Vidas perdidas antes de que estos seres supiesen el valor de lo que perdían. Muertos en actos de inútil heroísmo.

Permanecemos en silencio entre los montones de cadáveres y observamos el terrible espectáculo a nuestro alrededor. Las escaleras están también llenas de muertos. En los seis pisos. Muchas puertas de celdas penden solo de un gozne. En las celdas, yacen los cuerpos de los presos como muñecos rotos y ensangrentados. Sin duda muertos por bombas de mano arrojadas por los carceleros en los corredores, antes de salir huyendo.

—Lo mismo que en nuestro país —dice tristemente Porta—. Presos muertos para impedir que caigan en manos del enemigo. Es *peligroso* pensar en libertad.

—¡Aquí hay uno vivo! —grita *Hermanito*, que acaba de abrir de una patada la puerta de una oficina.

Detrás de una mesa, se halla sentado un hombre gigantesco, vestido con el verde uniforme de la GPU, y con estrellas de oro bordadas en las mangas.

—Hola, *tovarich* —grita Heide, entusiasmado, pinchando al alto oficial con el cañón de su metralleta.

El oficial nos observa con ojos llenos de odio.

El Legionario coge unos papeles de encima de la mesa.

—Ordenes de ejecución —dice, sonriendo, y tiende los documentos al *Oberleutnant Löwe*.

—Llévenselo —ordena brevemente Löwe—, pero que Dios le valga, *Unteroffizier Kalb*, ¡si le ocurre algo! Le haré responsable de la muerte de un prisionero.

—*Par Allah* que velaré por él con tanto cuidado como si fuese un pelo de la barba del Profeta —promete *el Legionario*, con malévola sonrisa—. Vamos —grita al comisario de la GPU, dándole un golpe brutal en la espalda con la culata de su «Mpi»—. Que Alá misericordioso te otorgue el don de una muerte lenta, ¡perro hereje ruso! ¡Y que las llamas fundan la grasa de tu cuerpo por toda la eternidad!

Una multitud de personas extrañamente vestidas, hombres y mujeres, bajan tambaleándose y tropezando en la empinada escalera. Uno lleva un pijama a rayas azul; otro, el uniforme de comandante estonio, y otro, pantalón de montar de color claro y bata negra, en un pañuelo que un día debió de ser blanco. Sin embargo, la mayoría visten harapos y ropas destrozadas. Aquí y allá, pueden verse algunas gorras azules de la GPU. Tenemos preparadas nuestras metralletas. La vista de esa extraña colección de gente nos pone nerviosos. Parece como si fuesen a saltar sobre nuestros cuellos en cualquier momento.

—¿Vais a darnos comida? —grita amenazadoramente uno de ellos, y escupe al suelo.

—¡Cierra el pico! —grita otro.

De pronto, parece que todos sean presa de una rabia común. Empiezan a vociferar al unísono.

—¡Bonysov está aquí! —gritan, casi a coro.

—¡Matadlo! ¡Aplastad con los pies a ese cerdo asqueroso!

—¿Qué diablos se proponen? —grita nerviosamente el *Oberleutnant Löwe*—. ¡Restablezcan el orden! ¡Y que se pongan en fila! Si arman follón, métanlos de nuevo en las celdas. ¡Al menos, allí no se podrán matar los unos a los otros!

—*C'est indifferent* —sonríe cínicamente el pequeño *Legionario*—. Lo único que quieren es acabar con sus puercos carceleros.

Señala con su «Mpi» un cadáver ensangrentado, casi aplastado del todo. En medio de aquel despojo, yace una gorra azul.

Los presos nos miran, y nosotros les miramos con ojos interrogadores. Nos espantan un poco esas criaturas que parecen esqueletos con los ojos hundidos en las cuencas.

—Vaya una peste, ¿no lo oléis? —masculla *el Viejo*, tapándose la nariz.

—Viene de allí —dice *Hermanito*, señalando con el pulgar.

—¡Por todos los diablos! —exclama *Barcelona*—. Es la letrina más grande y más larga que he visto en mi vida.

—Prueba a mirar hacia abajo —le sugiere Porta—. Hay algo más que tampoco habrás visto nunca.

Un hombrecillo de ojos de rata, con uniforme de la GPU, se acerca a nosotros con las manos cruzadas detrás del cuello para mostrar que está desarmado y que considera que la guerra se ha acabado para él.

—*Herr Kommandant* —ladra en fluido alemán, juntando los tacones delante del *Oberleutnant Löwe*—. Le entrego el departamento de recepción de la prisión y me pongo a sus órdenes.

Sin ocultar su desprecio, el *Oberleutnant Löwe* le observa atentamente a través de los párpados entornados.

—¿Qué es aquello? —pregunta, señalando la larga viga de madera.

—La letrina de los presos —responde el hombre de la GPU, sonriendo torcidamente—. No podemos instalar otra mejor. Tenemos nuestro reglamento, y lo cumplimos. Los presos son unos cerdos. Se les permite ir a la letrina a horas determinadas. Esto no es un hotel de lujo. Pero no pueden esperar a la hora señalada para la defecación. Se cagan en las celdas. Después, cuando se sientan en la tabla, se quedan dormidos y caen en la letrina Y se ahogan en ella. No es culpa de los carceleros. Solo cumplimos órdenes, como otros soldados.

—¡Arrojémosle a la mierda! —propone Porta, con malévola sonrisa.

—Llévenselo —responde el *Oberleutnant Löwe*, girando sobre sus talones—. ¡Salgamos de aquí! Aquí no tenemos más que hacer. Somos una unidad de combate, ¡no carceleros de nadie!

En los grandes pabellones de la prisión, sigue la encarnizada lucha.

—Igual que en nuestra casa —dice Porta, señalando un enorme rótulo azul pálido que puede verse desde todos los edificios de la prisión:

POR LA PATRIA, POR STALIN

dice en grandes caracteres rojos. Y en letras negras y un poco más pequeñas:

MATAMOS SIN VACILACIÓN
A TODOS LOS ENEMIGOS DEL PUEBLO
A LOS HOLGAZANES Y A LOS TRAIADORES

En la pared del gran taller mecánico, aparece escrito, con letras de un metro de altura:

EL TRABAJO ES EL MAYOR
PRIVILEGIO Y BENEFICIO
DEL ESTADO SOCIALISTA

—¡Vamos! ¡Adelante! ¡Venid *aquí*! —grita *el Viejo*, para que el 2º pelotón se reúna con él.

Nos ponemos a cubierto bajo una larga rampa.

—Pasaremos por aquí —explica el Viejo—. Preparad las cargas. Esos cerdos se han hecho fuertes en el interior, y emplean a los presos como escudos.

Un largo y estridente chillido lo interrumpe. Es una mujer. Chilla con terrible intensidad, como si estuviese agonizando bajo horribles tormentos.

—¡Que Dios nos asista! —grita *Barcelona*, espantado—. ¿Qué *pueden* estarle haciendo?

—Pellizcarla con tenazas al rojo. También lo hacían los curas en los viejos tiempos —dice secamente *Porta*, chascando los dedos.

El grito se interrumpe en seco, como si la mujer hubiese sido amordazada.

—Acabemos con esto —ordena *el Viejo*, con semblante duro.

Se lanza de un salto sobre la rampa. Corre agachado por ella, seguido de *Gregor* y *el Legionario* con la caja llena de explosivos.

Hermanito arroja tres o cuatro pesadas cajas sobre la rampa.

—Tú también, maestro —dice, arrojándole detrás de las cajas—. ¡Y que Dios te valga, flaco cagón de tinta, si quieres escurrir el bulto! Te emplearé para apretar las cargas, ¡y te enviaré directamente a los brazos del culón de Iván!

—¿Por qué te empeñas en martirizarme? —gime el maestro de escuela, tirando de una de las cajas, pero incapaz de moverla.

—¡Manten cerrada la boca cuando hablo o cuando pienso! —Le interrumpe secamente *Hermanito*—. Toma este zapapico. Ve y haz un agujero para la pólvora, ¡ambulante hijo de un tintero! Cuando haya terminado contigo, serás un cadáver o el mejor soldado del Ejército alemán marchando a paso de oca hacia tu escuela pueblerina.

—¡Acabad de una vez! —grita con impaciencia *el Viejo*—. Cinco metros entre las cargas. ¡Tú conectarás los cables, Heide!

—¡Y yo las haré estallar! —grita *Hermanito*, muy excitado, pues adora provocar las explosiones.

Trabajamos febrilmente durante media hora.

—¿Os habéis dado cuenta de lo gruesas que *son* esas paredes? —pregunta *Barcelona*—. ¡Son más gruesas que las murallas de Brest-Litovsk, y esas no eran decorados de escenarios!

—¡Basta de *estupideces*! —les amonesta *el Viejo*, con irritación.

Empuja a *Hermanito* por el hombro. El grandullón está metiendo deliberadamente una triple carga en uno de los agujeros.

—Tenemos de sobra —se defiende *Hermanito*, señalando las cajas llenas de explosivos—. Además, todo lo que usemos no tendremos que llevarlo con nosotros al marcharnos.

—Parece que quieres volar con ellos —dice ásperamente *el Viejo*—. No estás metiendo caramelos ahí dentro, ¿sabes? ¡Eso es endiabladamente peligroso!

—¡Listo! —grita Heide, plantándose, orgulloso, detrás del *Viejo*.

—¡Dejadme a mí! —chilla *Hermanito*, corriendo hacia el detonador, al que está Gregor conectando los últimos cables—. Sujetaos bien los cascos y tapaos el ojo del culo, hijos míos. Vamos a hacer mucho ruido —ríe alegremente.

Agarra la manija con ambas manos y la empuja, cargando todo su peso sobre ella.

La explosión despeja la rampa. Sentimos la presión de la onda expansiva en todo el cuerpo. Es tan fuerte que extrae todo el aire de nuestros pulmones. Una pared de siete metros de altura se derrumba en una lluvia de cascotes y mortero. Unos segundos más tarde, todo el muro exterior se viene abajo. Todo el edificio parece balancearse un instante, y se hunde inmediatamente después. Dos altas chimeneas del departamento de calderas caen sobre el ala de las mujeres. El derrumbamiento parece no acabarse nunca; la nube de polvo crece y crece sobre los edificios.

Hay un momento de absoluto silencio. Brotan llamas en todas partes, extendiéndose con terrible rapidez. Parecen una alfombra desenrollada por un loco.

Se derrumban más paredes. Y hay una granizada de grandes cascotes.

—¡Malditos imbéciles! —increpa un *Feldwebel* de ingenieros, enjugándose la sangre de la cara—. ¡Por todos los diablos! No habéis dejado a nadie vivo ahí. Si estuviese en vuestro lugar, me largaría a toda prisa. ¡Estaría muy preocupado!

—¡Jesús, María y José! —exclama *Hermanito*, poniéndose de rodillas—. ¡Eso es lo que yo llamo una explosión! ¡Toda la maldita jaula ha saltado por los aires! Les costará un poco repararla para alojar al próximo número de

esclavos, ¿no? La Asociación de Ayuda a los Prisioneros nos dará una medalla por esto. ¡Vive Dios, que ha sido un *buen* estallido!

Albert se pone en pie. Tiene la cara completamente gris, y levanta los puños cerrados sobre la cabeza.

—¡Frente Rojo! —chilla, como un idiota.

—Sigamos adelante —ordena *el Viejo*, poniéndose en pie, con su «Mpi» en las manos.

Los pelotones de lanzallamas toman la delantera. Donde quiera que ven una abertura, arrojan un chorro de fuego.

Bajo junto a Porta, de un salto, al puesto de defensa más próximo, y observo el interior a la luz de mi linterna eléctrica.

En todas partes, cuerpos carbonizados extienden las manos descarnadas en ademán de protección. Muchos de ellos no son más que momias encogidas. El lanzallamas los ha matado a la primera ráfaga de fuego. Los que no han sido alcanzados directamente parecen extrañamente grandes en comparación con las pequeñas momias.

—La guerra cruel es rápida —dice Porta—. Al menos, así lo dicen los carteles de propaganda. Pero es mentira, como todo lo de esta guerra. Es una de las más crueles de todos los tiempos, y parece que no va a acabar nunca.

En un patio largo y estrecho, entre dos altos edificios ennegrecidos por el humo, yacen montones de cadáveres.

—Todos con un tiro en la nuca —confirma *Barcelona*, volviendo unos cuantos cuerpos con su «Mpi».

—No es verdad —grita Gregor, con incredulidad, agachándose para mirar más de cerca un cuerpo envuelto en harapos.

—Desgraciadamente, lo es —suspira Porta—. Los muchachos de la GPU se han dado maña en librarse de los incrédulos, mientras nosotros, los libertadores, llamábamos a la puerta. No hace falta haber estado en la escuela de detectives de la KRIPO para ver lo que ha pasado aquí. ¡Un tiro en la nuca! Un agujerito en el cogote, y toda la cara se va a paseo.

Suenan fuertes disparos en el otro lado del edificio.

—Son los nuestros —explica el pequeño *Legionario* con un indiferente encogimiento de hombros—. Tropas especiales SD. ¡Están liquidando a todos los comisarios!

Nos detenemos un momento y observamos desde entre dos camiones quemados.

La larga ráfaga de tiros parece durar una eternidad, pero, en realidad, termina en pocos segundos.

El cuerpo larguirucho del comisario salta bajo la lluvia de balas. Primero en el aire, después hacia atrás. Su cuerpo tiene aún estremecimientos espasmódicos cuando le ha abandonado la vida.

Un *Untersturmführer* de aspecto infantil, con la gorra con la insignia de la calavera inclinada pícaramente sobre un ojo, se acerca al cadáver y apunta su «P-38» a la cabeza. Tres disparos, y la cara queda convertida en una pulpa imposible de identificar.

Los presos, asomados a las ventanas de la lavandería, gritan y aplauden con entusiasmo.

El siguiente es sacado por una estrecha puerta. Es un anciano de cabellos blancos, con uniforme caqui y los galones verdes de la GPU en los hombros. Tiene miedo en los ojos y se apoya en la pared. Una ráfaga estruendosa lo derriba.

Los presos gritan y silban al ser sacados de la lavandería un grupo de hombres y mujeres uniformados totalmente o a medias.

—¡Vamos! ¡Vamos! —ordena con impaciencia el joven oficial SD—. ¡Acabemos de una vez!

A culatazos y patadas, las víctimas son empujadas hacia la pared. Fijamente, con apatía, miran a sus verdugos con el emblema de la calavera en las gorras.

—¡Fuego! —grita el oficial SD, abriendo la boca de par en par.

Las «Mpi» entonan su canto de muerte. El ruido resuena entre los edificios.

Una larga y cruel ráfaga de tiros de «MG» brota de una ventana del piso más alto.

El *Untersturmführer* se derrumba. El pelotón de ejecución es arrojado hacia atrás y se retuerce en la nieve que empieza a ponerse roja. La ametralladora sigue repicando, abriendo surcos en las pared de la lavandería. Los cristales saltan hechos añicos. Los presos son expulsados de las ventanas, con las caras destrozadas.

Nos ponemos a cubierto y nos alejamos a toda prisa. Este asunto no es de nuestra incumbencia.

Las llamas trazan raros dibujos en los hollinientos edificios de la prisión.

Cuando rodeamos los largos almacenes, nos detiene el ruido de un intenso fuego de armas automáticas. Gritos estridentes de terror llegan desde la aislada casa de baños.

—Echemos un vistazo ahí —ordena *el Viejo*—. Tú y Sven id delante —dice a Porta, y nos arroja una bolsa de granadas.

Entre los restos de árboles abatidos, corremos hacia la casa de baños. Una figura se yergue ante mí. Automáticamente, aprieto el gatillo, y una ráfaga de mi «Mpi» le rompe la espina dorsal. El hombre rueda por el suelo, sacudiendo los brazos y las piernas.

Porta da una patada a la puerta, que se abre con un chasquido. Un oficial gordo y bajito nos mira asombrado y busca torpemente su «Kalashnikov», que está sobre una mesa delante de él. Una bala de pistola le destroza el cuello, y jirones de este salpican la pared. La gorra con la cinta azul rueda por el suelo y se detiene mansamente junto a un montón de botellas vacías.

Vació mi arma en una larga y concentrada ráfaga de tiros a lo largo de un pasillo en el que adivino, más que veo, unas formas oscuras que vienen hacia nosotros. El primer tiro de la «Schmeisser» alcanza al jefe en la boca. Este cae sin el menor ruido. Nuestras «Mpi» parecen volverse locas.

Dos soldados con abrigos hasta los tobillos se alzan en el aire y chocan contra la pared. Se deslizan por ella y se derrumban como guiñapos sanguinolentos.

Vuelan granadas en una estancia oscura. Nos refugiamos contra la pared y disparamos nuestras «Mpi».

Los gritos se apagan en roncacos estertores.

—Adelante —ordena *el Viejo*, cogiendo un «Kalashnikov» de uno de los muertos.

Una larga *ráfaga* de balas de metralleta nos cierra el paso. Albert salta en el aire, lanza un agudo grito de guerra y arroja una granada de mano. Suena un tremendo estampido en el fondo del corredor, brilla una luz cegadora, y tres cuerpos retorcidos yacen en el suelo.

—¡Cojones, hombre! —gruñe, llevándose las manos a los oídos—. ¡Menudo susto me he llevado! —Mira a su alrededor, con expresión perdida, y se deja caer lentamente al suelo, lleno de restos humanos y de vidrios rotos—. ¡Al infierno con todo el podrido Ejército alemán! —gime.

—Sí, hay que confesar que *pareces* haberte equivocado de Ejército, ¿no? —ríe Porta, tomando las granadas de mano.

El fuego, que nadie trata de apagar, ha consumido casi toda el ala norte de la prisión de mujeres.

Nos acercamos con cuidado a la fulgurante ruina.

Parece que va a caer sobre nuestras cabezas en el momento menos pensado.

Hileras de cuerpos penden alrededor de aquella ala, festoneándola como horribles guirnaldas, oscilando y girando a impulso de las corrientes de aire.

—Lo mismo de siempre, a pesar de las dificultades —dice Porta—. ¡Ejecutadas cinco minutos antes de la hora de cerrar!

Escupe contra el viento.

—Hubiera debido seguirles la corriente y mantener cerrado el pico —dice Gregor—. Míralas, ahora. Columpiándose. ¿De qué les han servido todas sus protestas? No. Es mejor seguir la corriente y dejar que piensen y hablen los que pueden hacerlo. De esta manera se vive más, y la vida es ya de por sí bastante corta.

La lucha casi ha terminado. Desde el bloque principal llega todavía ruido de armas automáticas y estampidos de granadas, y de vez en cuando, el sordo chasquido de un mortero. Pero esto no nos atañe. Incumbe a la Infantería y a los ingenieros.

Nos sentamos en el suelo de la cocina, junto con un grupo de presos, y hablamos de los métodos de interrogación.

Un muchacho de dieciséis años, detenido al terminar sus estudios escolares y acusado de propaganda antirrevolucionaria, perdió un ojo durante el interrogatorio. Describe su experiencia en pocas palabras. Contemplamos su cara sin pronunciar ni una palabra. Demasiado vieja para sus años. Sus ojos rezuman pus. No hay médicos en las prisiones de tránsito.

Un viejo muestra tristemente los dedos aplastados de sus pies.

—Hay cosas peores —grita una mujer, a quien dispararon en las rótulas y que nunca volverá a andar bien.

—Deberíamos fusilar a los carceleros. A *todos* ellos —dice resueltamente *Hermanito*, jugando con su escopeta de tres cañones.

—Es lo que están haciendo —dice Porta, señalando con el pulgar hacia el patio, donde repican las «Mpi» y suenan continuamente gritos ininteligibles.

El aguardiente que Porta ha requisado del armario del comandante es dulce y caliente agradablemente el cuerpo.

Un carcelero gordo, al que pusieron el mote de *Ángel del Infierno* porque era bueno con los presos, está sentado a horcajadas en una silla y canta:

Una tormenta de nieve barre la llanura.

Detrás camina la prenda de mi corazón...

—En cuanto entramos en aquella casa de baños, ella empezó a soplar me y *mordisquearme* el cogote —nos cuenta Albert, sonriendo satisfecho—. «Los negros me dan un cosquilleo de mariposas en el estómago», me dice, y empieza a jugar con mis cojones.

—¡Qué barbaridad! —gruñe *Hermanito*, abriendo mucho los ojos y rascándose las nalgas—. ¡Continúa! ¡Sigue *hablando*!

—Entonces ella me quita la guerrera de verano y desabrocha mis calzones, y ahí me tenéis listo para el combate. «No vayas a echarte atrás —le digo— o no respondo de mí». Pero ¡qué va!, se agarra a mí como un cabrito a las tetas de su madre. Entonces la tumbé en el banco y subí encima de ella. ¡En la vieja casa de baños llena de vapor! Las campanas sonaban con tal fuerza en nuestros oídos que pensamos que era domingo. No hay nada como una *Blitzmädel*^[36], a quien importa un bledo el *Führer* y se caga en la victoria final, y solo tiene pollas en la cabeza. Cuando se quedó dormida, me dirigí a las chozas de los convalecientes. Pero me encontré a otra en el camino, y nos desahogamos contra el tronco de un árbol. Era un abedul, frío como el hielo. Pero *él* debió pensar que había llegado la primavera, porque empezó a florecer con dos meses de anticipación. Después pensé que me convenía un poco de descanso, pero no pude dormir mucho rato. Bueno, me desperté al tocarme alguien la polla. Al abrir los ojos, vi dos enfermeras del servicio de cirugía. Entablamos un pequeño torneo triangular allí mismo. Al estilo alemán, francés y sueco, e íbamos a intentar el japonés cuando se presentó un médico con cruces gamadas en vez de ojos e interrumpió la sesión. No sé qué les harían a las dos enfermeras, pero a mí me declararon apto para todo servicio *en el acto*. Después me metieron en la jaula y me acusaron de violación y de profanación de la raza. Generalmente, ¡esto es castigado con la muerte! Pero el viejo *Kriegsgerichtsrat* y sus dos jueces militares, que fallaron mi causa, se conmovieron un poco cuando entré gritando «¡*Heil Hitler!*!». Por esto, en vez de llenarme de agujeros, me condenaron a tres meses en Germersheim.

Albert se tumba de espaldas, desternillándose de risa.

—Cuando salí de Germersheim para ir a Paderborn, pasé la noche en una residencia de descanso militar, donde conocí a dos chicas de la Marina. Cuando acabaron *conmigo*, ¡tenía rojo y morado todo el cuerpo! Y es que entendían mucho de masaje, ¡y me molieron más que a una estera! Aquello era para volverse loco. Me puse tan encendido que habría podido servir de faro en cualquier puerto del mundo. Además, aquello no acababa nunca. ¡Eran *verdaderas* profesionales, aquellas chicas! Cuando al fin *terminé*, ¡fue como si el sol y las estrellas del cielo y del infierno y toda la maldita tierra cayesen sobre mi cabeza!

—¡Basta! ¡Basta! —ruge *Hermanito*—. Si no te callas, ¡tendré que ir en busca de la virginidad de una maldita yegua muerta!

Porta vierte agua hirviendo en un poco de café que ha encontrado también en la oficina del jefe. Sobre la mesa.

—Café —murmura un preso con uniforme lituano—. ¿Dónde lo encontraste?

—Tengo un tío en el Brasil —murmura confidencialmente Porta—. Me envía un saco de vez en cuando.

—Si hubiésemos llegado aquí un poco antes... —dice tristemente *Hermanito*, mirando a través de la rota ventana.

En el otro lado del amplio patio, una hilera de mujeres suben a unos camiones para los que se ha despejado el camino.

—Hubiésemos podido dar un buen revolcón de habernos dado un poco más de prisa —gruñe libidinosamente Albert, enjugándose la boca con el dorso de la mano.

—¿Os habéis vuelto locos? Habrían chillado y se habrían resistido —dice Gregor, con fingido espanto.

—Aún habría sido mejor —dice *Hermanito*, lamiéndose los labios agrietados por el frío.

—¡La violación tiene pena de muerte! —gruñe Heide, hoscamente, ajustándose el cinturón y la funda de la pistola.

—¿Violación? —ríe estruendosamente *Hermanito*—. ¿Quién habla de violación? Uno las monta y después las liquida. Es lo que se hace en tiempo de guerra.

—Cuando yo estaba recortando muñecos de papel en Germersheim —tercia Albert—, oí hablar de varios de esos sementales de guerra que habían liquidado a unas mujeres sin pedir permiso. Cuando hubieron terminado con ellas, las metieron en una cabaña con unas cargas de explosivos de gran potencia para darles una buena despedida. Pero la historia se supo y vinieron los perros guardianes y los pillaron. Pues bien —termina, extendiendo los brazos expresivamente—, solo volvimos a verles una mañana, cuando les llevaron al campo de instrucción de Ingenieros y les dieron el pasaporte. Sin billetes de vuelta.

—Cambiemos de tema —dice Porta, soplando su café—. Sin duda lo más prudente es pagar el coño, si no puedes prescindir de esto, y dejarte de tonterías.

Se oye un fuerte silbido, y un gran pedazo de pared cae dentro de la prisión. Quedamos medio enterrados en ladrillos y mortero.

La cafetera escapa de la mano de Porta y salta por el aire.

—¡Fuera! ¡De prisa! —grita *el Viejo*—. ¡Iván está atacando!

Brilla una bengala sobre nuestras cabezas. Un cañón automático martilla muy cerca de nosotros. Caen grandes cascotes de las ennegrecidas paredes.

Resbalo un buen trecho por la deslizante carretera y voy a parar a un cráter de granada desde el que Porta y *Hermanito* están ya disparando. El «MG» está casi al rojo.

Aparecen Albert y Heide, moviéndose con la rapidez del rayo.

—No disparéis, coño. ¡Somos nosotros! —grita Albert, con toda la fuerza de sus pulmones, pasando por encima de un «T-34» arruinado en casi un solo salto.

Pero Porta sigue disparando. Contra el grupo de rusos que los persiguen.

—¡No! ¡Para, coño! —chilla Albert—. ¡Ya tenemos bastante con los vecinos que nos dan caza!

—¿Y contra quiénes crees que disparo, hijo de puta? —gruñe Porta, fijando otro tambor en el «MG».

—¡Venid aquí! —grito, agitando la mano.

Tomo el «MG» y envío una ráfaga de protección contra el ala de mujeres de la cárcel.

—¡Cojones, coño! —jadea Albert—. ¿Querías volarnos el culo?

Cesa el fuego. Oímos ruido de pies que corren. La tierra se estremece al caer unas granadas. Delante de nosotros.

—¿Son los nuestros o los vecinos? —pregunta Heide, con voz temerosa.

—¿Quién cojones va a saberlo? —responde Porta—. De todos modos, ¡salgamos de aquí! Voy a llevarme este trasto —dice, cogiendo el fusil ametrallador ruso—. A los vecinos les da igual que los matemos con nuestras armas o con las suyas.

Salto dentro de una larga zanja y percibo unas figuras moviéndose en el otro extremo.

Porta vuelve el «trasto» contra ellas y vacía el tambor.

Corremos, con toda la velocidad que nos permiten nuestras piernas, como si el mismísimo diablo nos pisara los talones.

Tropiezo con algo, con un cadáver. Resbalamos y nos deslizamos y caemos de cabeza en una posición. Las armas saltan de nuestras manos. Me doy de cabeza contra una «Maxim» destrozada.

—¡Por todos los diablos! ¡Iván viene! —aúlla Albert, girando en el aire al saltar con agilidad de acróbata.

Su «Mpi» arroja una larga ráfaga de balas contra un grupo de rusos camuflados de blanco y que salen corriendo del bosque.

—¡Los vecinos! —grita *Hermanito*—. ¡Los malditos vecinos!

—Salgamos de aquí —dice Porta, poniéndose en pie y cargándose el «MG» ruso al hombro—. ¡No tengo ganas de morir por el *Führer*, el Pueblo y la Patria!

El viento cortante aúlla en la barraca, lanza su soplo helado sobre la llanura abierta, y es como una tormenta. Sus bramidos impiden que hablemos entre nosotros. Nadie en su sano juicio permanecería aquí más de lo absolutamente necesario. Pero nadie pregunta a los soldados cuando están en primera línea. En realidad, habríamos tenido que morir congelados hace tiempo. La helada se ceba en nosotros, parece arrancarnos la vida a cuchilladas.

*Dinos, vida miserable,
¿cómo puedes crecer y florecer en el hielo?*

canta Porta, mientras descansamos un momento detrás de un seto batido por la tormenta.

—En nombre de todos los diablos, coño, ¿qué está haciendo la tan encomiada Infantería alemana? —maldice Albert.

—Yace en agujeros, mirando con el ojo del culo la luna llena rusa — responde Porta, disparando largamente contra la cortina de nieve.

—¡Sigamos adelante! —dice Heide.

—¡Por los siete diablos, coño! ¡Con este frío de mierda...! —gruñe Albert, castañeteando sus dientes como toda una orquesta.

«¡Plop! ¡Plop!», caen bombas de mortero a nuestro alrededor.

Corremos, agachados, por un serpenteante sendero.

De pronto, me pilla una ráfaga de viento que me hace girar como una peonza y me lanza por encima del borde del camino. Los bufidos de la tormenta me golpean como puños. Me agarro desesperadamente a una cornisa, pero mis manos enguantadas resbalan sobre la helada superficie. Me deslizo, entre una furiosa tempestad de nieve y de cristales de hielo que me azotan y me pinchan como escorpiones. Tengo la impresión de que caigo a terrible velocidad en medio de un remolino. Todo gira furiosamente a mi alrededor. Una bengala se enciende, cerca de mí, cegándome completamente. Pasan balas trazadoras, por encima y por debajo de mí. Tengo la sensación de una caída sin fin a través del aire helado. Cristales de hielo llenan mi boca, amenazando con ahogarme. De pronto, me doy cuenta de que caigo cabeza abajo. Árboles y rocas brotan de la nieve y se lanzan sobre mí a la velocidad de un tren expreso. Trato desesperadamente de recordar lo que nos enseñaban

en la escuela de guerra de partisanos. «Cuando caigáis de una gran altura, extended los brazos, planead como los pájaros». Pataleo y extendiendo los brazos, pero no puedo cambiar la dirección de mi caída. Desciendo fatalmente para estrellarme contra las grandes rocas que parecen subir para recibirme. Grito, aterrorizado, con la única esperanza de que todo acabe pronto.

Con un largo movimiento deslizante, aterrizo suavemente, como sobre un gigantesco colchón de plumas. Toda una montaña pasa por mi lado. La siguen una hilera de árboles. También la dejo atrás a gran velocidad. Todo el aire es expulsado de mis pulmones. Siento un dolor lacerante en el costado derecho. Pierdo un poco el mundo de vista, pero me recobro en seguida y me veo rodeado de nieve, solo de nieve. Comprendo que he aterrizado en un enorme montón de nieve arremolinada. Encima de mí, se yerguen enormes cantiles. Por lo visto he dado la vuelta en el aire y caído de pie, deslizándome después sobre la espalda, durante muchos metros, entre la nieve blanda.

He perdido mi «Mpi». También mi «P-38». Lo único que me queda para defenderme son mi cuchillo de combate y dos granadas de mano.

La tormenta ruge, ensordecedora, encima de mí. Una ametralladora tabletea furiosamente en algún lugar del bosque.

Grito desesperadamente, pero los gritos son inútiles mientras continúe la tormenta. Ni siquiera alguien que estuviese próximo podría oírme. De pronto, siento frío. Un frío despiadado, asesino. Tengo que moverme. No es posible conservar la vida mucho tiempo en esta helada inhumana. A mi alrededor, los árboles crujen con estallidos que parecen disparos de rifle.

Suena un grito largo y gutural no lejos de mí. Cuando me vuelvo, alarmado, veo un par de ojos brillando en la oscuridad y distingo a duras penas la silueta de un lobo de las nieves. Le golpeo con una rama. Él gruñe, pero se queda donde está. Saco delicadamente el cuchillo de la bota.

—¡Vete! —grito, azotando el aire con la rama.

Da media vuelta y se aleja. Desde detrás de la cortina de nieve que le oculta, expresa con un aullido todo el odio que siente contra mí.

No puedo recordar mi salida del banco de nieve. Solo recuerdo que camino un largo trecho por una senda helada y resbaladiza, sobre la que me deslizo continuamente.

Una voz seca y autoritaria grita *¡Stoi!*, obligándome a refugiarme detrás de las raíces de un árbol. Lanzo una de mis granadas contra la sombra. La explosión retumba en los bosques. El ruso salta por el aire. Cae y se queda inmóvil.

El estallido de la granada arroja su «Kalashnikov» casi en mis brazos. Agarro el arma y me acerco al hombre silenciosamente, como un reptil. Tiene la panza abierta. La sangre se ha helado ya bajo el intenso frío.

Después veo los otros cuatro. Todos muertos a balazos de «Mpi». Por lo visto cayeron en una trampa. El hombre al que acabo de matar era el único superviviente. Si se hubiese estado quieto, oculto detrás de un árbol, ahora sería yo el muerto. Probablemente estaba loco de miedo. No es divertido rondar por un bosque oscuro y helado, con toda clase de asesinos furiosos merodeando por él.

Me aparto del sendero y me abro paso sobre la nieve y entre los árboles. He preparado mi «Kalashnikov» y estoy presto a disparar contra cualquier cosa que se mueva.

Un brazo rodea mi cuello y me corta la respiración. Un cuchillo de combate se apoya sobre mi garganta.

—Si te mueves eres hombre muerto, Fritz —gruñe una voz, en ruso.

Quedo completamente paralizado. La sangre se hiela en mis venas. La presión del cuchillo sobre mi cuello aumenta ligeramente. Espero el final inevitable. El hombre me degollará con un rápido movimiento.

Entonces estalla una salva de carcajadas. Un empujón en la espalda, y caigo de bruces sobre la nieve.

—Te has asustado, ¿eh? —ríe Porta.

Siento ganas de arremeter contra él, tan grande es mi furia.

Hermanito y Albert salen de entre los árboles, sonriendo ampliamente. Parecen pensar que me han gastado la broma del año.

—Has tenido suerte de tropezar con nosotros —dice Porta—. Quizás ahora aprenderás a no pasear por estos lugares como en tiempos de paz.

—Cierra el morro —rezongo, furioso, agarrando mi «Kalashnikov»—. ¡Cojones, vaya susto!

—Tienes que estar como una cabra para andar así por un bosque comunista en plena guerra —dice *Hermanito*, en son de reproche—. Tal vez no lo has entendido aún, pero los vecinos son capaces de hacer filetes de tus pobres nalgas.

—Volvamos a casa —dice Porta.

Con lo de «casa» quiere decir la línea del frente.

Acabamos de cruzar el pueblo en ruinas cuando nos reunimos con lo que queda de la compañía. El *Oberleutnant* Löwe está ensangrentado y habla a través del grueso vendaje que le cubre la cara y baja hasta el pecho.

Marchamos sobre el lago helado en una larga columna, en fila india. Lo que resta del regimiento se reúne en Baikanski.

Con los labios apretados, el *Oberst* Hinka escucha las cifras que le dan sus jefes de compañía. Las bajas son muy grandes, debido al retraso en la barrera de protección de la Artillería.

El *Oberleutnant* Löwe informa sobre la 5ª Compañía: 19 hombres. 98 muertos, 36 heridos, 51 desaparecidos. Los «desaparecidos» son los que han quedado inidentificables, estaban agonizando o han sido hechos prisioneros. Es muy dudoso que se vuelva a saber de alguno de ellos.

Se oye un fuerte silbido. Con prolongado estruendo, estallan las granadas sobre nosotros. En pocos segundos, Baikanski se convierte en un mar de llamas.

Una pierna arrancada, todavía con su bota, me da en la espalda y me derriba.

—¡*Gracias*, coño! —dice Albert—. ¡Ese tipo debía odiarte mucho, para arrojarte la pierna de *esta* manera!

Corremos entre las llamas, disparando con la mayor rapidez posible. Los rusos siguen un plan que emplean a menudo. Un súbito y violento ataque de la Artillería, seguido de una furiosa y fanática embestida de los de a pie, que esperaban, ocultos, cerca y delante de nuestras posiciones. Generalmente, podemos rechazarlos con nuestras armas automáticas; pero esta vez es diferente. Son superiores en número y siguen atacando.

Nos batimos en retirada. Volando por segunda vez a través de Baikanski, con fuego de granadas y de mortero pisándonos los talones.

—¡Seguidme! —dice *el Viejo*, levantando su «Mpi» sobre la cabeza.

Sobre todo, hemos aprendido acerca de la muerte, a una edad en que sería más natural que nos considerásemos inmortales.

P. CAPUTO

Porta saca su «T-38» de la funda y se acerca con cuidado a la gran puerta que permanece medio abierta.

—Usted primero —invita a Hermanito, haciéndose cortésmente a un lado.

—¿Acaso crees que tengo la cabeza llena de serrín ruso? —responde Hermanito—. Llevo bastante tiempo en esta guerra para haber aprendido a no cruzar una puerta el primero, a menos que desee una muerte rápida y segura.

—¡Eres un demonio! —ruge Porta, contemplando la puerta, tentadoramente abierta. Una puerta abierta puede significar muchas cosas. Puede ser, por ejemplo, que haya detrás de ella un tipejo dispuesto a abrirte la cabeza con un «T-34», si eres lo bastante estúpido para asomarla—. ¡Al diablo con todo! —murmura, lanzándose a través de la puerta. Todavía está resbalando por el suelo cuando se vuelve y dispara detrás de la puerta. ¡Allí no hay nadie! Rueda sobre sí mismo y envía otra bala a través de otra puerta—. ¡Vacío como la cabeza de un político! —grita, mirando cautelosamente por encima del borde de una mesa.

—Tienes toda la razón —ruge Hermanito, entrando en tromba en el zaguán y disparando un par de balas a una puerta, para mayor precaución.

Estamos a punto de abrir los escotillones cuando oímos un tableteo de «Mpi». El hombre que sale corriendo al descansillo de la escalera desaparece en una explosión de gotas escarlata. Su cabeza vuela, como un sombrero de copa en tiempo ventoso.

Primero llega Hermanito corriendo escalera abajo. Con un salto de categoría olímpica, aterriza en un Kübel. Le sigue Porta, a una velocidad que parece solo un par de metros inferior a la de la luz. Se arroja de cabeza sobre el asiento del conductor del Kübel. Hace marcha atrás y después sale disparado entre toda clase de tanques, seguido por las miradas asombradas

de los jefes rusos y alemanes de aquellos. Casi se caen de las torrecillas al querer ver lo que sucede.

DESECHOS DE GUERRA

Gotea sangre sobre mí, fundiendo la nieve que ha cubierto mi cara. Las dos piernas del hombre han sido cortadas por las rodillas. De aquí brota la sangre. Cada pequeño movimiento que hago me hace chillar de dolor. Al cabo de un rato, consigo sacar la cabeza del casco de acero y volverla ligeramente a un lado, para que la sangre del hombre colgado de la viga no caiga sobre mi cara.

Porta yace sobre las cajas vacías de municiones, enrollado como un perro. A su lado yace *Barcelona*, en un charco de sangre. Después de un rato, los encuentro a todos. *Hermanito* está sentado con Albert sobre los restos de lo que fue la torrecilla de un tanque. El cañón se ha abierto como una piel de plátano.

Quisiera ser una gallina...

canta Albert, con voz ronca.

No puedo recordar lo que ha pasado, salvo que la tierra pareció abrirse y vomitar fuego y acero.

Un *Hauptmann* pasa, rígidamente, entre un montón de cadáveres. Lleva el «Máuser» en la mano. Da órdenes a tropas que ya no existen.

Un capellán calvo sale de un agujero como un espectro. Farfulla algo incomprensible y suelta una risa de loco.

—¡Apártate, Satanás! —grita el *Hauptmann*, y le pega un tiro al capellán en la cabeza.

Con una risa estridente, camina tambaleándose sobre los muertos y los heridos. Ni siquiera ve el «T-34» que aparece sobre una elevación del terreno y avanza rechinando en su dirección. Es lanzado al aire y cae con un chasquido sobre la torrecilla. Su cuerpo resbala sobre la parte posterior del tanque y es aplastado por las anchas cadenas del «T-34» que viene detrás.

—Otro maldito *Germanski* menos —ríe el conductor del tanque, al sentir el salto de las cadenas que aplastan al *Hauptmann*.

El Viejo se inclina sobre mí. Su casco está abierto, como por obra de un abrelatas. Un trozo de metralla ha entrado por la pieza del cogote y salido por delante.

Es uno de los nuevos cascos que dicen que son a prueba de metralla.

—Todavía estás vivo —dice, sonriendo y enjugando la sangre de mi cara—. ¿Dónde te han dado? No parece que tengas ninguna herida en la cabeza.

Señalo hacia arriba.

—La sangre es *de él*.

—Ya. Bueno, ese no nos dará trabajo —dice *el Viejo*, mirando el cuerpo sin piernas que pende de la viga.

—Debió de darme en la panza —digo, lastimeramente—. ¡Cojones, cómo me duele! Y no puedo moverme en absoluto.

—Tranquilízate —dice *el Viejo*, dándome unas palmadas en la mejilla—. Las cosas no son nunca tan malas como parecen.

—¿Y los otros? —pregunto, preocupado.

—También han pasado un mal rato —responde *el Viejo*—. Creo que Albert se ha vuelto loco. No para de cantar. Toda la carga ha caído en medio de nosotros. Yo salí lanzado a kilómetros de distancia. Los de Infantería que estaban delante de nosotros fueron sencillamente reducidos a átomos. No quedó ni un botón.

—Mis piernas, ¿están aún en su sitio? —pregunto, con temor—. No las siento en absoluto.

—Todavía están firmemente pegadas a tu cuerpo —sonríe *el Viejo*. Enciende su pipa con tapa y lanza una nube de humo azul—. Pero diste un buen paseo por el aire. Ahora estate quieto. Pero tendremos que movernos antes de que lleguen corriendo los vecinos.

—¡Por todos los diablos! —gruñe *Barcelona*, con voz quejumbrosa y aterrorizada—. He estado en las puertas del cielo y del infierno, y en ninguna parte me han querido. ¿Cómo puede ser? No lo comprendo.

—Tan natural como la Creación —murmura *Porta*, sin dejar de mirar a Gregor, que yace junto a la alambrada, hablando con un cadáver ruso.

Aparece una fila de soldados de Infantería, procedente del bosque. Un *Oberfeldwebel* nos mira con hosco semblante.

—Parece que os han dado una buena paliza —comenta, disponiéndose a continuar la marcha sin prestarnos ayuda.

—Llevadnos con vosotros —grita *el Viejo*—. No podemos valernos nosotros solos.

—Entonces, ¡cierra el pico! —gruñe el *Oberfeldwebel*, con malévola sonrisa—. ¿Quieres jugar al gran jefe blanco? ¡Yo también sé hacerlo!

—Que te den por el culo, hermano —refunfuña *el Viejo*—. ¡Pero llévanos con vosotros! Si no lo haces, te encontraré más pronto o más tarde. Y no te gustará, ¡te lo aseguro!

—Eso es lo que te imaginas —dice el *Oberfeldwebel*, lanzando una confiada carcajada—. Nosotros somos los últimos, hijo. La retaguardia, si lo prefieres. Después de nosotros, solo vendrán los vecinos y el fin del mundo para vosotros. Sin embargo, hoy me siento compasivo y os *llevaremos* con nosotros. Pero solo hasta que los vecinos nos alcancen. Entonces será la despedida, amigos.

¡Recoged a esos pobres culos! —ordena a sus hombres—. Si uno de ellos muere, ¡tiradlo!

—¿Qué demonios tienen que ver esos tipejos con nosotros? —protesta un *Unteroffizier* que lleva un depósito de combustible de lanzallamas sobre la espalda.

—¡Cierra el pico! —gruñe brutalmente el *Oberfeldwebel*—. ¡Y moveos!

—No podemos llevarlos a todos —grita un *Gefreiter*—. Algunos tendrán que quedarse aquí y confiar en que Iván esté de buen humor cuando llegue.

—Dejad a los últimos de la cola —dice rápidamente el *Oberfeldwebel*.

Bruscamente y de mala gana, nos ayudan a ponernos en pie, sin reparar en nuestros gemidos. Un joven *Leutnant* que solo está ligeramente herido pero completamente agotado por la disentería, pide y suplica que lo lleven. Ofrece en pago un reloj de pulsera y una valiosa pitillera de oro. Un *Obergefreiter* la sopesa reflexivamente y se la mete en el bolsillo. Él y otro hombre agarran al *Leutnant* y le llevan a rastras entre los dos, como un saco de patatas.

—¡Pero qué manera de cagar! —dice el *Obergefreiter*, asqueado, mientras un líquido amarillo y sanguinolento fluye del *Leutnant*.

—¡Apesta como la misma letrina del infierno! —se queja el otro soldado.

—Entonces, ¡no os quejéis! —ríe *Hermanito*—. ¡Vosotros no sois más que un par de cagaderos ambulantes!

—¿Es eso contagioso? —pregunta el *Obergefreiter*, que ha sido alcanzado por la sanguinolenta deyección.

—Vaya que sí —dice *Porta*, con entusiasmo—. No creo que pasen dos semanas antes de que mueras de tifus y disentería. ¡Y es una muerte horrible!

—¡Bastardo! —maldice furiosamente el *Obergefreiter*, al expulsar el joven oficial una oleada de excrementos.

Ahora está inconsciente y su respiración parece el estertor de un moribundo.

—¿No podemos vaciarlo de alguna manera? —pregunta el otro soldado, mirando de reojo a su alrededor.

—¿Y si le sacudiésemos contra un árbol? —dice el *Obergefreiter*, deteniéndose y pensando—. Esto debería hacerle soltar todo lo que lleva dentro.

—Podemos probar —dice el otro, con una cínica mueca—. O se muere o se cura. Si se vacía del todo, probablemente se sentirá mejor.

Sacuden varias veces el cuerpo del oficial inconsciente contra el tronco de un árbol.

—Vais a pagar por esto, malditos hijos de puta —grita furiosamente *el Viejo*.

—Cierra la jeta —le advierte el *Obergefreiter*, lanzándole una mirada de odio.

Refunfuñando, los dos hombres caminan detrás de la columna, con el *Leutnant* colgado entre los dos. Al poco rato, descubren que ha muerto.

Arrojan el cuerpo a una zanja y corren al encuentro del *Oberfeldwebel*, que marcha en cabeza del grupo.

—El *Leutnant* ha muerto de cagadera —informa descaradamente el *Obergefreiter*—. Ahora está en el comedor de oficiales del cielo, jugando a las cartas con san Pedro.

—No me extraña que *haya* muerto —grita el *Oberfeldwebel*, con irritación—. Cualquiera habría muerto, con el trato que le habéis dado. Hacedlo otra vez, ¡y os costará la cabeza! ¿Comprendido?

Nos deja delante del puesto de socorro, donde yacen ya otros muchos. Ni siquiera se molestan en avisar de nuestra llegada.

El breve día se convierte en noche. Unidades de diferentes clases pasan continuamente. Tres «P-4» camuflados de blanco se deslizan ruidosamente por la helada carretera. Un cuerpo congelado se desintegra como vidrio bajo las cadenas del primer tanque.

—Llevadnos con vosotros —grita Porta, agitando furiosamente los brazos—. Llevadnos con vosotros. ¡Somos de la 6ª PD! —añade, porque ha visto la enseña de la 7ª División Panzer en los tanques: una Y alargada y amarilla.

Pasan sin detenerse. Los jefes están en las torrecillas, envueltos en cuero. Ni siquiera nos miran. Tienen demasiado trabajo en ponerse a salvo, mientras estén a tiempo.

—Y es una División hermana de la nuestra —dice amargamente Porta—. Tomadlo con calma, compañeros. ¡Conseguiré ayuda!

—Están cerrando la tienda —comenta *el Viejo*—. Los vecinos no tardarán en llegar y se llevarán el remanente.

—Buenas noches, María. ¡Tu virginidad pende de un clavo! —refunfuña *Hermanito*.

La noche está muy avanzada cuando un fatigado sanitario, seguido de un par de *Sanitäts-Unteroffizier*, pasa tambaleándose ante las largas filas de heridos y moribundos. De vez en cuando, se detiene y se inclina sobre una camilla, ajusta un vendaje y encoge resignadamente los hombros.

Un *Sanitäts-Feldwebel* nos pone una inyección hipodérmica a cada uno. Trabaja como un autómatas.

—Antitetánica —murmura, y pasa al siguiente.

—¿Dónde está la sierra de huesos? —pregunta *Hermanito*—. ¿Es que no van a operar? ¡Tengo la mitad de todo el acero de la Guerra Mundial, dentro del cuerpo, palabra!

—¿Operar? ¡Ni pensarlo! —gruñe el sanitario—. Tenemos que dejar esto a los vecinos. ¡No tardarán en llegar!

—¡Comedor de mierda! ¡Salchichero alemán! —grita furiosamente *Hermanito*, arrojándole un trozo de hielo.

Un general de Brigada, con toda la cara vendada, sale de uno de los largos edificios. Estrecha solemnemente la mano del médico militar. Ambos se saludan, haciendo chocar los tacones. El general se mete en un *Kübel*, que desaparece entre una nube de nieve, evitando por poco atropellar a varios heridos.

—Los buenos generales conocen el camino de la salvación —dice Porta, con una mueca burlona.

Después se golpea la cara interna del codo y levanta el puño, en el internacional «corte de manga».

Algunos oficiales de Sanidad, envueltos en gruesos abrigos de pieles y con maletas en las manos, salen corriendo de los largos edificios. Se meten en unas ambulancias con el emblema de la Cruz Roja, que esperan con los motores en marcha.

—¿Y los heridos? —pregunta, vacilando, un *Sanitäts-Feldwebel*, y saluda tontamente.

—Puedes quedarte con ellos si quieres —dice un oficial médico de cabellos blancos, con cínica sonrisa, saltando a un *Kübel* de la Cruz Roja.

Las columnas de soldados, que pasan apresuradamente por delante de nosotros como perseguidos por el diablo, empiezan a aclararse.

Tres PM, con la insignia de los cazadores de cabezas en el pecho, detienen sus pesadas motos «BMW». La ametralladora de cada sidecar parece apuntarnos accidentalmente. Un *Stabsfeldwebel*, con cabeza de perro alsaciano rabioso, nos mira con ojos fríos y calculadores, por debajo del borde de su casco de acero.

—¿Qué diablos hacéis ahí tumbados como sacos? —ladra, mostrando unos dientes amarillos por el tabaco—. En pie, cerdos holgazanes, ¡o acabaréis colgando de una cuerda! —Apunta con su metralleta al hombre que tiene más cerca y que yace sobre un lecho de ramas—. ¡En pie! —vocifera—. ¡O te saltaré la tapa de los sesos!

—¡Pincha a ese piojoso perro de collar! —ruge un *Obergefreiter* de uniforme ensangrentado.

Suenan dos disparos. Ruidosos, rabiosos.

El bien alimentado PM da un salto atrás, y mueve en semicírculo escrutador el cañón de su «Mpi».

Una nueva serie de tiros levanta nieve y hielo delante de sus pies.

—¿Os habéis vuelto locos? —protesta con voz ronca, refugiándose detrás de una motocicleta—. ¡No podéis disparar contra *nosotros*!.

—¿Lo crees de veras? —ruge *Hermanito*, agarrando la «Mpi».

—¡Matadlos! ¡Matad a esos hijos de puta! —claman a coro los heridos.

Armas de mano de toda clase se ensañan con la pesada motocicleta. Esta estalla con una enorme llamarada. El *Feldwebel* rueda sobre la nieve como una bola de fuego. Se encoge como un pedazo de papel quemado.

—Suenan como una cerda obesa tostándose al horno —dice Porta, sonriendo complacido.

Los otros dos PM echan a correr. Cinco o seis granadas de mano vuelan detrás de ellos y estallan con un ruido hueco. Los hombres caen sobre la nieve arremolinada, llena ya de cadáveres congelados.

Como enviado por el Cielo, un convoy de camiones pesados se detiene junto a nosotros. Unos malhumorados soldados de Intendencia saltan de la parte de atrás de los camiones y empiezan a meternos en ellos, protestando continuamente.

—Solo los vivos —ordena un *Rittmeister*. Apremia con impaciencia a los soldados—. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡No podemos perder tiempo! —grazna, golpeando con el látigo sus altas botas de piel.

—¡Vive Dios, que voy a meterte tus cojones en la garganta en cuanto me ponga bueno! —promete *Hermanito* a un soldado de Intendencia que le ha dejado caer dos veces en el camino hacia los camiones.

—Si no te callas —responde el de Intendencia, un hombrón tan corpulento como *Hermanito*—, te dejaré tirado aquí para que te vuelen la cabeza. Iván no se *llevará* a nadie que no sea ruso. ¡Cuenta con ello!

—¿Vamos a llevarnos también a ese *untermensch* negro? —pregunta un *Unteroffizier*, haciendo una mueca y señalando a Albert, que yace en la nieve castañeteándole los dientes.

—¡Lo que me faltaba ver! —grita, sorprendido, un *Feldwebel*—. ¡Un caníbal con uniforme alemán! ¿Eres un secreto, o conoce el *Führer* tu existencia?

—Calla la boca, coño, y no *te las des* de gracioso —gruñe desdeñosamente Albert—. Prefiero diez veces ser lo que soy, ¡antes de ser un apestoso blanco alemán, tragador de salchichas, como tú!

—¡Cuidado con lo que dices, chiflado zulú! ¡O te mandaré a los árboles con los otros monos! —le advierte el *Feldwebel*, con siniestra expresión en el semblante.

—¿Lo llevamos? —repite con impaciencia el *Unteroffizier*, cuyo mayor deseo parece ser largarle una patada a Albert en el trasero.

—Será lo mejor —responde el *Feldwebel*—. Si Iván lo encontrase aquí, le emplearía como propaganda, diría que hemos reclutado a todos los monos del Zoo. Pero ponédle en la parte de atrás del camión, para que podamos arrojarlo al primer montón de basura que encontremos en el camino.

—¡Basta! —grita el *Rittmeister*—. Nos vamos. No tenemos más tiempo. Dejad a los demás donde están. ¡Los rusos tendrán que cuidar de ellos!

Un grito de protesta surge de los heridos que son abandonados. Los que aún pueden hacerlo, se ponen en pie y corren tambaleándose detrás de los camiones.

—¡De prisa! ¡De prisa! —grita el *Rittmeister*, saltando al primer camión.

Muchos se cuelgan de los camiones y dejan que estos los arrastren. El miedo a los rusos les da la fuerza de la desesperación.

Conseguimos subir a algunos de ellos, pero la mayoría se sueltan y acaban sus días debajo de las ruedas de los camiones que vienen detrás. Los conductores no pueden esquivarlos en la helada carretera.

—Un buen ejemplo de lo que vale la vida de un soldado corriente —dice amargamente *el Viejo*.

—No más que la mierda que saca un fontanero al desatascar un sumidero —gruñe Porta, encendiendo un cigarrillo.

—La mierda en el estercolero militar —confirma *el Legionario*—. *C'est la guerre!*

—Mirad aquel gordo de allí —dice *el Viejo*, señalando con el tubo de la pipa a un soldado esquiador agonizante—. Tiene una esposa en casa haciendo calceta, y una pollada de mocosos. Y estos acabarán en el estercolero, lo mismo que su padre. ¡Lo raro es que aún *aguantemos* esto!

—Porque no valemos para más —filosofa Albert—. Con frecuencia me he preguntado qué estamos haciendo realmente en el Ejército. Por qué no nos largamos y dejamos que se apañen los amos. Los oficiales y los panzudos paisanos que se quedan en casa. ¡Los que *nos* necesitan para la protección de *su* riqueza, para poder seguir sentados, regoldando satisfechos, en sus mullidos sillones!

—¡A ver si cierras tu negra jeta! —grita Heide, temblando de ira—. ¡Hablas como un maldito comunista!

Un chorro de balas trazadoras sale del bosque e interrumpe la discusión. Un camión se desliza por una vertiente. Los heridos son lanzados al aire en terrible confusión. Al llegar al pie de la pendiente, el camión estalla y desaparece en una llamarada roja y amarilla.

—¡Adelante! ¡Adelante! —grita histéricamente *el Rittmeister*, agitando su «Mpi»—. ¡No os detengáis!

Otro camión vuelca y se incendia. Arde con su carga de enfermos y heridos.

—¡Coño, cómo apesta aquí! —protesta *Barcelona*—. Es peor que un cagadero chino después de una orgía desaforada.

—Son esos cinco imbéciles tumbados en el rincón que nos rocían con sus gérmenes de tifoidea —grita *Hermanito* con rostro congestionado, y larga una patada al guñapo enfermo del rincón.

—Tíradlos —sugiere un *Unteroffizier* de Artillería—. ¡Que contagien su tifoidea a los malditos vecinos!

—¿Te has vuelto loco? No podemos hacerlo —protesta Porta—. Nos acusarían de iniciar la guerra bacteriológica, y aún no hemos llegado a tanto, a pesar de todo.

—¿Alguno de vosotros cree en esa nueva arma milagrosa? —pregunta un *Gefreiter* con cara de ratón.

—Ahora que te he visto, sí —responde Porta, desternillándose de risa.

Rodamos toda la noche. A velocidad desenfrenada, cruzamos una aldea donde varios ahorcados penden de los postes del telégrafo.

—Partisanos —murmura Heide, contraído el semblante por la ira.

—¿De veras? —se burla Porta—. Es más probable que esto sea obra de un loco homicida que tuvo al fin ocasión de demostrar su poder. Los partisanos no salen para hacerse ahorcar. Son como culebras. Un golpe rápido, y desaparecen con la velocidad del rayo.

Nuestro camión queda atascado en un hoyo profundo. El motor de un tanque zumba en la oscuridad. Las cadenas rechinan amenazadoras.

Cunde el pánico entre nosotros. Los que pueden saltan de los camiones y se refugian detrás de los montones de nieve.

Un *VW-Kübel* llega trabajosamente, cuesta arriba, y se estrella ruidosamente contra la pared de una casa. Cuatro soldados penden de él como marionetas rotas. Empieza a arder. Surgen llamas pequeñas y danzantes.

Tres «T-34» de un blanco grisáceo salen del bosque. Los árboles se quiebran como palitos de cerillas. Se oye un estampido ensordecedor, seguido de un ruido largo y estruendoso, como el de un tren pasando por un puente de acero. El primer «T-34» rueda sobre el hielo con la torrecilla arrancada, como un cubo al que alguien hubiese dado una puntapié. Se produce una explosión tremenda. Un cañón de tanque sale despedido. Brilla un enorme relámpago de color naranja, seguido de una horrisona explosión. Una bola de fuego ilumina el escenario.

El otro «T-34» se para en seco y estalla en llamas. Su jefe, con su uniforme de cuero negro, trata de escapar de la torrecilla en el último momento. Su pierna izquierda es arrancada de la rodilla y gira en el aire sobre las lenguas de las llamas.

Un «Panther» aparece sobre una elevación. Su largo cañón apunta al último «T-34». Una llamarada surge de su boca, y dos terribles explosiones retumban en nuestros oídos. El «T-34» ha disparado en el mismo momento que el «Panther». Llamas y humo negro salen de ambos tanques.

Los servidores del «Panther» saltan desde la torrecilla. Tosiendo y boqueando, ruedan sobre la nieve.

Tres de los servidores del «T-34» vuelan en el aire como antorchas encendidas. La clásica muerte del tanquista.

—Mantened baja la cabeza, muchachos —nos advierte *el Viejo*—. Estallarán en cualquier momento.

Algunas figuras corren alrededor de los tanques incendiados, iluminadas como espectros por la luz del llameante infierno.

—Iván —dice *Hermanito*, señalando—. Algún estúpido comisario debe de estar atizándoles.

—O tal vez están cansados de la vida —dice seriamente Porta—. Cuando el fuego llegue a las municiones, habrá una explosión capaz de hacer saltar a un mono cojo lo bastante alto para cagarse en los mismos cojones del diablo.

Un segundo después, estallan los tanques incendiados.

La tremenda onda expansiva arranca árboles de raíz y los lanza como jabalinas. Nada queda de los curiosos rusos.

—El viento se los llevó —exclama Gregor, abriendo los brazos—. ¡Se han ido!

—Han sido lanzados al otro lado de Kolyma, y estarán comentando su viaje con un par de renos —comenta Porta, acomodándose en la nieve—. Tened la bondad de despertarme antes de que me muera.

—¡Cojones! ¿Es que no tienes nervios? —le increpa *Barcelona*—. No puedes tumbarte a dormir, ¡esperando a que lleguen los vecinos y te liquiden!

—¿Qué piensas que he de hacer? —pregunta acaloradamente Porta, alzando su casco de acero—. No te imagines que los chicos de Iván van a estar ahora para charlas amistosas. Puedes contar con que les han administrado una fuerte dosis de propaganda de Ilya Ehrenburg. ¡Matad a los *Germanski*, arrancarlos del vientre de sus madres, aplastad los cráneos de las ratas capitalistas de Occidente!

Un «P-3», con su largo cañón de 75 mm apuntando al cielo, se detiene chirriando junto a nosotros.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta el jefe, asomándose a la torrecilla abierta.

—Sí, amigo. Sobre todo si traéis unos cuantos miles de piezas de recambio. Piezas de recambio *humanas*, quiero decir —grita *Hermanito* desde un profundo hoyo en la nieve—. Carecemos de todo, ¡desde el ojo del culo hasta los codos!

El jefe del tanque, un *Oberfeldwebel*, salta al suelo junto con el cargador.

—Echadnos una mano con los cables —grita.

—No podemos —responde Porta—. Todos estamos heridos. ¡Apenas si podemos tirarnos un pedo sin ayuda!

—*Olvidad* que estáis heridos —dice el jefe del tanque, tirando febrilmente de los cables de remolque—. Tenemos prisa. Iván nos está pisando los talones.

Maldiciendo de dolor, algunos nos ponemos en pie para ayudar en la recalcitrante maniobra. Por fin quedan los cables bien sujetos y el «P-3»

empieza a tirar.

—Despacio y con suavidad —ordena el jefe—. No queremos que se rompan. El acero es tan frágil como el cristal a esta temperatura.

Muy lentamente, el camión empieza a moverse. Por un momento, parece que va a volcar. La parte delantera se balancea sobre el borde del hoyo, con las ruedas en el aire. Con un chasquido y un fuerte crujido de muelles, se inclina hacia delante y, milagrosamente, queda en pie sobre la carretera. El cable de remolque se rompe y silba en el aire, llevándose la cara de un infante que no logró agacharse a tiempo.

Una llamarada brota de la cima de la colina, y el ruido característico de un cañón de tanque retumba desde el bosque.

El «P-3» empieza a arder inmediatamente. Hongos de humo negro y oleoso sobre los árboles. Con sus uniformes en llamas, los servidores del tanque saltan por las escotillas abiertas. Se revuelcan chillando en la nieve, ennegrecidos poco a poco por las furiosas llamas. No hay nada a hacer. No podemos ayudarlos. Están empapados en petróleo de los dos grandes depósitos, mal protegidos en los «P-3».

Nuestro camión se lanza a toda velocidad por la helada carretera. Se desliza de lado en una fuerte pendiente y choca contra un carro anfibio en el que van dos fusileros SS. En una curva el camión da tres vueltas sobre su eje. Tres postes del telégrafo se parten con fuertes chasquidos. Cuatro hombres salen despedidos por la parte de atrás del vehículo, pero seguimos adelante. El conductor tiene miedo de detenerse. Probablemente no podría arrancar de nuevo. Y tenemos que seguir.

Bien entrada la noche, nos detenemos en un puesto de socorro que parece a punto de ser evacuado. Una larga fila de ambulancias espera con los motores en marcha. No solo cargan heridos en ellas, sino también cajas y maletas.

Después de una eterna espera, aparece un nervioso sanitario. Examina superficialmente a los que estamos más cerca. Pronto nos damos cuenta de que solo existen dos categorías de pacientes. Los que pueden moverse, y los que no pueden. Él solo observa los vendajes. Demasiada sangre y demasiado pus, y estás listo. Desaparece con la misma rapidez con que apareció.

El ruido de la guerra se acerca paulatinamente.

Un *Oberst*, con tantos vendajes que parece una momia egipcia, exige hablar con un médico.

—¡Es una orden! —grita roncamente, cuando se da cuenta de que no le hacen caso.

—Sí, señor —responde un sanitario, con indiferencia.

—¿Por qué no viene el médico? —repite el *Oberst*.

—No lo sé, señor —dice el sanitario, pasando al hombre siguiente.

Cuando entra en tromba un *Sanitäts-Feldwebel*, el *Oberst* insiste tercamente en su demanda.

—El médico militar vendrá en seguida —promete el *Feldwebel*, desprendiéndose del agarrón del *Oberst*.

Pero el médico no viene. En su lugar, aparecen dos ordenanzas que sacan al *Oberst* de la creciente cola.

—¡Malditos haraganes! —grita furiosamente *Hermanito* a un ordenanza—. ¿Cómo podéis tratarnos así, después de la sangre que hemos derramado por el *Führer* y por la patria? ¡Cojones, somos seres humanos alemanes!

El sanitario se detiene y le mira con aire de superioridad.

—¿Has dicho seres humanos? Con ese par de arañazos en el brazo no vales más que una verruga en el culo de un alce. El perro faldero de un *Oberst* está más alto que tú en la escala social. Si *tuviésemos* aquí el perro herido de un *Oberst*, ¡le operaríamos antes que a una mierda como tú!

—¡Somos la mierda del Ejército, coño! —suspira Albert, levantando apáticamente el cuello del capote sobre sus orejas.

—Cuando se acabe la guerra, los primeros que tendréis que rendir cuentas seréis los puercos sanitarios —promete Porta, agitando amenazadoramente un puño contra el ordenanza, que se aleja riendo de buena gana.

Durante la noche nos llevan al interior. Un hedor a gangrena nos da en las narices. Un viento helado silba en los largos corredores, arrastrando grandes nubes de nieve en polvo.

El *Oberst* herido, que todavía reclama un médico, está también aquí. Exige con malos modos que cierren las ventanas. Pero no *hay* ventanas que cerrar. Volaron hace tiempo. El hombre trata de levantarse. Amenaza a los ordenanzas. Gruñendo, cae de nuevo sobre la camilla manchada de sangre.

Sigue con la mirada las muchas camillas que pasan junto a él y regresan de vacío. Solo cuando su propia camilla llega al final del largo pasillo, se da cuenta de lo que sucede. El corredor no lleva a ninguna parte. La pared ha desaparecido, y abajo, en el fondo, puede verse el río helado. Allí es donde van a parar el contenido de las camillas. Una manera fácil de despachar a los muertos.

Hacen falta camillas y espacio para los que todavía viven. Para los que están en condiciones de ser transportados a otra parte. A veces, algún pobre infeliz no ha muerto aún del todo y empieza a gritar al darse cuenta de lo que

van a hacer con él. Pero sus protestas son inútiles. Va a parar al río con los otros. Si no muere al caer, el hielo lo liquidará muy pronto.

—¡Sacadme de aquí! —ruge furiosamente el *Oberst*—. ¡Exijo hablar con un médico! ¡Soy *Oberst* y jefe de un regimiento!

Pero nadie se molesta en contestarle.

Un oficial de Sanidad se inclina sobre él.

—Pronto nos ocuparemos de usted, señor —le promete, cansadamente—. Saldrá en el próximo transporte. —Se vuelve a una *Sanitäts-Unteroffizier*—. Un caso desesperado —murmura.

Él *Oberst* lo oye y empieza a chillar y a rugir. Si esto ocurriese en un lugar normal, todos los médicos y todas las enfermeras acudirían corriendo. Pero en este enorme matadero, donde el pánico aumenta a cada minuto que pasa, dejan que el *Oberst* grite hasta desgañitarse. En un loco ataque de furor, coge una bayoneta y se la clava en el cuello. Brota un surtidor de sangre.

Poco después, un ordenanza le mira.

—Se acabó —comenta, con indiferencia—. ¡Tendremos otra camilla libre!

Con un movimiento, fruto de la experiencia, manda al *Oberst* al río, detrás de los otros.

Un *Leutnant* con las piernas destrozadas recibe la camilla.

Nos meten en una enorme sala de operaciones que huele a sangre y a entrañas.

—Ese —decide un *Sanitäts-Feldwebel*, señalando una camilla en la que yace un ingeniero todo manchado de sangre.

—¿No cree que va a morir? —pregunta un sanitario que lleva un largo delantal de caucho.

—¿Cómo diablos voy a saberlo? ¿Se imagina que soy clarividente? —truená el *Feldwebel*.

—A mí me da la impresión de un cadáver bien conservado —comenta el sanitario.

—Un buen diagnóstico —susurra un enfático practicante, levantando un párpado del ingeniero.

Al mismo tiempo se suena con los dedos y aplasta los mocos con la bota.

—¡Mi pierna! ¡Por todos los diablos! ¡Mi pierna! —chilla el ingeniero cuando lo colocan sobre la mesa de operaciones y le desnudan—. No puedo soportarlo. Me quema. ¡Es un infierno!

—Doble dosis de morfina —dice el cirujano, empezando a cortar el presunto vendaje.

Hay una brecha enorme debajo de la rodilla, que llega hasta el hueso. La pierna está hinchada y casi negra. La gangrena se ha extendido hasta el pie. Los dedos son como globitos demasiado hinchados.

—Habrás que amputar la pierna —dice bruscamente el cirujano—. ¡Anestesia! —ordena.

—Se ha acabado —responde lacónicamente el practicante.

—Morfina —dice el cirujano, y agarra el instrumento que el ordenanza del quirófano tiene ya preparado.

Un olor mareante y dulzón flota en el aire.

Un ayudante limpia rápidamente la abierta herida, y el cirujano corta la piel. La operación se desarrolla rápidamente. Todos trabajan en silencio. Solo habla el cirujano. Continuamente. El instrumentista le pasa las diversas herramientas con una economía de movimientos fruto de la experiencia, como es debido. El bisturí cala cada vez más hondo en la carne podrida. El ingeniero empieza a gritar.

—¡Póngale algo en la boca! —ordena el cirujano, con irritación.

Corta hasta llegar al hueso. Las pinzas aplicadas a la arteria principal se abren, y un chorro de sangre va a darle en la cara.

—Sierra —dice, y tiende una mano expectante.

Con un terrible chirrido, la sierra muerde el hueso.

El anestesista encoge resignadamente los hombros. El cirujano se apresura todo lo que puede. La sierra acaba de cortar el hueso. La pierna amputada cae al suelo con ruido sordo.

—¡El siguiente! —dice el cirujano.

Un *Leutnant*, con la panza rajada, es colocado sobre la mesa.

—¡El transporte está a punto! —grita un *Feldwebel*, y su voz resuena en el largo y ventilado pasillo.

Cuando Albert, que es el último del grupo, es metido en la ambulancia, se baja el cuello del capote y gruñe al sanitario. El hombre se sobresalta al ver su rostro de ébano.

—¿Qué diablos es esto? —grita, asombrado—. ¿Es que Alemania tiene todavía tropas coloniales?

—¡No, coño! —sonríe Albert—. Soy norteamericano, jefe. Nieto del viejo Tío Tom, coño. ¡Sí, señor!

La ambulancia rueda a tal velocidad que nos hace saltar en su interior hasta que nos parece tener rotos todos los huesos del cuerpo. Gruñimos y protestamos, pero al conductor le tiene sin cuidado. Lo único que quiere es alejarse lo más posible de la línea del frente.

—Si no os gusta que conduzca a esta velocidad, saltad y seguid a pie —chilla, cerrando de golpe el cristal que nos separa.

—¡Le arrancaré la polla! —promete furiosamente *Hermanito*, tratando de ponerse en pie.

Tiene que renunciar. No hay espacio suficiente entre las camillas.

Al cabo de un par de horas a marcha peligrosa, la ambulancia se detiene. Oímos que unas latas de petróleo chocan entre sí. La puerta de atrás de la ambulancia se abre ruidosamente, y un *Sanitäts-Feldwebel* que parece un cerdo sobrealimentado nos mira fijamente con sus ojos fríos, azules, germánicos.

—Decidme si hay algún muerto. ¡Son muchos los que hacen cola!

—Sube a verlo —sugiere Porta, lanzando una risotada que parece el graznido de un cuervo—, ¡y pronto descubrirás lo que nos queda de vida!

—Te veré más tarde, *Obergefreiter* —gruñe el *Feldwebel*, cerrando la puerta con estruendo.

—¡Larguémonos de una vez! —grita un *Jäger*, con voz temblorosa—. ¡Los tanques de Iván están a nuestra espalda!

Cuando amanece el día triste y frío, después de la helada oscuridad nocturna, cruzamos un puente desvencijado, sostenido por cables herrumbrosos, y que parece que va a derrumbarse en el momento menos pensado. Cruje y chirría en todas sus partes. En circunstancias normales, nadie que estuviera en su sano juicio se habría atrevido a cruzarlo, pero ahora nos lanzamos sobre él a toda velocidad, impulsados por el pánico.

Los tanques rusos, con su apoyo de infantería motorizada, representan un peligro mucho mayor que el inseguro puente.

Un grupo de ingenieros, bajo el mando de un *Leutnant*, se dispone a volar el puente. Dan prisa a los cientos de soldados que se empujan y atropellan, para bajar al río.

Llega una columna de tanques, roncando desaforadamente y obligando a los hombres que se hallan en su camino a saltar a un lado para salvar la vida.

—¡Alto! ¡Alto! —grita el *Leutnant* de Ingenieros—. ¿Queréis suicidaros? ¡Ese puente no aguantará el peso de los tanques! ¡Tenéis que cruzar por otro sitio!

Un *Major* de duro aspecto le mira desde la torrecilla del primer tanque.

—Tenga la bondad de cerrar el pico, *Leutnant*. Voy a cruzar el puente con *mis* tanques, tanto si le gusta como si no. ¡Apártese, si no quiere que le aplaste!

El *Leutnant* se hace a un lado, meneando la cabeza, y se sienta resignadamente sobre un barril de petróleo vacío. ¿Qué puede un *Leutnant* contra un *Major* loco?

—De uno en uno —grita el *Major*, dando la señal de avance—. Aceleren y pásenlo *de prisa*. ¡Y que Dios ayude al imbécil que destruya el puente antes de que haya pasado el último carro!

—*Major*, señor, declino en usted la responsabilidad en lo que atañe a ese puente —declara el *Leutnant*, con irritación.

—Hágalo, si le satisface —ladra el *Major*, indiferente.

El puente cruje y chirría. Se balancea como una hamaca al cruzarlo el primer tanque. Los cables vibran como cuerdas de violín. En cuanto ha pasado el primer tanque, se dispone a cruzar el segundo.

—¡Malditos idiotas! —gruñe el *Leutnant* de ingenieros.

Contiene la respiración cuando se rompe uno de los cables del centro con un chasquido de látigo. Sus trozos silban en el aire. El penúltimo tanque entra en el puente. Y ocurre lo que esperaba y temía el *Leutnant*. El conductor está nervioso. El pesado vehículo choca con los soportes de la mitad del puente. Se rompen como si fuesen de algodón. Y el puente se derrumba entre una lluvia de jácenas de acero y de cables. El tanque da un salto mortal al iniciar su caída. Tropieza con unas rocas salientes en la pared de la garganta y queda un momento suspendido antes de seguir cayendo. Rompe la capa de hielo y se hunde en el río. En menos de lo que se tarda en contarlo, el hielo se cierra de nuevo en el sitio por donde ha pasado el tanque.

—¡Que Dios nos valga! —gruñe el *Leutnant*—. Les *dije* lo que pasaría, y no quisieron escucharme. ¡Los idiotas *nunca* escuchan!

—Parecía la puerta del infierno, abriéndose y cerrándose allá abajo —exclama temerosamente Porta, contemplando los témpanos de hielo allá en lo hondo.

Un destello cegador ilumina el día gris. La ambulancia salta dando tumbos sobre los restos del puente, que se mecen y agitan en el aire. Brota de ella una llamarada. Dos camillas salen despedidas por la puerta abierta. Cae al río y es engullida en el torbellino de témpanos de hielo que chocan y se atropellan.

«¡Tanques! ¡Tanques!», suena la voz de alarma. Blancos dedos de luz registran la oscuridad, en busca de presas.

Los *Panzerfaust*^[37] rugen, con sonido hueco.

Crujidos de metal que se rompe. Surge una llamarada al estallar el primer «T-34» con el estruendo de un trueno.

—¡Mi pierna! ¡Mi pierna! —gime Heide, arrastrándose sobre la nieve para ponerse a cubierto.

Le agarro de un hombro y tiro de él. Nos metemos debajo de un camión que yace de lado sobre un montón de cuerpos congelados.

Un «T-34» pasa directamente a través de una casa, que se derrumba detrás de él. Dos pesadas vigas se balancean como un columpio delante del tanque. Una manta azul ondea como una bandera en su doble antena. Los restos de un cochecito de niño giran con las cadenas. Por los lados se oye el zumbido característico de los motores Otto.

Bajan rechinando la nevada cuesta y cruzan la doble vía del ferrocarril de Kiev-Moscú. Espesas nubes de nieve se arremolinan sobre las casas bajas y forman grandes montones en las calles. Estas son demasiado estrechas para los tanques. Las casas se derrumban en cascadas de piedras y mortero.

Llega una horda de cosacos, corriendo con los sables desenvainados. Tiran tajos y reveses a los soldados que huyen.

Uhraeh Stalino! Uhraeh Stalino! El grito de victoria brota de las gargantas de la sanguinaria infantería siberiana. Avanzan en tromba, haciendo restallar sus metralletas. Enardecidos hasta la locura, pinchan, cortan y rajan todo lo que no es ruso. «¡Matadlos en el vientre de sus madres! ¡Ahogadlos en su propia sangre!». El grito de odio de Ilya Ehrenburg resuena constantemente en sus oídos.

Nos retiramos despacio, luchando desesperadamente y muy cerca, hacia la aldea medio incendiada, y tomamos posición en las ruinas. Olvidamos el dolor de nuestras heridas; solo pensamos en sobrevivir. Luchamos como locos. Los machetes de combate se clavan en los vientres. Las herramientas para abrir trincheras se emplean para partir cráneos.

En medio de esta batalla infernal, se forma un grupito de paisanos en la plazuela, al pie de la estatua de un caballo encabritado. Una mujer comisario, con la insignia de comandante, les da unas órdenes guturales. Habla tan de prisa que su lengua parece tropezar con las palabras. Los paisanos, que parecen paralizados por el miedo, se apretujan entre sí. La mujer da unos pasos atrás. Su «Kalashnikov» escupe muerte. Los paisanos caen, en un montón convulso y gemebundo, al pie de la estatua del caballo encabritado.

—¡Por todos los diablos! —grita Porta—. ¿No les basta a esos vecinos sanguinarios con liquidarnos a *nosotros*?

La mujer comisario suelta una carcajada como un relincho y pateo cruelmente a uno de los caídos.

—¿Qué demonios habrán hecho? —pregunta Gregor.

—*Rien!* —responde *el Legionario*—. *C'est la guerre!* La dama con estrellas de oro está aumentando su colección de cadáveres antes de que termine la guerra.

Tres aterrorizadas enfermeras alemanas cruzan corriendo la plaza, perseguidas por un grupo de cosacos siberianos.

—Alguien está buscando un abrigo peludo para su viejo cipote —gruñe *Hermanito*.

Apoya la culata de su metralleta en el hombro y lanza un par de breves descargas contra los siberianos. Estos caen hacia atrás como derribados por una maza.

—¡Cerdos! —dice *Hermanito*, con una mueca, poniendo un nuevo cargador en su arma.

Con un rugido salvaje, un ruso gigantesco agarra a las dos enfermeras más próximas, las levanta como si fuesen dos gallinitas y hace chocar sus cabezas con un sordo chasquido. Después las rodea con ambos brazos y las estrecha en un brutal abrazo de oso. Con la mano libre, saca su «Nagan» de la funda amarilla y apoya el cañón en el cuello de una de las chicas. Suenan tres disparos en rápida sucesión.

—Eso es lo que yo llamo una liquidación perfecta —exclama Porta, con asombro—. Las balas pasaron de la una a la otra. Pero ¿qué ha sido de la tercera?

—Se la han cargado; allí, junto a aquel árbol —responde *Hermanito*, señalando con un dedo.

El gigantesco ruso mira a su alrededor. Suelta una risotada y patea los dos cadáveres.

—Ya ha vivido demasiado —dice Porta, levantando su fusil de gran calibre.

—Métele los huevos en la garganta —sugiere *Hermanito*, vengativo.

Porta apunta con cuidado. El fusil da un chasquido seco. El ruso es alcanzado. Su pecho se abre por efecto de la bala especial. Revestida de acero endurecido, puede traspasar una plancha blindada.

—Saluda a Satanás, *tovarich* —murmura Porta, bajando el fusil.

—El coño de la comisario corre de mi cuenta —dice *Hermanito*.

Lanza una ráfaga de balas explosivas contra la mujer, sin alcanzarla. Esta, como una bruja camino del aquelarre, desaparece entre las ruinas humeantes.

—Marchémonos de aquí —dice resueltamente *el Viejo*.

Los rusos han encontrado un depósito de víveres, y de momento, solo piensan en el botín. Aquello parece un manicomio donde todos los pacientes

se hubiesen vuelto furiosos. Cajas y botellas vuelan por el aire. Dos siberianos se han apoderado de un saco de harina y lo rajan con sus bayonetas. Pronto parecen dos montones de masa.

Slibovitz y vodka fluyen a raudales. No pierden tiempo en descorchar las botellas. Rompen los cuellos, abren la boca y echan la cabeza atrás. El alcohol baja por sus gaznates como las cataratas del Niágara. Nadie se preocupa de nosotros. Nos deslizamos pegados a las paredes ennegrecidas de las casas. A pocos kilómetros del pueblo, tropezamos con un grupo ruso de morteros.

Saltan las granadas por el aire. Tabletean las armas automáticas. Solo necesitamos unos minutos para derrotar al grupo enemigo.

En un establo medio destruido, nos apretujamos contra los cuerpos carbonizados del ganado. Porta encuentra un jamón ahumado escondido debajo de una viga, pero nadie tiene ganas de comer. Salvo Porta. Este se llena la tripa, glotón como siempre.

Hermanito yace en un charco de sangre, gimiendo con desconsuelo. Durante el encuentro con el grupo de morteros una bala rebotada le ha abierto una nalga de arriba abajo.

—¡Cielo santo! —exclama *el Viejo*, con preocupación, después de cortarle los pantalones—. Necesitaría cien apósitos para llenar ese agujero.

Hermanito lanza aullidos de protesta al verter *el Viejo* un cuartillo de alcohol en la herida.

—¡Silencio! —gruñe *el Viejo*—. Te pudrirás en dos días si no limpiamos bien el agujero.

—¡Un camión! —grita Gregor, en son de aviso, y se levanta para salir a la carretera, donde se ha parado un gran camión «Büssing».

Transporta heridos graves, todos ellos con los vendajes ensangrentados.

—Se acabó —grita el conductor—. El motor se ha ido al carajo. ¡Tendréis que volver como podáis!

Se pone la «Mpi» bajo el brazo y levanta el cuello del capote encima de sus orejas.

—No puede dejarnos aquí —protesta, indignado, un *Wachtmeister* herido—. Su deber de sanitario es ayudarnos.

—El deber —dice el conductor, con un guiño sarcástico—. ¡Metédsele al *Führer* en el culo!

Se pone un brazal de la Cruz Roja en la manga izquierda. Ha descubierto que hay algunos rusos que no disparan contra la Cruz Roja.

—Tumbaos en la nieve; así acabaréis antes —aconseja, saltando sobre la profunda zanja, y pronto desaparece entre la nieve que cae.

—Si me lo encuentro alguna vez, le arrancaré el pijo y se lo meteré en el gaznate hasta que se ahogue —gruñe *Hermanito*.

—Nunca pillarás a esa basura —dice hoscamente *Barcelona*—. ¡Siempre salen con vida de cualquier guerra!

—¡Dios mío, qué *sueño* tengo! —gime Gregor, bostezando hasta casi desencajarse las mandíbulas—. No doy dos higas por lo que pase, con tal de poder dormir un poco.

Porta se estira sobre el suelo de tierra apisonada, se arrebujá en su capote y apoya la cabeza sobre una vaca muerta.

—¡Cojones! ¡Podría dormir así hasta el año próximo!

—Dormir es divertido, coño —murmura cansadamente Albert—. Es, realmente, la única manera agradable de morir.

—No hay nada que se desee tanto como un sueño —dice Gregor—. Ni siquiera la comida o el follar.

—Cuando duermo —dice Albert, con voz confusa—, siempre sueño en un lugar delicioso donde todo el mundo es amable y no persigue a los negros como yo, y donde soy rico a más no poder. Una vez soñé que comparecía ante un tribunal y el juez me ponía una multa de cien *Reichsmarks*; pero esto no significaba nada para un ricachón como yo. Tome, muchacho, le decía, tendiéndole quinientos machacantes. Puede Su Señoría quedarse con el cambio y comprarse un lindo gatito negro. Dicho lo cual, saludaba con mi sombrero de copa negra y me iba tan campante.

—¿Ibas a una fiesta, ya que llevabas sombrero de copa? —le pregunta Porta, la mar de sorprendido.

—En mis sueños llevo siempre sombrero de copa y capa negra con forro de seda blanco —respondió Albert, sonriendo satisfecho.

—Hazle eso a un juez alemán, y te meterá cien años en chirona —comenta *Hermanito*, que tiene mucha experiencia en estas cosas.

El ronco zumbido de un motor interrumpe la conversación. Nos arrastramos ansiosamente hasta la puerta. Un pesado «Puma» de ocho ruedas se detiene, y un arrogante *Leutnant* nos contempla desde él.

—¿Qué diablos queréis? —grita con irritación, enjugándose la nieve de la cara.

—Que nos lleven —dice brevemente *el Viejo*.

—Subid a la parte de atrás —gruñe el *Leutnant*, de mal talante—. Tenemos prisa.

—La mayoría de nosotros no podemos tenernos en pie —dice *el Viejo*.

—¡Malditos seáis! —ruge furiosamente el *Leutnant*. Pero ordena a sus hombres que nos ayuden—. Pero de prisa, ¡de prisa! —grita con impaciencia—. No somos una unidad de la Cruz Roja, sino del cuerpo de tanques.

Sus hombres sienten aún menos piedad que su jefe por nosotros. Nos lanzan sobre la parte de atrás del vehículo, en un montón detrás de la torreta, sin hacer el menor caso de nuestros gritos de dolor.

—¿No podíais haber muerto un poco antes, bicharracos? —grita un *Obergefreiter*. Su rostro brutal nos mira con ira, desde el envoltorio de un grueso cuello de piel—. Si los vecinos nos liquidan, ¡será por vuestra culpa!

—Espera a que te encuentre yo en la misma situación, amigo —le amenaza torvamente Porta—. Te arrojaremos en un estercolero, para que las ratas puedan darse un banquete contigo.

—Será mejor que no abras el pico, hijo —le advierte furiosamente el *Obergefreiter*—. ¡Podemos olvidarnos de ti cuando arranquemos!

—Despojos humanos, ¿no? —dice cansadamente Gregor.

—¿De veras lo crees? —ríe agriamente el *Obergefreiter*—. Espera a que empecemos con esto. Yo soy el conductor, ¡y haré todo lo que pueda para que salgáis despedidos!

—¡Y yo daré parte de su comportamiento! —grita Heide, con irritación—. ¡Ya lo ha oído, *Obergefreiter*!

—¿De veras, de veras? —dice el *Obergefreiter* con una sonrisa aviesa. Guiña un ojo a un *Gefreiter* menudo y de nariz afilada y cabestrillo de «Gross Deutschland»—. Agarra los pies planos del buen *Unteroffizier* y cuida de que no le ocurra nada. ¡Sería una lástima que no pudiese dar parte de nosotros!

—¡Callaos, maldita sea! —ruge el *Leutnant*.

Parece irradiar un grado de energía casi letal. Es uno de esos tipos peligrosos que siempre quieren salirse con la suya. Oféndele gravemente, y no vacilará en sacar y emplear su pistola.

—El *Unteroffizier* quiere denunciarnos —dice el *Obergefreiter*, en tono zumbón.

—Deja que lo haga —ordena secamente el *Leutnant*—. Podrá presentar su denuncia a los siberianos. ¡No tardarán en llegar!

Los dos hombres de transportes dejan caer a Heide. La cabeza de este choca contra uno de los pesados muelles. Lanza un grito. La sangre que brota de un profundo orificio en el cuello fluye sobre su cara.

—¿Ha muerto ese cerdo? —pregunta el soldado de la nariz afilada, con un brillo de complacencia en los ojos.

—Desgraciadamente, todavía no —responde el *Obergefreiter*—. Pero pondremos al amable *Unteroffizier* en la parte de atrás. Así podrá caerse más pronto.

—Se acabó —grita el *Leutnant*—. No podemos perder más tiempo. Los demás tendrán que ir en el próximo vehículo.

—Que será ruso —ríe estruendosamente el *Obergefreiter*.

Pasa por el escotillón del conductor y lo baja a su espalda.

—Agarraos con los dientes y meted el pijo en las rendijas de ventilación —grita el de la nariz afilada, antes de desaparecer en la torreta con una carcajada.

El *Leutnant* nos lanza una mirada furiosa y ajusta su micrófono colgante.

—¡Panzer! ¡A toda velocidad! ¡*March!* —ordena.

Desaparece en la torreta y cierra el escotillón con gran estruendo.

No hemos avanzado mucho cuando el primero de los nuestros muere por congelación. Es un joven soldado de Infantería al que le han amputado el brazo derecho.

—Uno que se ha ido al Valhalla —comenta *Hermanito*.

Empuja el cuerpo sobre el costado del vehículo, dejando más sitio para los demás.

El «Puma» blindado desciende a toda velocidad por una abrupta pendiente. Un *Feldwebel* sale despedido sobre la helada superficie de la carretera, donde su cabeza se estrella como una cascara de huevo contra una piedra puntiaguda. Sin que nadie lo advierta, dos de los heridos graves han sido asfixiados por los gases de escape. Por su mala suerte, estaban en el fondo del montón, directamente encima de las aberturas de ventilación del motor.

—¡Parad, parad, imbéciles! —chilla furiosamente *Hermanito*, golpeando el escotillón con su «Mpi».

La escotilla permanece cerrada. Aunque nos oigan dentro del vehículo, no reaccionan en absoluto.

—Son una sucia pandilla de asesinos —ruge Heide, que ha vuelto en sí y tiene un pañuelo atado sobre la herida abierta del cuello.

—Alégrate de que te hayan recogido —dice cansadamente *el Viejo*—. Te habrían podido dejar tirado ahí, por tus estúpidas amenazas de denunciarlos. Los seis son tan duros y fríos como el invierno ruso.

Una fuerte explosión le interrumpe. Astillas de acero vuelan alrededor de nuestras orejas. Una esquina de la torreta ha desaparecido, y podemos ver por ella el interior del vehículo.

—Una bala antitanque —gime temerosamente Gregor, apretándose contra la torreta.

El pesado vehículo blindado gira en redondo y se lanza sobre el cañón antitanque emplazado entre desnudos arbustos. El cañón es aplastado.

Dos antitanquistas rusos, en toscos y gruesos uniformes de invierno, corren desaforadamente sobre el campo helado. La ametralladora delantera del «Puma» escupe sobre ellos.

El soldado que va delante es derribado y yace, con el cuerpo retorcido, sobre la nieve. Él otro es aplastado por las enormes ruedas del «Puma». Este se detiene con una sacudida y se vuelve rápidamente contra un cabo que levanta las manos en señal de rendición. El cabo, cuando se da cuenta de que el vehículo blindado pretende atropellarle, se vuelve completamente loco y empieza a correr en círculos. El vehículo asesino juega al gato y el ratón con él. Cada vez que está a punto de alcanzar al pobre ruso, el conductor frena y pone la marcha en punto muerto.

—¿Qué demonios es esto? —grita furiosamente *el Viejo*—. ¿Nos habrá recogido un manicomio volante?

El ruso fugitivo cae sobre la nieve. Alza las manos hacia el «Puma» en ademán de súplica. Este se detiene como si fuese a perdonarle la vida. Entonces zumba el motor, con el máximo de revoluciones. El pesado vehículo de ocho ruedas salta hacia delante y aplasta al ruso, dejando solo una mancha de sangre sobre la nieve.

—¡Les denunciaré! ¡Que el diablo me lleve si no lo hago! —grita, enfurecido, *el Viejo*—. Matarnos en el campo de batalla es justo, pero esto... ¡es llevar la crueldad demasiado lejos!

—¿No crees que sería más prudente que te mantuvieses lejos de Torgau? —pregunta Porta, con una amplia sonrisa—. Puedes apostar la vida a que Gustavo de Hierro^[38] descubrió quién se bebió su coñac y llenó la botella de mierda de caballo.

—Gustavo de Hierro ya no está en Torgau —dice *el Viejo*, para sorpresa nuestra—. Ahora es *Hauptwachtmeister* en Germersheim.

En una curva cerrada, el conductor del «Puma» pierde el control del vehículo. Este empieza a tambalearse, ronca sobre el borde de la carretera y rueda por una abrupta pendiente. Con un chasquido, rompe la gruesa capa de hielo que cubre el río. Un agua helada nos salpica. Rápidamente nos vemos enfundados en hielo. El motor tose brevemente y se para.

—Ahora estoy *realmente* cansado de esta guerra mundial —gruñe Porta, cuando nos hemos librado de los témpanos de hielo—. Quiero irme a casa y

volver a cagar en un váter de porcelana, y disfrutar de todas las comodidades modernas. ¡Que sean los patanes rusos quienes se agarren a vigas heladas y caguen en el suelo y se limpien el culo con un puñado de gravilla!

—¡A casa! —dice, pesimista el Viejo—. ¡Nunca *volveremos* a casa!

Haciendo esfuerzos sobrehumanos, llegamos a la carretera y saltamos sobre los restos del murete protector derribado por el vehículo blindado. Un trineo con motor nos recoge. El conductor, un larguirucho *Obergefreiter* con cara de caballo, viaja solo con el cuerpo muerto, congelado, de un *Oberst* en el asiento de atrás.

—¿Y si echásemos al Jefe por la borda? —sugiere Porta—. Tendríamos más sitio. Y, probablemente, a *él* no le importaría.

—Imposible —responde *Cara de Caballo*—. Él es mi salvoconducto. Ya he pasado cinco controles de los cazadores de cabezas en la carretera. Les digo que es nuestro jefe de Estado Mayor y que me han ordenado llevarlo para que pueda tener un verdadero entierro alemán, cristiano y heroico. Banderas, trompetas, tambores y otras zarandajas. Lo que pasa cuando un hombre grande ha sido enviado al Valhalla.

—¿Y dónde piensas ir? —pregunta Gregor, embutiéndose al lado del cadáver congelado.

—A Colonia —responde *Cara de Caballo*, con una risa que es como un relincho.

—Debes de haberte tragado un comisario —considera Porta—. Te ahorcarán mucho antes de que llegues a Colonia. Y tu congelado jefe de Estado Mayor será colgado contigo para que sirva de ejemplo a los demás.

—No lo creas —responde *Cara de Caballo*, con aplomo—. Un jefe de Estado Mayor, con sus galones rojos y sus brillantes insignias, abre todas las puertas. Incluso después de muerto. Los perros guardianes se vuelven humanos.

—¿Era realmente tu jefe de Estado Mayor? —pregunta *el Viejo*, mirando de reojo la cara negruzca del congelado *Oberst*, que conserva el rictus de la muerte.

—Claro que lo era —responde *Cara de Caballo*. Estábamos observando las posiciones de la artillería cuando los vecinos nos arrojaron una granada que le arrancó la vida al viejo. El jefe de la División me dijo que cuidara de que su jefe de Estado Mayor tuviese un entierro cristiano y alemán. Y esto no podía hacerlo en este país de ateos. Por consiguiente, llevo el viejo a Colonia, donde sé que hay un cementerio católico que, por cierto, ha sido bendecido por el Papa actual, Pío XII.

—Si sales con bien de esta —exclama Porta, con admiración—, ¡me sacaré el sombrero y los calcetines ante ti!

—No podrá hacerlo —dice lúgubrementemente Gregor—. Es imposible. Tropezará con algún puesto de control donde los cazadores de cabezas empezarán a hacerle preguntas y le pondrán la cuerda al cuello en un santiamén. ¡Y adiós Colonia!

—¡Por todos los diablos! —exclama Porta, temeroso.

Un puesto de control de la Gendarmería Militar, con luces rojas y señales de «stop», aparece delante de nosotros. Hay vehículos parados y alineados a un lado de la carretera, y vemos soldados que huyen a campo traviesa. Pendien cuerpos de los árboles. Los PM están armados hasta los dientes. Su jefe es un *Hauptmann* de feroz aspecto. Tiene la «Mpi» a punto, y salta a la vista que sabe cómo emplearla.

—¿De dónde vienen y adónde van? —pregunta, con voz que restalla como una ametralladora— ¡Orden de traslado!

—Sí, señor —dice *Cara de Caballo*, en un tono que refleja una larga experiencia en casos de esta naturaleza—. Permítame informarle, señor. Cumpló órdenes del Jefe de la División, señor. Nuestro difunto Jefe de Estado Mayor, ha de ser llevado al Cementerio de los Héroes, señor. ¡Para su entierro oficial, señor!

El *Hauptmann* de los perros con collar parece considerar el asunto. Mira con recelo al congelado *Oberst* y no se fija en Porta, que ha bajado en silencio del trineo y aparece detrás de él momentos después.

—Con su permiso, señor —grazna Porta, rebosando celo militar por todos sus poros—. Hay dificultades, señor. Detrás nuestro, señor. ¡Un general, señor! ¡Se ha quedado atascado con su coche, señor!

El oficial de la Gendarmería Militar gira en redondo y mira furiosamente a Porta, que se ha cuadrado y saluda con la mano tocando su vendada cabeza.

—¿Y qué tengo yo que ver con esto? —ladra—. ¿De qué general me está hablando?

—No lo sé, señor. Disculpe, señor —responde Porta—. Solo sé que hay un general de alta graduación, sentado en su «Mercedes» señor, y gritando desaforadamente, señor. *Obergefreiter*, me ha dicho, corra al puesto de control de la Gendarmería Militar y diga al *Hauptmann* que vengán inmediatamente, con todos sus hombres, señor.

—¡Por todos los diablos! —maldice, furioso, el oficial de la Gendarmería Militar—. ¿Dónde está ese dichoso general? ¿Puede usted llevar una moto? ¡Usted, *Obergefreiter*!

—Lo siento, señor; no puedo hacerlo, señor. Tengo las nalgas destrozadas, señor. ¡Los rusos se me han llevado medio culo, señor!

—¡Estúpido bastardo! —dice secamente el *Hauptmann*, y sale zumbando en su potente moto, seguido de todos sus hombres.

—¡Cojones! Debe de estar *loco*, si se deja engañar por un pobre *Obergefreiter* —dice *Cara de Caballo*, mondándose de risa—. Si te encuentra otra vez, ¡te mandará a las nubes de una patada!

—No me encontrará —le asegura Porta, escupiendo en la nieve.

Varios kilómetros más adelante, se encuentran con una columna, a primera vista interminable, de camiones cargados hasta los topes y atascados en la nieve. Un *Oberst* está plantado en medio de la carretera, blandiendo una metralleta.

—¡Fuera! —ruge, furioso—. ¡Fuera! ¡Solo los conductores deben quedarse en los camiones!

Nadie se mueve. Nadie quiere apartarse.

—¿Qué pasa? —pregunta Gregor, con curiosidad, estirando el cuello.

—Un loco que quiere dárse las de héroe —responde un *Unteroffizier* desde la cabina de un «Büssing»—. Quiere montar posiciones de defensa. Por el juramento prestado a la bandera, y otras zarandajas. ¡Hay que defender la patria hasta el último hombre y hasta la última bala!

—¿Aún no tienen bastante? —ruge *el Viejo*—. ¿Es que siempre nos estarán hablando del «juramento a la bandera» y de «luchar hasta el último hombre»?

—Sí —suspira Porta—. El juramento a la bandera. —Agita una mano—. Es la enfermedad alemana. En cuanto se reúnen tres alemanes, empiezan a hacer votos por la patria y por el Dios alemán. ¡Y lo peor es que siempre hay un chiflado dispuesto a llevarnos a las puertas del infierno!

—¡Basta ya! —grita Heide, ofendido—. ¡Un chiflado! ¿He comprendido mal, o te refieres al *Führer*?

—¡A él me refiero! —ríe tranquilamente Porta—. Pero hay muchos más en este país que tienen tanto serrín como él entre las orejas y están dispuestos a jugar a los nibelungos, para que a todos los alemanes nos tuesten el culo en la sartén nacional.

—Solo los locos nacionalistas alemanes son capaces de pensar en esa basura de la Edad Media —dice despectivamente Gregor.

Julius Heide se queda aturdido. Nunca había oído una cosa así. ¡Llamar basura a *Los Nibelungos*, la obra maestra nacional! Anota el día, la hora y los nombres de los presentes en su bloc.

Hermanito mira inquisitivamente por encima de su hombro y canta, con voz aguda de falsete:

*Wenn alle untreu werden,
dann Bleiben wir doch treu...[39]*

El trineo motorizado corre a toda velocidad sobre la estepa, alejándose del largo convoy parado en la nieve y de la metralleta del maníaco y suicida *Oberst*.

Una hilera de tanques desplegados llega rugiendo por la estepa, flanqueando las colinas y seguida de cerca por transportes de tropas blindados y trineos armados.

—Estamos en pleno contraataque —grita temerosamente *el Viejo*, contemplando las largas filas de cañones motorizados que pasan rugiendo por nuestro lado.

Saliendo de las nubes bajas, aparecen los «Stukas», con un zumbido que ataca los nervios. Lanza bombas en medio de las unidades rusas, que emprenden la retirada. Batallones enteros arrojan las armas y levantan las manos. Solo para ser aplastados por las cadenas de los tanques, que avanzan sobre la nieve en una larga y al parecer interminable línea asesina.

Delante de un puesto de socorro, rebosante de enfermos y heridos, nos apeamos del trineo motorizado. *Cara de Caballo* se niega a llevarnos más lejos, seguro de que podrá desenvolverse mejor sin más compañía que la del congelado jefe de Estado Mayor.

Con un poco de soborno, conseguimos mantenernos juntos. Si nos separásemos, probablemente no volveríamos a vernos. Nuestra división ha sido destrozada y nunca volverá a formarse.

—Berlín, Berlín, ¡allá voy! —sueña *Porta*, en voz alta. Sonríe con hosquedad—. ¡Alguien se cagará en los calzones, al verme aparecer!

Dos soldados de Infantería yacen sobre un montón de paja sucia. Sus cabezas están cubiertas de vendas. Solo les han dejado una rendija para que puedan respirar.

—Un tiro en la nuca —dice uno de ellos, con voz ronca, señalando con un dedo ennegrecido por el frío.

—¿Un tiro en la nuca? —repite, asombrado, *Barcelona*, incorporándose sobre un codo—. ¿Se puede vivir después de *esto*?

—Yo soy buena prueba de ello —dice la cabeza vendada—. Nos hicieron prisioneros cuando abandonábamos nuestra posición. Al principio se portaron

bien. Solo nos quitaron los relojes. Ya sabes que Iván solo tiene relojes, motos y tías en el coco. Todo lo demás le importa un comino. Pero entonces llegó un *polkovnik*^[40] cojo. Uno de esos peligrosos bastardos con una «Nagan» en una funda amarilla abierta. Se llevó inmediatamente por delante a dos SS. ¡Pam! ¡Pam! Un tiro en la panza y otro en el culo. Después nos gritó a los demás, prometiéndonos que seguiríamos el mismo camino. Fuimos sacados en fila india y, marchamos hacia el Este. Algunos pudieron huir, aprovechando la confusión. Pero los rusos se molestaron al ver que no coincidía el número de la lista. Nos zarandearon un poco, y a tres compañeros que cayeron agotados les abrieron el cráneo a culatazos, después de haberles clavado la bayoneta en el vientre. El *polkovnik*cojo había desaparecido, y pensamos que salvaríamos el pellejo. Generalmente, los soldados no son muy malos con los soldados, aunque lleven uniforme diferente. Bueno, nos detuvimos en un lugar muy protegido, y pudimos oír el zumbido de motores a nuestro alrededor. Los Ivanos empezaron a murmurar entre ellos y a mirarnos de una manera extraña. Nosotros pensábamos que aquellos motores sonaban como «Maibachs» y que, probablemente, se trataba de un contraataque. Pero parecía que los indígenas estaban tramando algo feo contra nosotros. Seguían murmurando en un extraño dialecto asiático y pasándose una jarra de aguardiente alemán que habían encontrado.

»A1 poco rato, estaban como cubas, y empezaron a cantar tan fuerte que se les podía oír desde kilómetros de distancia. De vez en cuando, nos amenazaban con sus «Kalashnikovs» y nos prometían un rápido viaje a la Gloria, donde no habría más guerra.

»Por la mañana, nos hicieron formar en una larga fila india y nos adentramos más en el bosque. Al llegar a un claro, donde había un par de cañones destrozados, nos dieron la voz de alto. Sentí el frío cañón de una pistola en la nuca.

»«*Do svidaniya, Fritz*», gritó el bruto que estaba detrás de mí, contento como un cerdo en pleno estercolero.

»Entonces, todo desapareció en un estampido y una luz brillante. Pero debí volver un poco la cabeza en el mismo instante en que disparó la pistola. Sea como fuere, no estaba muerto y recobré un poco el conocimiento cuando alguien tiró de mí. Nos había encontrado una de nuestras unidades de seguimiento, pero solo yo y ese compañero habíamos salido con vida de aquello. A todos los demás les habían volado la cabeza. Una «Nagan» no es un arma de señoritas. Bueno como podéis ver, conservé la vida, pero perdí los ojos.

—Entonces, tal vez habría sido mejor que te matasen —dice Porta, mirando la vendada cabeza.

—Cierto —asiente *Barcelona*, suspirando profundamente.

Los largos corredores están llenos de heridos que gimen y llaman a un médico o a un practicante. Nadie les atiende. Deben esperar su turno.

Un río constante de cuerpos muertos sale del quirófano. Al cabo de un rato, empezamos a pensar que la mayoría de los heridos mueren en la mesa de operaciones.

—Los jefazos del Partido estarán muy ocupados las próximas semanas —dice Porta, siguiendo con la mirada a cinco cadáveres que son llevados por prisioneros rusos—. *Heil Hitler, Frau Müller*, el Partido comparte su glorioso dolor. ¡Su hijo ha muerto por el *Führer* y por la patria! ¡El *Führer* le da las gracias! *Heil Hitler, Frau Müller!*

—¡Cállate de una vez! —gruñe furioso *el Viejo*—. ¿Crees que esto no es bastante?

Médicos jóvenes, con batas manchadas de sangre, se inclinan sobre nosotros y discuten con interés profesional: ángulos de penetración, perforaciones de pulmones, mandíbulas fracturadas, caras destrozadas, ojos saltados, heridas en los intestinos, tobillos aplastados, quemaduras de diversos grados, y otras innumerables lesiones. Como si fuésemos temas de estudio para ellos. Cuando se ponen de acuerdo, puntúan los resultados del examen. Los que tienen más de cinco puntos son apartados a un lado y les ponen un marbete rojo en un tobillo. Son los que no vale la pena someter a operación.

En el sitio donde estoy, parece no haber más que marbetes rojos a mi alrededor.

Porta me saluda con la mano cuando le introducen en la nauseabunda sala de operaciones. Le sigue Gregor. Este lanza una breve mirada en mi dirección. *Hermanito* trata de acercar su camilla a la mía, pero, antes de que pueda conseguirlo, lo llevan a la sala donde los atareados médicos no paran de amputar piernas y brazos, de operar barrigas, de trepanar cráneos. Un constante torbellino de actividad.

Sanitarios cubiertos con largos delantales de goma corren excitadamente de un lado a otro, en una lucha continua contra la muerte voraz. En esta sala no hay diferencia de rango. Los oficiales yacen junto a los que no lo son. Un montón de escombros humanos. Los duros rostros prusianos se han convertido hace tiempo en caras suplicantes, ansiosas de sobrevivir. Los que tienen algo con que pagar —dinero, joyas, relojes, licores, tabaco, cualquier cosa— intentan comprar con ello la etiqueta verde. Los precios suben

continuamente. Hay pánico en el mercado. Los marbetes verdes dan derecho al transporte, lejos, lejos de los bombardeos y de los fanáticos siberianos de Ilya Ehrenburg, ebrios de victoria.

Me siento como un bote diminuto en un mar tempestuoso. Todo se mueve arriba y abajo. No solo me enloquece el dolor, sino también la sed. Una sed que me quema, que me hace anhelar el agua helada. Una cara borrosa se inclina sobre mí.

—Llevaos a este —dice una voz. Siento que levantan la camilla. Quiero protestar, pero no puedo.

Me voltean sobre una pared de tablas y caigo, con ruido sordo, sobre un montón de cuerpos congelados.

Otro cuerpo cae encima de mí. Un indescriptible hedor a carne podrida llena mi nariz. Descubro, con horror, que me han arrojado sobre un montón de cadáveres, en la creencia de que estoy muerto.

Una pierna amputada vuela por el aire y golpea, con un chasquido blando, la pared del otro lado. La sigue un cuerpo desnudo y empapado en sangre. Tiene un enorme agujero en la espalda, del que penden los pulmones como un par de vejigas perforadas.

Trato de gritar, pero ningún sonido brota de mis labios. Tengo que salir de aquí, pienso desesperadamente. Si no, me enterrarán con todos estos muertos. Los prisioneros rusos, que constituyen el pelotón de enterradores, no se molestarán en comprobar si hay alguien vivo entre tantos cadáveres. Como todos los prisioneros de guerra, hacen, apáticamente, lo que les mandan. Me llevo la mano al pecho y agarro mi chapa de identidad. Falta la mitad. No cabe duda: me han registrado como muerto. Busco desesperadamente algo a lo que pueda asirme para salir del montón de cadáveres. Agarro una mano fría. Cuando tiro de ella se desprende.

La arrojo lejos, temblando, y palpo en la oscuridad, pero solo toco miembros yertos de muertos. Empujo y me deslizo entre las masas de cuerpos destrozados y torcidos. Estoy arriba y puedo ver luz encima de mí. Meto los dedos en una boca abierta. Siento como si me deslizase por una fuerte pendiente. Lejos, lejos, lejos de este matadero infernal.

No recuerdo más, hasta que siento que un par de manos vigorosas me agarran y tiran de mí y me sacan a una luz blanca y brillante.

Un hombre vocea, en ruso gutural. Acaba de sacarme del montón. Alguien ríe ruidosamente. Voces alemanas se mezclan con la jerga rusa.

—Bueno, ¡lo que me faltaba ver! ¡Ese hombre todavía vive!

Un ruso, con un alto gorro de piel, me levanta y me lleva de nuevo al cálido pasillo, donde está esperando un *Sanitäts-Feldwebel*.

—¡Cojones, hombre! —grita—. ¡Debes tener más cuidado! No está bien que eches a alguien a la hoya *antes* de que se muera. ¡No *permitiré* estos descuidos!

—*Da, gospodin* —responde el ruso, con total indiferencia.

—Ponlo en la cola con los otros —ordena el *Feldwebel*, con impaciencia—. El trabajo ha menguado un poco en la sala de operaciones. Supongo que podrán echarle una mirada a ese chico tan terco que se niega a morir.

Me echan sobre un colchón de paja y siguen su camino. Vomito y a punto estoy de ahogarme con la amarga bilis. El dolor parece romperme en pedazos.

El puesto de socorro se estremece y tiembla. Empieza un fuego prolongado de Artillería. Vuelvo la cabeza hacia la ventana y veo el resplandor de una explosión. ¿Rusos o alemanes? No lo sé.

Una mano amarilla surge de debajo de una manta sucia. Alargo la mía, pero no puedo alcanzarla.

*Morgenrot, Morgenrot,
leuchtest mir zum'frühen Tod.*^[41]

grazna el hombre de la camilla, estirando los labios azules en una mueca bestial. Se incorpora a medias y me mira fijamente, con ojos extraños, muertos. Su cabeza pende sobre el costado de la camilla, oscilando en un cuello larguísimo y delgado.

Un médico militar de ojos cansados y congestionados, y cara blanca de calavera, me mira. Parece contar los puntos, preguntarse qué tiene que hacer conmigo.

—Tú eres el tipo que se negó a morir, ¿eh? —dice, tomando un brillante instrumento de manos de un sanitario que espera a su lado.

Una aguja se clava en mi pecho. Tiran de mis brazos hacia atrás. Tengo la impresión de que me descuartizan, de que me aplastan los huesos y me sacan las tripas por la espalda.

—Cállate —gruñe el cirujano.

Aprietan algo sobre mi cara.

Cuando me despierto, mucho después, me encuentro tumbado en una sala donde hay otros muchísimos heridos. Los piojos descienden en columnas por las paredes encaladas. Giran a la izquierda y caen sobre tres pacientes que están a mi lado. Parece que no me encuentran atractivo. Mala señal. Me estoy

helando de frío. Pero me quema el estómago. Toda la habitación parece rodar a mi alrededor.

Una rata gorda y calva está sentada a cierta distancia del suelo, mordiscando algo. Un casco de acero llega volando y golpea a la rata. Esta lanza un chillido y desaparece en dirección al depósito de cadáveres.

Un sanitario vestido de blanco me pregunta cómo me encuentro.

—Como si estuviese en el infierno —respondo, débilmente.

—Te pondremos una inyección —dice, sacando un marbete verde del bolsillo—. Tienes suerte. El médico estaba hoy de buen humor. Cuando te pescamos del montón de cadáveres, llevabas una etiqueta roja. ¿Dónde están tus cosas? Me debes algo. De no haber sido por mí, a estas horas estarías enterrado. ¡Puedes creerlo, amigo!

—No tengo nada —le respondo, con voz cansada.

—Un patán inútil —gruñe, con irritación—. Solo sabéis traer complicaciones.

Registra mis bolsillos y encuentra el reloj. Un reloj antiguo, regalo de mi abuelo.

—Me conformaré con esto —dice fríamente—. Supongo que tu puerca vida vale un viejo reloj, ¿no?

Lo abre y lo acerca a su oído.

—Un reloj curioso —sigue diciendo—. Lo cuidaré bien, en tu honor. Y ahora no crees problemas. Todavía no estás en el tren. Podríamos dejarte fácilmente olvidado aquí, y los «T-34» de Iván están en camino, seguidos de los especialistas en tiros en la nuca.

Dejo que se lleve el reloj. Cuando aparece un *Sanitäts-Feldwebel*, desaparece con la misma rapidez que aquella rata.

—Te han *apañado* muy bien —dice el *Feldwebel*, hombre maduro y de cabellos blancos, con muchos años de servicio a su espalda—. Haré que te den una inyección antes de que salgas hacia el tren —me promete.

Le doy las gracias y me pregunto qué me pedirá por esto.

—No me des las gracias —dice, sonriendo amistosamente—. Es a lo que tiene derecho según el Reglamento Sanitario del Ejército. Pero yo te daré un consejo. No te lamentes. Aprieta los dientes y no hagas ruido. Finge que te encuentras bien. Si no lo haces, no te llevarán, aunque tengas diez marbetes verdes. Los que hacen ruido, ¡dan trabajo!

Me adormezco, preguntándome dónde estarán los otros. Sueño con Porta, sentado en una humeante cocina y preparando la «Sopa de todos los rusos».

—¿Quieres venderme tu etiqueta verde? —pregunta un comisario de suministros que ocupa la cama contigua a la mía. Muestra un puñado de piedras resplandecientes—. Son *diamantes* —dice, con voz tentadora.

Lo miro fijamente. Debe de estar loco. Nadie vendería su posibilidad de sobrevivir, cuando los rusos están casi llamando a la puerta.

—¡Así te pudras! —silba, furioso, y se vuelve para probar con otros. Pronto les ofrece su bloque de pisos en Hamburgo—. Es un gran edificio —dice, extendiendo los brazos para mostrar *lo* grande que es—. Cuarenta y ocho pisos, con inquilinos solventes, que pagan puntualmente. ¡Y nueve tiendas, con el máximo alquiler!

—Métete tu casa y tus inquilinos en el culo —se burlan los otros—. Intenta hacer un trato con Iván cuando aparezca. Seguro que habrá algún ruso a quien le guste tener una bloque de pisos en Hamburgo.

—Me parece que no os dais cuenta de lo que os ofrezco —insiste tercamente el hombre—. Una edificio como este, en la parte más céntrica de Hamburgo, valdrá la pena cuando termine la guerra. Los propietarios de tierras y de casas siempre saldrán adelante. El dinero no sirve de nada, cuando se pierde una guerra.

—Entonces no te *quejes* —ríe un ingeniero junto a la pared—. ¡Estás de suerte, hombre! Yo solo tengo una bicicleta sin neumáticos, si no me la han birlado. ¡Pero *tengo* un boleto verde!

El propietario y poseedor de diamantes se echa a llorar. De pronto se ha dado cuenta de lo pobre que es.

—Quiero salir de aquí —grita histéricamente.

—Y saldrás —le asegura un *Gefreiter* con cara de ratón—. Solo que será en la dirección contraria. ¡Hacia Siberia!

Todos los que tienen un boleto verde ríen maliciosamente. Arman tanto ruido como si estuviesen bebiendo en una cervecería.

Un grupo de sanitarios, con las mochilas sobre la espalda, corren excitadamente por los pasillos.

—¡Vamos, de prisa! —chilla histéricamente un viejo médico militar—. ¡Los rusos pueden llegar de un momento a otro!

El sanitario que me quitó el reloj se acerca a mí y me pone una inyección en el brazo.

—Vamos, camarada.

Me hace un guiño y aprieta las correas de su hinchada mochila. Pasa un brazo por debajo de mis hombros y me ayuda a levantarme.

—¿Puedes mantenerte en pie? —pregunta.

—Creo que sí —respondo, mordiéndome el labio.

—Será mejor que puedas —gruñe—. Es tu única oportunidad. Si no te aguantan los pinreles, te dejarán tirado. ¡Aunque lleves cincuenta boletos verdes atados al tobillo!

Me apoyo en él, tratando de pesarle lo menos posible. Si le doy demasiado trabajo, es capaz de tirarme como una caja de cigarrillos vacía.

La calle es una masa de nieve sucia. En todas partes hay camillas y piezas de equipo abandonadas. Heridos gemebundos, envueltos en vendajes ensangrentados, se arrastran como lagartos medio muertos por el suelo. A lo lejos, se oye un fuerte zumbido de motores y el ruido sordo de los «molinillos de café».

En medio de la calle arde un «P-4». Los cuerpos carbonizados de sus servidores penden de los escotillones abiertos. Sus cuencas vacías parecen mirarnos.

—Fuera de aquí —gruñe cruelmente «mi» sanitario, apartando de una patada a un paciente que se arrastra porque tiene las dos piernas amputadas—. ¿Por qué no pueden quedarse en la cama esos imbéciles? —dice, con irritación—. No les dejarán subir a los trenes. Lo único que ese conseguirá será que lo aplaste algún tanque.

Grandes y grasientos hongos de humo penden sobre la estación del ferrocarril. Nos recibe un chorro de aire cálido. Tierra, asfalto, tejas, trozos de hierro acanalado y astillas de acero, llueven sobre nosotros. Todo un taller de carpintería vuela y cae en pedazos entre las ruinas de las casas. Una enorme caldera cae con estruendo de metal quebrado sobre un grupo de heridos. Formas humanas retorcidas penden de las farolas. Cuerpos sin cabeza. Cuerpos sin espalda. La onda expansiva se los lleva y los sustituye por otros.

—Lo hemos conseguido —dice el sanitario, metiéndome en un atestado vagón de mercancías—. Aquí están tus compañeros —sonríe, dándome unas palmadas en la espalda antes de desaparecer entre la multitud con su hinchada mochila.

Todos están aquí. Albert me abraza. *Hermanito* me saluda con la mano desde el rincón más lejano. Porta, naturalmente, está sentado junto a la estufa encendida, asando patatas.

—Fuiste difícil de encontrar —dice Gregor—, pero hicimos que nos ayudase el sanitario que te trajo. Nos costó bastante caro.

—Ese muchacho es peor que todos los judíos de Alemania juntos —dice Porta—. ¡Un verdadero comerciante de cadáveres!

—Ruego al Dios de los negros que ese cerdo no pueda escapar antes de que Iván le ponga la mano encima —dice Albert, en tono vengativo.

Cruza las manos y levanta piadosamente la mirada al techo del vagón de ganado. Como si esperase ver al Dios africano entronizado allí.

El tren sufre una violenta sacudida. Las dos pesadas máquinas que han de tirar de él lanzan largos y estridentes silbidos.

En el fondo del vagón, alguien empieza a cantar:

*Zu mir zu kommen ist nicht leicht für dich,
und bis zum Tod sind es bloss vier Schritt...^[42]*

Porta saca una gruesa y sucia libreta de su mochila, lame un trozo de lápiz y escribe en silencio durante un rato.

—¿Qué estás escribiendo en ese libro? —le pregunta *el Viejo*, con curiosidad.

—Estoy anotando los que no han pagado su ochenta por ciento mientras yo combatía en la guerra mundial. Parece que voy a tener trabajo cuando llegue a Berlín. ¡Voy a tener que arrancar los cojones a un par de tipos!

—¿Estás seguro de que vamos a Berlín? —pregunta Gregor, con incredulidad.

—Claro que estoy seguro. He comprado un billete para Berlín para todos nosotros. Un *Gefreiter* radiotelegrafista del tren es buen amigo mío. Le he perdonado un préstamo al ochenta por ciento. *Esto* es garantía más que suficiente de que *llegaremos* a Berlín.

—Te joderá —opina *el Viejo*, a media voz, apoyándose cansadamente en la helada pared del vagón.

—¡No lo creas! —dice Porta—. Desde luego, es un hijo de puta, ¡pero no un mal hijo de puta!

Durante diecinueve días, el tren hospital cruza en zigzag Ucrania y Polonia. Después entra en Checoslovaquia. Una vuelta por Eger y Hof, y luego hacia el Norte, con los heridos que quedan. A última hora de una bonita tarde, el tren se detiene, con fuerte chirrido de frenos, en la Berlin/Anhalter Bahnhof.

—¿No me engañarán los ojos? —exclama *el Viejo*, y sacude la cabeza en muda admiración—. Porta, ¡eres un genio! ¡Eres la octava maravilla del mundo!

—¿No os *dije* que íbamos a Berlín? —replica Porta.

Cuando se abre la puerta y entra en el vagón un grupo de soldados de Sanidad para descargarnos, Porta finge estar mucho más enfermo y dolorido de lo que está en realidad.

—¿De dónde vienen? —pregunta un *Hauptfeldwebel*, con voz severa de cuartel.

—Del agujero del culo del universo —responde Porta, con una amplia mueca.

—No se haga el gracioso conmigo, *Obergefreiter* —ladra el *Hauptfeldwebel*, estirándose el bien cortado y descaradamente limpio uniforme.

Berlín, Berlín so sehen wir uns doch wieder...^[43]

canturrea Porta, mientras dos enfermeras auxiliares, respirando fatigosamente, le transportan a lo largo del andén en dirección a la ambulancia que espera.

Cuando unos soldados jóvenes corrientes empiezan a matar, es muy difícil contenerlos.

Matar se había convertido en el pan de cada día para nosotros. No había un arma en cuyo empleo no fuésemos expertos. Desde los alambres estranguladores hasta las ametralladoras pesadas y los cañones. La mayoría de nosotros podíamos matar también con solo las manos. Un fuerte golpe con el canto de la mano. Dos dedos rígidos. A los veinte años, éramos ya más viejos que nuestros abuelos de setenta y cinco. Sabíamos más acerca de la vida y de la muerte de lo que ellos habían aprendido en todos sus largos años. Nunca pasábamos junto a un cuerpo sin meterle una bala en la cabeza. Siempre arrojábamos una granada a través de la puerta antes de entrar en una casa. Habíamos perdido toda ilusión por siempre y para siempre. Nada podía sorprendernos. Habíamos sufrido demasiados shocks. Nuestra vida emocional normal había sido destrozada en cientos de traidoras emboscadas y de súbitos ataques de la Artillería. La violación nos divertía. Sobre todo si era de una sola mujer para toda una compañía. Tomábamos lo que podíamos. Teníamos poco tiempo, la muerte nos acechaba continuamente.

OCENTA POR CIENTO

—Sally está en Berlín —grita entusiasmado Porta—, ¡y está en el Cuartel General!

—En el Ministerio de la Guerra —le corrige el *Sanitäts-Feldwebel*.

—¡Todavía *mejor*! —ríe Porta mostrando los dientes como una cabra—. Siempre lo he dicho. Si Dios te ama, ¡siempre brilla el sol! ¡Sally en Berlín! ¡Sally en el Ministerio de la Guerra! ¡*Estas cosas fortalecen a un hombre en su fe!*

Lanza una larga risotada. El jefe médico militar, un *Oberst*, entra en el pabellón en este preciso instante, al frente de su personal.

—Parece que se está usted recuperando con asombrosa rapidez —comenta el médico, resiguiendo el pecho de Porta con el estetoscopio. Ayer estaba totalmente paralizado y la fiebre era muy alta. Quisiera que me dijese algo más sobre esta rápida curación en el curso de una noche. Podría serme útil en el futuro, cuando trate *otros* casos desesperados.

—*Herr Oberst* —dice Porta, sonriendo satisfecho—. Parece que me ha ocurrido lo que se cuenta en la Biblia, señor. Lo de aquel hombre de Palestina. Y Jesús le dijo, señor: «Toma tu camilla y lárgate». ¡Y el paralítico cargó con su camilla y se fue cagando leches!

—Al *parecer*, ha debido ser algo de esta naturaleza —dice secamente el médico militar—. Será mejor que le demos de alta inmediatamente y lo enviemos al batallón de convalecientes. El ejercicio le sentará bien.

—Con su permiso, ¡señor! El *Obergefreiter* Creutzfeldt aquí presente, señor, se ha curado también en el curso de una noche. Todos los dolores de su espalda han desaparecido.

Hermanito meneaba furiosamente la cabeza, detrás del médico militar, y levanta los brazos con asombro. No entiende una palabra. El plan era echar anclas en el hospital de Berlín hasta que acabase la guerra.

—Me alegra saber que Creutzfeldt se ha curado también repentinamente —sonríe, con ironía, el médico—. También le daremos de alta. Les enviaremos a los dos al batallón de convalecientes.

—Con su permiso, señor —grazna Porta—. Estamos a punto de ser designados para un servicio especial en el Ministerio de la Guerra, señor.

—Lo creeré cuando lo vea —responde el médico militar, con una risita breve—. Sea como fuere, irán los dos a convalecencia. —Señala las muletas apoyadas en la cama—. Entreguen eso en el almacén. Cualquiera puede ver que ya *no son* necesarias.

—Imbéciles —murmura el sanitario a Porta, conduciéndoles a la salida.

—¿Lo crees así? —ríe taimadamente Porta—. Dentro de un par de días te desharás en cumplidos para codearte con nosotros. Estaremos tumbados tirando pedos en sillones en el Ministerio de la Guerra, despachando a generales y *culis* como tú, según nos pase por los huevos.

Cuando Porta y *Hermanito*, después de pasar por innumerables puestos de control, llegan a la oficina del *Oberfeldwebel* Sally, en el Departamento de A. W. A.^[44] del Ministerio de la Guerra, son objeto de un recibimiento ruidoso.

—Esto es cojonudo —exclama *Hermanito*, entusiasmado, saltando sobre un mullido sofá.

Porta se instala en un gran sillón, con un enorme cigarro en la comisura de los labios. Se desabrocha el cuello del uniforme y se tuerce la gorra sobre la ceja izquierda. Le gusta estar sentado aquí. Cree que esto hace que un hombre parezca importante.

—¿Qué os parece un trago de algo, para limpiar vuestras gargantas de las bacterias del hospital? —sugiere Sally, sacando una botella de un armario con el rótulo de *GEHEIME KOMMANDOSACHEN*^[45].

—Con mucho gusto —responde Porta, lanzando una gran nube de humo—. Y ya que estás en esto, será mejor que llenes el vaso hasta arriba. No quiero que te fatigues llenándolos una y otra vez.

Brindan los tres, doblando con arrogancia la cintura, al estilo militar. A fin de cuentas, están en el Ministerio de la Guerra.

Porta apura de un trago la bebida y lame después el vaso.

—Creo que os divertisteis mucho con aquel gato montes que os envié^[46] —ríe Sally, de buen grado—. ¿Queréis otro? Tengo dos malignos bastardos en reserva, y os los podéis llevar, ¡si queréis domar a un enemigo!

—No queremos más gatos monteses —protesta *Hermanito*, horrorizado, mostrando las cicatrices de su encuentro con el primero.

—*Debes*destinarnos inmediatamente a un servicio especial —dice seriamente Porta, tendiendo el vaso para que se lo llene de nuevo—. Estamos ya con un pie en Rusia.

—Puedo hacerlo —dice confidencialmente Sally— ¿Qué rama os gustaría más?

—La que nos permitiese estar sentados, haciendo planes contigo y bebiendo «Slibovitz» —dice *Hermanito*, soltando una estruendosa carcajada.

—¿Qué os parece HDv? —pregunta Sally—. Es un sitio cómodo y agradable. No para aspirantes al Valhalla, que ansían los truenos de la guerra.

—¿Qué es HDv? —pregunta Porta, desconfiando como siempre.

—*Heeresdruckvorschriftenverwaltung*^[47] —explica Sally, con aire de superioridad.

—Uno de esos sitios donde se comen los reglamentos crudos y se cagan órdenes enseguida, por escrito, exactamente como las diarreas después de la comida de Navidad —asiente Porta, como buen entendedor—. Parece muy adecuado para nosotros. Ponnos en nómina lo antes posible, para que podamos empezar a hacer planes en seguida. Estoy muy preocupado —sigue diciendo, inclinándose confidencialmente sobre la mesa, que es casi tan grande como una pista de aterrizaje de helicópteros—. Hay ciertas personas en Berlín que piensan que pueden burlarse de mí. Solo porque he estado una temporada en Rusia, vigilando la marcha de esta maldita guerra. He husmeado un poco por aquí y he descubierto, con enorme pesar, que a nadie le importo ya un comino. Se ríen de mí y me escupen en las botas. Incluso en el burdel de la «Codiciosa Minna» fingieron no conocerme. Minna se desternilló de risa cuando le recordé que me debía el ochenta por ciento. Y tuvo la caradura de pedirme el pago por anticipado, si quería ir con una de sus putitas esqueléticas. Había llegado a esta fase en que uno solo puede beber y follar, y sentirse deprimido en los intervalos. Hasta que me enteré de que habías ocupado Berlín, y esto me animó. Antes, me veía ya sobre una silla y con el nudo corredizo al cuello.

—Cometiste el mayor error de tu vida cuando rechazaste mi ofrecimiento del cargo de archivero en la comandancia de Paderborn —dice Sally—. *Preferiste* conducir un tanque. Dijiste que era más divertido.

—Entonces no sabía que Grofaz me metería en una guerra —se disculpa Porta.

—Pero lo *hizo* —sonríe Sally—, y allá te fuiste, junto con todos los demás chalados, a recibir la furiosa lluvia de metralla. Los pocos que conservamos la cabeza fría nos quedamos detrás del temporal, aguantando la lluvia mucho menos peligrosa de documentos y máquinas de escribir. Hacemos que la cosa funcione como de costumbre, hasta el día en que estalle la paz y vuelva a brillar el sol sobre nosotros.

—Fui un idiota —confiesa tristemente Porta, mirándose con aire crítico en el espejo de detrás de la mesa—. ¡Ponte sobre ti, Porta! —ladra a su imagen en el espejo. Tuerce la cabeza, para poder verse de perfil—. *Pareces bastante listo* —dice a su imagen, en tono satisfecho—. Esos gilipollas no tardarán en descubrir que el hecho de burlarse de un hombre del ochenta por ciento no puede quedar impune.

El *Oberfeldwebel* Sally se retrepa, sonriendo, en su sillón giratorio.

—A propósito, ¿sabías que *Egon el Pervertido* la ha tomado contigo? Anda por ahí diciendo a todo el mundo que no eres más que una cabeza de conejo rellena de chucrut y que, si tienes la suerte de volver del frente, él cuidará de que te deporten a uno de esos agujeros que apestan a mierda de vaca en el sur de Baviera y donde únicamente van a residir chalados perdidos.

—¡Jesús! —exclama *Hermanito*, con simulado terror, dando palmadas encima de su cabeza, cosa bastante difícil ya que está tumbado de bruces sobre la alfombra—. Ya era *hora* de que dejásemos que Adolfo cuidase sólo de su guerra, ¡y pudiésemos nosotros poner orden en el frente interior!

—¡Qué diablos! —exclama Porta, con indignación—. Es una broma muy pesada, sobre todo viniendo del *Pervertido*. A menos que sea un intento de suicidio, o algo parecido y muy personal.

—Salgamos ahora mismo y démosle una hostia con un saco de cemento —propone *Hermanito*.

—No precipitéis las cosas; no hagáis nada de lo que podáis arrepentiros después —advierte Sally, llenando de nuevo los vasos—. Aprended de mí. Veréis que da resultado. Proceded siempre según un plan de acción bien meditado.

Porta mira reflexivamente por la ventana. Sigue con los ojos una barcaza que remonta lentamente el Landwehr Kanal, con una mujer gorda al timón y otra delgada vigilando la proa.

—Egon es un sucio cabrón —declara, furioso, golpeando el antepecho de la ventana con el puño—. Le meteré una bala en el corazón y se lo haré pedazos. Estará muerto antes de que se dé cuenta de nada.

—Conozco algunas personas a quienes, de vez en cuando, les da por vestirse de curas —dice misteriosamente Sally.

Enciende un gran cigarro brasileño y lanza una nube de humo sobre la mesa.

—¿Vestirse de qué? —pregunta Porta, sin comprender, hundiéndose en el sillón—. ¿Quieres decir ponerse esas vestiduras sagradas que usan cuando quieren hablar íntimamente con Jesús y con Dios?

—Trajes de calle de cura —dice Sally, satisfecho, chupando con fuerza su cigarro—. Esos tipos saben lo que quieren. Llevan el Libro de Moisés en la mano izquierda, y parecen santos cuando salen a la luz. Jesús lo sabe todo acerca de *ti*, te dicen cuando te salen al paso, y entonces sacan un «liberador de almas» de su sagrado uniforme, y todo termina en menos de un minuto. ¡Cobran el 33,3 por ciento de lo que sacan!

—¿Cómo se puede entrar en contacto con esos chicos? —pregunta Porta, con interés—. No serán de esos mierdas sicilianos comedores de *spaghetti*, ¿verdad? ¡Esos no sueltan nada de lo que cogen!

—En absoluto —ríe Sally, de buen grado—. Son más duros. Hombres malos de Berlín/Moabitt. ¡Buenos amigos míos!

—¿Hasta qué punto son buenos amigos? —pregunta Porta, con saludable recelo.

—Lo bastante para querer conocerte, si yo se lo pido —responde pícaramente Sally, mostrando una hilera de dientes blanquísimos con montura de oro.

—Tienes un buen dentista —suspira Porta, con envidia, chupando el único diente que le queda y que, por desgracia, es negro.

—Así es —responde Sally—. Vive precisamente al doblar la esquina de Prinz Albrecht Strasse.

—Supongo que será también el dentista del SS Heini, ¿no? —pregunta Porta, con torcida sonrisa.

—Has acertado —responde Sally, riendo satisfecho—. Descubrí un par de manchas en el escudo de su familia, cuando repasaba unos viejos documentos de los días de Weimar. Por consiguiente, nunca he tenido que pedirle hora, ¡y nunca me ha presentado la factura!

—Ten cuidado de que un día no te ahorquen —le advierte lúgubrementemente Porta—. ¡Yo no dejaría que un tío de la SS me arreglase los dientes! Cuando termine este tinglado de la guerra mundial, podrían descubrir que el oro de tus dientes procede de una mandíbula judía cuyo propietario se fue de viaje por la chimenea.

Sally suelta una fuerte y alegre carcajada y pasa una mano sobre su elegante uniforme cortado a la medida.

—Vosotros dos habréis muerto a manos de los libertadores y seréis pasto de los cuervos, antes de que alguien empiece a pensar en mí. Y entonces seré ya insustituible. ¡Necesitarán algunos alemanes «limpios» para patear el culo de los héroes de ayer!

—¿Y crees que se valdrán de ti para esto? —sonríe Porta, con aire de entendido—. ¡No son tan tontos!

~No solo lo *creo*, sino que lo *sé* —se jacta Sally, confiado, apretando un botón debajo de la mesa—. Pero volvamos a *tu* asunto, para que puedas cortarles la cabeza a los villanos que se meten en tu territorio.

Alguien llama tímidamente a la puerta. Un *Gefreiter* seco, de expresión afligida en un rostro adornado con gafas de académico con montura de oro, entra nerviosamente en el amplio despacho. Hace un inútil intento de juntar los tacones al estilo militar. Más que un soldado alemán cuadrándose, parece una gallina enferma pataleando en un cuenco de agua tibia.

Sally se echa atrás en su sillón y mira al *Gefreiter* con aire autoritario. El hombre permanece erguido delante de la mesa, con ojos perrunos, esperando órdenes.

—Escúcheme bien, Lange. Quiero, bajo su responsabilidad, que el *Unteroffizier* Hartnacke se encuentre en «La Oca de Tres Patas» a las seis de la tarde, y que lleve consigo su equipo especial. Dos *Obergefreiter* del arma «Panzer» se pondrán en contacto con él.

—Muy bien, señor —cloquea el *Gefreiter* Lange, tratando de nuevo de hacer chocar los tacones.

—¡Por mil diablos, hombre! —gruñe resignadamente Sally—. ¡Nunca aprenderá! Mire sus brazos, oscilando como los de un espantapájaros. ¡Pegue los dedos a las costuras de su pantalón! Adelante los hombros, ¡y apriete las nalgas! *Sus* brazos penden como si fuese a rascarse la rabadilla. Creo que no tendré más remedio que hacerlo. Voy a enviarle al hermoso Iván. Tal vez *él* podrá enseñarle a cuadrarse como corresponde a un soldado. Es usted una nulidad, una vaca. ¿Qué es usted, Lange?

—Con su permiso, señor. El *Gefreiter* Lange es una nulidad y una vaca, ¡señor!

—¡Salga de aquí! —ordena Sally, agitando la mano como si ahuyentase una mosca de un bocadillo de pan con jamón.

El *Gefreiter* Lange camina hacia atrás y, naturalmente, tropieza y se cae en el umbral. Sudando copiosamente, se pone en pie, hace una reverencia que nada tiene de militar y cierra la puerta a su espalda.

—¡Jesús, María y José, vaya un payaso! —suspira *Hermanito* desde el suelo. Tiende su copa para que se la llenen de nuevo—. ¡Hay que ver la cantidad de mierda que tenemos que reunir los prusianos en estos tiempos de guerra!

—Ese era profesor en alguna Universidad del Sur, antes de que le pillásemos —explica Sally, en tono complacido—. Después de que casi hubo liquidado a toda una compañía en el campo de tiro, me lo enviaron. Es completamente inútil como soldado, pero es bueno con los lápices y las gomas, y hace falsificaciones y otras zarandajas.

—A veces es conveniente tener esa clase de gente —reconoce Porta—. Un par de palabras borradas adecuadamente de un documento fatídico puede convertirlo en un mensaje de bienvenida.

Poco después de las seis de la tarde. Porta y *Hermanito* se introducen en «La Oca de Tres Patas», donde el *Unteroffizier* Hartnacke se ha entronizado ya en el bar, con un gran cuenco de ensalada y salsa de ajo delante de él.

Hermanito toma dos taburetes para él solo, como de costumbre.

—Uno para cada nalga —dice a la camarera de adusto semblante, riendo estruendosamente.

Parece rolliza, pero solo porque lleva un vestido demasiado estrecho para ella.

Echan un chorro de «Slibovitz» en sus cervezas.

—Así llega el buen humor antes —ríe Porta, vaciando su vaso de un trago largo y sonoro.

—¿Otra? —pregunta la camarera, en tono ofendido.

Se rasca la cabeza con un tenedor, lo envuelve junto con un cuchillo en una servilleta de papel y lo deja al lado del plato de un parroquiano.

—Si tienes que preguntármelo cada vez, te pondrás ronca —dice *Hermanito*, en tono amistoso.

Porta se vuelve y hace un guiño al hombrón que tiene al lado.

—Tengo entendido que puedes hacer un trabajo rápido sin armar mucho ruido —le dice.

—Me llaman *Muerte feliz* —responde lacónicamente Hartnacke, masticando la ensalada con salsa de ajo como si fuese alfalfa.

—¿Y nunca sale algo mal? —pregunta Porta, con prudente recelo—. ¿Se marchan de prisa tus pacientes? Quiero decir *muy* de prisa, sin tener tiempo a despedirse.

—Nací en Chicago —declara con orgullo Hartnacke—. Mi madre es de Palermo. Mi padre fue devuelto a Grecia. Puedes adivinar todo lo demás.

—¡Jesús, María y José! —exclama *Hermanito*, entusiasmado—. Esto parece muy prometedor.

—¿Cuáles son tus métodos? —pregunta Porta, en tono profesional—. He oído decir que te vistes de cura. ¡Aleluya! ¡El señor esté con vosotros! ¿Algo

así?

—¿Otra ronda? —pregunta Hartnacke, empujando el vaso vacío.

Porta hace a la camarera la señal internacional de «llénalo otra vez».

—Mirad —murmura Hartnacke, con voz de conspirador, golpeando un gran paquete que tiene a su lado sobre la barra—. Cuando aparece un hombre de Dios, la gente suele mostrarse amistosa y un poco incómoda. Ni siquiera los peores villanos atacan *directamente* a un cura. Otra ventaja es que, una vez terminado el trabajo, los sabuesos de Alex buscan a un hombre de iglesia y no a un vulgar *Unteroffizier* alemán.

—Esos Kripas, ¿se meten mucho en esos trabajitos de la gente como vosotros? —pregunta Porta, mirando escrutadoramente el manchado retrato de Hitler que pende detrás del bar.

—En realidad, no —confiesa Hartnacke, rebañando el resto de la salsa de ajo con un trozo de pan—. Investigan un poco por mor de las apariencias, pero están demasiado ocupados con los saboteadores y los delincuentes políticos que no quieren que Austria se apodere de la vieja y querida Alemania, para fijarse mucho en nosotros. Y, si algún celoso bastardo mete la nariz donde no debe, el ministro de la Guerra, Sally, aprieta uno de sus botones y, antes de que el imbécil tenga tiempo de enterarse, se encuentra con que tiene que gastar sus energías persiguiendo a los partisanos en los bosques de Polonia. Nosotros estamos bien mientras nos mantengamos apartados de la política. Por eso, si queréis enviar al cielo a un *Gauleiter* con un cartucho de dinamita en el culo, ¡no me lo pidáis a mí! Crea problemas. Los chicos de Alex salen de todas las aberturas de su edificio y no paran en su esfuerzo hasta que encuentran a alguien dispuesto a confesar.

—Empiezo a comprender —dice reflexivamente Porta, torciendo el cuello para mirar a una mujer con una capa de piel de buey—. Tú sales con tu falso equipo de cura y una dulce sonrisa en el semblante, y preguntas al sujeto cuándo fue por última vez a la iglesia. Y antes de que tenga tiempo de pensarlo, ¡le coses el cuerpo con un hilo de plomo! ¡Adiós, y dale recuerdos a Satanás!

—Algo así —confiesa Hartnacke—. ¿Qué me dices de un bistec caliente de caballo? Te lo dan sin cupones.

Su sugerencia provoca una furiosa discusión con la camarera, que no quiere servir comida caliente en el mostrador. Pero cede al fin, cuando *Hermanito* saca su cuchillo de combate de la bota metiéndolo entre las piernas de la chica, y le pregunta confidencialmente si desea ser follada por un cuchillo afilado.

—¿Y nadie se ha dado cuenta de tu truco del cura? —pregunta *Hermanito*, con la boca llena de carne sangrante de caballo.

—Es *curioso* —interviene Porta—. Si yo oyese decir que un compañero ha sido metido en el autobús del otro mundo por un piloto del cielo, no dejaría que una sotana negra volviese a acercarse a mí. No sin quitarle antes su relleno.

—La mayoría de las personas son ahora más estúpidas que cuando vinieron al mundo —explica Hartnacke—, y *no debéis* olvidar que el único que sabe realmente que fue un pájaro negro quien lo liquidó no puede decir gran cosa. ¡Está muerto!

—¿Cómo *sueles* liquidarlos? —pregunta Porta, con interés, pidiendo otro bistec.

Hartnacke guarda silencio hasta que la camarera les ha servido sus cervezas con «Slibovitz».

—Solo empleo métodos seguros. Estrangulación con un alambre, o bien una pistola con silenciador. Nada que haga ruido. El ruido es repulsivo. Aprendí el oficio en Fort Zittau, donde ingresé como voluntario. Sabía que allí enseñaban cosas que no podían aprenderse en ningún otro sitio en tiempo de paz.

—¿Qué cosas? —pregunta Porta, despidiendo con irritación a una prostituta que va a sentarse a su lado.

Ella abre la boca para decir algo, pero vuelve a cerrarla rápidamente al ver un cuchillo y uno de esos instrumentos con púas con que se refuerzan los puños.

—Aprendimos los trucos que un caballero de la vieja escuela se negaría rotundamente a emplear —sigue diciendo Hartnacke, metiéndose en la boca el resto de su bistec de caballo, con el movimiento de un granjero limpiando una pocilga.

Cuando, un par de horas más tarde, salen de «La Oca con Tres Patas», Porta dice en voz baja, dando un codazo confidencial a las costillas de Hartnacke:

—Quiero que Egon el *Perverso*, ese perturbado coñomaniaco, deje de vivir y se convierta en un cordero helado. Pero también quiero que ese vil mamón sepa que soy yo quien le envía al otro mundo. Y cuando hayas enviado su sucia alma al infierno, quiero que dejes una tarjeta de los hombres del ochenta por ciento sobre el cadáver. Para que sepa Berlín lo que le pasa a la gente que se imagina que no pagar sus deudas a un tipo como yo es cosa de broma.

—¿No será un poco arriesgado? —pregunta, prudentemente, Hartnacke—. Todo el mundo sabe que *tú eres* un hombre del ochenta por ciento, y aunque los sabuesos de Alex no son precisamente la flor y nata de la inteligencia de Berlín, no tendrían que estrujarse demasiado los sesos para resolver este caso. El *Pervertido* tiene también un ejército de pelanduscas. Si un par de estas se fuese de la lengua, toda la jauría de Alex te cazaría en un santiamén.

—Si Egon no supiese que he sido yo quien ha establecido el contrato, para sacar la vida de su asqueroso cuerpo, la cosa no sería divertida —ríe ruidosamente Porta—. Y esta satisfacción bien vale un poco de riesgo.

—Muy bien, se trata de tu cabeza —responde Hartnacke, con indiferencia—. Yo *estaré* a salvo, en todo caso.

—Bravo —sonríe Porta—, y cuando encuentren aquella tarjeta sobre el cadáver, mucha gente de Berlín empezará a cagarse en los calzones y se apresurará a pagar sus deudas.

—Nuestra paciencia no es inagotable —truená *Hermanito*, y su voz resuena entre las casas—. Ahora *sabrán* que hemos vuelto de la guerra. Cuando le hayamos ajustado las cuentas al *Pervertido*, la emprenderemos con el maldito enano.

Porta llama a Egon desde una cabina telefónica, para darle la grata noticia de su regreso a Berlín.

—¡Loado sea Dios! ¿Eres realmente tú, Porta? ¡Qué agradable sorpresa! —exclama Egon—. ¿No te ha ocurrido nada *malo* mientras has estado en esta guerra tan cruel? ¡Se cuentan tantas cosas *horribles* acerca de ella! Uno se imagina que un excelente y querido amigo está vivito y coleando, ¡y de pronto alguien te dice que ha pasado a mejor vida!

—Entonces, no te aflijas —le consuela Porta—. Hay más vida en este perro viejo de lo que tú y algunos otros podéis imaginaros. Y tendrás buena prueba de ello, si antes de las ocho de esta noche no me pagas tus deudas.

—Querido, *querido Porta*, todo ha *cambiado* desde que te marchaste para recoger un poco más de espacio vital para la querida y vieja Alemania. En realidad, siento muchísimo tener que decírtelo, pero otras personas se han hecho cargo de *todos* tus asuntos de negocio. Hombres de muy malas trazas. ¡De los que no sonríen *nunca*!

—¡Me cago en ellos! —ruge Porta, perdiendo su aplomo. Echa una bocanada de humo al micrófono, como si este fuese la cara de Egon—. Ven y págame mi dinero antes de la hora que te he dicho, y puedes meterte en el culo a esos tíos de malas trazas, ¡si es que te caben!

—Pero, *querido Porta* —dice Egon, con voz llana y confiada—, no pensarás que quiero que me *maten*, ¿verdad? Y sobre todo ahora, cuando el futuro empieza a parecer un poco más halagüeño.

—Escúchame con atención, mono asqueroso, hijo de una perra zulú, chacal solapado y traidor —ruge Porta—. Si no vienes con una bolsa grande llena de pasta, te va a ocurrir una *desgracia*. Una desgracia muy grande. Algo que te privará para *siempre* de la compañía de los seres humanos vivos.

—¡Oh, *no serías* capaz...! —gime nerviosamente Egon, golpeando la pared con el teléfono, presa de miedo.

—Piénsalo bien, gorgojo, ¡y entérate de quién es el amo aquí!

Porta deja el auricular colgando del cordón en la cabina. Desde un buen trecho calle abajo, pueden oír todavía los excitados lamentos de Egon.

—Está acojonado de veras —gruñe *Hermanito*, en tono satisfecho—. Vendrá.

Pero *Hermanito* se equivoca. Egon no comparece.

El día siguiente, Porta y *Hermanito* bajan por Sperling Strasse, en compañía del *Unteroffizier* Hartnacke, para sostener una conversación personal con Egon el *Pervertido*. En el momento en que van a cruzar la puerta de la casa de apartamentos de Egon, «Viola Glotona de cojones» sale disparada, choca con *Hermanito* y lo derriba.

—¡Por todos los diablos! —grita furiosamente *Hermanito*, recogiendo su gorra del arroyo—. ¿Por qué no miras por dónde vas, marrana barriguda?

—¿A quién has llamado barriguda? —chilla Vi ola, ofendida, dándole una patada en el tobillo.

—¿Y qué te has propuesto tú, puta barata de dos marcos? —estalla rabiosamente *Hermanito*, saltando a la pata coja y frotándose el dolorido tobillo—. ¡Me las *pagarás*! ¡Te rajaré en canal desde el culo hasta la boca!

—¡Qué vas a hacer tú, mamón de pueblo! —silba Viola, irguiéndose—. ¡Seré yo quien te arranque los cojones! Es decir, ¡si es que los tienes!

—Debes haber follado un pulpo por simpatía —ruge *Hermanito*, largándole un puñetazo que tal vez la habría matado de haberla alcanzado.

Pero Viola lo esquiva dando un rápido paso atrás. Después le da una patada en la rodilla y, al doblarse él lanzando un aullido, le mete un dedo en el ojo. *Hermanito* se vuelve, agarra una de las cajas de delante de la pescadería, llena de despojos malolientes de pescados, la levanta sobre su cabeza y la arroja con toda su fuerza sobre Viola. Trozos de pescado vuelan por el aire.

—¡Basta de juerga! —grita Porta, irritado, tratando en vano de separarlos—. No tenemos tiempo para juegos. ¡Hemos venido por cuestiones de negocio!

Pero Viola es ahora como un perro rabioso. Agarra un enorme barbo, lo hace girar dos veces sobre su cabeza para darle mayor impulso, y lo arroja, pero yerra el blanco. En vez de darle a *Hermanito*, el barbo alcanza de lleno la cara del pescadero, que ha salido gritando de su tienda. Lanzando un grito estridente, el hombre cae hacia atrás. Su pata de palo de la Primera Guerra Mundial sale volando y golpea a Viola en la cara. Ella piensa que ha sido *Hermanito* quien la ha golpeado. Sus dedos son como las garras de un águila. Diez uñas pintadas arañan las mejillas de *Hermanito*. Corre la sangre.

Él agarra la pata de palo del pescadero y la deja caer sobre la cabeza de Viola. La pata se parte por la mitad.

¡Pero Viola no se rinde! Está bien entrenada, y acostumbrada a que le rompan botellas en la cabeza. Bufando, ataca las partes privadas de *Hermanito*. Sus adiestrados dedos se abren camino a través del capote y de los tres calzoncillos de invierno hurtados al Ejército.

Él abre lo boca congestionado. Un largo y bestial aullido de dolor resuena en la calle. Levanta ambas rodillas sobre la cabeza. Durante un momento, pierde todo contacto con el suelo. De haberse hallado en el Circo Kranz, se habría ganado una salva de aplausos. Rueda sobre la calzada, donde le atropella un triciclo cargado de sacos de maíz. Su agonía es tal que ni siquiera lo advierte. Cuando vuelve en sí, solo piensa en Viola. Pero esta ha desaparecido, como si se la hubiese tragado la tierra.

—¡Mi pierna! —chilla el pescadero, rodeado de cajones rotos de pescado.

—¡Allá va, cojuelo! —grita *Hermanito*, arrojando la pata rota en medio del revoltillo de pescado. Entonces ve el sombrero azul de Viola sobresaliendo detrás de una caja de despojos de pescado—. ¡Conque ahí estás, asquerosa tragadora de pollas! —ruge, agarrándola de los senos y lanzándola a través de la puerta de «La Gallina Verde».

Ella vuela por el aire como una bala, arrastra a Porta consigo y se estrella contra un perchero hecho con granadas de la Primera Guerra Mundial y que casi pesa media tonelada. Con ruido ensordecedor, el perchero cae sobre la mesa especial de los pintores y la hace añicos. Cerveza, tocino, carne de caballo, salchichas y salsa, se elevan en el aire y resbalan por las paredes.

—¡Son los rusos! —aúlla un inválido de la Primera Guerra Mundial. Se le enredan las piernas postizas y no puede moverse—. ¡Frente Rojo! —solo puede balbucir, antes de desmayarse.

Ha olvidado quitarse la insignia del Partido, que brilla, delatora, en su solapa izquierda. A partir de este día, nunca volverá a ponérsela.

El *Unteroffizier* Hartnacke, que está desempaquetando su hábito clerical, es lanzado sobre el bar y arrastra tres platos de chucrut y *Eisbein*. Lanza un ronco aullido, como la ululación de un búho, y pierde los estribos. Cancela todos sus planes anteriores. No es momento de tomar precauciones ni de actuar solapadamente. ¡Hay que ir directo al bulto! Con diabólica sonrisa, saca la «Nagan» de la pistolera colgada del hombro.

—Bueno, Egon, ¡ha *llegado* tu hora!

Sabe que Egon está sentado en su despacho, con una máquina de sumar en pleno funcionamiento, en espera, sin saberlo, de que un resuelto asesino le vuele la cabeza.

Salta ágilmente por encima del mostrador, evitando por poco a Viola y Porta, que están en el suelo mordiéndose las orejas. Se enjuga la chucrut de la cara y cruza en tromba la puerta del bar. «Esto —piensa— pasará a la historia de Berlín. Será un hecho sin precedentes. El viejo Fritz y todos sus malditos generales pueden retirarse y una vez olvidados, todavía se hablará de “Muerte Feliz” y de lo que él le habrá hecho a Egon en la Segunda Guerra Mundial».

Egon está sentado en un grande y mullido sillón, muy satisfecho con las cifras que le ha dado su máquina de sumar, cuando la puerta es abierta de una patada tan violenta que queda colgada de solo uno de sus goznes. Su primera impresión es de que todo un regimiento está entrando por la abertura de la puerta. Contempla el negro cañón de una pistola de gran calibre. Un enorme chillido suena en sus oídos, que hace que los pocos cabellos que le quedan se pongan de punta, temblando de miedo. Es Leo, el cocinero, que intenta advertirle del peligro que se acerca y la súbita muerte. Olfert el *Enano*, llamado así porque solo tiene un metro cuarenta y cinco de estatura, y casi mide lo mismo de hombro a hombro, se esconde con la rapidez del rayo detrás del sillón de Egon, agitando los brazos como un pavo al que le hubiesen cortado la cabeza.

Egon abre aterrorizado sus ojos azules y acuosos, y empieza a emitir ruidos como un gato mojado sobre un témpano flotante.

—¡Ha llegado tu *hora*, miserable mayorista Putañero! —ruge Hartnacke—. ¡Ya no podrás volver a dártelas de listo!

—¿No podríamos hablar de esto? —suplica Egon, que es experto en salir de situaciones gracias a su elocuencia.

—¡Ya has hablado bastante en *tu* vida! —le interrumpe Hartnacke, con una risa helada—. ¡No te *escapas*!

Apoya el cañón de la pistola en la nariz de Egon y aprieta el gatillo.

Una enorme explosión retumba en «La Gallina Verde» y hace que el pescadero de enfrente se ponga a cubierto detrás de un barril de arenques.

Egon se balancea una y otra vez, todavía sentado en su sillón. Olfert el *Enano* está sentado en el suelo, llamando a gritos a la Policía y a la SS.

Pertenece a la vieja guardia del Partido y siempre lo recuerda cuando su vida está en peligro.

Hartnacke mira con asombro lo que queda de su mano. Gotea sangre sobre los documentos de la mesa, con su prisa, ha cometido un terrible error. Un error imperdonable incluso para un recluta que vistiese por primera vez el uniforme. Tiene la mala costumbre de llevar siempre dos tipos diferentes de pistola, una «Nagan» rusa y una «P-38» alemana. Y los bolsillos llenos de cargadores para las dos. El derribo del perchero por Viola y la subsiguiente confusión han hecho que cargase la «Nagan» con munición de la «P-38». Ningún arma del mundo resiste una munición inadecuada. La «Nagan» ha saltado en pedazos, volando por el despacho junto con trozos de los dedos de Hartnacke. Este, impresionado, sale corriendo de «La Gallina Verde» y nunca sabrá cómo ha llegado al Ministerio de la Guerra. El *Sanitäts-Unteroffizier* Steinhart le cose torpemente la mano, de una manera que ningún cirujano aprobaría.

—No asomes la nariz fuera del Ministerio de la Guerra hasta dentro de un mes, como mínimo —ruge furiosamente Sally—. Espero que esto te curará al menos de la manía de llevar dos armas diferentes. ¿Te *das* cuenta de que estás loco? ¡Loco de remate! Ahora, todo Berlín sabrá que fuiste tú, medio soldado, quien ha hecho concurso de tiro en «La Gallina Verde». ¡Ni siquiera un judío muerto de hambre habría sido tan estúpido! ¡Ahora sé que tu madre tenía el coco petrificado cuando te parió en una cloaca berlinesa!

Hartnacke frunce el ceño y gime con triste resignación. Se jura, en silencio, que cuando vuelva a ver a Egon le aplastará contra la pared más próxima.

En el santuario interior de «La Gallina Verde», Egon sigue sentado, tocándose la cara cuidadosamente. Poco a poco, comprueba que no hay sangre, que sus facciones están todavía en su sitio. Le invade un increíble sentimiento de gozo.

—He vuelto de entre los muertos —dice, llorando y riendo al mismo tiempo. Empieza a dar gracias a Dios, y en seguida le maldice—. ¡Venganza! —chilla furiosamente—. ¡Ha llegado la hora de la venganza! Quiero que me

traigan a *Muerte Feliz* en veinticinco pedazos. Después le pasará por la trituradora y lo venderé como comida *no racionada* para perros.

Dirigida por el *Enano*, la banda de Egon recorre todo Berlín en busca de Hartnacke. Egon está tan furioso que se pasa tres días sin comer, a pesar de su glotonería.

Poco a poco, remite la caza. Una tarde, a hora avanzada, cuando Egon se está divirtiendo con dos de sus putas favoritas, Porta y *Hermanito* entran sin llamar en la habitación. Egon acaba de ponerse un juego de ropa interior de mujer, de seda y encajes. Se siente bien así.

Hermanito apoya la escopeta de cañones recortados contra una de sus orejas.

—Pensabas que todo había pasado, ¿no? —silba, con malignidad—. ¡Pues no! ¡Esto es el fin! Los imbéciles cultos que van a la Ópera, ¡dicen que esta es la parte mejor!

—Te *pedimos* que vinieras a vernos, ¿no? —pregunta amablemente Porta, inclinándose sobre Egon. Sonríe y le pellizca suavemente una mejilla—. Parece que no quieres oír lo que tenemos que decirte, por consiguiente, *hemos* decidido que las orejas no te hacen ninguna falta. ¡Ninguna! ¡Y por esto vamos a arrancártelas a tiros! Desde luego, tendrás el placer de oírlo. No queremos negarte esta satisfacción. ¡Será el más fuerte estampido que hayas oído nunca! Tendrás la impresión de que estalla *toda* tu cabeza. Incluso es posible que *sea* así. Y tus orejas, que no quieres emplear, ¡volarán con ella!

—No podéis *hacer* eso —grita Egon, con voz cascada, extendiendo las manos delante de él.

—¿No? —ríe ruidosamente *Hermanito*—. Será mejor que te hagas a la idea, ¡miserable maricón!

—¡Sería un *asesinato*! —murmura Egon, tratando de escabullirse.

—¡Chaladura de grandeza! —ríe Porta, con voz agradable—. Digamos un *raticidio*, ya que no eres más que una pequeña rata. Cuando te cortemos el pijo y lo enviemos a «Alex», ¡nos darán una medalla! Vosotras dos, meteos en el armario —ordena a las dos semidesnudas furcias del *Pervertido*, que están temblando sentadas en el sofá—. Hacéis más ruido que un gato buscando de puntillas a jóvenes coños felinos, ¡y os meteremos el conejo en el cerebro! ¿Sabéis el gusto que *da*?

—Sabrás alguna oración, ¿no? —pregunta *Hermanito*, con tosca campechanía, golpeando a Egon con el dorso de la mano—. En el fondo, somos buenos chicos, ¿sabes? No quisiéramos que iniciases el gran viaje sin darte la oportunidad de murmurar una oración.

—Hablemos del asunto —suplica Egon, con voz ronca—. Tengo el dinero. Si no fui a verte, fue solo por un error de interpretación.

—Sí, sí, desde luego. ¡Errores de interpretación! Son las causa de la mitad de las desgracias del mundo —suspira tiernamente *Hermanito*—. Pero oigamos ahora tu oración, solo para asegurarnos de que san Pedro se alegrará de verte.

—¡No sé ninguna oración! ¡No soy religioso! —grita Egon, afligido.

—No, supongo que no. Solo las buenas personas son religiosas, ¡y tú no eres *bueno*! —dice *Hermanito*, dándole unos golpecitos en el cogote con los cañones recortados de su escopeta.

—Entonces, reza tú por él —grita Porta, cerrando la puerta detrás de las furcias de Egon.

—Padre nuestro que estás en los cielos —canturrea *Hermanito*, mirando al techo—, quédate donde estás y deja que nosotros arreglemos este asuntito solos para no dañar Tu nombre.

—Vamos, Egon, salgamos a dar un paseíto ¡ponte esto! No podemos permitir que te exhibas con ropa interior de mujer por las calles de Berlín. ¡Nos perseguiría la Brigada contra el Vicio!

—Y sin gritar —dice severamente *Hermanito*, mientras bajan la escalera—. ¡Si no quieres que te corte los huevos y te los meta por la garganta!

Con Egon entre los dos, bajan por Friedrichs Strasse hasta un vehículo anfibio del Ministerio de la Guerra que les ha proporcionado el *Oberfeldwebel* Sally.

Un *Schupo* los observa con interés, mientras empujan a Egon dentro del vehículo.

—¿Un desertor? —pregunta, mirando a Egon con curioso desprecio.

—Así es —responde Porta—. Le está esperando el pelotón de fusilamiento. ¡Qué se le va a hacer! Los bastardos que temen las balas del enemigo tienen que recibir las *nuestras*.

—Es como debe ser —asiente el *Schupo*, dándose importancia e introduciendo el pulgar debajo del lustroso cinturón.

—Van a *asesinarme* —grita desesperadamente Egon, pensando que quizá tiene aún una oportunidad.

—*Ejecutarte* es la expresión correcta —le corrige vivamente el *Schupo*, golpeándose la pistolera con elocuente ademán—. Confío en que además te den una buena paliza antes de despacharte, ¡bastardo traidor!

—No —sonríe falsamente Porta—. ¡No! En el Ejército no hacemos estas cosas. Somos humanitarios. Apuntamos a la frente. Y, ¡*pam*!

Se lleva la mano a la visera de la gorra, con naturalidad.

El *Schupo* le devuelve el saludo, según las ordenanzas.

Ruedan por Friedrichs Strasse a toda velocidad.

—Puedo prometerte una experiencia única —dice Porta, girando hacia Charlottenburg Chaussée—. ¡Vas a ser la primera persona del mundo que caiga de la *Siegessäule*!

—Hablemos un poco —murmura débilmente Egon—. Vosotros no *sabéis* las preocupaciones que tengo. Vosotros solo tenéis que preocuparos de la *guerra*, ¡que no puede ir peor!

—Como si no lo supiéramos —dice Porta, dando una palmada en el volante—. Las preocupaciones hacen que se tambalee este podrido mundo y que todos los que se preocupan se vayan a la mierda con él. Los tipos optimistas como yo nos limitamos a capear el temporal. Desde el día en que vine al mundo alemán, he sido un respetable hombre de negocios, traficando honradamente con todos los artículos que quería todo el mundo.

—Por ejemplo —dice *Hermanito*, como buen conocedor—, con las *putas*. ¡Y nunca has pedido más de un razonable ochenta por ciento!

—*Debes* de estar chalado, Egon —sigue diciendo Porta—. Aunque lleves un corte de pelo burgués, ¡no pienses que puedes sacar la alfombra de debajo de mis pies!

—Es un truhán —grita *Hermanito*, con irritación—. Pensó que podía volcar el cubo de la mierda, ¡y *cargarnos* el mochuelo!

—El hecho de que hayamos vuelto a Berlín te habrá causado una fuerte impresión, ¿no? —dice Porta, meneando tristemente la cabeza.

—Siempre he sido leal con mis amigos —gime desconsoladamente Egon—. Sed buenos chicos y volvamos a «La Gallina». Tus ochenta por ciento te están esperando en buenos fajos. Todo figura en los libros de cuentas. Tal vez haya algún pequeño error en las sumas, pero esto es comprensible en estos terribles tiempos de guerra. En el fondo, soy una *buena persona*, merecería las gracias por lo que he hecho por la gente, ¡pero raramente las recibo!

—Lo único que te mereces es que te machaquen la cabeza con el globo terráqueo —declara Porta, golpeando el volante—. Sé, por ejemplo, que fuiste tú quien hizo que metiesen en chirona a *Ladrón de Bicicletas*, y que fuiste la causa de que liquidasen a Charlotte la *Putas*.

—¡Esto es una *sucia* mentira! —protesta Egon, llevándose las manos a la cara—. Mis manos no se han manchado nunca de sangre.

Las tiende delante de la cara de Porta, para demostrar la veracidad de sus palabras, haciendo que este casi atropelle a una vendedora de periódicos

vestida de azul. La mujer le lanza una andanada de vulgarismos goethianos.

—Claro, eras demasiado cobarde y demasiado astuto para hacerlo tú mismo —sonríe Porta—. El *Enano* cuida de este aspecto de tu negocio. Él estaba allí arriba con Charlotte y *Cigüeña* estaba con él. Le dijeron que arrojarían a sus dos pequeños por la ventana si no apoquinaba el sesenta por ciento de sus ganancias en «El Búho». Como no pagó, volvieron y le aporrearon un poco la cara. Esto tampoco sirvió, porque ella pensó que *Ladrón de Bicicletas* podía ponerlos las peras a cuarto. Por consiguiente, tanto ella como sus dos mamones saltaron de cabeza por la ventana.

—No puedes creer que yo cometiese una acción tan *vil* —dice Egon, con voz temblorosa—. Ve a ver a *Ladrón de Bicicletas*, y él te *dirá* que es mentira.

—¡Esta sí que es buena! —se burla Porta—. Si alguien vuelve a ver a *Ladrón de Bicicletas* fuera de Moabitt, después de la condena que le largaron, llevará una larga barba blanca y tendrá más de noventa y siete años. Según me han dicho, parece ya el fruto de un cruce entre Frankenstein y la Momia.

—Tienes que *escucharme* —grita ansiosamente Egon—. ¿Qué tienes que ver con el *Ladrón*? Era un hombre *terrible*, ¡que torturaba a las mujeres!

—Hablas *demasiado* —le interrumpe *Hermanito*, con irritación—. Por una vez, sé un alemán cabal. Mira a la muerte cara a cara. Eres uno de los antiguos SA del *Führer*, acostumbrado a blandir cachiporras en el treinta y tres.

—No perdiendo el tiempo en los pasillos, como dijo el verdugo cuando se disponía a liquidar al que hacía diez años —ríe Porta, metiendo el vehículo en el parque.

—No os convirtáis en viles asesinos por mi infeliz persona —farfulla Egon—. Solo bromeaba cuando dije que estabais acabados. ¿Es que no *tenéis* sentido del humor? En estos terribles tiempos, ¡hay que reír alguna vez!

—Entonces, ríe —le aconseja Porta, riendo por su parte de buen grado—. Esta es precisamente la razón de que vayamos a *Siegessäule*; queremos desternillarnos de risa en este día tan triste. *Hermanito* y yo hemos visto toda clase de muertes repentinas en nuestros buenos tiempos, pero nunca *vimos* a alguien saltar desde la cima de la *Siegessäule*. Creo recordar que una vez me dijiste que tu mayor deseo era aprender a planear. Pues bien, ahora lo verás cumplido. No olvides extender los brazos y hacer como las gaviotas. *Nosotros* solo te empujaremos, y te aseguro que será un buen empujón.

—Será un *delicioso* espectáculo —grita, jubiloso, *Hermanito*—. ¡Sesenta y siete metros de altura, y aterrizarás en un lecho de rosas!

—Sesenta y siete metros y medio —le corrige Porta—. Pero no te olvides de agitar los pies, Egon, o caerás en picado, y no creo que tu blanda cabezota pudiese resistirlo.

—Sí, tienes que planear, como dicen en los clubes especializados —le aconseja *Hermanito*—. ¡Y utilizar las corrientes de aire ascendente!

Un estrépito ahoga su voz. Porta sale disparado del vehículo anfibio, describe un amplio arco en el aire y va a parar al lago. Cisnes y patos huyen a toda prisa, agitando furiosamente las alas. *Hermanito* rueda como una pelota sobre el asfalto, pero se pone rápidamente en pie. Corre sobre la hierba, tratando de alejarse del anfibio, que rueda chirriando detrás de él.

Se produce una explosión en el anfibio, y las llamas se elevan sobre las copas de los árboles.

Jurando y maldiciendo con más fuerza que la empleada por los patos y los cisnes en sus graznidos de protesta, Porta vuelve a tierra firme.

—¡Esa maldita lombriz! —ruge, furioso—. ¡Nos ha burlado! ¿Adónde ha ido?

—Se metió en el taxi que nos embistió —explica *Hermanito*, agitando desaforadamente los brazos—. Yo lo había visto. Estaba allí, al acecho como un ladrón de cadáveres. Me figuré que solo esperaba a algún cliente. Entonces vi que el *Enano* estaba al volante, pero demasiado tarde para poder hacer algo.

—En cierto modo, *estaba* esperando a un cliente —gruñe Porta, estrujando su gorra—. ¡Aunque no para un viaje ordinario!

—Si quieres saber mi opinión —dice *Hermanito*, en tono ofendido— se necesita mucha caradura para embestir deliberadamente a un pacífico vehículo del Ejército de Adolfo en medio del parque. Todos los rótulos indican una velocidad máxima de veinte kilómetros, ¡y ese cerdo se nos ha echado encima a cien! ¿Dónde está la Policía de Tráfico cuando la necesitas? ¡Nunca en su sitio!

—¡Es lo *último* que me faltaba ver! —ruge Sally, cuando vuelven al Ministerio de la Guerra y le refieren el incidente del taxi—. ¿No habéis oído hablar de la dinamita? ¿Por qué no meter un par de cartuchos en la espalda de esa alimaña? ¡Ahora tenéis que matar a esa rata, si queréis seguir con vida! Sus pajarracos deben de estar rondando por toda la ciudad, ¡en espera de una ocasión para volaros la cabeza! Y aquí os estáis sentados, como un par de gatos mojados secándoos al calor de los radiadores del gobierno. ¡Oh! ¡Tendría que *escupiros* a todos en la cara!

—Esta causa terminará con una sentencia muy dura —gruñe Porta, con una expresión aviesa en los ojos. Escurre un poco más su capote—. ¡El *Pervertido* me las va a pagar! Cuando yo decido que va a saltar de la *Siegestsäule*, ¡no puede salirse de rositas tomando un taxi!

—No entiendo como han podido saber que estábamos en el parque, —pregunta *Hermanito*, distraídamente.

—Las dos que encerrasteis en el armario, —explica Sally, abriendo los brazos, disgustado, han oído todo lo que habéis dicho y también dónde lo estabais llevando. No se requiere el cerebro de Einstein, para maquinar un plan de payasos como el vuestro. Las pequeñas células grises del Enano empezaron a moverse en su cabeza y el resto os lo podéis imaginar. Salir y ordenar este asunto de una vez para siempre. Egon estará sentado en el «Búho», hablando a rienda suelta. Atravesar el corral y entrar por la ventana del sótano, así podéis pillarlo por la espalda. Es más fácil. ¡Este es el motivo por el que los comisarios de Stalin siempre disparan al cogote de la gente que debe ser liquidada!

Porta guarda la «Nagan», su pistola preferida, en su funda bajo la axila y se mete en el bolsillo diez cargadores.

—¿Crees que haríamos bien llevando con nosotros una metralleta? —pregunta poniendo su «P-38» en otro bolsillo de dónde será fácil extraerla, si tuviera problemas graves.

—¡No lo hagas! —dice Sally en tono seco—. ¡Estas en Berlín, una ciudad civil, dónde las personas que van con metralletas rompiendo los escaparates no son apreciadas!

—¡Vamos! —decide Porta con dura expresión. Esta vez resolveremos el asunto de un modo muy simple. ¡Lo ahorcaremos como hacen en Tejas con los ladrones de caballos!

—¡Estad atentos! —advierte Sally, mientras salen del despacho. Ojo con las sorpresas. ¡Egon no es un campesino cualquiera venido del Schleswig!, ¡recordarlo! Es un auténtico berlinés y sabe qué hace falta para sobrevivir en esta ciudad.

Cuando entran por la ventana del sótano para coger a Egon por la espalda, *Hermanito* queda encajado en el marco, Porta se tiene que servir de un punzón para hacerlo pasar.

De puntillas suben al primer piso de donde proviene un coro de voces. Las dos primeras habitaciones están vacías, pero la tercera está llena de gente.

Egon está detrás de una enorme mesa, que hace que aún parezca más menudo que de costumbre. Viste completamente de negro, con camisa

blanquísima que, según piensa, sienta muy bien a su tez morena artificial. Cree que el color tostado da aspecto de poder y de éxito. A cada lado de su sillón hay un guardaespaldas de anchos hombros, mirando la habitación con ojos vigilantes. Otros dos gorilas, apenas visibles bajo la amortiguada luz, montan guardia junto a la puerta que conduce al restaurante. Suena, a lo lejos, un ruido de tambores y saxófonos.

—Guau —ladra *Hermanito*, inclinándose sobre Egon—, parece como si te hubieses tropezado con un enjambre de avispas, pero, probablemente, solo habrás dado un paseo en taxi por el Zoo, ¿no?

—Vosotros ibais a *matarme*, chicos —dice pausadamente Egon, lanzando una bocanada de humo a la cara de *Hermanito*, como hacen los gángsteres en las películas americanas.

Hermanito lanza una fuerte y larga risotada. Cree que es lo adecuado para salvar el tipo.

De pronto, empiezan a ocurrir cosas simultáneamente. Porta dijo más tarde que aquello había parecido un formidable terremoto. Toda la banda se arroja sobre ellos. El matón que está más cerca de *Hermanito* le da en la cara con una tabla, y el golpe es tan fuerte que la tabla se parte por la mitad.

—¡*Matadlos!* —aúlla Egon, satisfecho, lanzando una mirada asesina a *Hermanito*.

Los dos guardianes de la puerta agarran a Porta y tratan de arrancarle la cabeza. Brillan puños de hierro que van a dar en su cara. Él se retuerce y larga una patada, y su pie tropieza con algo blando. Uno de los guardianes pega un salto atrás y chilla, apretándose la entrepierna con ambas manos.

Hermanito rueda como una pelota y se pone en pie al instante. Agarra una silla y la estrella en el cogote del atacante más próximo. La silla se rompe en pedazos y el hombre se derrumba con un débil gruñido.

El otro guardaespaldas se lanza sobre *Hermanito* blandiendo una porra de metal y cuero. *Hermanito* le embiste con sus 116 kilos de peso. Engancha la pierna del hombre con un pie y ambos caen al suelo, con el estruendo de una caldera de barco bajando a través de toda la casa. *Hermanito* descarga un puñetazo en el cuello del matón, rompiéndole la nuez como si fuese una cascara de huevo. El hombre lanza un grito horrible, inhumano, y rueda por el suelo, soltando la porra.

Porta la agarra y empieza a repartir golpes a sus dos atacantes.

Egon advierte el rumbo que toman los acontecimientos y, como no se siente a gusto en el centro de la escena de violencia, coge su bien cortado abrigo negro y sale corriendo por la puerta.

—¡A él! —grita Porta, descargando la porra sobre la cabeza de uno de los gorilas, en ademán casi amistoso.

—¡Me dais pena! —grita *Hermanito*, haciendo girar su pistola de un lado a otro—. Por esta vez, os dejamos en paz, ¡pero volveré algún día para ajustaros las cuentas a todos! Generalmente, no matamos a la gente si no es por mutuo acuerdo. ¡Contra la pared! Separad las piernas y apoyad las manos en la pared. ¡Más arriba! ¡Bien se ve que no habéis estado nunca en Hamburgo!

Les cachea con dedos hábiles, vaciando sus bolsillos de cuanto llevan en ellos: llaves, monedas, cigarrillos, carteras, pistolas. Se guarda las carteras y arroja todo lo demás por la ventana. Retrocede de espaldas, sale por la puerta, la cierra y apoya una silla debajo del tirador.

Porta cruza en tromba el restaurante, derribando a un camarero a su paso, y sale a la calle. Empieza a correr por ella, pero se detiene, dándose cuenta de que Egon ha ido probablemente en la otra dirección, y vuelve sobre sus pasos.

Hermanito sale corriendo por la puerta, todavía con la pistola en la mano, y mira confuso a su alrededor.

Suena un chasquido detrás de él.

—¡Me las vas a *pagar*! —ruge uno de los gorilas, August, que ha logrado salir y emprender la persecución—. ¡Te haré *trizas*! —aúlla, blandiendo la porra que Porta dejó caer, para demostrar que habla en serio.

Una bala silba en la oscuridad. Le hace girar en redondo y lo lanza contra la puerta, que se abre hacia dentro entre una lluvia de cristales rotos y astillas de madera. De momento, parece como si fuese a retirarse, pero después se derrumba lentamente, como un saco de trigo agujereado.

—¡Cuidado! —grita Porta, sintiendo, más que viendo, una figura oscura que sale de detrás de unos cubos de basura y le apunta con algo grande y negro. Porta se lanza detrás de un montón de sacos de patatas, junto con *Hermanito*. Suena una ráfaga de tiros. Las balas silban sobre sus cabezas. Sus propias pistolas están dispuestas. Pero la figura oscura se ha desvanecido. Todo está en silencio. Un silencio amenazador. Se ponen cautelosamente en pie.

—¡Por *todos* los diablos! —maldice Porta—. ¡Hoy todo nos sale *al revés*! ¿Quién demonios *era* ese cerdo nazi que se ha atrevido a disparar contra miembros legales del Ejército?

—No pudo ser Egon —considera *Hermanito*—. Se habría partido en dos si hubiese disparado un arma de ese calibre. ¡Solo pueden emplearlas los soldados veteranos y los verdaderos hombres!

Avanzan pegados a la pared, precaución propia de hombres bien adiestrados. *Hermanito* está a punto de mirar por una esquina cuando una explosión terrorífica sacude la noche. El estruendo resuena en las paredes y a lo largo de las calles oscurecidas, pero no se levanta una punta de cortina en las ventanas. Todos los berlineses saben que la curiosidad innecesaria puede abreviar considerablemente la vida de la gente. Si no era la Gestapo haciendo de las suyas, podía ser algo aún peor, y, en todo caso, nada de lo que conviniese ser testigo.

Con andadura de gato y las pistolas a punto, Porta y *Hermanito* recorren la calle a paso vivo. Miran dentro, detrás y debajo de todos los coches aparcados, y levantan las tapas de todos los cubos de basura.

Hermanito es el primero en percibir el sonido de unos pasos rápidos en la oscuridad de la noche. Poco después, ven una figura que cruza rápidamente la calle.

—¡Maldita sea! —grita Porta, con entusiasmo, agachándose y sosteniendo la «Nagan» con ambas manos, a la manera aprobada de la Policía de Nueva York al encontrarse con puertorriqueños. Dispara cinco tiros, con tal rapidez que diríase uno solo. Ninguno de ellos da en el blanco, cosa que le sorprende en gran manera, pues los tiros de la Policía de Nueva York no fallan nunca—. Una «Mpi» habría sido más eficaz —se lamenta—. Ese cerdo ha escapado sin un rasguño. Pero espera...

—Ese hijo de puta se está cagando de miedo —dice *Hermanito*, con una mueca—. Corre como un conejo capado. De un lado para otro y sin llegar a ninguna parte. Es *nuestro*. ¡Pronto le haremos un agujero en el cuerpo! Pillándolos uno a uno, puedes liquidar todo un Ejército sin recibir un rasguño.

—Pasa a la otra acera —le ordena Porta— y yo seguiré por esta. En cuanto veamos a ese maldito mono, ¡pam, pam!, y lo borramos del mapa de Berlín.

—Ni ese cabrón ni otro alguno me quitará a mí la vida. Ni siquiera con dinamita o con tenazas al rojo —dice *Hermanito*, chirriando los dientes—. ¡Por todos los sucios diablos paganos, y por Dios al mismo tiempo, que he de darle su merecido a ese patán ateo!

Porta corre como un buldócer alrededor de la medio arruinada estatua del otro lado de Franken Strasse, y va a darse de bruces con el pistolero, que ahora empuña una metralleta. Imposible saber cuál de los dos grita más fuerte. Los alaridos ponen a *Hermanito* sobre aviso.

Sin vacilar, dispara a través de la calle. Los cristales de las tiendas y de los escaparates del cine cerrado desaparecen en una lluvia de vidrios rotos que

cae sobre la calle.

—Gracias a Dios que todavía estamos en forma desde Rusia —gruñe *Hermanito*, refugiándose detrás del bordillo.

El pistolero corre por un estrecho callejón. Porta le sigue, empuñando la «Nagan». Cristales de ventanas y de escaparates saltan en añicos a su paso. De vez en cuando, un coche se queda sin parabrisas.

En la terminal del tranvía, Porta se detiene jadeando, para que *Hermanito* pueda alcanzarlo. Este llega con estruendo, arrancando chispas de las piedras con sus botas claveteadas.

—¡Jesús! —cloquea, excitado, deteniéndose al lado de Porta—. Ese maloliente paisano parece que lleve fuego en el culo. ¿Crees que le habremos dado? Me parece que chorreaba sangre en abundancia cuando pasó junto al semáforo de Bellevue Strasse.

—Creo que le *he* rayado un poco —dice Porta, mirando arriba y abajo, con la luz de la caza brillando en sus ojos.

Algunas cabezas empiezan a asomarse precavidamente a las puertas.

Ahora se oye el sonido de una sirena de la Policía acercándose desde Link Strasse. Las luces intermitentes se dirigen al sitio donde empezó el tiroteo.

—Esos puercos *Schupo* no están nunca donde se les necesita —gruñe Porta, cargando su «Nagan»—. ¡Que el santo dios alemán les corte las nalgas con un cuchillo de madera!

—¿Sabes quién es el que ha disparado contra nosotros? —pregunta *Hermanito*—. Estuviste tan cerca de él que casi le pisaste las almorranas. Incluso una hormiga, con los ojos muy pequeños, hubiese debido reconocerle.

—Es un tipo al que llaman *Fresas y Crema* —dice Porta, reflexivamente, soplando en el cañón de la «Nagan» y mirando la bala dum-dum de la recámara—. Cuando hayamos acabado con él, lo llamarán *Jalea de Fresa*.

—¿Por qué le llaman *Fresas y Crema*? —pregunta *Hermanito*.

—Cabellos rojos y carne blanca. Parece como si le hubiesen rebozado con harina. Y también tiene blanda la cabeza —responde Porta—. ¡El apodo es muy adecuado!

—Tiene que estar majareta —considera *Hermanito*, doblando el cuello para mirar calle abajo—. Corre de ese modo por las calles públicas, disparando como un loco, donde otros pueden verlo. No hay que ser psicólogo para saber que tiene mierda en vez de sesos.

Porta se inclina la gorra de costado y se rasca la cabeza con el punto de mira de su pistola.

—Vayamos por Koester Strasse. Si no me equivoco, estará en camino de los muelles para encontrar cobijo entre los bultos.

Cuando entran en Hafenplatz, una lluvia de balas cae sobre ellos desde el otro lado. Rebotan en las paredes a su espalda, y cemento y yeso en polvo caen sobre sus cabezas.

La «P-38» de *Hermanito* truena, arrancando medio ladrillo de la esquina de un edificio y convirtiendo una ventana en una lluvia de cristales sobre los ocupantes.

—¡Sal de ahí, puerca gelatina de fresa! —aúlla Porta, loco de furor.

Dispara su «Nagan» con tanta rapidez que parece una ametralladora.

—Asoma la cabeza, para que podamos pegarte un tiro —ruge *Hermanito*, presto a la acción, recargando su «P-38».

Desgraciadamente para él, el pistolero pierde la cabeza. Cruza la plaza corriendo, se lanza sobre una alta valla y cae al otro lado sobre unos cubos de basura, con el ruido de un «T-34» en una tienda de porcelanas.

—Esa fresa pasada está lista —exclama, jubiloso, *Hermanito*.

Toma impulso, salta la valla con un estilo propio de los Juegos Olímpicos y cae directamente sobre el apestoso contenido de uno de los altos cubos. Rugiendo de furor, asoma la cabeza sobre el borde del cubo. A dos metros de distancia, ve a *Fresa* sentado sobre un saco de cebollas, manipulando su metralleta. El cargador se ha atascado, y no puede amartillarla.

—¡Jesús! —vocifera, arrojando desesperadamente el arma al suelo. Y *ahora* funciona. Todo el cargador se dispara en una sola ráfaga de tiros. Llueven balas sobre lo alto de las casas.

Cautelosamente, Porta asoma la cabeza sobre la valla. Le basta una mirada para hacerse cargo de la situación. Salta al otro lado y dispara cuando aún está en el aire. Silban y rebotan las balas alrededor de *Fresa*, el cual se arroja al suelo chillando y considerándose muerto.

Todo ha terminado. Porta y *Hermanito* están plantados junto a él, apuntándole a la cabeza con sus armas.

Fresa cierra los ojos y espera los disparos. Para su gran sorpresa, no pasa nada. Si él se hubiese hallado en la posición de los otros, habría disparado en el primer momento. La experiencia le ha enseñado que esto es lo más prudente.

—¿Has terminado tu representación? —pregunta Porta, en tono desilusionado, dándole una patada—. ¡Levántate, *Fresa Verde*, y dinos dónde se esconden Egon y el *Enano*! Y no trates de engañarnos, pues no dejaremos que una fruta podrida como tú nos tome el pelo. Abre tu apestosa boca para

avisarles, ¡y tu pequeño cerebro se hará añicos en Moabitt! Y cuando te suelten, emprenderás el camino hacia el ocaso, *panyemayo*?

—¿Por qué no le molemos el culo a patadas durante todo el trayecto hasta el escondrijo de Egon y el *Enano*? —pregunta *Hermanito*, que no desea otra cosa.

—Tú eres uno de esos coñomaníacos aficionados a las tías con botas de montar, ¿eh? —pregunta Porta, pinchándole las costillas con el cañón de su pistola para estimular su actividad mental.

Fresa asiente resignadamente, limpiándose la basura de la cara, pues la recibió al volcar *Hermanito* el contenido del alto recipiente.

—Si no haces exactamente lo que queremos y no nos dices la verdad —grazna Porta, satisfecho, agitando un dedo bajo la nariz de *Fresa*—, nunca volverás a ver un par de botas de montar en las piernas de una tía. Y tu próximo calzado será un par de zapatos de hormigón que te pondremos antes de arrojarte por uno de los puentes del Spree. Y ahora dinos dónde encontraremos al mayoristas de coños de Egon.

Fresa mira desesperadamente a su alrededor, como un náufrago buscando tierra. No la ve, y resuelve que lo más prudente es contestar la pregunta de Porta, con veracidad, y esperar que Porta liquide a Egon antes de que este descubra quién ha revelado su escondrijo. Respira dos veces profundamente y trata de dar a su cara una expresión sincera.

—Egon y el *Enano* están en casa de ese loco guardián del Zoo, esperando la noticia de vuestra muerte —murmura en voz baja, mirando a todas partes.

—¿Ese imbécil que compra toda clase de animales muertos y los diseca? —insiste Porta, dándole unas cuantas bofetadas para aclararle las ideas.

—¡Sí, sí! —responde *Fresa*—. Cuando entras allí por primera vez, te llevas un buen susto. Los animales tienen aparatos mecánicos, ¡y gruñen y se mueven como si estuviesen vivos!

—Los que se llevarán un buen susto serán Egon y el *Enano*, cuando nos presentemos —dice *Hermanito*, sintiéndose satisfecho.

—No te muevas de aquí antes de media hora —advierte Porta, disponiéndose a saltar la valla—. Si lo haces, pronto habrá un hijo de puta menos en el mundo.

Se deslizan a través del jardín y suben hacia la casa del guardián.

—Ahora —ordena Porta, cuando llegan frente a la puerta.

Están chorreando agua, porque han caído en una piscina donde el guardián lava los animales muertos antes de empezar sus operaciones.

El primer obstáculo se presenta en forma de corpulenta ama de llaves, que ha asegurado la puerta con una cadena.

—Buenos días, señora —dice Porta, sonriendo y saludando cortésmente.

Ella frunce el ceño y mira con aprensión las pistolas que los dos hombres llevan en la mano.

—¿Qué desean? —pregunta, con voz «prusiana»—. El señor guardián está celebrando una conferencia y no quiere que lo molesten.

—Soy su hermano, y vengo a visitarle —declara *Hermanito*, con toda su cara dura.

—¿De veras? —pregunta la mujer, con ostensible incredulidad— No sabía que el señor guardián tuviese un hermano. ¿Se apellida usted Tut, como él?

—Generalmente, los hermanos llevan el mismo apellido —dice Porta, sonriendo amistosamente.

—¡Apártese! —ruge *Hermanito*, perdiendo de pronto la paciencia y apuntándole al cuello con su «P-38»—. ¿O quiere que le meta una píldora en el cuerpo?

—¡Dios mío! ¡No! —balbucea la mujer, llevándose las manos a la cara.

—Quite esa cadena y mantenga cerrada la boca, y no le pasará nada —dice Porta—. No queremos hacerle daño a una dama dulce y amable como usted; sería una lástima, ¡y causaría muchos trastornos a la compañía de Seguros!

Con manos temblorosas, la mujer quita la cadena y se aparta de la puerta.

—Así está mejor —gruñe *Hermanito*, metiéndola en el retrete y cerrando la puerta con llave.

Tan silenciosamente como una compañía de tigres en ataque, recorren la casa del guardián. *Hermanito* está furioso, rebosante de fuerza incontrolable.

Sería *capaz* de atravesar una pared de hormigón para apoderarse de Egon y del *Enano*. Miran debajo de los sofás. Abren armarios. *Hermanito* abre incluso las ventanas para mirar al jardín.

Los encuentran en el primer piso junto a el guardián loco y dos furcias callejeras. Las muchachas yacen en sofás separados, haciendo cosas que harían desmayarse a un censor de películas.

El *Enano* tiene en la mano una pistola casi tan grande como él.

—¡Alto o disparo! —grazna, moviendo la pistola a un lado y a otro, como si espantase las gallinas de un macizo de flores.

—¡Mearte en los calzones, es lo que vas hacer! —ríe *Hermanito*, agarrándole por el pecho con un puño gigantesco—. Para dejar las cosas

claras, yo diría que te has pillado los cojones en una trampa ratonera.

—Por la ventana, ¡y de cabeza! —ordena firmemente Porta.

—¿A qué distancia quieres que lo lance? —pregunta *Hermanito*, empleando la cabeza del *Enano* para romper el cristal de la ventana, que cae en añicos sobre el cemento de abajo.

—Lo más lejos que puedas —gruñe Porta y asegúrate de que caiga sobre una piedra grande y puntiaguda.

Hermanito levanta al *Enano* sobre su cabeza y da un paso atrás para tomar más impulso.

Las dos rameras se tapan la cara y empiezan a gemir lastimosamente.

—¡Adiós, pigmeo! —trueno *Hermanito* y arroja por la ventana al *Enano*, que se lleva el marco y todo lo demás en su caída al jardín.

El *Enano* aterriza con un sordo chasquido pero no está muerto ni mucho menos. Antes al contrario, sale disparado como una flecha entre los arbustos frutales y desaparece en el mojado campo no sin darse un chapuzón en la piscina donde baña el guardián los animales muertos.

—Bueno, ya has alquilado tu último taxi —grita Porta, y, con movimiento experto, pasa una cuerda por el cuello de Egon.

Una de las chicas entra en acción. Es la que lleva el vestido negro. Salta sobre la espalda de Porta y le clava los dientes en una oreja. Porta lanza un grito y suelta a Egon. El *Pervertido* está cruzando ya la puerta cuando *Hermanito* cae sobre él. Ruedan por la empinada escalera, estrechamente abrazados y armando un ruido terrible. Chocan contra un gran orangután disecado y lleno de mecanismos que le permiten moverse, cosa que hace precisamente ahora. Abre su enorme boca roja y agita los brazos de un lado a otro. *Hermanito* no puede dar crédito a sus ojos. Busca a tientas su pistola, lanza un grito de horror, se levanta de un salto como un gato escaldado, salta por la ventana y se mete en una serie de profundos charcos. Agua y barro forman surtidores a su alrededor. Vuelve a cruzar la piscina del guardián, pero, esta vez, ni siquiera se da cuenta.

Egon, que yace de bruces, se vuelve con dificultad, para ver adónde ha ido *Hermanito*. Pero, en vez de *Hermanito*, ve un enorme y peludo monstruo que se acerca a él contoneándose; unos grandes colmillos amarillos salen de su abierta boca roja. Egon, que ha empezado a ponerse en pie, con intención de echar a correr, cae hacia atrás a causa de un ligero desvanecimiento. Vuelve rápidamente en sí cuando el peludo monstruo, de ojos brillantes y afilados colmillos, cae sobre él. Intenta salir de debajo de él, pero queda totalmente paralizado por el miedo cuando siente que los colmillos rozan su mejilla.

Grita dos veces. La segunda, cuando siente que tiene la cabeza dentro de la boca del orangután. Es lo último que sentirá en su breve y tormentosa vida. Ni siquiera tiene tiempo de espantarse más. Pierde completamente la cabeza, constreñida por espasmos sucesivos. Y muere en el acto, de infarto, con un chillido y un profundo suspiro.

—¡Coño! —grita Porta, sacudiéndose la chica del vestido negro—. Será mejor que nos larguemos en seguida. Los patanes que han venido a la gran ciudad para divertirse un poco están ya llenando la calle. Deben de haberse enterado de que se desarrolla un «acontecimiento social» en esta casa. Los *Schupo* llegarán dentro de un momento, ¡y no se andan con remilgos para emplear sus pistolas!

—¿Dispararían contra nosotras? —preguntan a coro las dos chicas.

—Podéis apostar el cuello a que sí —responde Porta.

Las arrastra hacia la calle, donde se mezclan con los expectantes curiosos, que acaban de llegar directamente en el correo de Silesia y de Westfalia.

—¡Santo Dios! —exclama Porta un poco más tarde, respirando profundamente y sentándose en el despacho de Sally—. Ahora *tengo* que relajarme un poco, para volver a pensar claramente como una persona normal.

—Arrancaré las orejas a ese maldito *Enano* —promete *Hermanito* que, como de costumbre, se ha tumbado de bruces en el suelo—. *No podemos* dejar que *se* salga de rositas. ¡Tiene la mente de un gorila que se hubiese dado de cabeza en un árbol en el momento de nacer!

—Ante todo necesitamos nuevos cacharos, a los que no se pueda seguir la pista —dice reflexivamente Porta, rascándose el pecho de saliente esternón—. No pueden volver a ser piojos, ¿verdad? —pregunta, tratando de observarse por debajo del uniforme.

—¿Para qué quieres nuevas herramientas? —pregunta *Hermanito*, sin comprender—. Con la *mía* puedo darle a una mosca entre los ojos en una noche oscura, como dos y dos son cuatro. Con armas nuevas, hay que *acostumbrarse*.

—Eres más estúpido que el día que naciste —grita Porta, con enojo—. ¿No comprendes, hombre, que para liquidar a alguien fuera del campo de batalla necesitas un arma que no te delate? En otro caso, pueden surgir graves problemas y pueden hacerte muchas preguntas desagradables. Si te pillan y el fiscal tiene un cacharro que puede demostrar que es tuyo y ha sido usado para despachar a algún imbécil, es rarísimo que el jurado te declare inocente.

¿Comprendes *ahora* por qué necesitamos una Artillería ligera que pertenezca a otras personas y no lleve grabados nuestros nombres?

—Yo cuidaré de esto —dice *Hermanito*, con satisfacción—. No puede ser más fácil. Puedo hacerme con ellas en el pabellón de guardia de este *mismo* lugar. Tienen todas sus herramientas colgadas de ganchos. ¡Basta con alargar la mano para cogerlas!

—No. ¡Protesto! —grita Sally, impresionado, levantándose de un salto de, su sillón detrás de la mesa—. ¡Nada de armas de fuego del Ministerio de la Guerra! ¡Nuestro prestigio está ya bastante quebrantado!

—Está bien; entonces iré a Prinz Albrecht Strasse —declara *Hermanito*, despreocupadamente—. Conozco allí a un cabezota importante. Cuando los sabuesos de «Alex» se enteren de que el maldito *Enano* ha sido enviado al otro mundo por cañones «SD», ¡dirán que ha sido una ejecución legal y echarán tierra al asunto!

—No eres tan estúpido como pensaba —confiesa Porta, con cierta admiración.

Cuando regresa *Hermanito* con tres grandes «Walthers» del 7,65, conseguidas en el cuartel general de la Gestapo en Prinz Albrecht Strasse, Sally está a punto de sufrir un síncope.

—¿Cómo has podido sacarlas de allí? —pregunta, boquiabierto—. ¿No te registraron al salir?

—Como dije antes, conozco allí a un tipo importante —responde jactanciosamente *Hermanito*.

—¿Tal vez Himmler en persona? —pregunta Porta, sonriendo maliciosamente.

—También le conozco —ríe *Hermanito*, que no cabe en sí de gozo—, pero, afortunadamente, él no me conoce a mí. También me he llevado algunas «verdes». Las suficientes para calentar a un negro capado —añade, sacando una cajita de píldoras verdes del bolsillo.

Sally y Porta toman inmediatamente dos cada uno, mientras que *Hermanito* se toma tres. Dice que se siente un poco alicaído. Los tres las tragan con whisky de Sally.

—Estas verdes son fantásticas —dice Porta—. Empiezan a hacer efecto cuando aún las tienes en la garganta. No sé cómo os sientan a vosotros, pero, en este momento, yo me siento como una división «Panzer» con armas auxiliares, dispuesta a arrasar un pueblo. Ese *Enano* tendrá mucha suerte si pasa del día de hoy, y me gustaría que alguien se metiese con *nosotros*, después de abandonar él este valle de lágrimas.

En su paseo por Berlín, echan un vistazo a «El Cerdo de Oro», pero allí nadie ha visto al *Enano* desde hace algún tiempo.

—Ese lugar está generalmente muy animado —dice Porta, mientras cruzan Gendarmenmarkt—. Una vez, en una fiesta de Navidad, un beduino que trabajaba en la «Siemens» pegando cajas de cartón quedó lisiado para toda la vida, y dos de sus camaradas de piel oscura fueron *simplemente* liquidados. ¡Fue una verdadera fiesta navideña! Al menos, así lo cuentan. A propósito, el establecimiento estuvo tres meses cerrado. Un comisario gordo, que vende cerdos, se presentó y dijo: «¡Vamos a cerrar, muchachos!».

—¿Y lo hicieron? —pregunta *Hermanito*, sorprendido.

—*Tuvieron* que hacerlo —sonríe Porta—, pues el comisario gordo iba acompañado de todos los *Schupo* del mundo, ¡y estos habían desenfundado sus armas!

Miran en muchos sitios. En «La Pata de Palo» encuentran a un conocido de Porta. Está sentado en un alto taburete del bar, y lleva sombrero, abrigo de pieles y gafas de sol, a pesar de la oscuridad y del calor de la calle.

—¿Has visto al *Enano*? —le murmura Porta, con aire de conspirador.

—No te conozco —dice *Gafas de Sol*—. Ya has armado bastante jaleo en Berlín.

Con un movimiento inconfundible, desliza la mano debajo de su abrigo.

Se oye un fuerte golpe. Las gafas de sol y el sombrero dan en el techo, y su propietario da vueltas en la puerta giratoria. *Hermanito* le ha dado una tremenda patada en la rabadilla.

—Y también es miembro de la «Sociedad del Anillo» —escupe desdeñosamente Porta.

—¿«La Sociedad del Anillo»? —pregunta *Hermanito*, sin comprender.

—Sí, «La Sociedad del Anillo». Todos sus miembros han estado en chirona al menos tres años.

—¿Buscáis al *Enano*? —pregunta una prostituta vestida de rojo.

—Debes de ser clarividente —ríe Porta, satisfecho.

—Echad un vistazo a «El Travestí» —dice ella, sonriendo tontamente y moviendo, incitante, sus largas pestañas postizas.

—Es curioso que esté en «El Travestí» —dice reflexivamente Porta, mientras cruzan Gendarmenmarkt en sentido contrario—. Generalmente, solo van allí chiflados con los huevos blandos, zapatos de tacón alto y apestando a perfume de puta barata.

El *Enano* está allí. Sentado en el fondo del salón. Apaga su cigarrillo sobre el pecho desnudo de una furcia, para que la próxima vez no se olvide de

pagarle el dinero de protección.

—Tenía unos deseos locos de volver a verte —murmura Porta, que se ha colocado sin hacer ruido detrás de él y apoya en su cogote la punta de su afilado cuchillo de combate.

El *Enano* lanza un grito estridente y se cae del taburete. Da de cabeza contra la pared, se levanta y corre hacia la puerta, pero allí se encuentra con *Hermanito*. Lanza otro alarido y se arroja de cabeza por una ventana cerrada, sin tener en cuenta la circunstancia de que está en un primer piso alto.

«¡Plop, plop!», hace la «Walther» con silenciador de *Hermanito*.

—Si capas de un tiro a ese gnomo sádico, podrás dormir gratis conmigo durante una semana —promete la muchacha a quien ha usado el *Enano* como cenicero.

—¿Dormir? —ríe *Hermanito*, moviendo las orejas—. Lo has entendido mal. He estado en el hospital, ¡y no *necesito* dormir en toda la semana!

—Estás muy buena —dice galantemente Porta, dándole unas palmadas en los muslos—. Eres lo bastante bonita para hacer perder el rumbo al viejo Ulises. —Se asoma a la ventana—. ¿Adónde cojones ha ido ese pigmeo?

—Le encontrará en el Tiergarten —dice una muchacha de medias plateadas y ligas rojas—. Cuando está en apuros, va siempre a esconderse en la casa de uno de los guardianes. No puedes equivocarte. Una casa redonda y blanca, donde empieza el parque y comienzan las pistas para caballos... ¡que apestan a mierda!

—¡Allá vamos! —grita ansiosamente Porta, y baja la escalera en dos zancadas, seguido por *Hermanito* como un alud.

Un chulo plantado en la entrada, para no perder de vista a sus chicas, es derribado y poco menos que aplastado.

—¿Han llegado los rusos? —grita, confuso, mirando aterrorizado a Porta y a *Hermanito*, que corren desaforadamente calle abajo.

Acaban de entrar en el Tiergarten cuando ven al *Enano*. Él les ve al mismo tiempo y, con un largo y penetrante grito de agonía, corre por el sendero levantando una nube de polvo. Después comete un error táctico y se mete en la torre del agua.

—Ya es *nuestro* —ríe Porta entre dientes—. *Veremos* cómo cae alguien desde las alturas. ¡Esto es mucho mejor que la *Siegessäule*!

Hermanito echa la cabeza atrás.

—¡Sí que es alto! —dice, con admiración—. Cuando salte de ahí, no se librará con una *simple* cojera. Pero ¿y si no salta? Tiene que pasar sobre la

barandilla, ¡y es tan bajito que no puede alcanzar el borde aunque estire los brazos y se ponga de puntillas!

—No queremos que se esfuerce —dice Porta—. ¡Nosotros lo *levantaremos*!

Guiña un ojo, satisfecho, imaginándose al *Enano* cayendo de la torre del agua.

Empujan la puerta de hierro y el golpe resuena en el interior de la torre vacía. El *Enano* ha apuntalado una pala debajo del tirador. Oyen el tamborileo de sus pies en la escalera metálica.

—Tiene prisa por llegar arriba —ríe Porta.

—Más prisa tendrá cuando baje —responde *Hermanito*, haciendo una amplia mueca—. ¡Será estupendo ver a esa sanguijuela cayendo como una bomba angloamericana intentando dar al Cuartel General del *Führer*!

Llegan a la plataforma superior siguiendo al *enano*, que gime y chilla de miedo. Dan cuatro veces la vuelta a la plataforma, hasta que Porta cambia de dirección y se da de bruces con el *enano*.

—Se acabó la felicidad, hijo de puta —ruge jubilosamente Porta, alargando las manos para asir el cuello del hombrecillo.

—¡No, no! —aúlla el *Enano*, dando un salto atrás y largando una patada con su bota claveteada del número cuarenta y seis.

Porta esquiva el golpe con demasiada lentitud, y la bota le da en la espinilla. Al doblarse por efecto del dolor, el *Enano* le clava los dedos rígidos en la cara. Después, este da un salto, se desliza entre las piernas de *Hermanito* y, girando como una peonza, le larga una terrible patada en la entrepierna.

Hermanito grita, como sometido de pronto a un potro de tortura medieval, y agarra con ambas manos la parte dolorida de su cuerpo.

—Ya te *has* divertido bastante —ruge Porta, apuntando al *Enano* con su pistola.

Dispara tres veces, rápidamente, pero ninguna de las balas da en el blanco.

El *Enano* salta sobre la barandilla de la plataforma y, por un momento, permanece allí plantado, oscilando peligrosamente.

Porta baja su pistola y contempla boquiabierto al hombrecillo que agita los brazos para conservar el equilibrio.

—¡Jesús, María y José! —exclama *Hermanito*, olvidando el dolor de sus testículos—. ¡Ese pigmeo no parece darse cuenta de lo lejos que está del suelo!

—¡Santa Madre de Dios! —chilla desesperadamente el *Enano*.

Se inclina hacia atrás, pero recobra el equilibrio con un movimiento de los brazos.

—Si saliese con vida de esto, podría actuar en un buen espectáculo —dice pensativamente Porta—. Me pregunto si podríamos venderlo a un circo ambulante.

Hermanito alarga una mano para empujar al *Enano*, pero una ráfaga de viento se le anticipa. El hombrecillo se inclina fuera de la plataforma en el que parece ser un ángulo imposible. Extiende las manos, pero no hay nada a lo que pueda agarrarse. Se vuelve y cae de cabeza a través del aire neblinoso.

Porta y *Hermanito* se asoman a la barandilla para observar su caída.

—Emplea los brazos —grita *Hermanito*—. Emplea los brazos como hacen las gaviotas. ¡Así aterrizarás más suavemente y no te abrirás el coco!

Un *Schupo*, que está hablando cometiendo alta traición con un guardián del parque junto a la puerta de entrada, mira hacia arriba y ve al *Enano* en su descenso. Lanza un gemido y se le doblan las piernas. Le llamaban Peter *el Corajudo*, y se había ganado fama de valiente en las unidades de reclutamiento a finales de los años veinte, cuando era una de los mejores con la porra o con la culata de un fusil.

El guarda se echa de bruces detrás de un cubo de basura. Piensa que el *Enano* es una nueva clase de bomba lanzada por los aliados.

Los zapatos del número 46 del *Enano*, sobresaliendo del techo roto de un VW de la Organización Todt, es cuanto queda visible de él. Todo lo demás está mezclado con el volante y el cambio de marchas, o aplastado sobre el tablero de instrumentos.

—¡Y pensar que lo ha hecho él mismo! —grita Porta, entusiasmado, bajando ruidosamente por la escalera metálica—. ¡Somos completamente inocentes!

—Podemos lavarnos las manos, como aquel cabrón que hizo clavar a Jesús en el madero —grazna *Hermanito*, bajando tan rápidamente que casi tropieza con sus propios pies.

Pocos minutos más tarde, los teléfonos empiezan a sonar en la jefatura de «Alex». El comisario, *Asesino* Schultze, que debe su nombre a haber sido subjefe de la Brigada de Homicidios, apenas si puede dar crédito a sus oídos.

—¿Qué dice usted? ¿Que se ha arrojado desde lo alto de la torre del agua y arruinado un vehículo de la patria? Debe de ser un extranjero, o un judío, o algo parecido. Ningún verdadero alemán puede ser tan estúpido. Recojan los destrozos. Tengo ganas de ver el cadáver. ¡Inmediatamente!

En cuanto llega *Asesino* Schultze hace arrestar a Peter *el Corajudo* y al guarda del parque, por no haber impedido que el loco saltara desde la torre y dañase propiedades del Gobierno.

Cuando descubren que es el *Enano* quien ha saltado, *Asesino* enciende un grueso cigarro y empieza a reflexionar. «El cerdito ha sido empujado —se dice, expeliendo una nube de humo azul—. Si supiera quién lo ha hecho, le estrecharía la mano y le ofrecería uno de mis buenos cigarros brasileños. El ambiente de Berlín está más limpio, ahora que *ese* pequeño hijo de puta ha estirado la pata».

El buen resultado de la operación es celebrado en el despacho de Sally.

—Una caída como esta, nada menos que setenta y cinco metros y medio —ríe estruendosamente *Hermanito*—, va a solucionarlo todo. ¡Ahora harán cola para pagar sus deudas! ¡Tendremos tanto dinero que no acierto a expresarlo en números!

—Apresuraos a recogerlo —aconseja Sally, mirando a Porta—. Pues el domingo tendréis que volver al cruel campo de batalla. No puedo ocultaros más tiempo aquí. Ya han seguido la pista de una de las armas hasta nosotros, y han hecho algunas preguntas embarazosas. Tenéis que largaros antes de que la GEFEPPO se encargue del asunto que ahora lleva la KRIPO. Nuestro jefazo, un *Oberst* hueco, ha empezado a hacer uso de su cerebro por primera vez en diez años. Me ha telefoneado hace un rato, para preguntarme si alguien de mi departamento anda por ahí cargándose a la gente.

—Bendita sea esta mesa —salmodia solemnemente *Hermanito*, llevándose una gruesa pata de ánade a la boca y regándola con un buen trago de la botella de vino.

—Y aquellos que la disfrutan —añade Porta, tomando un puñado de ciruelas de la fuente.

—Amén —suspira Sally, bebiendo directamente de la botella.

Tu risa es una canción interrumpida,
y la muerte te encontró amistoso y alegre.

SIEGFRIED SASSOON

Cuando se despierta, Porta siente su cabeza como si hubiese estallado una granada de mano dentro de ella. Mira confuso a su alrededor. Está en un dormitorio extraño. Todo es rojo, color que gusta a Porta. Para sorpresa suya, descubre que otra persona yace a su lado. Es una joven de cabellos negros y ojos almendrados.

—¿Qué diablos...? —exclama—. ¿Estoy muerto y he viajado al cielo en primera clase? —Se va despertando poco a poco y empieza a pensar como un soldado. Alarga un brazo, coge la botella de vodka y echa un par de largos tragos—. Estás vivo —se dice—. No estás en el cielo. Estás en la casa de putas de la gorda Natasha y has pagado quinientos Reichsmarks por esta cama, servicio incluido.

Busca su cartera. No está allí. El cielo es un lugar muy caro, piensa. Vuelve a alargar la mano para coger la botella de vodka.

La chica de ojos almendrados se despierta y parece como si se preguntase qué está haciendo en su cama un hombre desconocido y desnudo, que todavía lleva puesta su gorra. La muchacha se estira y bosteza.

—Germanski, si querer follar, ¡follar ahora! Tú pagar solamente hasta las ocho. En cuarto de hora, tú ir al diablo. ¿Panjemajo, señor soldado Germanski?

—Tengo dolor de cabeza —responde Porta—. De todos modos, gracias por el ofrecimiento.

—Como tú desear —responde la chica, volviéndose de lado—. Entonces, yo dormir. Cerrar puerta cuando tú largar, señor Germanski.

EL COMBATE DE BOXEO

—No tengo duda de dónde estamos —dice *Hermanito*, riendo tristemente—. ¡*Esto* es Rusia! Acabo de encontrar mi primer piojo. El pobre animalito estaba muerto. ¡Mala suerte!

—¡Pero *tú* la has tenido! —gruñe Porta—. ¡En cambio, la familia que se ha aposentado en mí está rebosante de vida!

—Yo también pensé que había tenido suerte —suspira *Hermanito*—. Pero ochocientos invitados han venido para asistir al entierro, ¡y me parece que piensan quedarse definitivamente!

—Me voy —dice Porta—. Tengo cosas que hacer, más importantes que discutir sobre el entierro de un piojo.

Momentos más tarde, se detiene y examina con interés un rótulo grande, de un amarillo brillante.

Dice, en grandes caracteres negros:

GEHEIME SONDERKOMMANDO IV/3 z.b.V.
TERMINANTEMENTE PROHIBIDO EL PASO
AL PERSONAL NO AUTORIZADO

Como de costumbre, está convencido de que él sí está autorizado. Entra airoosamente y, al pasar saluda al gato predilecto del jefe mecánico Wolf, que ha sido ascendido a *Unteroffizier* y está sentado, lavándose, sobre el radiador de un vehículo militar. Porta sigue un largo y estrecho pasillo y se detiene ante una pesada puerta con un rótulo blanco:

COMANDANCIA
TERMINANTEMENTE PROHIBIDA LA ENTRADA

La palabra «terminantemente» ha sido subrayada. Porta escucha y, después, abre la puerta de una patada y entra. Se encuentra en un despacho

grande y elegantemente amueblado, que haría relamerse incluso a un general prusiano de aristocrática estirpe.

—¿Qué *diablos* quieres? —pregunta el jefe mecánico Wolf, emperador sin corona de suministros y equipo. Está plantado delante de un espejo de cuerpo entero, gozando con la visión de su propia imagen—. ¿No ves que voy a salir? —dice, en tono nada amistoso, mientras vierte medio frasco de agua de colonia sobre sus relucientes cabellos negros. Separa los labios y admira sus dientes de oro—. Y a propósito, ¿cómo has entrado? —pregunta, con ostensible disgusto—. ¿No has visto el rótulo de «Terminantemente Prohibida la Entrada»?

—¿Que cómo he entrado? —sonríe Porta, con altivez—. Por la puerta, naturalmente. ¿Por dónde, si no? ¿Y por qué te pones toda esa cantidad de «bencina de puta»? ¿Acaso vas detrás de algún coño ruso?

—Lo hago para no oler la peste que despides cabrón —responde agriamente Wolf.

—Bueno, *tienes* muy buen aspecto —le lisonjea Porta, tratando de chascar los dedos, cosa que no consigue.

—¿Y qué esperabas? —pregunta Wolf, con angélica superioridad—. No te imaginarías que un jefe mecánico como yo podía andar por ahí como vosotros, culos de carabina, que sois la escoria de la clase baja.

—Soy de la misma opinión —sonríe falsamente Porta, guardándose lo que piensa. Su verdadera opinión es que Wolf parece una mula riendo—. *Eres* una persona sumamente elegante. Tu agua de rosas puede olerse a cinco kilómetros de distancia, incluso con viento en contra. Nadie que te vea puede poner en duda que conoces perfectamente lo que vales.

—Tienes *razón* —responde Wolf, que no intenta disimular la complacencia que le produce la evidente admiración de Porta—. Si quieres llegar a las alturas, donde imperan las altas finanzas, *tienes* que envolverte en una aureola de respeto. No sirve de nada andar por ahí con un aspecto como el *tuyo*. Parece como si pasaras todo el tiempo transportando bidones de aceite. Y así nunca irás muy lejos. Debes comprender que lo único que importa es tener *clase*. Si la *tienes*, ¡todos los papanatas te lamerán el culo!

—No puedo negarlo —confiesa astutamente Porta—. *Todos* dicen que el jefe mecánico Wolf es un hombre realmente apuesto.

—Ya lo sé —responde Wolf, pavoneándose y ladeando la cabeza para contemplarse desde un nuevo ángulo.

—Tenemos dificultades —dice Porta, con aire afligido, untando con jalea un bocadillo de queso.

—¿Qué? —pregunta Wolf—. ¿No compran boletos esos hijos de puta?

—No es eso —explica Porta—. *Todos* han comprado boletos, pero ahora han empezado a revenderlos a toda la división. ¡Y hay más boletos que localidades!

—Entonces, poned más asientos —dice Wolf, con indiferencia, extendiendo una mano—. ¿Porqué *tienes* que incordiarne con estas cosas?

—Bueno, *el Viejo Piernas de Cuero* es el culpable del lío —suspira Porta—. Solo quiere prestarnos el local pequeño, donde tiene sus malditos tractores. Y eso que solo son tractores de los comunistas rusos. Solo hay espacio para nuestro sargento en aquel lugar.

—Pensemos —dice Wolf, cogiendo un cigarro y oliéndolo como un armador griego que ha subido de la nada—. Toma uno —invita a Porta.

Se encienden mutuamente los cigarros, exhalando grandes nubes de humo, ¡y *piensan*! Los dos son hombres de negocios, que consideran la guerra como una especie de negocio arriesgado. Para ellos, no existen las líneas del frente ni los enemigos. Como máximo, hay asociados «difíciles».

Si alguien se imagina que van a dejar pasar una oportunidad, se equivoca de medio a medio. Para este par, todo tiene su precio.

—¿Y si tomásemos un poco de Enzian? —sugiere Porta, señalando una gran botella Ostentosamente colocada sobre una mesa francesa, al lado del casco de acero de Wolf con el águila de plata—. Esos aguardientes de montaña hacen que uno *piense* mejor. —Se levanta y echa un trago directamente de la botella.

—Nunca aprenderás buenos modales —gruñe Wolf—. Aunque te hicieses rico.

Con aire ofendido, saca dos copitas de un cajón.

—¿No tienes algo más pequeño? —0pregunta irónicamente Porta.

—Desgraciadamente, no —contesta Wolf, fingiendo que no ha advertido la ironía.

Las tres primeras copas son consumidas de un trago.

—Como iba diciendo —empieza Porta—, va a ser un combate realmente grande. Nuestros propagandistas se han dado buena maña. Cada patán de todo el Cuerpo de Ejército ha comprado una entrada, y vendrán cargados. ¡*Muy* cargados! ¡Con dinero de *verdad*! No con fichas de madera del Ejército. Pero ese *Piernas de Cuero* es sencillamente estúpido. Un capullo de cabeza cuadrada, que quiere mantenerse dentro de la ley. No para de decirme que *él* es un funcionario de las Fuerzas Armadas.

»Es tan cumplidor que nunca usa un cagadero extraño sin telefonear antes al puesto de mando para saber si está permitido. No hace mucho tiempo que toda su unidad estuvo cuatro días sin agua para beber, para lavarse o para cepillarse los dientes, ¡porque no tenía permiso escrito para abrir la llave de paso del agua! Y lo peor es que escucha lo que dicen los demás, y lo *cree*. Yo me vuelvo loco cuando le veo encoger los hombros hasta las orejas y poner cara de marrano hambriento. —Porta se inclina hacia delante, dando a sus ojos una expresión porcina—. ¿Por qué no dejas que esos chicos sentimentales tuyos jueguen un poco con él? Quizás entonces comprendería que un amigo en apuros es ciertamente un amigo, y descubriría a quién debe un favor ¡No puedo *soportar* a esa gente que siempre da bandazos y no quiere tomarse la vida como viene!

—Iré y tendré una charla amistosa con él —promete Wolf, brillándole los ojos—. Tú vendrás también y llevaremos a los chicos con nosotros. Ellos podrán decirle lo que hacen los chinos y los negros a las personas que no les son simpáticas. Dejaremos que empiece Albert, echándole el aliento.

Junto con *Hermanito*, Albert y Gregor, Wolf y Porta avanzan muy erguidos por el enorme almacén de pertrechos de guerra, que está lleno de toda clase de piezas pesadas de artillería. Los cañones están alineados muy juntos contra las paredes, apuntando a las claraboyas. Obuses chatos y de gruesos cañones llenan la parte central del suelo.

Kunze *Viejo Piernas de Cuero*, jefe de armamento, está sentado detrás de su mesa, gordo y ancho, rezumando literalmente poder y autoridad. Asume una expresión hermética de *Herrenvolk*.

—¿Qué queréis? —pregunta, tratando de parecer severo, sin conseguirlo en absoluto.

—Supongo que es solo un rumor, pero he oído decir que te niegas a quitar de ahí toda tu chatarra —dice Wolf, iniciando la conversación y lanzando una bocanada de humo junto a la oreja del jefe de armamento—. ¿O quizá lo entendí mal?

Kunze pasa una mano gorda sobre su cabeza totalmente calva y mira fijamente a Wolf con ojos perrunos.

—Voy a decirte una cosa —dice con irritada voz de falsete que es como un relincho—. Ni tú ni Porta podéis venir a decirme lo que tengo que hacer. Todo lo que hay aquí es mío. ¡Tenedlo en cuenta!

Porta junta las manos con un chasquido y se desternilla de risa.

—¡Basta de tonterías, engreído gordinflón! Tú no eres dueño de un solo pedazo de esa chatarra. Ni siquiera de los clavos de tus botas. Te los ha

prestado el Ejército. Todo es del Ejército. Y también tú. ¿Y quieres saber quién es el Ejército? ¡El Ejército somos nosotros!

—Le denunciaré al cuartel general del Cuerpo —le amenaza furiosamente Kunze. Se levanta de su silla, jadeando y con grandes dificultades—. Entonces veremos qué tiene que decir el general de Intendencia. ¡Es muy duro! ¡Duro como el acero de Krupp!

—Nos meamos desde gran altura sobre tu general de Intendencia —dice Wolf, haciendo una mueca y con aire de superioridad. Pincha el pecho de Kunze con un dedo rígido y duro—. Tú vas a hacer lo que nosotros te digamos. En otro caso, ¡va a ocurrirte algo muy desagradable!

—Le echaremos los perros —sugiere malignamente *Hermanito*.

Gregor extiende unos grandes dibujos sobre la mesa.

—Esto es lo que yo sugiero —declara, con aire de promotor, señalando los planos.

—Yo no quiero *saber* nada de esto —dice Kunze, con su voz parecida a un relincho.

Se deja caer pesadamente en su silla, un poco desinflado.

—Tú no tienes que saber nada de nada —declara Porta—. Tú solo tienes que hacer lo que te digamos. ¡Tendrás que sacar de aquí todos los malditos cañones!

Mira escrutadoramente por la pequeña ventana y ve a *Lobo del Bosque*, uno de los soldados peores de Kunze. *Lobo del Bosque* pasó cuatro años encerrado, en Torgau, por negligencia en el uso de armas de fuego. Él y un amigo de la Escuela de *Unteroffizier* entraron en el «Dresdener Bank», de Bielefeld, en solicitud de un préstamo, les otorgaron cuatro años de prisión, los destinaron a trabajos especiales y les declararon indignos de llevar armas.

—Ven aquí, carne de presidio —le ordena Porta, con grandes ademanes.

—No hagas el burro, cabrón —grita, furioso, *Lobo del Bosque*.

Permanece donde está, erguido en actitud provocadora, y Porta tiene que salir a su encuentro.

—Escúchame, tortuga cansada —empieza diciendo Porta—. Queremos asientos a lo largo de todas esas paredes, y todo, repito, *todo* flamante y a punto antes de las doce del sábado. —Hace una artística pausa antes de continuar, casi solemnemente, en voz grave y amenazadora—. Será cuando llegarán los espectadores, ¡y no serán muy pacientes!

—¿Tienes agua en el coco? —pregunta *Lobo del Bosque*, escupiendo desdeñosamente en el inmaculado suelo de hormigón—. Hoy es miércoles. —Cuenta con los dedos—. ¡Solo faltan tres días para el sábado!

—Cuenta también las noches. Esto hace seis —dice Porta—. *Sea como fuere*, las localidades para los espectadores tienen que estar listas al mediodía del sábado, cuando empieza el más grande combate de boxeo *de la historia*. Si no, te encontrarás rastreando minas sin darte cuenta. Y esto es un poco más peligroso que bailar con una vieja escoba rusa, que es el trabajo que hacemos ahora.

—¿Qué dice Kunze? —pregunta cautelosamente *Lobo del Bosque*, mirando hacia el pequeño despacho desde el cual llegan unas voces.

El estridente relincho de Kunze es dominado por el áspero rugido cuartelero del jefe mecánico Wolf.

—¿Qué importa lo que *diga*? —brama Porta. Abre la boca de par en par, dispuesto a soltar toda una carga de adjetivos militares contra *Lobo del Bosque*—. Tú, jodido esclavo leñador, harás lo que yo te digo. ¡Llama a tu pelotón de barrenderos de mierda! ¡Coged unas cuantas herramientas y moved el culo! ¡Y hacedlo de prisa, antes de que pierda la paciencia y me ponga *realmente* violento!

—Me parece que no conoces a nuestro señor Kunze —le advierte *Lobo del Bosque*—. Deberías saber que tiene relaciones. ¡Más importantes que las que tú podrás tener jamás! Aplastar a un *Obergefreiter* como tú, no es nada para Kunze. ¡Hizo doblar la espalda a un *Oberst* que vino aquí tratando de mearse en nosotros!

—Cierra el pico —grita furiosamente Porta—, y cumple mis órdenes. Si tú y tu cabrón cojo no lo hacéis, ¡pronto sabréis cuáles son mis relaciones!

El jefe mecánico Wolf cruza la amplia nave, disfrutando con el tintineo de sus espuelas, que no son de reglamento.

Levanta los pies como un gallo de pelea y pisa con fuerza, para que el ruido resuene entre las vigas de hierro del enorme techo. En todas partes hay cañones, camuflados de verde y castaño, y tractores de artillería, camiones totalmente nuevos, transportes de municiones y vehículos con cadenas o sin ellas. Todos alineados en largas y perfectamente rectas hileras.

Wolf escupe desdeñosamente sobre un cañón antiaéreo de 88 mm y enciende un grueso cigarro brasileño, rascando la cerilla en un rótulo que dice:

TERMINANTEMENTE PROHIBIDO FUMAR

—¿Qué hace ese cordero castrado rascándose los cojones? —pregunta, señalando a *Lobo del Bosque* con su bastón de oficial británico—. ¿Es que no

tiene nada que hacer?

—¡Solo es estúpido! ¡Estúpido como el culo de una vaca! —dice Porta.

Kunze sale corriendo de su pequeño despacho, con sus piernas crujiendo como una fábrica de arneses, y sudando nervioso.

—¡Fuera de mi almacén de cañones! —relincha enfurecido, a punto de perder sus dientes postizos.

—Creo que te conviene obedecer las órdenes —dice Porta, taladrándole con los ojos—. Este cobertizo tiene que estar tan vacío como un burdel en la mañana de Navidad —añade, amenazadoramente.

—Pero..., pero *escuchad* —relincha Kunze, desesperado, rechinando sus dientes postizos—. ¡No puedo meter todos esos cañones en *cualquier sitio*! ¿Sabéis lo que uno solo de ellos cuesta al pueblo alemán? ¡Son muy *valiosos*! Y serán necesarios cuando empiece la gran ofensiva de que se habla en el cuartel general del *Führer*. Y en todo caso, no son *míos*. ¡Pertenecen al 4º Ejército Panzer!

—Entonces, todo está arreglado —truená, satisfecho, el jefe mecánico Wolf—. ¡Nosotros somos el 4º Ejército Panzer!

—¿Qué significa esto? —farfulla Kunze, sorprendido, mirando boquiabierto a Porta y a Wolf, que permanecen erguidos como verdaderos prusianos y oscilando sobre las rodillas como un par de mariscales de campo.

—Digo —repite Wolf, con una sonrisa de superioridad— que *nosotros* somos el 4º Ejército Panzer. —Agita su libreta de paga ante las narices de Kunze—. Aquí lo dice bien claro: pertenecemos al 4º Panzer. Por consiguiente, y como tú mismo dijiste, esa chatarra es nuestra y queremos que la saques de aquí, ¡almacenista polvoriento!

—Y si no empiezas de prisa —añade Porta, con aire triunfal—, puedes salir y conocerás a los chicos del jefe mecánico Wolf. Les encantará jugar contigo. ¡Pero a ti no te gustarán *sus* juegos!

—¿Me estás amenazando? —pregunta Kunze, en un vano intento de dejar sentado que todavía es él quien toma las decisiones.

—Tu comprensión es magnífica —se burla Porta—. Generalmente, las personas que, como tú, llevan piernas de quita y pon, pierden parte del cerebro. Se les escapa por los agujeros de los muslos.

—Esos cañones se quedarán donde están —dice enérgicamente Kunze, golpeando una de sus piernas artificiales con su regla—. Y voy a *decirte* otra cosa, *Obergefreiter* Porta. No te des aires cuando vengas a mi almacén. Soy un funcionario militar, ¡fíjate bien! No un piojoso como tú, sobre el que se

mearía cualquier chucho extraviado. —Golpea con orgullo los estrechos galones verdes de funcionario de su hombrera—. ¡Tengo categoría de oficial!

—¡Por Santa Inés! —exclama Porta, con una mueca desdeñosa—. Hundir a tipos como tú es más fácil que afeitar el culo a una vaca rusa coja.

—¡No toleraré más insultos! —chilla Kunze—. ¡Debes hablarme con el debido respeto!

—Debes comprender que tenemos que sacar de aquí esos cañones —dice Wolf, intentando un acercamiento diplomático. Rezuma falsa amistad—. Sé bueno, Bernt. Sal de ese envoltorio de funcionario y muestra tu rostro normal. Estamos preparando un combate de boxeo como no se habrá visto jamás en el mundo. La gente ha pagado para estar *sentada*. No podemos pedirles que se sienten sobre los cañones, ¿eh? Sentados ahí arriba, parecerían un enjambre de periquitos parlanchines, ¡cabreándose porque un loro le quita la virginidad a una llama errante!

—No es que no quiera colaborar —silba débilmente Kunze—, ¡pero es que no puede ser! En cuanto sacásemos de aquí el primer cañón, lo sabría el servicio secreto ruso. ¿Y quién sería entonces el *imbécil* responsable? ¡Yo, el jefe de armamento, Kunze! Me formarían consejo de guerra y tal vez me fusilarían. Y no quisierais que esto suceda, ¿verdad?

—En realidad, nos importa un huevo —responde alegremente Porta—. Lo único que queremos es sacar de ahí esa chatarra, para poder preparar nuestro combate.

—Ya estoy cansado de tanta charla —ruge Wolf, con súbito furor—. Este cagadero tiene que ser vaciado, para que podamos organizarnos. —Echa una nube de humo de tabaco a la cara de Kunze, que protesta y tose—. Si no quieres tragarte tus patas de cuero y que te arranquemos las orejas, sacarás esos cañones, ¡y rápido!

—*Tienes* que ser sensato —casi llora Kunze, retorciendo la regla entre las manos—. ¿Qué dirías si te pidiese que sacases todos tus camiones?

—No diría nada —dice Wolf, con una mueca—. Dejaría que mis chinitos te hiciesen trizas hasta que se cansaran. ¡Y no se cansan fácilmente!

—Ya lo ves —dice victoriosamente Kunze—. Yo adopto la misma posición, aunque no tenga ningún chino. Los cañones se quedarán conmigo, dentro del almacén, donde todo está limpio y no hay humedad.

—Asoma la nariz al exterior, hombre —grita Wolf con impaciencia, blandiendo su bastón inglés, muy irritado—. Está más seco que el desierto de Gobi, donde solo conocen el agua de oídas. El maldito sol comunista brilla

como si viniera de un país capitalista altamente desarrollado. ¡A tus cañones les conviene airearse un poco!

En el fondo de la dolorida cabeza de Kunze empieza a formarse una nube espesa. Esta parece concentrarse en un nudo detrás de la frente. El hombre abre la boca y chilla, pero no le sirve de nada. Entonces empieza a golpear con la cabeza un cartucho de granada que se balancea colgando de un alambre. Esto parece aliviarlo un poco. Empieza a vocear unas órdenes de lo más confusas.

—Los invitados se sentarán allí —decide Porta, con voz fuerte, señalando el espacio ocupado por treinta y cinco obuses pesados—. Vamos, muchachos, ¡moveos! —grita a un grupo de soldados obreros sentados sobre una cureña de cañón y que están bebiendo cerveza, como si la cosa no fuese con ellos—. ¡Sacad de ahí esa chatarra militar! ¡Dejad paso a la civilización! ¡Haced sitio para la cultura occidental, como dijo el campesino ruso cuando los libertadores quemaron su casa!

Vosotros no dais órdenes aquí —dice uno de los soldados, que parece un gorila con una cabeza demasiado grande para su cuerpo—. De aquí no se saca nada. Esto es un almacén para cañones, y lo que *está* aquí, aquí se queda, a menos que recibamos una orden por escrito, sellada y con cuatro copias.

—¡Jesús, María y José! ¿Vamos a estarnos aquí plantados, aguantando esas estupideces? —ruge *Hermanito*, balanceando los brazos—. Ese hombre está majareta. *Tiene* complejo de superioridad. ¡Voy a hacerle recordar el sentido con unas cuantas patadas en su maldito culo alemán!

—Aguarda un momento —dice Porta, agarrando a *Hermanito*, que avanza ya sobre el soldado obrero—. Esos *culis* todavía no saben que no me gustan las complicaciones. ¡Prefiero el camino recto!

—Esto es un almacén para cañones —insiste tercamente el gorila— y no un campo de juego para deportistas idiotas. Si queréis boxear, ¡largaros al estercolero y hostiaros ahí!

—¡Ningún maldito destripaterrones puede hablarme así impunemente! —ruge furiosamente *Hermanito*.

Da una patada en la barriga del hombre, que se dobla por la mitad y lanza un gruñido; le agarra de los cabellos y le golpea la cabeza contra una rueda metálica de la cureña.

El pelotón de soldados obreros empieza a moverse. Particularmente después de que *Hermanito* lance a otro por la ventana, de cabeza sobre un montón de basura donde zumban las moscas.

El primer obús empieza a rodar al aire libre.

Kunze corre en círculos, como una gallina asustada.

¡Tened cuidado! ¡Tened cuidado! —farfulla quejosamente—. Colocadlos en hileras y conservar los calibres separados, o después nos armaremos un lío.

Cuando un largo cañón de 105 mm resbala y cae al río cercano, Kunze se derrumba, desesperado sobre un montón de granadas.

—No te lo tomes tan a pecho —le consuela porta, tendiéndole un bocadillo de salchicha—. ¿Qué es un cañón? ¡De todos modos, perderemos la guerra!

Durante los tres días siguientes, solo se oyen martillazos y chirridos de sierras en el almacén de artillería. En los ratos libres, el Comité Deportivo celebra reuniones en casa del jefe mecánico Wolf, donde se sirve «Manzanas del Cielo» y pastas judías, regadas con «champán de pobre», que es una mezcla de Slibovitz y cerveza.

—¿Quién va a ser el ganador? —pregunta *Hermanito*, metiendo un gran pedazo de «manzana del cielo» en su boca todavía más grande.

—El que gane, desde luego —responde Porta, con la boca llena de pastelillos judíos.

—¿Y por qué? —sonríe astutamente *Hermanito*—. Cuando el hijo del pueblo judío, David, y yo preparábamos combates deportivos en Hein Hoyer Strasse, solíamos saber quién sería el ganador mucho antes de empezar.

—Conque habías pensado *esto* —ríe taimadamente Porta—. Entonces todo está arreglado. La gente hará el papel de tonto, y nosotros ganaremos. Nos embolsaremos un buen montón de lindas monedas.

—¿Y si nos pillan, hombre? —pregunta Albert, frunciendo el ceño.

—Entonces solo tendremos un camino. Pasarnos al hermano Iván cagando leches.

—Aquí no somos comedores de bananas africanos —ríe Wolf—. Tendremos seis combates antes del principal, y en todos ellos los marcos saldrán gananciosos. En el combate estelar, el campeonato del mundo de pesos pesados, entre la Unión Soviética y la Gran Alemania, ¡iremos a la ciudad!

—Y la Gran Alemania triunfará, naturalmente —declara Heide, con la seguridad de su patriotismo y una sonrisa de triunfador.

—No, hijo mío, esto será precisamente lo que *no hará* la Gran Alemania —sonríe Porta, dando un codazo de complicidad a las costillas del jefe mecánico Wolf—. Todos los mamones de raigambre germánica, paridos por una gordinflona con cruz gamada con suplemento en las nalgas apostarán por

el triunfo de la vieja Alemania, y pondrán todo el dinero que puedan recoger a favor del combatiente alemán.

—Y lo perderán *todo* —grita Wolf, con entusiasmo—, porque el ejemplar soviético infrahumano le dará una *paliza* al chuletón representante del *herrenvolk* alemán.

—¿No tenéis miedo de que haya follón? —pregunta *el Viejo*.

—En absoluto —responde Porta, brillándole los ojos—. Los únicos que tendrán problemas serán los estúpidos que hayan apostado por el alemán. Cuando hayan terminado los seis combates preliminares, vitorearán a Alemania y será tal su complejo de superioridad que, cuando llegue el momento del combate estelar, apostarán hasta el ojo del culo, ¡convencidos de que los alemanes son invencibles!

Wolf, regocijado, golpea la mesa con tal fuerza que las «manzanas del cielo» saltan sobre la fuente y un trozo de jalea aterrizó en su cigarro.

—Se cabrearán —dice lúgubrementes *el Viejo* y habrá follón... ¡con «F» mayúscula!

—Entonces nosotros ya estaremos lejos —sonríe Albert, mostrando sus dientes blancos como la nieve.

—¿Cómo podemos estar seguros de que los boxeadores no se pondrán de acuerdo y *nos* la pegarán? —pregunta *Barcelona*, que nació desconfiado—. Alguien podría insinuarles que valdría la pena, ¿no?

—Podría ser —confiesa Porta—. Será mejor que tomemos precauciones contra esta eventualidad, para cubrirnos. Pero ¿cómo?

—¡Jaulas! —dice *Hermanito*, con la boca llena de jalea.

—¿Jaulas? —pregunta Porta, sin comprender.

Jaulas de mono —grita *Hermanito*, sonriendo con toda su cara— colgadas del techo. En una tienda de animales en Paljma tienen montones de ellas. Hay una realmente buena, con una pantera negra, un animal de fiero aspecto y ojos amarillos. Soltadla, ¡e incluso una monja derrengada es capaz de batir el récord mundial de Jesse Owens!

—¡*Nada* de panteras! —protesta ruidosamente *el Viejo*—. ¡Es una orden! ¡*Nada* de panteras!

—¿Por qué no? —pregunta tranquilamente Porta ¡Podríamos divertirnos mucho con un gatito como ese!

Habéis perdido la cabeza —grita *Barcelona*, poniéndose a favor de *el Viejo*—. ¿Sabéis lo que *comen*?

Gente —responde *Hermanito*, satisfecho—. Conozco a muchas personas a quienes no me importaría que sirvieran de alimento a una pantera negra.

—*Quel bruit pour une omelette* —observa secamente el pequeño *Legionario*—. Compremos las jaulas sin la pantera.

—También tienen algunas de esas jaulas de ejecución, como aquella en la que izaron al judío Süß —explica *Hermanito*—. Al tío le atan una cuerda al cuello y lo meten en la jaula. Izan esta, y entonces se despega el suelo y el cabrón cae hasta que llega al final de la cuerda. Entonces se para en seco, con el cuello roto.

—No sé de qué nos servirían —dice reflexivamente Porta—. No queremos *ejecutar* a los boxeadores.

—A veces eres terriblemente lento —grita *Hermanito*, con impaciencia—. No les echaríamos la cuerda al cuello. Solo los izaríamos hasta el techo *en* las jaulas. Entonces nadie podría hablar con ellos e incitarles a jugarnos una mala pasada en cuanto sonase la campana, soltarles el fondo de las jaulas y los dos hijos de puta caerían sobre el ring y empezarían a repartirse hostias.

—Sí. Puede ser una buena idea —admite Porta—, algo nuevo en el boxeo. ¡Dos pesos pesados cayendo del cielo!

El jefe mecánico Wolf saca un cigarro y enciende su mechero de oro con un fuerte chasquido. Sostiene el puro entre el pulgar y el índice de la mano izquierda y da un par de fuertes chupadas. Echa una espesa nube de humo sobre la mesa.

—Compraremos la jaula *con* la pantera —dice reflexivamente—, pero solo si podemos conseguir otra jaula exactamente igual. Pondremos a los alemanes en una jaula y a los infrahumanos en la otra.

—¿Y qué haremos con la pantera? —pregunta *el Viejo*, pensando con horror en otros animales que habían abundado en el 2º Pelotón.

—Probablemente podremos emplearla en algo —ríe Porta, tomando uno de los cigarros de Wolf sin pedirle permiso.

—Yo no la quiero dentro del tanque —dice resueltamente *el Viejo*, dándose cuenta demasiado tarde de que esto es casi una invitación.

—No podrías meterla allí. A menos que quitases la mitad de la torreta —ríe ruidosamente *Hermanito*—. Yo la he visto. Aunque es poco más que un cachorro y todavía no ha aprendido a morder como es debido. Cuando *aprenda*, la guerra terminará rápidamente.

Es ya bastante tarde cuando se levanta la sesión y nos dirigimos a la tienda de animales.

Hermanito se encapricha con un viejo gorila que sabe imitar toda clase de risas y bebe cerveza como un ser humano. Pero el dueño de la tienda no quiere venderlo. Lo considera como uno de la familia. Como un hermano.

—¿Qué vais a hacer con esas jaulas? —pregunta el hombre de la tienda, una vez cerrado el trato y cuando empezamos a sacar las jaulas.

—Hemos empezado un tráfico de esclavos —murmura Porta, confidencialmente—. Pero no debes decirlo a nadie.

—¿Cómo? —exclama el vendedor de animales, abriendo unos ojos como platos—. ¿Y da eso mucho dinero?

—Qué pinta más rara —dice Porta, mirando entre los barrotes de la jaula de la pantera—. Tiene las patas demasiado largas y los pies demasiado grandes.

—No es más que un cachorro —responde el de la tienda—. Solo tiene ocho meses.

—Sin embargo, parece que no le importaría zamparse mi mano —dice Porta, saltando hacia atrás al aparecer entre los barrotes una zarpa grande y velluda, con unas uñas como alfanjes.

No debe darle miedo —dice el hombre de la tienda, en tono tranquilizador—. Es fácil de manejar. Póngale delante una buena tajada de carne, y se olvida de todo lo demás. Todavía teme un poco a los seres humanos, pero dele un par de meses. Las panteras negras tienen fama de atacar a cualquier hombre o animal que se les ponga delante. Son más peligrosas que diez miembros de la Gestapo armados con metralletas.

A eso de la medianoche, se oyen fuertes gritos y rugidos en la calle Umanskaya. Cabezas curiosas se asoman a las puertas, pero no por mucho rato. Las puertas se cierran de golpe cuando aparece *Hermanito*, arrastrando la jaula con la indignada pantera en su interior.

Maldiciendo y vociferando, empuja y arrastra la jaula hasta meterla en la oficina de Wolf. No es tarea fácil, con todos los muebles y diversos sacos y cajas de embalaje, pero al fin consigue introducirla en una habitación vacía detrás del despacho. Desprende un jamón entero de un gancho de carnicero y lo empuja entre los barrotes hacia la pantera. Después, cierra y atranca la puerta.

—Un gatito como ese sabe lo que se hace —exclama Porta, vendando los innumerables y profundos arañazos de *Hermanito*—. Y hasta ahora, no ha hecho más que *jugar*. Imagínate lo que será cuando crezca y se dé cuenta de para qué le sirven los dientes y las garras.

—Pero, incluso ahora, no lo hace del todo mal —dice *Hermanito*, tratando de abrir un ojo que ha quedado cerrado en el último ataque de la pantera.

—Solo traerá complicaciones —dice torvamente *el Viejo*—. El *Oberst Hinka* perderá los estribos cuando se entere de esto. Desde que tuvimos aquel

oso^[48], ¡ha prohibido la presencia de cualquier clase de animales!

Antes de salir, *Hermanito* arroja una gran bolsa de carne picada a la pantera. Esta le mira con sus ojos dorados y brillantes. Dos patatas agarran la bolsa en el aire. Su contenido es consumido de un bocado.

—¡Jesús! —exclama *Hermanito*, complacido—. ¿Lo habéis visto? ¡Esperad a que empecemos a echarle personas!

Todavía no ha sido clavada la última tabla cuando empiezan a entrar los primeros hinchas. El ambiente está muy animado. Los fanáticos del deporte empiezan a discutir entre ellos y con otros a los que les tiene sin cuidado. Patriotas alemanes gritan *Heil!* Algunos renanos silban con los dedos, al estilo francés.

Una unidad de Perros Guardianes, sin el provocativo casco de acero, hace cuanto puede para mantener el orden. Se oyen algunos porrazos cuando un *Unteroffizier* del Tirol aplasta una salchicha con salsa de tomate y mostaza fuerte en la cara de un *Gefreiter* de gendarmería militar y lo llama «ruidoso cerdo prusiano».

El caos se calma un poco cuando suena la campana para el primer asalto del primer combate. Es entre un búlgaro bajito y pellejudo y un nervudo westfaliano de semblante hosco. El combate termina en el segundo asalto. Gana el de Westfalia por k. o., según habían decidido de antemano Porta y Wolf.

El segundo y el tercer encuentros terminan también con la victoria de los colores nacionales, y parece que los patrióticos bramidos no van a acabar nunca. Cuando el tercer combate se inclina también a favor de Alemania, todos se vuelven locos y empiezan a cantar *Deutschland, Deutschland über alles* y *Wacht am Rhein*. Se abrazan, se cuadran, saludan y rugen: «¡Viva por siempre Alemania!».

—Debió de ser algo parecido cuando volvimos de Francia en 1871 —dice *el Viejo*—. ¡Que Dios nos asista! ¡Tienen mirada de locos!

El quinto combate es entre un griego, Konstantino, campeón del peso medio de su pueblo, y un austríaco de Salzburgo, que se llama Rudolph y parece hacer honor a su nombre.

—¿Quieres rezar una oración antes de que te mate? —pregunta el griego, sonriendo con malignidad.

—¡No consientas que te diga esto! —aúlla el *Oberzahlmeister* Saúl, de la Comandancia del Cuerpo.

—¡Aplástalo! —rugen los *alpinos* italianos, olvidándose de que los griegos son sus enemigos hereditarios.

Con un rugido bestial, el austríaco se lanza sobre el griego y le larga un puñetazo muy por debajo del cinturón. Un peligroso golpe bajo capaz de dejar inmediatamente a un hombre fuera de combate. Pero el griego parece no sentirlo. Le da un cabezazo a Rudolph en la cara. También en falta. Al propio tiempo, le hace una zancadilla. Esta última falta hace que el arbitro intervenga, agitando furiosamente los brazos. El griego consigue conectar un directo de izquierda, otro de derecha y un gancho, antes de que el austríaco pueda ponerse en pie. El público exige que el combate empiece de nuevo, y así se hace. El austríaco vence por k. o. en el 18º asalto.

—Esto hace que toda la condenada Guerra Mundial valga la pena, hombre —grita Albert, uniéndose a los vítores de la entusiasmada multitud, a pesar de que, generalmente, no simpatiza con los austríacos.

—Espera a que lleguemos al final —dice Wolf, encendiendo un cigarro brasileño con su acostumbrado aplomo.

En el almacén de Artillería se han embutido más del triple de personas de las que hubiese podido alojar normalmente, calcúlese como se quiera. Han venido de muy lejos y quemando mucha gasolina, tan necesaria en tiempo de guerra. Hay hombres sentados en las vigas del techo, balanceándose como gallinas en una percha. Y siguen llegando más. Los jugadores se empujan y se estrujan y jadean para llegar a la pequeña celda de hormigón donde se hallan sentados Porta y Wolf, recaudando las apuestas. Solo pueden ver manos a través de las estrechas aberturas. Manos que empujan dinero hacia ellos. Manos que agarran boletos de apuestas. Manos de todas las formas y tamaños. Manos gordas, manos flacas, manos pálidas, manos morenas, manos limpias, manos sucias.

Todos los ojos están fijos en las dos jaulas que cuelgan, oscilando, bajo el techo. Suena un vocerío, casi interminable, cuando se abren las trampas de las jaulas y los dos boxeadores caen sobre el ring desde una altura de casi cuatro metros. El ruso caucasiiano es el que se levanta primero y alza un par de puños como mazas sobre la cabeza, con aire confiado. El alemán, peludo como un mono, anda alrededor del cuadrilátero con las manos colgando más abajo de las rodillas. Parece un simio deambulando con los nudillos tocando el suelo. Lanza rugiendo su desafío: el caucasiiano será hecho trizas antes de que termine el primer asalto.

La boca del caucasiiano se abre en una mueca bestial. Se pasa el canto de la mano (por llamarla de algún modo) por el cuello, para que todo el mundo se entere de lo que piensa hacerle al alemán. Un rugido excitado brota de la multitud. Varias hileras de sillas se rompen bajo un rítmico pateo.

Suena la campana y los dos monstruos se lanzan el uno contra el otro, echando espumarajos por la boca. Puños de hierro golpean músculos tensos del estómago y se estrellan contra cabezas igualmente duras. Un *uppercut* da de lleno en el blanco. Habría bastado para arrancarle la cabeza a un hombre corriente, pero parece no producir el menor efecto al que lo ha recibido.

—¡Por las campanas del infierno! —murmura nerviosamente *Barcelona*—. Esos dos chalados saben quién tiene que ganar, ¿no? Tal *como se* están atizando, ¡parece que proyecten un doble suicidio!

—No te inquietes —sonríe Wolf, seguro de sí mismo. No son tan cabezotas para no saber lo que les conviene. El patán de Leipzig debe caer en el último minuto. Tenemos que darle algo al público a cambio de todas sus hojas de lechuga, o podrían empezar a sospechar, ¡y entonces podría ocurrir cualquier cosa!

Durante los dos primeros asaltos, parece que el caucasiano no quiere recibir demasiado. Lucha a la defensiva y se agarra para frustrar los ataques asesinos del alemán. Pero de pronto, en el tercer asalto, pasa a la ofensiva, baila alrededor del alemán y le larga dos fuertes y rápidos puñetazos en la boca del estómago.

El público contiene el aliento durante un par de segundos. Estos puñetazos habrían derribado a un caballo. Pero el pugilista de Leipzig se limita a sacudirse como un perro mojado y a hacer una malévola mueca. Su puño izquierdo sale disparado al acercarse su adversario, dando de lleno en la nariz del ruso con un terrible chasquido. Bailan uno alrededor del otro, escupiendo y respirando fuerte por la nariz. Un directo da en la cara del alemán, abriéndole una ceja. Corre la sangre por su mejilla. Tiene los labios hinchados. Su cara parece sufrir una parálisis parcial.

—¡Virgen Santísima! —murmura Gregor, con ojos desorbitados—. ¡Es como golpear a toros con los puños!

—Los toros no lo aguantarían —observa Porta, mordiendo pensativamente una salchicha que ha tomado de la mano de un bávaro que contempla, con ojos vidriosos, la escena de violencia que se desarrolla en el ring.

El caucasiano empieza a buscar la cara, pero esto no parece preocupar al alemán. Se agacha limpiamente, dejando que los golpes se pierdan ligeramente por encima de su cabeza, y replica con una izquierda demoledora. Parece que quiere abrir la guardia del ruso con la izquierda, y varios ganchos alcanzan a este fuertemente. Para asombro de la multitud, el caucasiano solo lanza los puños y baila alrededor del cuadrilátero. ¡Mátale! ¡Aplasta a ese

cabrón infrahumano! —aúllan los verdaderos germanos, golpeando sus cascos de acero con tenedores y cucharas— ¡Devuélvelo a la mierda de donde procede!

El 6º de Caballería de Westfalia la emprende con el 5º de Panzers prusiano. «¡Bastardos! ¡Salchicheros! ¡Cerdos!», gritan.

La batalla entre los dos regimientos se desarrolla con sucesivas alternativas en el gran almacén de Artillería. El ruido puede oírse desde kilómetros de distancia.

Los bávaros del 8º Panzer y el 116º de Infantería eligen bando y se mezclan entusiasmados en la lucha. Los perros guardianes penetran por todas las entradas, enarbolando sus porras, y golpean indiscriminadamente las cabezas de la excitada multitud.

—¡Muere, Alemania! —ruge furiosamente *Hermanito*, subido a un barril de cerveza vacío.

—¡Eh, tú! ¡Caníbal! —grita un bávaro, arrojando una caja de botellas vacía a Albert, que le hace caer de la mesa sobre la que está sentado.

—¡Muérete! —aúlla *Hermanito*, levantando a un perro guardián sobre su cabeza.

—¡Quedas arrestado! —chilla desesperadamente el gendarme, pataleando en el aire. Una de sus botas sale disparada y va a dar en la cabeza a un intendente que parece haberse revolcado en mostaza y salsa de tomate—. ¡En nombre del *Führer*, te ordeno que me sueltes!

—¡Obedezco la orden! —grita *Hermanito*. Arroja al perro guardián sobre dos bávaros. Estos caen de espalda y resbalan sobre el suelo hasta quedar debajo de una plataforma. Sus agitados pies es lo único que queda visible de ellos. Por fin consiguen los gendarmes calmar a la multitud lo suficiente para que pueda continuar el combate de boxeo. Se retiran, pero se mantienen alerta detrás de la iglesia, donde piden a Dios que no tengan que volver a entrar en el almacén de Artillería.

—Esa clase de acontecimientos deportivos tendrían que estar prohibidos —dice su jefe, que es un viejo comandante...

Todos sus hombres sacuden enérgicamente la cabeza, en señal de aprobación.

El combate de boxeo continua, y diríase que ambos pesos pesados se han vuelto locos. Muestran un completo desprecio por las reglas del juego. El alemán se lanza contra el caucasio y le larga una patada en el estómago. Como represalia, el alemán recibe un mordisco en una mejilla. Las caras de ambos pugilistas están ensangrentadas.

—¡Jesús, María y José! —grita excitadamente *Hermanito*, derribando un barril de cerveza—. ¡Ahora se están *devorando* el uno al otro!

El arbitro, un yugoslavo con cara de rata, trata de separar a los dos contendientes. De pronto, se encuentra embutido entre dos letales montañas de músculos. Parece que va a morir aplastado. Pero logra escabullirse y llegar tambaleándose a las cuerdas, en las que se apoya, con los brazos colgando, hasta que dos sanitarios lo llevan al médico militar para su tratamiento.

Un nuevo arbitro ocupa su sitio. Habla seriamente a los dos boxeadores, apuntando a sus caras con un dedo. Diríase que estos están a punto de arrojarlo del ring, sobre la vociferante multitud de espectadores.

En el tercer asalto, el caucasiano larga un puñetazo debajo de una oreja del alemán, que hace que este se tambalee y recurra a un clinch. El arbitro se acerca, pero, antes de que pueda gritar *break*, el alemán interrumpe el clinch y ataca al caucasiano con una furia nunca vista desde el combate Carnera-Sharkey en 1933.

La muchedumbre permanece silenciosa unos segundos. Después estalla un bramido infernal. Todos dan palmadas en la espalda del vecino y lanzan gritos de aprobación. Si el vecino no está de acuerdo, se expone a que le rompan la cabeza.

«¡Hurra!», gritan los imbéciles, es decir, los verdaderos aficionados de las sillas de ring.

El caucasiano baja la cabeza como un búfalo a punto de embestir y descarga un puñetazo terrorífico a la región de los riñones del alemán, los aficionados chillan, en airada protesta. La terrible izquierda del alemán entra de nuevo en acción. Pero, al golpear, el hombre lanza un breve grito. Se ha lesionado la mano. Los de las sillas de ring han podido oír el chasquido de la fractura. Los entendidos sienten un escalofrío de horror perverso.

Salta a la vista que los dos boxeadores han olvidado todo lo referente al tongo urdido con anterioridad. Se atacan como bestias salvajes. Todos sus movimientos reflejan una furia homicida. El jefe mecánico Wolf se pone nervioso. *Hermanito* y Porta tienen que impedir a viva fuerza que salte al ring con su «Mpi» para recordar a los combatientes su compromiso.

Los rugidos de la muchedumbre amenazan con hacer saltar el techo del almacén de Artillería. Deben de oírse en el otro lado del frente, a ochenta kilómetros de distancia.

Los boxeadores ya no son seres humanos civilizados. Se han convertido en simios. Sus gritos habrían hecho palidecer de envidia a Tarzán.

—Hubiésemos tenido que poner un par de herraduras en los guantes del caucasiano —murmura *Hermanito*, preocupado—. Entonces habríamos estado seguros de que le aplastaría la jeta a ese bastardo alemán.

—¡Por todos los diablos! —maldice, rabiosamente, Porta—. Si ese maldito alemán noquea al caucasiano, ¡estaremos arruinados!

—¡Él lo *prometió*! —gime desconsolado Gregor—. Prometió *perder*. Pero los malditos alemanes mienten siempre ¡Todo es propaganda!

—¡Jesús! —exclama *el Viejo*, aterrorizado, al conectar el alemán un terrible puñetazo que levanta al caucasiano del suelo y lo arroja sobre las cuerdas.

—¡Le cortaré las tetas a tu puta madre! ¡Me mearé en tu tumba! ¡Maldito seas, *cerdo* alemán! —vocifera *Hermanito*, blandiendo amenazadoramente el puño.

—Cortémosle la cabezota —sugiere Albert, con rostro ceniciento—, ¡y enviémosla a su mujer en un paquete!

Gregor junta las manos y reza en silencio, en el momento en que el alemán entierra su puño en el plexo solar del caucasiano. El golpe va seguido de un terrible *uppercut* que parece que *tendrá* que arrancar la cabeza de los hombros del ruso...

—Hombre nacido de mujer, y creado a imagen de Dios —balbucea Albert, ocultando la cabeza entre las manos—. ¡No puedo seguir *mirando* eso, coño!

—¡Mierda! ¡Estamos *arruinados*! ¡Más pobres que cuando empezamos! —farfulla *Barcelona*.

¡No podemos permitirlo! —ruge Wolf, muy excitado, haciendo trizas su cigarro con los dientes—. ¡Pobres, maldita sea! ¡Pobres! Y cuando eres pobre, ¡todos se mean en ti! ¡No solo eres pobre sino también *imbécil*!

Se rompen asientos bajo el fuerte pateo. La multitud ruge con excitación. Los hombres se abrazan y olvidan sus diferencias cuando el alemán conecta un gancho de izquierda, seguido inmediatamente de otro de derecha en el que carga todo el peso del cuerpo. Alcanza al ruso en un hombro.

—Se acabó —declara Gregor, con desesperación—. ¡Ahora tendremos que vivir del mezquino sueldo de Adolfo!

Pero el rumbo del combate parece cambiar. En favor del caucasiano. La izquierda del alemán ha quedado inútil. No puede aguantar mucho más. Se ha hinchado hasta el doble de su volumen normal. Emplea la derecha lo más posible, protegiendo la lesionada. El caucasiano ha cambiado de táctica. Ahora ataca el cuello del alemán.

—¡Cojonudo!^[49] —chilla, entusiasmado, *Barcelona*—. ¡Va a liquidar a ese cerdo alemán!

Porta abre la boca para decir algo, pero vuelve a cerrarla, absorto en la escena del ring. El caucasiano ataca al alemán, que tiene ya bastante trabajo con esquivar el remolino de puñetazos que caen sobre él desde todos los lados, esta acorralado en las cuerdas. Recibe un golpe en la sien e hinca una rodilla en el suelo. Brota sangre de su nariz. Al levantarse, un brutal puntapié lo lanza sobre la lona.

—¡Aplástalo! ¡Patéale las tripas! —ruge *Hermanito*, con su vozarrón de bajo.

El nuevo arbitro se adelanta, agitando los brazos, y se pone en el trayecto de un pie que lo lanza volando sobre las cuerdas. Los sanitarios se lo llevan detrás de los cubos de basura, donde yace todavía su colega, tratando de recobrar el aliento. Ahora, aquello ya no es un combate de boxeo. Se ha convertido en una lucha a muerte en la que se emplean todos los trucos sucios y todas las tretas de las películas americanas. Se agarran, gruñendo, y caen al suelo. Ruedan alrededor del ring, en un nudo de músculos entrelazados.

El caucasiano lanza un grito de angustia, al clavarse los dientes del alemán en sus testículos.

—Ese chico no joderá por una temporada —ruge Porta.

Da una patada a un barril de cerveza vacío, que rueda por la zona de los que están de *pie*, derribando a varios espectadores como si fuesen bolos.

Con una patada hacia arriba y un puñetazo en el cuello del alemán, el caucasiano se suelta y se pone en pie. Pero el alemán tampoco es lento. Arranca como Jesse Owens, moviéndose a una velocidad que dejaría parado a un *sprinter* campeón del mundo. Lanza un derechazo a la cintura del caucasiano. El ruso responde con un directo de derecha, que parece hacer mella en el alemán, seguido de un zurdazo que silba en el aire y lo habría enviado directamente a los campos de caza celestiales si hubiese dado en el blanco. A excepción de los fanáticos del boxeo, a quienes no gusta este espectáculo, el público ruge con ferocidad. Las botas repican en el suelo.

—¡Arráncale las orejas! —grita alguien, desde los asientos baratos.

—¡Jesús, María y José! —exclama *Hermanito*, entusiasmado—. ¡Es el mejor combate que he visto en mi vida!

Una bota del 45 se estrella contra la rodilla del alemán. Este grita y se cae, apretando con ambas manos la rótula lesionada.

¡Te haré *trizas*! —silba, el alemán poniéndose en pie, el rostro contraído de dolor—. ¡Reza, bastardo, pues irás directamente al cementerio! —Su furor

es tal que, por lo visto, ha olvidado completamente que tiene que perder en el último asalto.

—¡Mátale! —ruge furiosamente Porta, mientras los dos boxeadores, agarrados, evolucionan sobre el ring empleando lo que, en determinados círculos, llaman «todos los trucos sucios del libro».

Los entusiastas del boxeo protestan airadamente. No quieren, dicen, que un buen combate de boxeo se convierta en una riña callejera. Pero todos los demás, que, como *Hermanito* y Porta, piensan que nunca han visto una exhibición de boxeo tan magnífica, les arrojan a la cabeza cuanto tienen al alcance de la mano.

El combate continúa. El ruido parece el de una incursión aérea sobre una gran ciudad industrial. De pronto, cesa. Es como si nos hallásemos en el silencioso vórtice de un tifón. Hay un silencio mortal. El alemán levanta al caucasiano, lo sostiene un momento sobre su cabeza, y lo lanza sobre la lona. El ruso yace allí, sin moverse.

El 8º Regimiento Panzer se pone en pie como un solo hombre y empieza a cantar, solemnemente, *Wacht am Rhein*.

—¡Esos patriotas sanguinarios! —dice Porta—. Casi nunca saben dónde están. En vez de *Wacht am Rhein*, ¡deberían cantar *Wacht am der Volga*!

Pero el ruso se ha puesto en pie, y empieza la fase final del combate. Los patriotas alemanes vociferan febrilmente, al echar su hombre la izquierda atrás para el golpe definitivo. Pero el caucasiano avanza de nuevo contra él, como una comadreja sobre una gallina dormida.

Da una patada en la muñeca y descarga los puños sobre su cabeza. Cruje todo su esqueleto. El alemán abre la boca en un grito de dolor y se dobla hacia delante. El golpe siguiente un derechazo del caucasiano, lo levanta en el aire, así da un salto mortal, y, por alguna razón inexplicable, cae de pie. Estrella la derecha en la cara del caucasiano. En su furor, se olvida de que tiene rota la mano derecha y la hunde con toda su fuerza en el plexo solar de su adversario.

—¡Oh, no! —gime Wolf, viendo cómo se desvanecen sus ganancias.

Porta, presa, de pánico, empieza a hacer planes para desertar al campo ruso. Si el caucasiano pierde, cosa que ahora parece probable, no tendrán manera de pagar a los ganadores.

Pero el ruso no está aún acabado. Salta literalmente sobre el alemán, que gira con la rapidez del rayo en un arco de ochenta grados y larga una patada cruel a la entrepierna del caucasiano, aunque no da en el blanco. El caucasiano esquiva la patada e intenta una arriesgada maniobra encaminada a

romper el cuello a su adversario. El alemán se da cuenta y salta hacia la derecha. Desde allí, avanza y descarga el puño derecho sobre el hombro del ruso. Este lanza un rugido al ver desguarnecido el cuello del alemán. La cabeza de este se dobla dos veces hacia atrás. Es como si se hubiese desprendido de la espina dorsal. Lanzando un chillido, el hombre cae de rodillas, escupe y gruñe, y su cara se congestiona. Lentamente, cae de costado y arroja todo lo que tiene en el estómago. Con gran dificultad, se pone de rodillas, escupiendo sangre en abundancia. Con ayuda de las cuerdas, consigue ponerse en pie.

—Ahora ese cerdo alemán *está* acabado —ruge *Hermanito*, con entusiasmo—. El vecino solo tiene que atizarle una vez más, ¡y asunto terminado!

Pero *Hermanito* se equivoca. El alemán *no* está acabado. Después de vaciar sus segundos un par de cubos de agua sobre él, vuelve a golpear al caucasiano como un alce enloquecido que hubiese sido apartado de sus hembras. El caucasiano le atiza un golpe en el cuello, precisamente sobre la laringe. El alemán cae hacia atrás sobre las cuerdas, destrozando su taburete y aplastando un cubo de agua.

El caucasiano corre alrededor del ring, levantando las manos sobre la cabeza. De vez en cuando da una patada al alemán, que yace estirado en el ring como si lo hubiese crucificado.

El público se vuelve loco. Un *Unteroffizier* baja corriendo hacia las sillas de ring, blandiendo una bolsa sobre su cabeza. Cuando ve al jefe mecánico Wolf, con su uniforme cortado a la medida, le arroja la bolsa a la cara. La bolsa se rompe, y tomates chafados, mazorcas de maíz, trozos de pato asado y otras muchas cosas, vuelan por el aire.

Un gordo *Feldwebel* del servicio de Intendencia del Aire viene chillando de los asientos baratos, arrastrando una bota que ha quedado sujeta por el cordón. Exige que le devuelvan el dinero. Afirma que el combate ha sido un tongo.

Porta hace la señal de la V con los dedos índice y medio de la mano derecha.

—*Faites vos jeux!* —grita, y mete los dedos en los ojos del apresurado *Feldwebel*.

—¡Viva la Gran Alemania! —chilla un *Obergefreiter* del 8º Regimiento Panzer, volcando un gran cubo de basura sobre la cabeza de un *Feldpolizeiinspektor*, con el resultado de que el contenido se vierte sobre su propia cara.

—¡Dios Todopoderoso! —grita Porta, saltando a un lado—. ¡Aquí hay para matar a un hombre más de prisa que toda una farmacia!

Poco después, los bávaros empiezan a emplear como proyectiles los tallarines y las morcillas negras que habían traído para el almuerzo. En pocos minutos, todo el almacén empieza a parecer una cocina de campaña volada por una bomba. Un enorme bocadillo de queso blando con cebolla vuela por el aire y se estrella como una granada contra la pared, cerca de *el Viejo*, un pedazo de tripa describe un arco en nuestra dirección. Porta agacha la cabeza y va a dar en la cara de *Hermanito*, con un fuerte chasquido. Porta se vuelve para ver adónde ha ido a parar y recibe un gran *meefischli* en el cogote, la cabeza del pescado sale despedida y va a parar a la boca abierta de Gregor, casi ahogándolo.

Porta persigue a un menudo artillero, trata de darle una patada, pero yerra el blanco y cae de espaldas. El artillero coge una salchicha blanda y unta con ella la cara de Porta. Este se pone de nuevo en pie, echa una zancadilla al hombre y este sale dando tumbos.

Hermanito salva a Albert de ser estrangulado por dos renanos, en el último momento.

—¡La pantera! —chilla Porta—. Que alguien suelte a esa fiera negra. ¡*Ella* les enseñará dónde Moisés compró la cerveza!

Con gran alarde de aullidos y rugidos selváticos, *Hermanito* sube la pantera negra y la mete en el almacén de Artillería. La pantera huele a comida. Empieza a agitar la cola. Muestra los largos colmillos.

—¡Jesús! —grita *Hermanito*, con expectación—. ¡La función ha empezado! Vamos, *Ulrich*, ¡tú puedes con todos!

—Los viejos suelen sentirse mejor cuando están muertos —grita Porta, blandiendo una tabla contra un viejo *Stabsfeldwebel* de los Talleres de la División.

La pantera lanza un rugido prolongado y se dispone a saltar.

—¡Noooo! —aúlla un *Wachtmeister* de Artillería, aterrorizado, levantando una botella rota sobre su cabeza.

Contempla las mandíbulas de la pantera y se le doblan las piernas. El animal encorva el lomo, midiendo la distancia hasta el largo mostrador, pringado de salchichas, pescado, tripas y chucrut.

Dos perros guardianes de aspecto avisado y con la insignia de la media luna centelleando en el pecho, se quedan paralizados de horror cuando la pantera surca el aire como una flecha negra, aterriza sobre el mostrador con

un fuerte golpe y se desliza sobre la resbaladiza masa de comida. Empieza a comer, como si se estuviese preparando para diez años de vacas flacas.

Uno de los perros guardianes se arranca el casco y lo arroja a un lado. Cae al suelo sobre un montón de tripa.

El otro gendarme militar, al que llaman *Rompehuevos* por su método predilecto de interrogatorio mira con ojos desorbitados la boca abierta de la pantera y siente el olor de su aliento. Temblando de miedo, rueda detrás del mostrador y se introduce a viva fuerza debajo del tablero inferior, donde normalmente no cabría un niño de más de diez años y que es notoriamente insuficiente para un perro guardián de ochenta kilos.

Ulrich mira hacia abajo con curiosidad. Probablemente se pregunta si él podría meterse debajo de aquella tabla.

—*Mein Führer*, ¡sálvame! —chilla, desesperado, *Rompehuevos*.

Los ojos amarillos de la pantera brillan bajo la débil luz. Con un gruñido de satisfacción, el animal estira una larga pata y golpea, jugueteón, a *Rompehuevos*.

Este no puede más:

—¡Va a *comerme*! —grita.

Con un largo relincho, sale de debajo del mostrador y se desliza rápidamente a gatas por el suelo, resbalando sobre la gruesa capa de desperdicios de comida que lo cubre.

Ulrich se imagina que quiere jugar.

Salta alegremente y va a caer, con un ronco rugido, sobre la espalda del aterrorizado perro guardián. Le propina un golpecito amistoso con la pata.

El gendarme lanza un prolongado aullido de terror y rueda sobre la espalda, agitando los brazos y pataleando.

Ulrich lo está pasando en grande.

Muerde un pie del perro guardián, solo por jugar; después, le da una palmada en un hombro. El hombre mira la boca abierta de *Ulrich* y sus enormes colmillos. Es lo último que ve en este mundo.

—*Shock* —dice el médico que examina el cuerpo.

—Dos vodkas grandes y una botella de vino tinto para que pasen mejor —dice provocativo Porta cuando entramos ruidosamente en el «Burdel de Natascha».

—Aquí no se fía —grita Anna *la Latina*, agarrando las botellas.

—¿Quién ha hablado de esto? —sonríe Porta sacando un gran fajo de billetes del bolsillo—. Si quisiera, podría *comprar* el tinglado.

Anna abre mucho los ojos y se vuelve de pronto muy amable.

—¿Quieres que te enseñe mi conejito? —pregunta a *Hermanito*, llenando pródigamente su vaso.

—No me interesa —dice *Hermanito*, con arrogancia—. Probablemente está arrugado y es, sin duda, muy viejo.

—No arméis jaleo aquí —advierte *el Tambor*, que en realidad es un *Feldwebel* de Seguridad y ha sido destinado al burdel para mantener el orden.

Le llaman *el Tambor* porque *fue* tambor antes de la guerra. En el club nocturno «El Lobo Amarillo», de Leipzig.

—Lo que tienes que hacer es cerrar el pico —le dice *el Viejo*, hipando en su vaso de vodka.

El Tambor se pone colorado y lanza un graznido de protesta.

—He dicho que cierres el pico —insiste tercamente *el Viejo*—. Yo soy *Oberfeldwebel* y llevo una estrella más que tú.

—¡Al diablo las *estrellas*! —chilla *el Tambor*, con voz femenina—. Tenéis que comportaros como es debido.

—Me pregunto si tendría alguna vez relaciones íntimas con su madre —dice Porta, haciendo una mueca.

—Lo enviaron a la guerra porque su hermana le tenía miedo —ruge *Hermanito*, desternillándose de risa por su propio ingenio.

—Tenéis que ser amables los unos con los otros —amonesta *la Latina*—. ¡Lamentaríamos tener que echaros de aquí...!

—¿Por qué no lo intentas? ¡Ahora mismo! —relincha *Barcelona*, cogiendo una silla y plantándola desafiadoramente delante de *él*.

—¿Cómo te has vuelto tan negro? —Pregunta *Conejo del Danubio*, muchacha expatriada de Rumania, dando un empujón insinuante a Albert.

—Tiene ese color porque es un negro prusiano —le explica *Hermanito*, casi sin abrir los labios a la manera de Humphrey Bogart.

Es admirador fanático de Humphrey, y siempre se esfuerza en imitarlo. Una vez proyectaron en el frente una película en la que Bogart empuja a dos ancianas con sillas de ruedas escalera abajo y después las degüella. A *Hermanito* le entusiasmó tanto esta película que se quedó y la vio tres veces. El día siguiente, estuvo tres horas en la cola para asegurarse de ser el primero en conseguir una entrada en cuanto abriesen la puerta.

—Eres una buena pieza, a fe mía —piropea *Hermanito*, haciendo posturas idiotas delante de una chica alta y delgada que está sentada en un taburete del bar y enseña toda una pierna.

Se inclina sobre ella y dice, en un grave rugido de felino que él se imagina que es un murmullo:

—Me gustaría tocar un poco el tuyo. ¡Y también te dejaría jugar un poco con la mía!

—¿Quieres dártelas de gracioso? —pregunta ella, con voz grave y ronca, llevándose una boquilla de medio metro a los labios carmesíes.

Hermanito lloriquea satisfecho y pasa un dedo no demasiado limpio por una zona de la pierna descubierta.

—No te pases de la raya, grandullón —murmura sensualmente ella, golpeándole la mano—. No soy aficionada a *Frankenstein*, *ni* a sus descendientes. ¡Recuérdalo, soldado!

—*Obergefreiter*, por favor —le corrige *Hermanito*—; la espina dorsal del Ejército, señora.

—¿La parte inferior? —sonríe ella, dulce como el azúcar.

—¿Cómo voy yo a saberlo? —ruge *Hermanito*, sin captar la intención. Ríe tontamente, feliz, y le da un pellizco en el pecho y una ruidosa palmada en las nalgas. Ella lanza un chillido de dolor. Porta le ha enseñado que, cuando las señoras se defienden, indican precisamente lo contrario—. Por qué no vamos a dar un paseo —dice *Hermanito* y se explica haciendo el signo internacional del intercambio sexual.

—No me gusta entrar en la jaula de los monos —replica ella, empujándole con ambas manos sobre el ancho pecho.

—¿Qué quieres decir con eso de los monos? Espera a enrollar tus piernas con las mías, ¡y no volverás a pensar en los monos!

La arrastra con fuerza hasta la pista de baile donde el trío ha iniciado una pieza muy animada.

—¡Mis *pies*! —gime la mujer.

—Ponlos encima de los míos —sugiere él—. Es la manera más fácil de aprender a bailar. Te lo aseguro. Yo lo aprendí en «Lausen», en la *Reeperbahn* de Hamburgo.

—Apuesto a que las ambulancias irían sobrecargadas en el exterior —dice sarcásticamente ella.

—Tú estás pensando en «La Linterna Roja» de Davidstrasse. Allí se salta toda una dentadura cada noche.

La mujer lanza un chillido estridente al ejecutar *Hermanito* un paso, que se imagina que es de tango y que hace que la golpee sobre la rodilla con una de sus enormes botas con puntera de acero.

—¿Dónde está ese caballo que me ha dado una cox? —pregunta la chica, frotándose la dolorida pierna.

—¿Nos vamos arriba? —pregunta *Hermanito*, con una sonrisa lobuna.

—¿Para qué? —pregunta ella, desprendiéndose de su agarrón.

—No me hagas esperar *demasiado* —le advierte él, amenazadoramente, girando en redondo como ha visto hacer a los profesionales en las películas.

Ella lanza un fuerte gemido, al chocar su cabeza contra una silla.

—¿Qué te parecería un rápido revolcón? —Pregunta Albert, bailando con una chica que apenas si le llega al ombligo.

—No voy a esperar más tiempo —ruge *Hermanito*, haciendo dar otra vuelta a su pareja.

Esta vez, ella se da de cabeza contra el suelo.

Se olvida de reprenderle. Porta pasa bailando a tal velocidad que los dos se ven arrastrados tras él por la corriente de aire.

—¿Qué diablos ha sido eso? —pregunta ella, mirando fijamente a Porta.

Este sigue dominando la pista con una dama con aires de matrona y a la que llaman Petunia *la Cerda* porque es enormemente gorda y su boca recuerda el hocico de un cerdo.

—No tengo ganas de seguir bailando —dice la muchacha alta, dirigiéndose al bar.

Se sienta ostensiblemente en el otro lado de la barra, separada de *Hermanito*, y pide tres aspirinas.

—¿De que parte del mapa vienes? —ruge *Hermanito*, sobre el mostrador.

—De Moscú —responde agriamente ella.

—¿Hay muchas putas allí? —pregunta *Hermanito*.

—¡Cerdo! —ladra ella.

—¿No tenéis ganas, las dos, de subir arriba con nosotros? —pregunta francamente Porta, acercándose al bar con la sudorosa matrona.

—¿Acaso sois, los dos, heraldos de la cultura alemana? —pregunta, burlona, la dama alta.

—Has dado en el clavo —responde *Hermanito*, con orgullo, hinchando tanto el pecho que empiezan a crujir amenazadoramente las costuras de su uniforme—. Cuando llevemos aquí una temporada, ya no os limpiaréis el culo con arena. Emplearéis papel como nosotros los occidentales. Y ahora déjate de monsergas y vayamos arriba, donde podamos mostraros cómo hacen su monta los pueblos cultos.

—¿Invitas a un traguito a tu niñita? —pregunta Petunia a Porta, con una falsa sonrisa.

—Ron de Crimea y naranja —ordena él, golpeando el mostrador con señorial ademán.

Pronto circula el rumor de que tenemos dinero. Montones de dinero. Y en seguida nos vemos rodeados de damas complacientes. Dos muchachitas que estaban bailando juntas dirigen miradas invitadoras y codiciosas a Wolf. Este se halla sentado y medio tumbado en uno de esos taburetes especiales con respaldo oscilante.

—Parece que tienes ganas de hacer algo más que beber —le incita una de las chicas, frotándose el costado izquierdo a la manera de una gata—. ¿Me equivoco si pienso que quieres echar una cana al aire?

—¿Es así como llamáis al coito en la Unión Soviética? —ríe Wolf, pasando un dedo entre sus muslos—. ¡Cojones! ¿Eres lampiña? —pregunta, con sorpresa, levantándole el vestido.

—Me afeito, querido —ríe ella—. Es un efecto especial. Generalmente, cuesta el diez por ciento más, pero *tú* eres tan guapo que no te cargaré nada extra. Son quinientos por toda la noche. ¿Qué dices? Estilos francés, alemán, sueco, ¡todo lo que quieras! Para el estilo japonés hay un suplemento de doscientos.

—¿Precio de venta al público? —pregunta Wolf, investigándola más de cerca.

Convienen en cuatrocientos y desaparecen por una puerta marcada con el rótulo de RESERVADO.

Unos minutos más tarde, Wolf asoma la cabeza y silba a sus perros lobos. Estos corren hacia él, ladrando alegremente.

—¿Es que ella va a joder también con los perros? —pregunta *Hermanito*, boquiabierto.

—Probablemente —dice Porta—. Wolf quiere muchísimo a los animales.

Una mano delgada, de uñas pintadas de verde, empieza a acariciar suavemente el muslo de Gregor. La mano se introduce en el pantalón, con una ligereza que demuestra que no es la primera vez que se insinúa de esta manera.

—Podría afilar tu sable. Te parecería que estas flotando en el aire —dice, seductora—. ¡Jodo de puta madre!

Gregor ríe entusiasmado.

—Está bien, ¡vamos arriba!

—Bailemos primero, para animarnos —gorjea ella, arrastrándolo a la pista.

Poco después, desaparecen también por puerta con el rótulo de RESERVADO.

Albert, que siempre ha sido un poco tímido parlotea como un loro borracho cuando una chica de ojos sesgados, negros y resueltos, le toma la mano y la aprieta suavemente sobre sus muslos.

—Me gustas mucho, negrito —dice, moviendo las caderas y suspirando—. Ven, soldadito —le invita—, vayamos arriba; así pasarás un buen rato antes de que tengas que salir y hacerte matar por uno de esos malvados del Ejército Rojo. Será la primera vez que me acuesto con un caníbal —confiesa, mientras cruzan la pista en dirección a la puerta con el rótulo de RESERVADO.

—Solo te cobraré la mitad del precio. ¡Pero no tienes que mordirme! ¡No soy comestible!

Apenas hemos vuelto al bar cuando una serie de rugidos bestiales hacen que callen súbitamente la música y las voces.

—¡Ulrich! —grita Porta, temeroso, soltando a Petunia, que cae al suelo con gran estruendo.

—¡Coño! —gruñe *Barcelona*, apurando de un trago un vaso de *Krazisom*.

El *Krazisom* es una bebida que se puede consumir cuando uno carece de paladar para líquidos más nobles y tiene reducido al mínimo el sentido del olfato.

Albert, que está despachando su plato predilecto de pescado agridulce, se olvida de comer cuando ve el largo manojó de músculos y tendones agazapado en la puerta, presto para saltar.

El limpiabotas mogul que está lustrando las botas de montar cosidas a mano de Wolf, compradas en la casa «Rosselli», en Roma, respira hondo dos veces y se desmaya al cruzarse su mirada con la de la pantera, que hace rechinar los dientes amenazadoramente.

Estridentes gritos de terror suenan detrás de la puerta con el rótulo de RESERVADO. Todos miran hacia allí, olvidándose por un instante de la pantera.

—¡Asesino! —aúlla la alta y esbelta *Chica* corriendo, perseguida por *Hermanito* completamente desnudo y blandiendo una silla sobre su cabeza.

—¡Quieto, maricón de mierda! ¡Voy a arrancarte tu podrido pijo! —chilla *Hermanito*, furioso a más no poder.

—¡Mira que es mala suerte! —El pequeño *Legionario* se monda de risa—. ¡Ha hecho tratos con un travestí!

—¡Toma eso! —ruge *Hermanito*, arrojando la silla contra el aterrorizado travestí—. ¡Me ha pedido quinientas, por un sucio y podrido agujero!

El marica está tan espantado que ni siquiera advierte la presencia de la pantera, que gruñe agazapada en la puerta. Pasa por su lado y cierra la puerta de golpe, pillando la cola de la pantera. Esta suelta un largo aullido de

angustia, que hace que la pista de baile quede desierta en pocos segundos. Se retuerce y silba amenazadoramente junto a la puerta. Erizados los pelos en todo el lomo, contrae los músculos preparándose para la acción. De un salto elegante, se planta sobre el mostrador. *Conejo del Danubio* siente su cálido aliento en el cogote. Se desmaya, emitiendo un extraño quejido, y su cara pintada se sumerge en una fuente de pescado agri dulce caliente. Los que están junto al mostrador sueltan todo lo que tienen en las manos. La pantera se traga de golpe un lechón asado. *Ulrich* camina sobre el mostrador y alarga una pata negra hacia un plato de macarrones con riñones. De pasada, da un zarpazo en el hombro a *Obús Carlo*, de la unidad de municiones, y hace que la dentadura postiza salte de su boca. El hombre se derrumba como un castillo de naipes bajo una fuerte ráfaga de viento. El SS *Oberscharführer* Gerner, de la División T, famoso por su brutalidad, aparta su plato de lechón al deslizarse la pantera hacia él, mostrando las garras. Solo consigue lanzar un débil chillido antes de que la pantera choque contra él. Pierde completamente el sentido. La pantera husmea con interés el cuerpo inmóvil, se vuelve hacia los restos del lechón y empieza a consumirlos, con unos crujidos que hacen que todo el mundo piense que está devorando al *Oberscharführer*.

—Habrá follón —dice *el Viejo*, con voz cargada de malos presagios.

—Será mejor que la saquemos de aquí —opina *Barcelona*, arrojando un conejo recién matado a *Ulrich*, que se ha tendido en un amplio diván después de haber despejado todo el burdel.

—No irá a *ninguna* parte —declara Porta, con irritación—. ¡Se quedará aquí!

—Mira, hombre, va a causar grandes problemas —grita furiosamente *el Viejo*.

—Los problemas serán *tuyos* —replica el jefe mecánico Wolf—. Yo no había visto una pantera en toda mi vida. En realidad, no sabía siquiera que *existiesen*. Si quieres, ¡toma nota de esto!

—Eres una mierda —gruñe despectivamente Porta—. Creo que nunca conocí a un hombre tan traidor y tan falso como tú. Ni siquiera los chinos aceptarían fuegos artificiales de tus manos, si los tuvieses.

—No quiero que mi pelotón se convierta en un sucio Zoo —grita *el Viejo*, descargando un puñetazo sobre la mesa.

—La pantera *Ulrich* se quedará en el Segundo —decide bruscamente Porta. Apunta al *Viejo* con un dedo sucio—. Si no, ella y yo daremos un espectáculo, ¡y creo que lo lamentarías!

—Daré parte de esto —grita enfurecido *el Viejo*.

—No me hagas reír —dice Porta, haciendo una mueca—. Esto es precisamente lo que *no* harás. Sabes lo que pasaría si descubriesen quién es el responsable de todo este asunto de la pantera. Le acusarían de todos los delitos del código, desde escándalo público hasta asesinato y alta traición, o como quieras llamarlo. Le pondrían quince cadenas perpetuas, más un par de penas de muerte, para mayor preocupación. Él y la pantera serían ahorcados juntos, con el viento agitando suavemente su pelambre.

El día siguiente empieza a sonar violentamente el teléfono del puesto de mando.

—¿Pero qué dice? ¿Una Pantera negra? —pregunta el jefe de la oficina, *Stabsfeldwebel* Weingut, en tono inexpresivo.

—Una *pantera negra*, ¡maldita sea! —grita excitadamente el secretario de la División.

—¿Se ha vuelto loco? —pregunta Weingut con una risita—. Todos *nuestros* «Panthers» son amarillos o grises, y llevan un motor Maibach en el culo.

—Espere y se le quitarán las ganas de reír —amenaza rudamente el secretario de la División—. El general Von Hühnersdorf está furioso. ¡Literalmente fuera de sus casillas! Nuestra centralita telefónica no para de recibir llamadas de gente que se queja. El *Generalfeldmarschall* llegara de un momento a otro, para enterarse de lo que pasa.

—No comprendo qué tienen que ver tus quejas con nosotros —responde tranquilamente Weingut—. *Nuestros* «Panthers» están donde tienen que estar. Las únicas personas que pueden quejarse de ellos son los vecinos, y no creo que las denuncias firmadas por Iván tengan mucho peso.

—Vosotros tenéis una pantera negra que anda libre por ahí, repartiendo ataques cardíacos y lesiones cerebrales. El general exige una investigación. Una investigación *completa*. Anota *esto*, mi querido y estúpido amigo.

—¿Por qué no te diriges al médico militar y le pides que te recete algo? —sugiere Weingut, en tono paternal—. En el 27º Regimiento Panzer no hay nadie lo bastante majareta para ir enredando por ahí con algo tan estrafalario como una pantera negra. *Muerden* a la gente, ¿sabes?

Media hora más tarde, el ayudante de la División llama por teléfono.

—¿Qué significa eso de que tienen una pantera negra con ustedes? —pregunta al ayudante del Regimiento, un joven *Leutnant* sin experiencia, recién llegado del centro de remplazos—. En la División circulan toda clase de fantásticos rumores.

—¿De qué color ha dicho? —pregunta el ayudante del Regimiento, sin comprender—. Aquí no tenemos «Panthers» negros.

—¡Por mil diablos! No me refiero a los tanques —gruñe el ayudante de la División, bufando como un motor recalentado—, sino a un enorme animal, a una verdadera pantera de la selva, capaz de comerse a una compañía de perros guardianes. ¿No sabe que al Jefe de los gendarmes militares han tenido que encerrarlo y ponerle una camisa de fuerza después de un encuentro con *su* maldita pantera negra?

—Pero, señor, que aquí no *tenemos* ninguna pantera negra —gime el ayudante del Regimiento en tono servil—. Los dos únicos animales que tenemos son dos perros lobos pertenecientes al jefe mecánico Wolf; están seguros, y con autorización del oficial comandante y además inscritos en la lista de las fuerzas disponibles.

—¡Esos amantes de los animales! —suspira resignadamente el ayudante de la División—. Esto puede costarles caro. Circulan ya rumores en el Cuerpo, y *menudean* las quejas de la población civil de la zona.

—Señor, no comprendo una palabra —responde, desalentado, el ayudante del Regimiento—. Yo no sé *nada* acerca de una pantera negra en el 27º Panzer. Debe de ser un lamentable error. ¿Por qué no pregunta al Cuerpo de Veterinarios?

—¿Por qué no lo hace usted? —ríe maliciosamente el ayudante de la División, colgando el teléfono de golpe.

El *Oberst* Hinka se está afeitando cuando suena con insistencia su teléfono directo.

—Aquí Hinka —dice bruscamente.

—¡Soy Hühnersdorf! ¿Qué diablos pasa en su Regimiento? —pregunta el general de la División, prescindiendo de cumplidos preliminares.

—¿Qué *sucede*? —pregunta Hinka, con inquietud.

—Usted es el comandante, ¿no? Si *usted* no sabe lo que pasa en su regimiento, ¿quién diablos *puede* saberlo? Lo único que sí le digo es que su gente anda por ahí jugando con un animal carnívoro y espantando a todo el mundo. La mitad de mis gendarmes están ya en el manicomio por su culpa. Si me dice que no sabe nada de esto *Oberst* Hinka, le diré que es la única persona del 4º Ejército Panzer que *lo ignora*. El propio *Generalfeldmarschall* exige un informe completo sobre el asunto, ¡*dentro de una hora*!

—Todo esto parece una broma estúpida mi general —responde Hinka, sin apartarse mucho de la verdad—. ¿Qué clase de animal carnívoro es?

—¿No se lo he dicho? —ruge, furioso, el general—. Una pantera, ¡por todos los diablos del infierno! ¡Una pantera *negra* llamada *Ulrich*!

Hinka cierra los ojos y maldice en silencio. Ahora sabe ya dónde encontrar la pantera negra *Ulrich*, y a sus cómplices humanos. Respira hondo y se enjuga furiosamente el jabón de la cara.

—Recibirá el informe dentro de una hora, señor —promete.

—Así lo espero, por *su* bien —silba el general de División—. Este caso es más grave de lo que usted piensa. El *Generalfeldmarschall* exige que la pantera sea muerta y que los culpables sean sometidos a Consejo de Guerra. ¡Maldita sea, *Oberst*! La cosa está que *arde*. ¡Quiere su informe dentro de sesenta minutos!

—¡*Oberleutnant* Soost! —grita Hinka, con una voz que resuena en todo el puesto de mando—. ¡*Oberleutnant* Soost! —repite, con impaciencia, arrojando violentamente su toalla a un rincón.

—*Herr Oberst* —balbucea el ayudante, temeroso, haciendo chocar sus tacones.

—Busque al diablo de Porta y tráigalo aquí —ordena furiosamente Hinka.

—¿Porta? —pregunta el ayudante, que es la primera vez que oye este apellido.

—¡Maldita sea, hombre! —vocifera el *Oberst* Hinka—. ¿Es que nunca entiende *nada*? *Obergefreiter* Porta, ¡por todos los diablos! Quinta compañía, Segundo Pelotón. ¡Ese bandido tiene que presentarse inmediatamente y traer consigo una pantera negra llamada *Ulrich*!

El ayudante sale y monta en un *Kübel*, firmemente convencido de que ha sido destinado a un regimiento compuesto exclusivamente de locos.

—¿Adónde, *Oberleutnant*, señor? —pregunta el chófer, con una amplia sonrisa, haciendo bailar el pie sobre el acelerador.

—A arrestar al *Obergefreiter* Ulrich y a una pantera llamada *Porta* —tartamudea confuso el *Oberleutnant*, encendiendo un cigarrillo con mano temblorosa.

—Entonces, *debe de ser* la Quinta Compañía, señor —sonríe el *Obergefreiter* Helmer, y sale disparado como un cohete.

—Conduzca como es debido —le riñe el *Oberleutnant*, estirándose nerviosamente la guerrera.

—Así lo hago, señor —dice el *Obergefreiter* Helmer que, al parar el coche frente a la oficina de la Quinta Compañía, empieza a desenvolver, contrariamente a las ordenanzas, un voluminoso paquete lleno de bocadillos.

El *Hauptfeldwebel* Hoffmann, de anchos hombros y confiada actitud, está sentado detrás de una mesa grande, heredada de un comisario político. Como es muy temprano, lleva todavía sus zapatillas rusas. Saluda y se coloca de manera que el ayudante no pueda ver su rojo y bordado calzado.

—Por orden del jefe del Regimiento, tengo que arrestar a una pantera —chilla el ayudante, tratando de parecer severo—. Se llama *Ulrich* —añade, después de un largo y penoso silencio.

—Muy bien, señor —murmura Hoffmann, previendo problemas de enormes dimensiones—. *Gefreiter* Müller —grita al ordenanza de la Compañía, que está de pie junto al fichero, muy cerca de él, por lo que las voces son totalmente innecesarias y le habría bastado con un murmullo—. Vaya inmediatamente al número Dos y diga al *Obergefreiter* Porta y a la pantera *Ulrich* que se presenten aquí sin pérdida de tiempo. ¿Lo ha entendido? Si no vuelve con ellos, ¡sabrá lo que es bueno! *Le* enviaré a los vecinos ¡donde la muerte del héroe espera a los gandules como usted!

Pasa más de una hora antes de que comparezca Porta, entra en tromba en la oficina de la Compañía, donde hace chocar tres veces los tacones, dos veces para el ayudante, y una para Hoffmann. Hace el saludo nazi, acompañado de un sonoro Heil!, ante el retrato de Hitler que ha remplazado al de Stalin.

—¡Basta ya! —le amonesta Hoffmann, lanzándole una mirada capaz de saltarle a cualquiera la mitad de los dientes.

—¿No se me permite saludar al *Führer*? —pregunta Porta, con fingido asombro.

—¡Idiota! —ruge Hoffmann—. ¡No cuando está colgado ahí!

—Entonces, ¿dónde *debería* estar colgado? —sonríe Porta.

—¡Queda usted arrestado! —ruge el ayudante con voz cascada—. ¡Queda arrestado! —repite señalando acusadoramente a Porta.

—¿Arrestado? ¿Yo? ¿Por qué, señor?

—Por andar por ahí con una pantera y matar a personas del susto —chilla el ayudante, que empieza a perder el control.

—¿Es que ya no se permite tener mascotas en el Ejército alemán? —pregunta ingenuamente Porta, juntando de nuevo tres veces los tacones; y a punto de volver a saludar al retrato de Hitler, cuando advierte la mirada aviesa del *Hauptfeldwebel* Hoffmann y desiste de ello.

—Una pantera no es una mascota —declara secamente el ayudante.

—Con su permiso, *Herr Oberleutnant*, señor —farfulla Porta, adoptando su aire acostumbrado de tonto del pueblo—, hay mascotas de toda clase en el

mundo, señor. El emperador de Abisinia tiene leones como mascotas, señor, y en la India tienen elefantes. ¿Por qué no puedo yo tener una pequeña pantera como mascota?

—Ha sido usted arrestado —declara el ayudante, con rostro congestionado—. Podrá explicar todo esto al Consejo de Guerra. Usted y su pantera acabarán ante un pelotón de fusilamiento. ¡Han arruinado la moral de la mitad de la *Wehrmacht*!

—Muy bien, señor —responde Porta, mirando resignadamente al techo—. Con su permiso, señor, quisiera decir que, como soldado alemán, y según el artículo 209, párrafo 5, tema «arresto y detención de personal militar», tengo derecho a oponerme a cualquier arresto que no esté de acuerdo con el Código Penal Militar de la *Wehrmacht* de la Gran Alemania. Suplico al señor ayudante que me permita informarle de que el *Obergefreiter* Joseph Porta se opone al arresto amparándose en que la acusación carece de fundamento.

—Tú has perdido completamente la cabeza, hombre —vocifera el ayudante, ahora totalmente fuera de control—. ¡No intente darme lecciones, a mí, a un *oficial*!. ¿Se da cuenta de lo que dice, *Obergefreiter*?

—Con Su permiso, señor. El *Obergefreiter* Porta se da perfecta cuenta, señor.

—¡Cierre la boca! —brama histéricamente el ayudante.

Sus dedos pegan nerviosamente en la pistolera amarilla, como si estuviese pensando en matar a Porta.

—Volvamos al Regimiento —ordena al *Obergefreiter* Helmer, subiendo con Porta al *Kübel*.

Helmer, que está comiendo una pata de pavo y un bocadillo de jamón, finge no haber oído la orden. Mira en silencio la pata de pavo, antes de hincarle el diente.

—¿Está sordo, hombre? ¿No ha oído mi orden? —chilla el ayudante, que ya no puede más.

—¿Qué orden? —pregunta Helmer, con la boca llena de pavo.

El ayudante pierde completamente los estribos. Lanza una mezcla indescifrable de órdenes y amenazas, para un no disimulado regocijo de Porta y de Helmer. Detrás de la empañada ventana de la oficina de la Compañía, se ve a duras penas la cara gorda y porcina de Hoffmann.

—Con su permiso, señor —dice súbitamente Porta ¿debo considerarme un *Obergefreiter* alemán en *libertad*, señor, o un *Obergefreiter* alemán *arrestado*, señor?

—Está arrestado —aúlla el ayudante, enloquecido, sin tomarse tiempo para reflexionar sobre el motivo de la pregunta.

Obergefreiter Helmer saluda, se apea del *Kübel* y quita las llaves del salpicadero.

—¿Adónde diablos va usted hombre? —ruge el ayudante.

Helmer saluda de nuevo, juntando los tacones con tal fuerza que el barro salta a su alrededor.

—Con su permiso, señor, según las Ordenanza del Ejército, los soldados bajo arresto solo pueden ser conducidos por personal autorizado. Solo el personal que ha prestado un juramento especial puede prestar un servicio de esta naturaleza, señor.

—Entonces, vuelva usted andando al puesto de mando —decide el ayudante—. Deme las llaves y los documentos del vehículo.

—Con su permiso, señor, no puedo abandonar este vehículo sin orden escrita de la jefatura del Regimiento, señor —declara Helmer, saludando de nuevo—. Pero, si el señor ayudante, señor echa al *Obergefreiter* Porta del vehículo o declara que está en libertad, señor, *entonces* podré llevar al señor ayudante al puesto de mando, señor.

Después de pensarlo un rato, el ayudante declara que Porta está temporalmente en libertad. Y a punto está de acomodarse de nuevo en su asiento del *Kübel* cuando algo largo y negro salta junto a él y aterriza con un fuerte golpe en el asiento de atrás. Es *Ulrich*, que ha encontrado de nuevo a Porta y se sienta orgullosamente a su lado.

El ayudante se desmaya y cae, lanzando un gemido, sobre el barro al lado del *Kübel*.

—¿Está muerto? —pregunta Helmer, con indiferencia, estirando el cuello—. ¡Dios mío! Pronto no podrás llevar la cuenta de todos los ataques cardíacos que has causado.

—Recojámosle —decide Porta—, y vayamos al puesto de mando. El jefe quiere hablar con *Ulrich* y conmigo.

Cuando Porta y *Ulrich* entran en la oficina del puesto de mando, se produce una gran alarma y confusión. Tres oficiales sufren ataques de nervios al mostrarles la pantera sus largos colmillos.

—¿Pero qué diablos le pasa, Porta? —pregunta el *Oberst* Hinka, con voz grave y amenazadora, cuando Porta se cuadra delante de la mesa de los mapas—. ¿Sabe lo que dicen los libros sobre ese animal que usted ha comprado? Es un asesino. ¡Mata a cualquier ser viviente *que* se ponga a su alcance! ¡Y mata porque le gusta matar!

—Con su permiso, señor, los libros están llenos de mentiras, desde el principio hasta el fin. *Ulrich* es manso como un cordero, señor. ¡Solo tiene ganas de *jugar*!

—No quiero tener más disgustos por su culpa, Porta ¡La pantera tiene que irse! Si no lo hace de prisa, será usted quien irá... a presencia de un consejo de guerra. Todavía no sé cómo voy a salvarle el pellejo esta vez, pero, entiéndalo bien, es la última vez que voy a ayudarle. Por fin ha agotado mi paciencia. Salga de aquí, ¡y tenga la bondad de llevarse a ese monstruo negro!

Porta junta los tacones, saluda y, caminando hacia atrás, se dirige con *Ulrich* a la puerta.

—A propósito, ¿adónde fue a parar *Ulrich*? —pregunta Helmer, un día que nos tropezamos con él en el depósito de Cracovia, donde hemos ido a recoger los nuevos tanques «Tigre».

—Emigró a Suecia —dice tristemente Porta—. Estaba harto de la dictadura alemana.

—¿A Suecia? —pregunta Helmer, boquiabierto—. ¡Una pantera no puede ir tan fácilmente a Suecia!

—Puede hacerlo, si se conocen los trucos —responde Porta—. Tomó un tren hospital desde aquí hasta Libau. Allí embarcó en un barco sueco. Lo más probable es que, a estas horas, esté paseando por Estocolmo, disfrutando de las luces de los escaparates. Incluso es posible que lleve un nuevo abrigo de piel, con topos, en vez del negro que tenía. Si la Gestapo anda todavía en su busca, un poco de camuflaje no le vendrá mal.

Si es necesario ahorrar tiempo, y casi siempre lo es, soltamos mil o tres mil bombas sobre una ciudad que se interpone en nuestro camino, y dejamos solamente un montón de ruinas detrás de nosotros. No podemos compadecernos de la población civil. Nuestra misión es seguir adelante y destruir al enemigo lo más rápidamente posible. La guerra es la guerra, y la guerra es despiadada.

GENERAL BRADLEY

Una bandada de gansos cruza ruidosamente la polvorienta plaza. Estiran el cuello y agitan las alas. Allí reinan la paz y la tranquilidad.

—Este agujero está desierto —dice el jefe de la sección.

—Espera un poco —dice el tanquista—. Con Iván, nunca se sabe lo que va a pasar.

Los cuatro tanques de la sección esperan desde hace una hora, preparados para el ataque.

Hay algo en aquel pueblo que les inquieta, pero, durante la hora, la única señal de vida ha sido los vocingleros gansos.

—Vamos a entrar —dice el jefe de sección. Hace una señal a los otros tres tanques—. Pero iremos desde el río. El puente puede estar minado, ¿y a quién le gusta ir al cielo sobre un columna de fuego?

Vadean el río ruidosamente y suben por la orilla opuesta, derribando un par de chozas de barro. Después se detienen en medio de la plaza del pueblo.

Graznan las ocas. Un ánsar agresivo corre hacia los tanques, silbando y agitando las alas. Todo está en silencio. No se oye el menor ruido sospechoso.

—El conductor y el artillero, permanezcan en el carro —ordena el jefe de sección—. Los demás, ¡afuera! ¡Algunos de esos gansos no nos vendrán mal!

Se abren las escotillas de la torreta. Con grandes carcajadas, los tripulantes del tanque saltan al suelo y corren hacia los ruidosos gansos. Uno de ellos acaba de agarrar una oca cuando una ametralladora abre fuego y manda una rociada de balas sobre la plaza. En un momento, esta parece un

matadero. Los tanquistas son derribados entre los asustados gansos. Dos hombres gravemente heridos tratan de arrastrarse hacia sus vehículos.

Soldados rusos salen de las chozas en tropel. Estallan granadas, las escotillas de las torretas se cierran de golpe. Truenan los cañones y ladran las ametralladoras.

Son arrojadas cargas explosivas entre las cadenas de los tanques, paralizando a estos. Se introducen minas debajo de las torretas. En el lapso de unos pocos minutos, los cuatro tanques se convierten en el centro de un mar diabólico de llamas.

Poco después, los tanques destruidos son encontrados por el Regimiento Panzer que avanza, un breve intermezzo en un día de verano de la guerra.

LOS TIGRES

—Pronto estaréis donde vuela la mierda por los aires —grita el jefe mecánico Wolf, que, por una vez, arriesga su vida a poca distancia de la primera línea del frente—. Cuando, dentro de unos días, me entere de que te han asado, mi querido Porta, me emborracharé con el mejor champán francés.

—¡Tienes serrín en vez de sesos, grandísimo hijo de perra! —silba Porta desde el interior del «tigre», metido donde está el motor del tanque.

—Ten cuidado con que esa máquina de coser no te acabe en la cabeza —le advierte Wolf, con una gran carcajada, mientras el pesado motor del tanque tigre es izado y sacado fuera del hueco del carro.

Cuando todavía sonaban sus palabras, el cable se rompe y el motor cae sobre el brazo del *Werkmeister Brandt*, conocido de todos por su mal carácter. Se necesita bastante tiempo para levantar el motor y liberar el brazo del hombre. Pálido el rostro, le vendamos la mano aplastada de cualquier manera y dejamos al hombre a la sombra de un abeto. Pide un médico, pero no hay ninguno alcanzable, ni siquiera un sanitario. Tendremos que esperar hasta que el camión de Intendencia pueda llevárselo.

Uno de los mecánicos pide a Wolf que le deje llevarse al herido.

—Debes de haber perdido la chaveta —grita Wolf, con una carcajada—. ¿Te imaginas que voy a dejar que un maldito mecánico ensucie mi furgoneta y la llene toda de sangre?

Cuando al fin llega un camión, el *Werkmeister* está casi muerto por la pérdida de sangre.

A nuestra derecha, llega rugiendo el «Tigre» de *Barcelona*. El pequeño *Legionario* lo hace por la izquierda, con el largo cañón de 88 mm apuntando al cielo.

—Sección Segunda, preparada para el combate —ordena por radio *el Viejo*—. Cargad los cañones.

Hermanito abre los cajones de las municiones, preparándose para cargar rápidamente cuando *el Viejo* dé las órdenes de fuego. A su derecha, tiene las granadas de vértice amarillo y alto poder explosivo; a su izquierda, las

perforadoras de blindajes, de punta negra. Detrás de él, la granada «S» de morro azul. Es importante que se elija y emplee la munición adecuada. En otro caso, podría ser una catástrofe, tanto para el vehículo como para su tripulación.

—*Panzer, Marsch, Marsch!* —ordena el jefe de la Compañía, *Oberleutnant Löwe*.

En amplia formación en punta de flecha, los «Tigres» avanzan rugiendo y aplastándolo todo a su paso.

Una llamarada brota de las ruinas de una casa. Una granada da en la torreta, se desvía y salta rebotada verticalmente.

—Peligro al frente. Posición antitanque enemiga. Torreta a la una del reloj —ordena *el Viejo*—. ¡Alto, Panzer! ¡Carguen granadas explosivas!

—Orden cumplida —responde *Hermanito*, empujando una granada de punta amarilla dentro la recámara.

Un estampido ensordecedor rompe la calma de la mañana y el cañón antitanque vuela por el aire junto con los despojos ensangrentados de su tropa.

—¡Cerrad las torretas, *Panzer Marsch!* —ordena *el Viejo*.

Rugen los 700 caballos del «Tigre», chirrían cadenas y cruzamos el pueblo. Las gallinas aletean, huyendo temerosas.

Varios soldados rusos corren como locos, buscando protección en los matorrales. Una ráfaga de balas de la ametralladora de la torreta los persigue, los alcanza y los derriba sobre el polvo de la carretera. Chillan y miran aterrorizados hacia los tanques que avanzan. Las anchas cadenas les aplastan sobre la calzada.

Rodamos por un espacio abierto, donde hay ropa colgada para secarla. Prendas interiores, sábanas y toallas, quedan prendidas en las torretas y los cañones de nuestros vehículos, como gallardetes en día de fiesta.

—Mañana lo publicarán en *Pravda*. Tropas alemanas requisan la colada rusa —ríe Porta, pisando el acelerador—. ¡Malditos sean sus ojos! No puedo ver nada. Hay un par de calzoncillos azules delante de mi mirilla.

Con un fuerte crujido, el tanque se hunde en una trinchera antitanque.

—Ya he *dicho* que no veía nada —se defiende Porta—. ¡Un par de calzoncillos comunistas han entorpecido mi visión! ¡Hay que ver las armas que emplean los rusos! ¿Por qué no tenemos un plan de acción para cuando nos bombardean los rusos con prendas interiores? ¡Necesitamos una circular de la fábrica de papel de Sally!

La radio lanza un zumbido de mal agüero. *El Viejo* contesta.

—¿Qué diablos está usted haciendo, Beier? —grita el jefe de la compañía, con impaciencia—. ¡Salga de ese agujero, o lo llevaré ante un Consejo de guerra! ¡No debe detenerse!

—Lo único que podemos hacer es cagarnos en su cabeza —grita furiosamente Porta.

Hace girar el tanque sobre sus cadenas en un intento de sacarlo de la trampa. Pero necesita la ayuda de otro «Tigre» para sacar de la trampa antitanque las 68 toneladas de metal.

En los veinte minutos que hemos estado atascados, ha cambiado todo el escenario. Tanques rusos avanzan contra nosotros, también en formación de punta de flecha.

Nos detenemos, disparamos, lanzamos granadas contra innumerables posiciones antitanque rodamos sobre unidades de Infantería, cerramos reductos y aplastamos a los hombres que se ocultaban en ellos.

Los tanques enemigos están todavía a 2.000 metros de distancia. No son peligrosos hasta que se acerquen a 800 metros, mientras que nosotros podemos alcanzarlos a 1.800. Nuestros largos cañones de 88 mm, con su fantástica velocidad de movimiento y su plano ángulo de fuego, pueden destrozar cualquier tanque enemigo.

Las dos compañías de «Tigres» forman en una gran punta de flecha y lanzan literalmente una lluvia de granadas sobre el cuerpo blindado ruso que avanza.

En un momento, la estepa se ha convertido en un gran cementerio de tanques. El claro y agradable día de verano es oscurecido por nubes de humo negro y oleoso que brotan de los innumerables tanques en llamas. Sin embargo, parece como si hubiésemos enseñado algo a los rusos. Avanzan intrépidamente a toda velocidad, tratando de alcanzar su límite de 800 metros y emplear sus cañones de 76 mm.

—Manténganlos a distancia —ordena el jefe de la Compañía, por la radio—. ¡Desplieguense! ¡Por los flancos!

El calor, dentro del tanque, se hace insoportable. Sudamos a raudales, y nuestras caras se ponen tan negras como la de Albert. Solo el blanco de los ojos y los dientes permanecen claros.

Un «T-34» vuela sobre un montículo y aterriza, con ensordecedor estruendo, en una cantera. Es como si tratase de meterse a viva fuerza bajo el suelo.

Un segundo después, una granada perforadora atraviesa la plancha de 60 mm del blindado. La torreta salta y su cañón se introduce entre dos grandes

rocas. Una compañía de «KW-2» pesados, de 57 toneladas, avanza en línea y se detiene en la orilla del bosque, grandes chorros de llamas brotan de las bocas de sus cañones de 150 mm.

El «Tigre» de *Barcelona*, situado ligeramente detrás de nosotros, parece combarse como un *globo* demasiado hinchado, y estalla en una gigantesca bola de fuego. Tres de sus cuatro tripulantes ruedan desesperadamente por el suelo, en un intento de extinguir las llamas que bailan alegremente sobre sus uniformes.

El «Tigre» del *Legionario* gira en redondo para acudir en su auxilio.

Antes de que *el Viejo* pueda detenerlo, *Hermanito* salta de la torreta y corre hacia el tanque en llamas. Carga a *Barcelona* sobre uno de sus hombros, como un saco vacío, y vuelve a toda prisa. Albert llega cojeando detrás de ellos, cenicienta la cara por el miedo.

Rápidamente, les ayudamos a entrar por las escotillas. *Hermanito* agita una mano y corre de nuevo hacia atrás para recoger al artillero de la torreta, que ha perdido el brazo izquierdo.

Algunos infantes rusos bajan corriendo de las alturas. Las balas silban y zumban alrededor de *Hermanito*, que galopa con el tanquista herido sobre la espalda.

Yo me levanto en la torreta, hago girar la ametralladora antiaérea y abro fuego contra los rusos.

Jurando y maldiciendo, *Hermanito* trepa al tanque y se introduce a viva fuerza por el escotillón lateral. Un casco de metralla abre una profunda brecha en un lado de su cara. La sangre fluye sobre el cañón y gotea sobre Heide.

—Sucios hijos de puta comunistas —maldice *Hermanito* cerrando de golpe la escotilla.

Tengo los ojos pegados al periscopio. A trescientos metros de nosotros, un «KW-2» nos está apuntando. Miro directamente a la boca del enorme cañón.

—Un tanque nos ataca —grito, aterrorizado.

En el mismo momento, *Hermanito* grita:

—Listo el cañón.

Aprieto con el pie el pedal de fuego. Con fuerte chasquido, la granada sale del cañón y perfora el blindaje delantero del «KW-2». La *alta* torreta es arrancada de su anillo de sustentación y cae junto al tanque, que ya está ardiendo. Una columna de fuego surge de él, y en su vértice oscilan dos soldados tanquistas envueltos en llamas. Uno de nuestros «Tigres» estalla en un volcán de fuego. Ninguno de sus tripulantes puede escapar. Quien no lo haya visto no puede imaginarse el espectáculo, cuando 102 granadas

explosivas y rompedoras, 6.000 balas de ametralladora y 800 litros de carburante estallan al mismo tiempo.

Después parece que un temporal de llamas ha quemado el terreno en un radio de muchos metros alrededor de la hoguera central. La vegetación, las casas, todo lo que había sobre la superficie del suelo ha desaparecido sin dejar rastro. Fragmentos del tanque aparecen dispersos en una extensa zona, y nada queda de los cinco hombres que lo tripulaban.

Nos detenemos y disparamos continuamente. Una tras otra, nuestras granadas perforan y destruyen tanques enemigos. En seis horas de frenética batalla, nuestro regimiento consigue 116 impactos. Nuestra compañía se apunta 29 de ellos. Por la noche, el 27º Regimiento Panzer es citado en la orden del día. Todos los oficiales y Julius Heide se pavonean, lisonjeados. Los demás habríamos preferido un buen plato de patatas chafadas con dados de carne de cerdo. Pero el desconsuelo de Julius Heide es terrible cuando se entera de que no le han concedido la Cruz de Hierro de Primera Clase. El regimiento solo ha recibido dos, colgadas a dos *Leutnants* que andaban escasos de ellas.

Porta es tan magnánimo que ofrece a Heide la suya.

—¿Y de qué me serviría, sin el papel que la acompaña? —gime Heide, con aflicción.

—Si es un pedazo de papel lo que te preocupa —dice riéndose *Hermanito*—, ¡yo te lo daré dentro de poco! Sally está en el Ministerio de la Guerra, es un cargo importante, y tiene toda clase de papeles. Uno de estos y un sello de goma no son nada para él.

—¡Sucio psicópata! —le escupe Heide desdeñosamente—. ¿Piensas que soy capaz de ponerme una medalla que no me pertenece?

—Enjuga tus grandes ojos azules, Julius —le consuela Porta—. La guerra no ha terminado aún, y un día te llegará el turno. Sigue siendo un bravo soldado alemán, y el tío Adolfo *te* dará un imán de coño para que lo cuelgues en tu mejor traje.

Panzer Ma-a-a-arsch, grazna la radio.

—Segunda Sección, monten —ordena *el Viejo*, dirigiéndose al escotillón de la torreta.

Inspeccionamos las armas, soltamos los muelles y guardamos la pistola en el bolsillo del pecho de la guerrera. Así es más fácil cogerla en caso de apuro. Generalmente, uno muere antes de sacarla de la funda de reglamento.

El Viejo hace un movimiento circular con el brazo, señal de poner en marcha los motores. Con un rugido de trueno, los «Maibachs» de 700

caballos y doce cilindros cobran vida.

Toda una manada de «T-34» sale de los campos de maíz. Avanzan a gran velocidad, disparando continuamente.

—Esto es malgastar estúpidamente las municiones —gruñe Heide, en tono de reprobación. No puede soportar el indisciplinado derroche—. ¿Por qué diablos no se paran antes de disparar? ¡Estos idiotas deberían ser sometidos a consejo de guerra!

—Si estuviese en uno de esos «salones de té» yo no me detendría ni un segundo, —dice Porta—. Tendrán que avanzar otros doscientos metros para poder hacer saltar un poco de pintura, mientras que *nosotros* podemos borrarlos de la faz de la tierra, con la misma facilidad con que nos rascamos el culo. Disparan para asustarnos... ¡y es posible que algunos *se* asusten!

—Es lo que llaman guerra «psicológica» —dice *Hermanito*, dándose importancia—. Solían hablar mucho de esto cuando yo estaba en el depósito de municiones de Bamberg. Andábamos por allí con unas latas amarillas que hacían un ruido tal que los patanes se cagaban de miedo. Decían que esto era psicología. Tiras de lata, y esta produce un estampido tan enorme que el enemigo se queda boquiabierto y te da tiempo a apuntarle y quitártelo de delante.

—Segunda Sección, giro a la derecha y despliéguense —chilla el *Oberleutnant Löwe* en la radio.

Como movidos por un resorte, los cuatro «Tigres» de la 2ª Sección giran hacia la derecha y se colocan en formación. Hay una detonación ensordecedora, y una lengua de fuego de varios metros de longitud sale de la espesura de arbolitos de la orilla del bosque.

—Un cañón antitanque de 150 milímetros delante de nosotros, a trescientos metros —grita *el Viejo*, horrorizado, agachándose involuntariamente bajo la cúpula de mando.

Lo descubro inmediatamente con el periscopio, y hago girar la rueda de mano para afinar la visión. Es un cañón colosal, bajo y ancho, que nos apunta directamente.

—¡Izquierda! —ruge, excitado, *el Viejo*—. ¡Porta! ¡Izquierda, maldita sea! ¡Nos va a hacer *papilla*!

—¡Y una mierda! —ríe Porta, despreocupadamente—. ¡Agárrate donde puedas, *Viejo*!

En vez de girar a la izquierda, Porta pisa el acelerador a fondo y avanza a toda velocidad sobre el pesado cañón autopropulsado.

—¿Te has vuelto loco? —protesta, aterrorizado, *el Viejo*—. ¡Detente, hombre, por todos los diablos! ¡Vas a matarnos a todos!

Me encojo debajo del periscopio y espero el momento de la destrucción total. Un seco estampido retumba en mis oídos.

La granada enemiga pasa justo por encima de la torreta, pero, casi antes de darnos cuenta de que seguimos con vida, somos lanzados los unos sobre los otros, en una confusión de brazos, piernas y troncos.

Me doy de cabeza contra el control de elevación y de espaldas contra la rueda de afinación de la visión. Un chorro de sangre caliente resbala por mi cara, cegándome. Las planchas del blindaje crujen y chirrían al esforzarse Porta en apartar el «Tigre» del cañón autopropulsado enemigo, contra el que hemos chocado a toda velocidad.

Tres hombres salen por la portezuela lateral del cañón y corren hacia nosotros, con cargas explosivas en la mano.

Una larga ráfaga de balas de la ametralladora frontal los derriba. Riachuelos de petróleo encendido brotan del cañón volcado y prenden la ropa de los tres hombres que yacen en el suelo. Una liebre da un brinco y corre hacia un arroyo próximo, donde parece creer que estará a salvo de la locura de los seres humanos.

—¡Cojones! ¿Saben nadar las liebres? —exclama *Hermanito*, asombrado.

—Por lo visto, esa se *imagina* que sí —ríe Porta.

—Torreta a las tres; «T-34» a 1.200 metros. Panzer, ¡alto! ¡Fuego! —dice *el Viejo* por la radio.

Al detener Porta el tanque, piso el pedal de fuego. Veo claramente cómo entra la granada en la torreta del «T-34». La torreta se convierte en una brillante bola de fuego y, después, estalla con terrible estruendo en millones de fragmentos de acero.

—¡*Gran Blanco*! —grita Heide triunfalmente, y le pregunta a Porta—. ¿Has visto el numero?

—¡Tú estas chalado! —silba Porta, irritado—. Soy conductor de tanques, no un jodido contable, ¡mi trabajo es llevaros adonde podáis barrer más mierda de la corteza terrestre, y no otro!

Una débil llamada de auxilio suena en la radio. El «Tigre» del *Legionario* ha sido alcanzado. Llamas de un rojo muy vivo brotan del motor y de la torreta.

Hermanito y yo subimos al tanque y sacamos de él al *Legionario*. Tiene fuertes contusiones en la cara.

Lo pasamos al *Viejo*. El artillero de la torreta es un caso perdido. Tiene desgarrado el vientre, y las entrañas penden en lazos rojos y azules. El conductor, *Obergefreiter* Hans tiene medio cuerpo fuera de la torreta, y su cuerpo arde, lleno de ampollas. Las ampollas producen secos chasquidos al reventarse.

—¡Vayámonos de aquí! —grita *el Viejo*—. Si el tanque estalla ahora, ¡volaremos con él!

Apenas nos hemos apartado doscientos metros cuando estallan las municiones del «Tigre», desintegrando el vehículo. Una de las cadenas sale volando por el aire y va a caer al lado de nuestro tanque.

Por un instante, pensamos que ha sido alcanzado por una granada enemiga.

—Ven, muerte, ven... —canturrea suavemente *el Legionario*, guiñando los ojos en la cara ensangrentada.

—¡Cállate ya! —le riñe *el Viejo*—. No hace falta que *lleges* a la muerte. De todos modos, ¡no tardará en llegar!

Un «T-34/85» salta en una elevación del terreno y cae, con un fuerte chasquido, doscientos metros delante de nuestro «Tigre».

—¡Maldito sea! —grita, asombrado, *el Viejo*—. ¿De dónde diablos ha salido?

—El Dios de todas las Rusias lo ha lanzado desde el cielo —dice Porta, con una mueca, maniobrando para no chocar con un «P-4» destruido.

Los cuerpos carbonizados de su tripulación penden de las escotillas.

—¡Dispara, estúpido! —grita *el Viejo*, dándome una patada en el trasero, porque el cañón de 85 mm del «T-34» empieza a girar en nuestra dirección.

—Tómalo con calma —ríe despreocupadamente Porta—. Esos chicos serán incapaces de oír y de pensar después de esa cabriola. Un aterrizaje de esos es para ponerles los cojones y el ojo del culo en la garganta.

Hago girar la torreta con el mecanismo hidráulico pero, antes de que pueda apuntar de nuevo, un chorro de llamas brota del largo cañón del «T-34» y el «Tigre» es empujado hacia atrás. Una luz amarilla y cegadora ilumina el interior de nuestro tanque.

—¡Jesús María y José! —chilla *Hermanito*, horrorizado, dejando caer una granada antitanque en el suelo—. ¡Esa sanguijuela nos ha dado!

Milagrosamente, la granada forrada de acero rebota y sale silbando roncamente hacia un lado. Como si trabajase en la niebla, apunto al «T-34» y aprieto el pedal de fuego. El disparo y el impacto suenan casi

simultáneamente. La granada penetra en el motor, y se eleva una llamarada de un rojo amarillento.

—Ahora lo están evacuando —ruge Heide, con entusiasmo, acribillando a balazos a los tripulantes, a medida que salen del tanque incendiado.

Hermanito suda como un esclavo en galeras, trajinando con las pesadas municiones. El trabajo de un cargador, en un tanque pesado, solo puede compararse con el del fogonero en los viejos barcos a vapor.

Un «T-34/76» cruza el frondoso bosque a toda velocidad. Sus anchas cadenas aplastan arbustos y árboles y los lanzan atrás a gran distancia.

Aunque hay veinticinco tanques rusos por cada uno de los nuestros, su superioridad numérica no compensa sus primitivos mecanismos de mira y la deficiente calidad de sus radios. Esto último hace que sus comunicaciones sean difíciles, y la comunicación es factor importante en los combates de tanques, donde la situación cambia en un segundo, su mayor hándicap es la escasa instrucción de sus tripulantes. Esto lleva con frecuencia a pérdidas catastróficas e inevitables a pesar de su fanático animo y valor.

Otra cosa sorprendente es, las lentas reacciones rusas a las situaciones que se producen durante la lucha.

La torreta del «Tigre» gira en redondo, el cañón es cuidadosamente apuntado. Una lengua de fuego de varios metros de longitud brota de la boca del cañón, y a una velocidad inicial de más de un kilómetro por segundo, la granada, vuela hacia su objetivo. La torreta del «T-34» es alcanzada de lleno. Salta hacia atrás, rodando como una pelota, y va a chocar contra las cadenas de un «T-34» que le sigue. La mitad inferior del cuerpo de un hombre pende del asiento del comandante.

Los pantalones de color azul oscuro y las botas amarillas nuevas están cubiertos de sangre.

—Me gustaría un par de botas como esas —dice Porta, estirando el cuello—. Con unas botas así, podría cruzar toda Rusia sin que se me hiciesen ampollas en los pies.

—Hurtar cosas a los muertos está castigado con pena de muerte —dice Heide, en tono de advertencia.

—«Organizar» un par de botas de un cadáver no es un hurto —protesta Porta—. La gente no entra con botas en el Paraíso. En todo caso, nunca oí hablar de ángeles con botas.

—Torreta, a las cuatro —dice *el Viejo*, interrumpiendo nuestra discusión sobre la calificación del delito—. «T-34», a mil setecientos metros.

Pongo rápidamente la torreta en la posición ordenada y apunto al «T-34», que está cruzando un murete de piedra. No puedo fallar el blanco. Aprieto confiadamente el pedal y solo oigo un chasquido. ¡No una detonación!

Todo el mundo se vuelve a *Hermanito*, que está sentado tranquilamente en el suelo, arrojando unos dados.

—¡Por todos los diablos del infierno! —ruge *el Viejo*, fuera de sí—. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué demonios no has cargado el maldito cañón, gigante imbécil?

—Se ha acabado la pólvora —responde *Hermanito*, como si nada, sacando un seis con gran satisfacción.

—¡Lo que me faltaba! —vocifera furioso *el Viejo*—. ¿Por qué demonios no lo has dicho? Era tu obligación.

—Tú nos dijiste que nos callásemos —responde *Hermanito*—. Dijiste que tú dirías todo lo que hubiese que decir.

—¡Santo Dios! —gime *el Viejo*—. ¿Qué he hecho yo para que me carguen con una sección como esta? ¡Vayámonos de aquí! ¡Atrás, a toda velocidad!

Porta pone a prueba el «Maibach», y el «Tigre» se hunde en una profunda cantera donde estamos un poco más a cubierto del mortífero tanque ruso. Media hora más tarde, entramos zumbando en Tortschin, en cuyas afueras nos espera la unidad de municiones y carburante.

Nos sorprende encontrar allí al jefe mecánico Wolf. Está sentado tranquilamente en su *Kübel* de general, llevando su uniforme cortado a la medida y las lustrosas botas de montar confeccionadas por «Rosselli» en Roma.

—Cualquiera diría que estás medio muerto —ríe, al ver a Porta—. Confío en que los vecinos te habrán dado una buena tunda.

—Y a ti que te den por el culo —dice agriamente Porta—. Hablas como un imbécil a quien las termitas le estuviesen royendo los cojones. ¡Dices más estupideces que todo un colegio de curas!

—Cálmate, muchacho —dice servilmente Wolf—, tengo un plan. He descubierto un sitio donde los chicos del Kremlin almacenaron un montón de oro comunista. A menos de tres kilómetros de aquí. Yo organizaré todo. ¡Lo único que debes hacer será ir a recogerlo!

—¿Hay grano que ganar? —pregunta Porta, inmediatamente interesado.

—¡Más de cuánto tú puedas haber soñado! —dice Wolf riéndose—. Acabad rápidamente con esta batalla de tanques y volver sin demasiados

arañazos. Así podremos establecer las prioridades de cada cosa, ¡y que le den por el culo a todo!

Barcelona recibe un tanque completamente nuevo. Albert ya se ha colocado en el asiento del conductor. Su cabeza está envuelta en un grueso vendaje.

—El puto Ejército no estará satisfecho hasta que nos vuelen a todos en pedazos —se lamenta acelerando el motor del tanque con innecesaria violencia.

Los hombres de la gasolina se apresuran a llenar nuestro depósito de 700 litros. Dos bidones de 500 litros son sujetados fuertemente sobre la cámara del motor, como reserva.

—Ojalá se incendiase todo eso —dice Porta de modo que puedan oírle—. Entonces tendríamos tal vez la oportunidad de hacernos con el pellejo de alguien y de tener algo bueno a lo que hincar el diente.

—¿*Qué* ha dicho usted, *Obergefreiter*? —grita el *Werkmeister* Müller, con rostro congestionado.

En toda la División le conocen por *Nazi Müller*.

—¿Qué he dicho yo? —pregunta Porta—. ¿Qué he *dicho*?

La cara de *Nazi Müller* se pone morada, y el hombre empieza a gritar a la manera de los oficiales de complemento cuando no tienen nada mejor que hacer.

—¿Sabe usted quién soy yo?

—Con su permiso, señor. Usted, señor, es el *Werkmeister* Müller, señor, el *Werkmeister* responsable de la unidad de suministro de gasolina —grazna Porta, juntando los tacones—. Si me permite informarle, señor, *Werkmeister* Müller, había un guardabarrera llamado Heinz Schröder. Guardaba una barrera de los Ferrocarriles Nacionales Alemanes entre Paderborn y Bielefeld Pero el hado cruel hizo que un día se cayese de un vagón de mercancías. Desgraciadamente, esto fue antes de que lo nombrasen Jefe de Guardabarreras, con derecho a llevar un galón rojo en el hombro. El ascenso no pudo realizarse porque, cuando se despertó después de la caída, no pudo recordar quién era. Y el hombre iba por todas partes preguntando a todo el mundo: «¿Me conoce? ¿Sabe quién soy yo?».

Porta interrumpe su alud de palabras y examina el semblante purpúreo del *Werkmeister* Müller, que se está inflando como si fuese a estallar en el momento menos pensado.

—Permítame preguntarle una cosa, señor. ¿Se cayó alguna vez el *Werkmeister* de un vagón de mercancías?

—¡Ya basta —estalla *Nazi Müller*, dando una patada sobre la cubierta del «Panzer»—, se lo advierto! ¡No trate de jugar conmigo!

—Con su permiso, señor, no tengo la menor intención de jugar con el *Werkmeister*, pero me acuerdo de *Herr Weinhuber*, que era socorrista, miembro del cuerpo Nacional de Socorristas alemanes.

»*Herr Weinhuber* creía también que todos aquellos con quienes se encontraba trataban de tomarle el pelo. Pero la cosa se puso realmente fea cuando le ascendieron a jefe de socorristas en Zell-am-See. El fracaso definitivo se produjo una mañana de domingo de julio, cuando se dirigía como de costumbre a Zell-am-See en una bicicleta que le había proporcionado el Cuerpo de Socorristas, señor. Aquel domingo llovía a cántaros. Nadie soñaba siquiera en bañarse fuera de casa, señor, por lo que el jefe socorrista *Weinhuber* hubiese podido quedarse muy bien en la suya. Incluso el hombre más estúpido hubiese debido comprender que un socorrista no tenía nada que hacer en la playa cuando nadie se bañaba en ella.

Nazi Müller levanta las manos al cielo, en actitud de oración. Abre y cierra la boca como si fuese a lanzar un grito de protesta, pero solo emite unos sonidos guturales, como de agua al salir de una bañera.

—En realidad, lo malo estaba en los reglamentos de servicio de los socorristas —sigue diciendo *Porta*, sonriendo a *Nazi Müller*, que se tambalea sobre el tanque—. Estos reglamentos dicen que el servicio empieza a las ocho horas. Y no hablan de condiciones atmosféricas como la lluvia o la nieve, que puedan alterar el horario y permitir a los socorristas quedarse en casa. En cualquier otro país del mundo, nuestro socorrista no habría salido aquel día. Pero no en Alemania, en todo caso, si me permite decirlo, señor, un caso muy interesante en que los reglamentos alemanes fueron causa de un suceso extraordinario. En los sótanos del Ministerio de la Guerra, señor, se imprimen los reglamentos en una prensa suministrada por la compañía *Graphik A. G.*, de Heidelberg. Había allí un cajista, señor, llamado *Ludwig Kaltblut*. Un día el tal *Kaltblut* tuvo una idea completamente insensata...

—No quiero oír nada más —aúlla desesperadamente *Nazi Müller*, que cae de espaldas del vehículo y se da un fuerte golpe en el suelo.

—*Siempre* ocurre lo mismo —suspira *Porta* sacudiendo lastimosamente la cabeza—. En cuanto empiezas a dar una explicación detallada de algo para que puedan comprenderlo como es debido *siempre* les ocurre alguna desgracia que...

Porta es interrumpido por el pelotón de municiones que viene a ayudarnos, como de costumbre. Guardamos las largas granadas en los

armarios correspondientes.

A mí me toca la tarea peor. Abrir las cajas, eliminar la goma protectora y quitar los casquetes antioxidantes. Es un trabajo muy duro. Cada caja contiene tres granadas, y estas pesan mucho. Los otros me apremian continuamente. Queremos terminar antes de que los «Jabos» rusos bajen de las nubes y lancen huevos de fósforo sobre nuestras cabezas. Por último limpiamos el cañón. Un cañón sucio puede causar accidentes, y no suelen ser divertidos.

Porta vuelve junto a nosotros, resoplando, con una caja de salchichas y un queso grande y redondo, que ha hurtado a los de Intendencia.

—Quinta Compañía —dice por radio la voz del jefe—. Hacia la derecha. Formación en punta de flecha. En dirección al puente. Disparen contra cualquier cosa que se mueva. El Regimiento tiene que cruzar el puente antes de que ellos lo vuelen.

La Quinta Compañía, compuesta de dieciséis tanques «Tigre», avanza a toda velocidad hacia el río. El estrépito infernal de las cadenas anula el ruido de la Infantería.

Soldados rusos salen de los reductos, corren entre y sobre las ruinas, huyendo de los tanques que se les echan encima. Muchos de ellos no consiguen escapar y son aplastados por las cadenas de los tanques.

3 «Tigres» de la 5ª Compañía son alcanzados e incendiados... En un lapso de tiempo extraordinariamente breve, los varios kilómetros del campo de batalla quedan cubiertos de humeantes carros blindados alemanes, «Krupp Sport» «Panzer-3» y los legendarios «Panzer-4», así como «Panther» y «Tigres». Pero la mayor parte de vehículos destrozados es a costa de los Rusos «BT-7», «KW-2», «T-34», junto con innumerables «Christie» americanos y «Mathilde» británicos.

Para esquivar un «KW-2», Porta hace girar su vehículo y penetra en una casa, donde muebles y artículos domésticos caen sobre la torreta. Nos paramos en seco en medio de la casa, y atisbamos cautelosamente por las mirillas.

Un gran piano blanco ocupa un rincón de la amplia estancia. Un oficial ruso está doblado, inerte, sobre el teclado. Otros dos están despatarrados en sendos sillones, con la cara cubierta de sangre.

—Vayámonos de aquí —murmura *el Viejo*, en voz muy baja, como si temiese que alguien pudiese estar escuchando.

—Este maldito motor alemán no funciona —brama Porta—. Probablemente el endemoniado polvo ruso que flota en todas partes ha

obstruido el filtro. Dos de vosotros tendréis que darle a la manivela. El arranque automático no sirve.

—Que te den por el culo —grita *Hermanito*—. ¡No voy a salir para darle a la manivela!

—Ve tú y Sven —ordena *el Viejo*—, y basta ¡Es una orden!

Protestando violentamente, salimos por los escotillones laterales, nuestras manos pronto se llenan de arañazos y sangran, mientras a golpes tratamos de desplazar las grapas, que mantienen la manivela en su sitio.

De principio apenas si podemos hacerla girar.

Pero *Hermanito* sufre un ataque de locura furiosa, da un salto y cae sobre la manivela con todo su peso.

Yo tengo que ponerme a cubierto detrás de una de las cadenas cuando una metralleta lanza una larga ráfaga de tiros por encima de nuestras cabezas. Giro sobre mí mismo y veo a un ruso que está metiendo un cargador en su «Kalashnikov». Con la rapidez del rayo, saco una granada de mano del bolsillo y la arrojo sobre él.

Estalla con seco estampido y le abre todo el pecho.

—¿Qué cojones te *pasa*? —grita *Hermanito* enfurecido, y me larga una patada—. ¡No puedes ir lanzando bombas de este modo en una casa ajena! ¡Pudiste matarme, capullo!

El motor arranca. Una llama de un metro de longitud sale de los tubos de escape, y el motor zumba con estruendo. Una lluvia de yeso del techo cae sobre nosotros.

La manivela rueda sola y lanza a *Hermanito* que describe un arco en el aire. Va a caer sobre el piano y lo hace añicos, con un ruido tan fuerte como el de una orquesta.

—¡Ya no aguanto más! —ruge, levantándose de las ruinas del piano, envuelto en cuerdas—. ¡Queréis matarme! —chilla, saltando sobre el «Tigre» con su «P-38» en la mano, dispuesto a matar a Porta en pago del viaje por el aire hasta el piano.

—¡Suelta eso! —ladra *el Viejo*, apoyando su «Mpi» en la frente del hombrón.

Hermanito sigue despacio con la mirada el cañón de la «Mpi». Ahora está apuntando al puente de su nariz.

Bizquea como un idiota.

Haciendo una triste mueca, vuelve la pistola a su funda y entra refunfuñando en el vehículo. Una granada de mano le da en la espalda y rueda dentro del tanque.

—¡Malditos imbéciles! —ruge, temeroso, cogiendo la granada. La mira, confuso, y descubre que la aguja de seguridad está aún en su sitio—. ¡Jesús! —chilla, y arranca la aguja y lanza la granada en dirección a la de su llegada.

Una tremenda explosión sacude la casa, y varios cuerpos son lanzados hasta el techo.

—¡Qué barbaridad! —farfulla *Hermanito*, pálido de terror—. Esta vez, el diablo ha estado a punto de pillarnos. ¿Os imagináis lo que habría sucedido si a ese cerdo comunista se le ocurre quitar el seguro?

—El interior de este tanque habría parecido una pintura medieval del infierno. ¡Sangre, muertos por todas partes! —suspira Porta.

El motor de 700 caballos ruge con fuerza mientras Porta con un movimiento circular hace girar al «Tigre».

La mesa y las sillas tapizadas de raso son convertidas en astillas.

Un sofá golpea el techo, seguido de un armario para libros. Una lluvia de fotos cae sobre la torreta.

Las dos ametralladoras tabletean furiosamente. El «Tigre» derriba una pared y destruye una cocina grande como un salón de baile. Los tabiques se vienen abajo entre una nube de mortero y de yeso en polvo. Con un fuerte chasquido, bajamos al jardín y, de pasada, hacemos añicos una galería protegida con cristales. Arrancamos de raíz un seto de lilas, y el «Tigre» queda cubierto de flores azules y blancas, como el coche de una novia camino de la iglesia.

Pasamos a través de una casita exterior, que queda arrasada. A veinte metros delante de nosotros, vemos un tanque «Stalin» de 55 toneladas. Sus servidores están cambiando las cadenas. Nos miran, paralizados por el miedo. Dos segundos más tarde, solo la tierra quemada marca el sitio donde habían estado el pesado tanque y su dotación. Una casa que había detrás de él ha desaparecido igualmente. La granada explosiva de alta potencia debe de haber alcanzado directamente el depósito de municiones, y las ochenta y cinco granadas habrán estallado simultáneamente, en una explosión aniquiladora. La onda expansiva hace retroceder varios metros al «Tigre», metiéndolo de nuevo en el jardín florido.

Un capitán ruso ensartado, pende de un árbol partido, como un pedazo de carne sobre una parrilla.

Innumerables baterías de Órganos de Stalin levantan un telón de fuego y de acero, con el fin de destruir a nuestra Infantería de apoyo. Los soldados siguen muy de cerca a los tanques, al poco rato, batallones enteros quedan reducidos a un amasijo de carne, sangre y huesos.

Dos «T-34/85» corren hacia nosotros como lebreles.

Disparan estúpidamente mientras están todavía en movimiento, sus balas pasan por encima de nosotros sin causarnos el menor daño.

—Torreta a las diez —ordena serenamente, *el Viejo*— «Panzer», ¡alto! Alcance 800. Granada antitanques. ¡Fuego!

La primera granada rebota sin causar daño al «T-34», pero la segunda rompe el blindaje, como haría un abrelatas con una lata de melocotones. El cuerpo sin cabeza del conductor cuelga de la plancha reventada.

El telegrafista ha perdido la mitad inferior de su cuerpo.

Dos granadas chocan con la plancha delantera de nuestro tanque, sin perforar el blindaje de más de veinte centímetros. Rebotan y se elevan silbando.

—Esas le darán en pleno culo al dios alemán si no se aparta —grita Porta, lanzando una carcajada.

Mi granada siguiente arranca una cadena del «T-34» más próximo. Este da media vuelta y se estrella contra otro que tenía al lado.

—¡Dale en todo su sucio coco! —grita *el Viejo*—. Granada incendiaria. ¡De prisa!

—Respira un poco, cojones —protesta *Hermanito*—. He metido ya una rompedora en el cañón, y no voy a sacarla de nuevo aunque me aspen. Por lo que paga el Ejército, el trabajo del soldado tiene un límite. —Se enjuga la cara ennegrecida con un trapo todavía más negro, y echa un largo trago de agua—. Esto es pura esclavitud —gruñe, malhumorado—. El Ejército alemán es peor que los traficantes de esclavos que vendieron a los antepasados de Albert en América, después de mangarlos de África.

—¡Cállate! —grita, irritado, *el Viejo*—, ¡fuego!

—Has dicho «incendiaria» —protesto, cruzando los brazos—. Hay una rompedora en la recamará. ¿Qué hago?

—¡He dicho fuego! —chilla furiosamente *el Viejo*—. Por Dios, —dice poniendo el pie sobre la plataforma de acero—. ¡Un día te estrangulo!

Un tremendo estampido está a punto de romper nuestros tímpanos. Quedamos sordos durante unos minutos. La radio cae del estante sobre las piernas de Heide, y cables sueltos giran alrededor de nuestras cabezas. Un tubo se rompe y lanza un chorro de aceite sobre Porta, dándole un aspecto de monstruo de película de miedo americana.

—¡Nos han dado! —aúlla Heide, y tiene ya medio cuerpo fuera del tanque cuando Porta tira de él y vuelve a meterlo dentro.

—Un momento, *Unteroffizier*. Todavía no hemos terminado. A nuestro maravilloso, eminente abstemio y asexuado *Führer* no le gustaría ver que su soldado modelo huye de un enemigo infrahumano. No podría *soportarlo*. Su disgusto sería tal que quizá se volvería a Austria y dejaría que los alemanes se apañasen.

Nuestra granada siguiente hace diana. Directamente en el depósito de las municiones. El tanque ruso revienta como un melón maduro arrojado desde lo alto de un rascacielos. El otro tanque rueda como un bote de hojalata y va a parar al río. Estalla debajo del agua como un volcán submarino.

Los cuatro «Tigres» de la Segunda Sección se adentran en el bosque, rompiendo los árboles de gruesos tronco como si fuesen palos de cerillas. La casa de un guarda forestal es reducida a escombros en pocos segundos. Un niño corre, tropieza y es aplastado por las anchas cadenas.

Entre el rugido de los motores, cruzamos un tupido seto. Ramas de espinos, gruesas como el brazo, se enganchan en las cadenas, como si trataran de retener los tanques. Delante de nosotros aparece una columna que diríase interminable, camiones verdes, carretas tiradas por caballos, muchos autobuses llenos de mujeres soldados. La columna se halla detenida irremediabilmente en un atasco de tráfico de más de un kilómetro y se alarga a cada minuto que pasa.

Soldados de la GPU corren como excitados perros pastores, tratando de poner a la columna en movimiento. Camiones cargados hasta los topes y que bloquean la carretera son empujados a un lado y ruedan por el barranco adyacente. Los gritos y alaridos pueden oírse a kilómetros de distancia. De vez en cuando, tabletean las metralletas de los hombres de la GPU, siempre a punto de disparar. Allí no se permiten lamentaciones. Los soldados de la GPU, con sus gorras azules son los únicos que pueden hablar si es necesario.

—¡Que Dios nos asista! —murmura *el Viejo*—. Nos los ofrecen en bandeja de plata. Verlos sentados ahí, esperando a que los mandemos al infierno. ¡Segunda Sección! ¡Oído! ¡Apuntad solamente a los transportes de carburante! Cargad con incendiarias. ¡Todo lo demás corre de su cuenta!

—¿Y si nos apoderásemos de aquel autobús de limpias y perfumadas tías, antes de prender fuego al cagadero? —sugiere Porta, señalando un autobús blanco lleno de enfermeras.

—¡Cerrad los escotillones! —ordena *el Viejo*—. ¡Fuego a discreción!

Los soldados rusos nos ven. Un silencio inquieto envuelve la larga y atascada columna. Después, surge un alarido colectivo de terror.

Conductores y pasajeros saltan de los vehículos y corren a campo traviesa. Todos saben lo que va a ocurrir.

Mujeres soldados luchan desesperadamente para escapar de uno de los largos autobuses grises.

Los cañones de los tanques abren fuego. Las granadas incendiarias caen sobre las cubas de materias inflamables. Gigantescas lenguas de fuego se elevan hacia el cielo, derramando chorros de petróleo inflamado sobre los camiones cargados de municiones. En un abrir y cerrar de ojos, la columna se ha convertido en una enorme y rugiente hoguera. Cientos de seres humanos perecen inmediatamente en aquel infierno.

Un pequeño grupo de soldados rusos corre en nuestra dirección cuando nos quedamos atascados en un hoyo profundo.

Saco la ametralladora de su montura y abro la escotilla. Hay que actuar rápidamente si no queremos que nos destruyan con utensilios de combate hombre a hombre que todos los tanquistas tememos en secreto. Apenas empiezo a asomarme a la escotilla cuando al mirar hacia arriba, me encuentro a una cara contraída, barbuda y con una greña de largos cabellos rojos.

—*Schort* —ruge el hombre, echando hacia tras una mano que sostiene una granada.

Aprieto el gatillo y disparo todo un cargador.

La rociada de balas le derriba hacia atrás, con la cara destrozada. Manando sangre, resbala del tanque y va a caer entre las cadenas. La granada estalla a su lado, con seco estampido.

—¡Por todos los diablos! —maldice *el Viejo*—. ¿Ha hecho saltar una cadena?

Cierro de golpe el escotillón. No quiero más aire fresco.

El Viejo llama por radio a *Barcelona* y le ordena que venga a sacarnos del hoyo. En realidad, el remolque está terminantemente prohibido, ya que el esfuerzo gasta el poder de resistencia del «Maibach». Sin embargo, lo hacíamos en casos de extrema urgencia, aunque casi siempre significaba graves daños para el tanque remolcador. Era una orden para todos los tipos de tanque, pero la decisión era, generalmente, muy difícil. El abandono de un tanque utilizable cuesta la cabeza a su dotación. Y estropear un motor por ayudar a otro tanque en apuros, significa condena a trabajos forzados.

—¿A quién le toca dar un paseo? —pregunta *el Viejo*, con malévola sonrisa.

—Al supersoldado del *Führer* y a Sven —dice Porta con un guiño malicioso.

—Está bien. ¡Preparad el cable! —ordena bruscamente *el Viejo*.

—Nosotros salimos la *última* vez —protesta Heide airadamente.

—¿Por qué te lamentas? —pregunta *Hermanito* sonriendo amablemente.

—. ¡Tendrás la ocasión de alcanzar la gloriosa muerte del héroe, hijo de puta! ¡Sal, y tira de la manga de Iván!

—Ya estamos aquí —dice la voz de *Barcelona* por la radio—. Moveos y sujetad de prisa el cable. Los competidores están en camino con sus tirachinas.

—Dale recuerdos a Iván —ríe Porta, al abrir la escotilla y salir por ella.

Me pongo a cubierto entre las ruedas, al empezar una ametralladora a levantar polvo alrededor del «Tigre».

—Sacad los dedos del culo, cojones —grita con impaciencia *Barcelona*, desde la torreta—. ¡O nos follarán en un abrir y cerrar los ojos!

—¡Cállate, estúpido! —ladra Heide, furioso—. Lo que deberías hacer es bajar y echarnos una mano. ¡Este cable está más rígido que una tabla!

Sudando y maldiciendo, ensangrentadas las manos, conseguimos al fin sujetar el cable en los ganchos de amarre.

—¡Tirad! —grita Heide furiosamente.

Lanzo un grito de terror al caer una granada de mano junto a mí. Por puro reflejo, le doy una patada que la envía volando por donde ha venido. Aterrizo junto a un cabo, estalla y lo lanza al aire.

—¿Qué diablos estáis enredando ahí abajo? —se burla *Barcelona*, asomando apenas la cabeza sobre el borde de la torreta.

—¿No ves que nos están disparando? ¡Dios! —le grito, con enojo.

—¿Y qué esperabas? —ríe—. ¿O es que aún no te has dado cuenta de que luchas en una guerra mundial?

Ruge el motor, brotan llamas de los tubos de escape, y las cadenas lanzan grandes terrones sobre nosotros.

—¡Apartaos de ahí, por todos los diablos! —grita *Barcelona*, inclinándose sobre la torreta—. ¿Queréis que os aplaste los cojones, tortugas inválidas?

Ruedo por el suelo y pierdo mi «Mpi» debajo de las cadenas.

—Tendrás que pagar por esto —chilla Heide, con su voz de *Unteroffizier* ofendido—. ¡Será descontado de tu paga!

—¡Eres y serás siempre un cabeza cuadrada! —le replico, poniéndome a cubierto de una ráfaga de ametralladora.

—Quitad ahora el cable —ordena *Barcelona*, en tono autoritario, cuando nuestro «Tigre» ha salido del hoyo.

—¿Qué tiempo hacía ahí fuera? —pregunta Porta, cuando entramos por los escotillones—. ¿Os han contado algo nuevo los vecinos?

No nos molestamos en responderle.

Aquella tarde, horas después, el regimiento está al acecho en la orilla de un bosque. Los largos cañones apuntan a la carretera de Cracovia a Kiev, que va, vía Orel, directamente a Moscú. Muchos de nosotros dudamos de que lleguemos tan lejos. En nuestra sección, solo Heide cree en ello; pero su convicción es tan fuerte como si fuera la de todos nosotros.

La niebla sube desde el río, deslizándose sobre los maizales y los cohetes sobre las posiciones alemanas. Es fascinante observar la llegada de un cohete entre la niebla y su estallido sobre el nivel del suelo. Me recuerda una de aquellas anticuadas lámparas de gas que siempre parecía que iban a apagarse, y de pronto revivían, brillando con una luz blanca y fluctuante.

En lo alto de una colina, bailan las llamas sobre una casa incendiada. Debe de ser la residencia de un funcionario de alta categoría. Toda la colina está alfombrada de flores artísticamente plantadas. Es una vista fantástica y hermosa a la luz oscilante del fuego.

Toda una aldea arde a lo lejos. Parece como si las llamas lamiesen las nubes.

Otras nubes aterciopeladas de humo negro brotan de los «T-34» rusos y de los «P-4» alemanes que arden junto a la orilla del río.

Se ha dado la orden de no usar la radio, y algo extraño y amenazador flota en el aire. A nuestro alrededor, los árboles sin hojas se yerguen como altos centinelas desnudos. En la estación del ferrocarril, o mejor dicho, en las ruinas de lo que fue la estación del ferrocarril, hay locomotoras averiadas por las bombas y vagones de mercancías carbonizados. Un tren de transporte de tropas debió de llegar súbitamente bajo la lluvia de acero y de fuego. Cuerpos de soldados yacen desparramados a su alrededor.

Una anciana se desliza entre las ruinas del que fue su pueblo. Husmea cautelosamente a su alrededor, como un gato moviéndose en un bosque oscuro. Suena, cruel, un solo disparo de fusil. La mujer cae, se arrastra un poco y, después rueda cada vez más de prisa sobre las ruinas como un fardel de harapos.

—¿Por qué tiene que hacer esto? —suspira tristemente Porta—. Disfrutad de la vida mientras podáis, muchachos. ¡Quizá la perdáis pronto!

—Me pregunto qué debe pensar uno cuando lo matan de un tiro —dice *Hermanito*, con interés—. ¿Tendrá tiempo de lamentar todo el tiempo que ha perdido?

—Todo es tan rápido que ni siquiera se da uno cuenta —dice *el Viejo*.

—Algunos gritan durante mucho tiempo —protesta *Hermanito*, después de pensarlo un rato.

—Sí, creo que tienes razón —admite, cansadamente, *el Viejo*.

Granadas al rojo surcan el aire desde el otro lado del río. Martillan las ruinas, derribando paredes en las que no hay más que huecos de ventanas vacías. Baterías alemanas de cohetes replican desde detrás de los bosques. El aire se llena de aullidos, de silbidos y del estruendo de las explosiones, como si mil demonios enloquecidos cayesen sobre la tierra. El enorme edificio de la GPU en Styrtý se derrumba en un gran mar de llamas. Toda una andanada de cohetes cae sobre su tejado. Las tejas salen despedidas hasta la otra ribera del río. Paredes de un metro de espesor se vienen abajo, y gigantescas nubes de polvo de ladrillos y mortero se forman y se hinchan sobre la Plaza del Proletariado.

Una larga hilera de menudas celdas carcelarias aparece detrás de la pared derruida.

—¡Jesús, María y José! —exclama *Hermanito*, abriendo mucho la boca—. ¡Mirad cómo abandonan la maldita jaula!

El sueño de todo esclavo carcelario en toda su puta vida —dice Porta, tomando uno de los cigarrillos del *Legionario*—. ¡Coño! Debe de ser una lastima que el lugar esté vacío cuando algún chalado uniformado consigue al fin, el sueño de su vida.

—¿Habéis visto el cielo? —pregunta *el Viejo*, a media voz. Cruza las manos detrás de la cabeza—. Hay tantas estrellas que parece increíble.

Nos estiramos sobre la hierba húmeda de rocío, disfrutando de la noche de verano. El río brilla y lanza destellos luminosos, como un collar de diamantes.

Muy lejos, al otro lado del río, truenan la Artillería pesada rusa. Las granadas pasan muy por encima de nuestras cabezas, con el ruido de un tren de mercancías cruzando un puente de acero. De pronto, las estrellas son borradas del cielo por la luz blanca y deslumbrante de una lluvia de bengalas de magnesio con paracaídas. Todo se hace visible bajo su resplandor: ruinas, cadáveres, trenes destruidos, tanques despedazados, cañones retorcidos, un paisaje roto y desolado, petrificado bajo la luz dura y cruel del magnesio ardiente. Esta luz letal, ilumina cada rincón y cada grieta, como un aviso contra la muerte súbita, violenta. Las bengalas parecen pender del cielo toda una eternidad, derramando como cristal en su monstruoso brillo blanco. Mucho después de apagarse la última bengala y de que vuelvan a brillar sobre nosotros las estrellas, nos ponemos cautelosamente en pie y, tensos y

nerviosos, escudriñamos la noche, donde acecha la muerte detrás de cada árbol y de cada roca.

El cañón trueno de nuevo, enviando un eco largo y mil veces repetido a lo largo del río. Brillan llamas y destellos, de todos los colores imaginables. El humo apestoso de los tanques incendiados adquiere un tono violeta rojizo. Tose un fusil automático, y una larga hilera de balas trazadoras serpentea sobre el río. Un grito estridente resuena en la noche. Ascienden bengalas en el cielo. Los hombres, aprietan los cuerpos contra el suelo y esconden las caras en la hierba mojada.

Los maizales están ardiendo. Chascando y estallando, como si miles de cascabeles fuesen arrojados en la envolvente oscuridad. La hierba está empapada por el rocío nocturno, pero no importa. Nos estiramos, cansados, debajo de los tanques, con una sola idea en la cabeza; dormir durante un siglo.

Los treinta y seis tanques «Tigre» que esperan detrás de la orilla del bosque, son los restos de tres compañías completas; los que han escapado al infierno de fuego y acero. Todos ellos están negros de hollín, y su pintura verde y amarilla está desconchada y con ampollas. Las protecciones de las cadenas han desaparecido en casi todos los vehículos, y sus planchas blindadas tienen abolladuras producidas por granadas que no han logrado perforarlas. Las orugas de un metro de anchura conservan huellas del fango sanguinolento sobre el que han pasado. Restos de hombres y de animales penden de cada uno de sus eslabones. Las dotaciones se han acostumbrado a esto. Lo peor es el olor. Se pega a nuestros uniformes y a nuestra piel. *El Viejo* dice que estará con nosotros mientras vivamos.

Unas perdices levantan ruidosamente el vuelo, inmediatamente delante de nosotros. Porta y Albert se excitan como sabuesos y persiguen a las aves. Albert es el primero en renunciar; en cambio, Porta es tan optimista que las sigue río abajo antes de confesar su fracaso. Las mira, contrariado, y aprieta las mandíbulas con aire soñador.

—Y pensar que esos diablillos han estado agazapados delante de nosotros todo el tiempo, esperando que los metiésemos en la cazuela. Y yo sin verlos... —dice, a punto de llorar.

Y después:

—A propósito, ¿conocéis un plato peruano llamado «Perdiz escondida»? —pregunta, lamiéndose los labios—. Primero hay que tomar cuatro perdices. Después se les retuerce el cuello, se le quita cuidadosamente el *abrigo* y se cortan por la mitad, a lo largo, con un cuchillo bien afilado.

»Se cortan cinco cebollas en finas rodajas, y pimientos de color comunista, en tiras iguales, ajos blancos trinchados. Tres dientes son *absolutamente* necesarios, y una sola hoja de laurel, partida a lo ancho. Y, por el amor de Dios no olvidéis la sal y el perejil. La mitad de estos ingredientes debe esparcirse en una cacerola, y la perdiz es dejada encima con la parte más gorda hacia arriba. Cúbrase artísticamente con el resto de las verduras y hágase esa mezcla que los buenos cocineros llaman escabeche. Después, échense tres cucharadas de aceite de oliva. *Nunca*, repito, *nunca* mantequilla o aceite de cañón. Eso asustaría tanto a la perdiz que resucitaría y levantaría el vuelo.

Sigue con los ojos la estela sonora de una granada, antes de proseguir:

—*Ahora*, echamos un poco de vinagre de estragón, un chorrito de vino blanco, una pizca de pimienta blanca, una cucharadita de chile y, en honor del diablo, exprimimos todo el zumo de un limón. Entonces se vierte toda la mezcla sobre las perdices que están en la sartén. Y esta se pone al fuego, hasta que las perdices están tiernas. Después hay que dejarlas enfriar. Como veis, lo esencial es que hay que comerlas frías.

—Por el amor de Dios, ¡cállate! —gruñe *el Viejo*, sacando un mendrugo de pan del bolsillo—. Escuchándote, ¡se siente más el hambre!

—Ahora que te veo sentado ahí, masticando ese duro mendrugo —dice Porta, con una amplia sonrisa—, recuerdo que hay un plato marroquí al que llaman pan de coco. Primero hay que chorizar dos piezas de pan blanco a un panadero, mientras está distraído mirando a una chica que se arregla las medias en el portal de enfrente. Después se empapan con crema y se ponen en una sartén con harina de coco, que podéis manganar también al calentorro panadero, y se tuestan ligeramente sobre un pequeño fuego de carbón, tienen que servirse muy calientes y adornadas, por ejemplo, con cerezas confitadas o albaricoques cocidos. Yo Prefiero las cerezas. Los marroquí cultos comen tres o cuatro rebanadas, antes de quitarse los pantalones bombachos y entrar a las delicias del harén.

—¡Una palabra más, y será la última que digas! —chilla *Barcelona*, sacando su pistola—, ¡te saltaré la tapa de los sesos!

—Tú, Albert, que provienes de los salvajes, conocerás tal vez el plato indio llamado «Tallarines Dulces» —sigue diciendo Porta, haciendo caso omiso de las amenazas de *Barcelona*—. Me dio la receta un salvaje manso que tenía un restaurante caníbal en Berlín.

—¿Habéis visto las setas que hemos dejado atrás esta mañana? —pregunta *Hermanito*, desde la oscuridad.

—¡No! —grita *el Viejo*, tapándose los oídos—. ¡Y no queremos *saber* nada de ellas!

—Setas —suspira Porta, chascando los labios—. Si pudieses encontrar el sitio, podríamos preparar un plato chino llamado «Setas Cantarinas». Me dio la receta un comandante chino que visitó la escuela de municiones de Bamberg. Yo tuve que explicarle el funcionamiento de unos nuevos explosivos; pero, por lo visto, lo interpretó mal, debido al lenguaje o a lo que fuese, y voló al infierno chino, con dos de aquellas bombas. De todos modos, tuve la suerte que me diese la receta de «Setas Cantarinas» antes de que se marchase. Es una delicadeza, tanto para un plato de carne como de pescado. También sienta muy bien al estómago con arroz hervido o...

—¡Despellejadlo de una vez! —ruge Gregor—. ¡Ese hijo de puta nos está volviendo locos a todos!

Poco después, la tropa se pone en movimiento. Doscientos sesenta tanques, con los «Tigres» pesados en cabeza. Una ancha carretera de tierra se extiende, recta como un cordel, delante de nosotros. Pasamos a toda velocidad entre varias unidades de soldados rusos que nos miran asombrados, sin moverse. Con estruendo y chirridos de cadenas, cruzamos un pueblo, levantando una gigantesca nube de polvo. Disparamos breves y mortíferas ráfagas de ametralladora contra los soldados rusos en precipitada huida.

—¿Qué coño es eso? —grita Porta, frenando el «Tigre» cerca de un puente.

Delante de nosotros, la carretera está llena de animales. Miles y miles de corderos. Se apretujan a nuestro alrededor, empujándose y atropellándose y haciendo crujir la madera del puente.

La radio grazna con impaciencia.

—Jefe de la Compañía a la Segunda Sección ¿Por que demonios se han parado, Beier? ¡Muévanse! ¡Muévanse! ¡Adelante, maldita sea! ¡No deben detenerse bajo ninguna circunstancia! ¿Cuántas veces tengo que decírselo?

—Pero, señor... —intenta protestar *el Viejo*.

No quiero oír una palabra —chilla histéricamente Löwe—. ¡Adelante! Aplasten todo lo que se ponga en su camino. ¿O quiere que lo haga yo en su lugar? Si se detiene otra vez, ¡comparecerá ante un Consejo de Guerra! ¡Fin del mensaje!

—¡Segunda Sección! March! —ordena secamente *el Viejo*.

¡Oh, no! —gime, desesperado, Porta—. ¡Una *comida* tan deliciosa! Tengo una receta maravillosa de chuletas de cordero con coñac y semillas de hinojo. Muy estimulantes para los que tienen fuerte el estómago. Me han dicho que

aumenta notablemente la potencia sexual. La comida más adecuada, antes de visitar un burdel.

—Cállate y conduce —gruñe *el Viejo* con irritación, bajando de la torreta.

—Es una vergüenza —protesta Porta—, ¡pero hágase tu voluntad!

Hasta ahora, no sabíamos que las cabras y los corderos podían chillar. Pero así es. Sus chillidos parecen de niños aterrorizados.

El puente y la carretera se convierten en un matadero lleno de carne y de huesos y de sangre humeante. Nubes de vellones vuelan por el aire, al pasar nosotros entre los apretujados rebaños. Apenas nos hemos librado de ellos cuando, unos tres kilómetros más adelante, alcanzamos una columna de refugiados civiles que avanza apresuradamente, gritando y gimiendo, llenando la carretera de un lado a otro.

—Ven, muerte, ven... —canturrea *el Legionario* en la radio.

—Algún día estrangularé a ese pequeño imbécil —gruñe furiosamente *el Viejo*.

—¿Y ahora qué? —pregunta Porta— no puedo desviarme a un lado. Imposible. Esto es pura ciénaga. Si nos metiésemos en ella no pararíamos de bajar hasta dar con los cuernos de ¡Satán!

Como respondiendo a su pregunta, atruena la radio.

—¡Adelante! ¡Atropéllos! Si alguien se detiene, ¡irá a un Consejo de Guerra!

—*Panzer, Marsch!* Segunda Sección, ¡seguidme! —ordena *el Viejo*, golpeando con los puños el borde de la torreta, con ira impotente.

Los civiles huyen. Hacia la ciénaga. Un muchacho arroja su bicicleta delante de los tanques. Una acción estúpida y desesperada para detener un «Tigre». Cochecitos infantiles, carretillas con niños pequeños, con inválidos. Todos son abandonados a su suerte.

Los que se libran de las chirriantes cadenas de los tanques son engullidos por la ciénaga. Lo último que vemos de ellos son las manos engarradas, apelando inútilmente al cielo, antes de desaparecer con un ruido de gorgoteo en el légamo verde.

—Esto es puro asesinato —gime, horrorizado, *el Viejo*.

Por una carretera lateral, llega una escolta de motocicletas, haciendo sonar sus cláxones, al frente de una hilera de tractores que remolcan cañones recién salidos de la fábrica.

Soldados de la GPU, con las «Mpi» cruzadas sobre el pecho, nos hacen señales para que nos detengamos. Descubren, demasiado tarde, que somos tanques «Tigres» de la competencia y que no nos detendremos.

Un comisario se pone en pie en el primer sidecar, agita febrilmente los brazos y cae acribillado a balazos.

—Objetivo enemigo al frente —ordena escuetamente *el Viejo*—. Distancia trescientos cincuenta metros. ¡Carguen explosivas! ¡Alto! ¡Fuego!

Los pesados tractores saltan en pedazos. Los cañones caen de costado. La escolta motorizada es despedida hacia el bosque, y las motocicletas se estrellan contra los gruesos troncos de los árboles. Un suboficial de la GPU es arrojado sobre nosotros, permanece un momento sobre la cubierta del motor y se desliza con un chirrido sobre los tubos de escape al rojo. La grasa de su cuerpo chisporrotea y arde con llamas oscilantes. El hedor penetra en el tanque y nos marea.

Ha salido el sol. El campo se extiende ante nosotros, bañado en una amable luz dorada. Abrimos los escotillones, respiramos profundamente el aire vigorizador y, por unos segundos, nos olvidamos de la guerra. Una bandada de faisanes vuela ruidosamente sobre la carretera.

—¡Virgen Santa! —exclama Porta, mirándolos con ojos de zorro hambriento—. Si pudiéramos apoderarnos de un par de ellos, os prepararía «Faisán a la Hannibal». Solo se necesita, además de las aves, un poco de canela, un puñado de albaricoques secos, ciruelas y cerezas, un poco de azafrán, clavos y unos champiñones triturados. Por último, un vaso de vino blanco y una cucharadita de azúcar. Un hueso con medula de ternero no estaría de más, ya que esos adorables pájaros están rollizos en esta época del año.

—¿No has terminado aún, cerdo asqueroso? —ruge *el Viejo*, arrojándole un cartucho vacío de granada.

Un gran transporte de Infantería sale de un camino vecinal a toda velocidad, gira como una peonza y cae de costado. Los soldados que viajan en él son arrojados de cabeza sobre la carretera. El «Tigre» de *Barcelona* baja rugiendo una cuesta y trata de frenar, pero el tanque de 68 toneladas sigue deslizándose, con las cadenas bloqueadas. Pasa entre los soldados que yacen en la carretera, convierte el volcado camión en un montón de chatarra y sigue adelante hasta que es detenido por los restos de un transporte de personal.

—¿Qué coño es eso? —grita Porta, aterrorizado, mirando por una de las rendijas de observación—. ¡La carretera está ardiendo!

—Han sacado lanzallamas —gruñe *el Viejo*—. ¡Esta vez nos han *pillado*!

El «Tigre» de *Barcelona* está ya en medio de un infierno de fuego, con el tanque del *Legionario* a solo unos metros detrás de él. Cientos de lanzallamas vomitan fuego sobre la carretera convirtiéndola en un horno abrasador. Se

forman grandes ampollas en la pintura. El aire es tan caliente que, al respirar, nos quema la garganta y los pulmones.

—¡No veo *nada*! —tose Porta, vertiendo agua sobre su cabeza.

—¡Sigán *adelante*! —grita por radio el jefe de la Compañía—. ¡Si se detiene, estamos perdidos!

A medio camino de este mar de llamas, el motor empieza a toser. Los lanzallamas se llevan todo el aire.

—Marcha corta —grita *el Viejo*—. La marcha corta consume menos aire.

—No quieras dar lecciones a una vieja vaca de cómo cagar —gruñe Porta, con irritación—. Cuídate de los tiritos y déjame a mí la maquinaria. ¡Soy el jefe de máquinas de este barco!

De pronto, estamos fuera del cinturón de fuego. Sin importarnos lo que pueda haber en el exterior, abrimos todos los escotillones. Solo hay una idea en nuestra mente: ¡Aire!

—Bueno, al menos sabemos ahora lo que se siente cuando le asan a uno —gime roncamente Porta, aplicándose trapos mojados a la hinchada cara.

—¡Adelante! ¡Adelante a toda velocidad! —vocifera por la radio el jefe de la Compañía—. ¡No se *detengan*!

La Quinta Compañía cruza en tromba una aldea, sin hacer caso del fuego de la Infantería desde las casas, y rueda por interminables campos de girasoles. Con los tubos de escape echando llamas, entramos en una población grande donde soldados rusos, en uniforme de verano, discurren tranquilamente como si estuviesen de guarnición en tiempo de paz.

Delante de una casa que parece un castillo, un par de pelotones están haciendo la instrucción. Practican el saludo en marcha. Desfilan ante el oficial, marcando el paso de la oca, se llevan la mano a la gorra y la bajan sobre la cadera, a la manera típicamente torpe de los reclutas.

La Compañía se detiene con un chirrido de cadenas y las torretas giran para cubrirnos de los ataques desde cualquier dirección.

Los rusos nos miran con ojos desorbitados, como si hubiésemos caído del cielo. Un soldado sigue marchando después de saludar, porque el suboficial no ha dado la voz de alto. Si no tropezase contra una pared, seguiría marchando a través de Rusia y de China, hasta ahogarse en el océano Pacífico. Un oficial con grandes charreteras abre una ventana y grita algo incomprensible.

Estamos casi tan sorprendidos como los rusos. Nadie dispara un tiro. Nadie echa a correr. Incluso las flacas gallinas permanecen inmóviles, estirado el cuello y mirando.

Un grupo de oficiales sale del castillo. Toda clase de armas cortas son arrojadas en un gran montón en medio de la plaza, al pie de un monumento conmemorativo de la Primera Guerra Mundial que apunta un dedo de piedra al cielo.

Un teniente general ruso, jefe de un Cuerpo de Tanques de Reserva, es hecho prisionero con todo su Estado Mayor por la Segunda Sección, sin que se dispare un tiro.

—¿Qué diablos vamos a hacer con ellos? —pregunta Porta, con preocupación—. Si se dan cuenta de cómo están las cosas, nuestra retaguardia quedará tan negra como la de Albert, antes de que tengamos tiempo de pensarlo.

—Larguémosles unos cuantos tiros —sugiere *Hermanito*—. Entonces echarán a correr y nos libramos de ellos. Un general como ese, con todo su Estado Mayor, ¡puede causarnos muchos Problemas!

Antes de que *el Viejo* haya tomado una decisión, el *Oberleutnant Löwe* entra en la plaza al frente de la Quinta Compañía.

—¿Por qué diablos se ha detenido, Beier? —grita, pálido de ira, desde la torreta abierta—. ¿No le ordené que no se detuviesen? ¿Quiere pasar el resto de su vida en Gernersheim?

—Permítame informarle, señor. ¡La Segunda Sección ha hecho prisionero a un general, jefe de cuerpo, con todo su Estado Mayor!

—¿Qué dice que han hecho? —exclama Löwe, mirando por primera vez a su alrededor.

Se abren los escotillones y Löwe salta de la torreta, se ajusta su uniforme manchado de aceite y endereza su gorro gris de campaña. Saluda formalmente al general ruso, el cual le devuelve el saludo con cierta reserva. Se estrechan la mano, con la cortesía propia de seres civilizados.

—Ya lo veis —dice Porta, extendiendo una mano en dirección a los oficiales agrupados en la amplia terraza—. ¡No son más que un puerco *clan*! Sí, esto es lo que son esos patanes de brillantes botones. En cuanto a nosotros, los *culis*, nos relegan al olvido. Löwe conseguirá una bonita condecoración, ¡y a nosotros nos darán una patada en el culo por habernos detenido!

Un poco más tarde la Compañía del Estado Mayor entra en la plaza. El *Oberst Hinka* saluda al general y a su Estado Mayor y, poco después, la Quinta Compañía reanuda la marcha a toda velocidad.

—¿Adónde diablos han ido los vecinos? —pregunta Porta, intrigado, cuando llevamos varias horas avanzando sin ver la menor señal de los rusos.

—¡Iván se ha ido a casa! ¡Supongo que ya está harto de esta maldita Guerra Mundial! —presume, optimista, *Hermanito*.

El bosque se extiende a nuestro alrededor como un verde océano infinito, cuando nos detenemos un momento en lo alto de una colina para comprobar el nivel del aceite. Este es uno de los defectos del tanque «Tigre». Si hay poco aceite, el motor se calienta demasiado y puede inflamarse...

La indolente charla por radio se va extinguendo a medida que nos adentramos en el bosque que parece interminable. Incluso Porta guarda silencio.

Nos abastecemos en un depósito de gasolina, abandonado antes de continuar.

Aprieto los ojos contra el ocular revestido de caucho del periscopio, observando con atención todos los grupos de árboles o arbustos donde pudiera esconderse un cañón antitanque. Ansío oír el ruido de un disparo de fusil. Aliviaría la tensión nerviosa de este ominoso silencio.

Porta fuerza hasta el máximo el motor «Maibach», abriéndose paso entre los cráteres de granadas y los vehículos arruinados. Cuerpos de soldados y paisanos están desperdigados sobre la carretera. Cadáveres hinchados, cubiertos de millones de moscas gordas, azules. Estas se elevan en nubes zumbadoras, interrumpidas en su labor por el paso de los ruidosos y pesados «Tigres».

El Legionario marcha en cabeza cuando advierte, afortunadamente para la sección, una barrera fortificada, defendida por los nuevos cañones antiaéreos rusos, que pueden convertirse en eficaces armas antitanque con un simple reajuste. A 300 metros son fatales para los tanques «Tigre». A esta distancia, sus proyectiles pueden perforar una plancha de acero de diez centímetros con la misma facilidad con que corta un cuchillo un pedazo de mantequilla.

El Viejo da la orden de alto y examina el peligroso obstáculo a través de sus gemelos.

—Es totalmente imposible seguir avanzando —informa por radio.

—Den un rodeo, por el brazo del río, y crucen allí —nos ordenan. Nos lanzamos a través del bosque, pero nos cierra momentáneamente el paso un lago forestal casi lo bastante grande para ser llamado mar.

—Cerrad las escotillas —ordena el Viejo—. ¡Alzad el tubo de toma de aire!

Manteniendo la formación, entramos en el lago. Los «Tigres» pueden sumergirse hasta unos tres metros y medio bajo el nivel del agua, pero pone febrilmente nervioso rodar por fondos que no conocemos. Sabemos de

tanques que se han quedado atascados en el légamo y se han hundido rápidamente. Y, si han podido sacarlos, los miembros de su dotación habían muerto hacía tiempo.

—¡Cojones! Este lago parece muy *mojado* —se queja Porta, encogiendo los hombros y temblando.

—¡Fijaos! ¡Mirad! —exclama *Hermanito*, asombrado, apretando un ojo contra el marco de goma de una mirilla de observación—. Hay arenques nadando a nuestro alrededor.

—Si nos detuviésemos un minuto —sugiere Porta— quizá podríamos recoger un saquito de almejas. Entonces podría prepararnos unas «Almejas à la Normande». No nos costaría encontrar unas cebollas y picarlas con perejil y perifollo...

El Viejo saca la pistola y apoya el cañón en el cogote de Porta.

—Una palabra más acerca del condomio, ¡y tus malditos sesos de coco berlinés se estrellarán contra el techo!

—Temo que nunca serás un hombre culto que entiende las alegrías de la buena mesa —suspira desdeñosamente Porta—. Me recuerdas mucho a *Herr Kamphalter*, que vivía en las rosaledas de las afueras de Paderborn...

—¡*Cállate!* —ruge furiosamente *el Viejo*. Le interrumpe un chasquido que retumba en nuestros oídos. Salimos lanzados contra los instrumentos y rebotamos en la plancha de acero—. ¿Qué diablos ha sido esto? —pregunta *el Viejo*, impresionado, enjugándose la sangre de la frente, que ha chocado contra el borde de la torreta.

—Una roca grande, atea y comunista, que se ha puesto en nuestro camino —responde Porta, echando un largo trago de su cantimplora.

—¿Podrás rodearla? —pregunta nerviosamente *el Viejo*—. Aquí el fondo es tan blando como mierda de vaca, ¿sabes?.

—Ahora no te cagues en los pantalones de Adolfo, por favor —dice confiadamente Porta, haciendo dar media vuelta al tanque y levantando tanto barro que no podemos ver nada. Rodamos junto al lado de la roca que Porta no había visto, durante tanto tiempo que nos parece una eternidad; hasta que logra encontrar una abertura lo bastante ancha para el «Tigre». Por fin sentimos que hay tierra firme debajo de las cadenas y rodamos de nuevo por terreno seco, habiendo dejado atrás la peligrosa trampa antitanque.

Una compañía de «T-34» está formada un poco más allá del punto en que cuatro carreteras confluyen con la principal de Jarkov. Abrimos fuego contra ella desde quince metros de distancia. Estallan en llamas y rodamos sobre los despojos. Un par de escuadrillas de bombarderos rusos se ciernen sobre

nosotros, pero sus bombas caen sobre la estepa y en los bosques con un chasquido húmedo y fangoso, sin causar el menor daño. Pasamos sin encontrar verdadera resistencia y vemos el brillo plateado del río delante de nosotros. Barcas volcadas giran en su superficie. Cadáveres hinchados navegan entre las verdes riberas, donde bandadas de aves acuáticas observan con asombro.

Caen granadas detrás de nosotros, y tierra y troncos astillados se elevan en el aire.

—La Segunda Sección ha llegado al río —informa *el Viejo*, por radio.

—Crúcenlo —es la brusca orden.

—Segunda Sección, ¡seguidme! —ordena *el Viejo*, señalando con la mano en dirección al puente.

Un par de «Jabos» rusos aparecen volando justo por encima de las copas de los árboles. Barren la carretera con sus ametralladoras. Grandes cantidades de soldados soviéticos salen de las *dachas* de la orilla del río, y detrás de los edificios en llamas de un *koljós*. Una manada de cerdos, locos de miedo, corre berreando delante de ellos, da media vuelta y se precipita de nuevo hacia el mar de llamas. Tanto los soldados como los civiles extienden los brazos para mostrar que van desarmados. Apáticamente, vadean el río con el barro hasta las rodillas, bajan de las colinas y forman como una sólida muralla humana, en nuestra dirección. Los que marchan delante aflojan el paso, temerosos; pero son empujados por los que les siguen.

—Por el amor de Dios, ¿qué vamos a hacer con ellos? —pregunta *el Viejo*, mirando a la derrotada multitud que nos rodea.

—Están desarmados —declara Heide, jugando nerviosamente con la ametralladora delantera.

—¿Cómo podemos estar seguros de ello? —murmura Porta, con incertidumbre.

—¿Qué huevos tengo que hacer con esa pandilla? —pregunta nerviosamente *Barcelona*, a través de la radio—. Son tantos que, si quisieran, podrían cargar con los tanques y echar a correr con ellos.

—¡Son una mierda! ¡Unas nulidades! —gruñe Heide, ofendido su honor de soldado—. En la Unión Soviética, ¡rendirse es un delito de alta traición!

—Sí, esos muchachos no parecen comprender la idea sublime del juramento de fidelidad del soldado —dice Porta, en son de chanza—. Morir por la Patria es dulce y honroso.

—*Dulce et decorum est pro patria mori* —cita, dándose importancia.

Un viejo «molinillo de café» vuela bajo sobre los soldados que se han rendido. Está lo bastante cerca para que podamos ver al piloto que los amenaza con el puño cerrado. Después se eleva y no es mayor que una mosca en el cielo.

Pocos minutos más tarde, se oye un zumbido y una ráfaga de granadas estalla en medio de la muchedumbre, lanzando a muchos al río.

Un grupo de «KW-2» y de «T-34» avanza por los campos de girasoles en amplia formación. Sus ametralladoras lanzan ráfagas de balas contra la masa humana que tienen delante. Truenan los cañones. Brotan llamas del suelo. Se produce, literalmente, una lluvia de trozos de cuerpos humanos. ¡Aplastemos a esos piojosos bastardos! —ruge, enfurecido, Porta—. ¡Sucios y podridos, hijos de perra!

—Segunda Sección. A todos los vehículos, ¡fuego a discreción! —ordena roncamente *el Viejo*—. Granada explosiva —ordena.

El proyectil se abre camino hacia el «KW-2» más próximo y le arranca la torreta.

—Ven, muerte, ven... —canturrea *el Legionario* por la radio.

Un «Panzer-3» es desintegrado. Dos «Panzer-4» sufren la misma suerte. Los jefes tanquistas de los «T-34» son lo bastante listos para concentrar su fuego contra los tanques ligeros, a los que pueden dañar desde mayor distancia.

El interior del tanque se llena de vapores espesos y venenosos de cordita. Nuestros dientes y nuestros ojos tienen un brillo blanco en las caras tiznadas de hollín.

Más y más tanques acometen y se cruzan entre una masa humana presa de pánico. La guerra celebra una orgía triunfal, y la Humanidad se ha convertido en una farsa. Estallan municiones en los vehículos incendiados; torretas que pesan toneladas son lanzadas al aire y vuelven a caer con fuerza aterradora.

Aviones blindados zumban bajo el sol y lanzan cohetes contra los tanques, que bailan su zarabanda macabra sobre el suelo.

Persiguiendo a los aviones blindados, llegan los cazas. «ME 110» y «YAK» surcan el cielo. Los bombarderos y los aviones blindados huyen, presas de pánico. Muchos no consiguen escapar, caen en barrena y estallan entre los tanques.

En un breve lapso de tiempo, todos los hombres que estaban sentados o tumbados alrededor de los tanques «Tigre» han quedado reducidos a una masa sangrienta, inidentificable, machacada por las cadenas de acero y las granadas.

—Torreta, a las tres. «T-34» —ordena *el Viejo*, con voz pausada.

Hago girar rápidamente la torreta y encuadro el «T-34». Veo claramente cómo penetra la granada por su costado, pero para nuestro asombro, el monstruo verde sigue avanzando hacia nosotros como si nada hubiese ocurrido.

—Cañón. Carga. Listo —dice mecánicamente *Hermanito*, y coge otra granada antitanque de vértice negro.

Choque de acero contra acero. Un impacto y un chasquido. Nos envuelve el humo, convirtiendo el interior del tanque en un verdadero infierno.

También esta granada penetra en el «T-34». Una larga lengua de fuego brota de la torreta. Tres de los cuatro miembros de la dotación saltan del tanque y se refugian detrás de él. El uniforme de uno de ellos está ardiendo.

Heide les envía una larga ráfaga de tiros, pero estos quedan cortos. Las balas levantan tierra detrás de ellos, mientras huyen.

—¡Basta ya! —le reprende airadamente *el Viejo*—. ¡Tan sanguinarios tampoco hay que ser!

Rojas llamaradas brotan de los escotillones del «T-34», y un humo negro, oleoso, se remonta en un cielo claro y azul. Para nuestro horror, el tanque empieza a moverse de nuevo y avanza a velocidad creciente en nuestra dirección.

Hago girar la torreta con el control manual y lanzo tres granadas rompedoras contra el tanque que se aproxima, sin hacer blanco.

—¿Está cansado de la vida ese hijo de perra? —grita Porta, imprimiendo toda la fuerza posible a los 700 caballos del motor, de modo que el «Tigre» parece encabritarse y balancearse sobre sus cadenas.

Con un rugido, Porta lo lanza directamente contra el «T-34», para provocar el choque.

—¡Para! —chilla *el Viejo*—. ¿Te has vuelto loco tú también?

—Sujeta tus dientes postizos —gruñe Porta, como un loco hambriento—. Este es un asunto entre un tanquista alemán y un tanquista ruso. Baja y sigue a pie, si te has acojonado. ¡Voy a mostrarle lo que es bueno a ese vecino imbécil.

Nunca en mi vida he apuntado tan bien y tan de prisa. La granada sale del cañón a la velocidad de un kilómetro por segundo y da en el borde de la torreta del «T-34». Chispas y partículas de acero zumban en el aire como avispa irritadas, pero la granada antitanque de 88 mm sale rebotada hacia las nubes. La brillante bola de fuego que es el «T-34» sigue rodando hacia nosotros como si tal cosa.

—*Tiene* que estar loco! —grita Heide, encogiéndose temeroso debajo de la radio—. ¡O es el mismísimo diablo!

Con terrible estruendo, el «T-34» choca con nuestro «Tigre». En pocos segundos, nos vemos sumergidos en un mar de llamas y de humo negro como el alquitrán.

—¡Atrás! ¡Atrás! —ruge por radio el *Oberleutnant Löwe*—. ¿Se han vuelto locos?

Por un momento, la gran batalla de tanques parece interrumpirse para observar el loco y singular combate entre el fanático tanquista ruso, en su ardiente «T-34», y nosotros. Todo el campo de batalla parece contener el aliento. En cualquier instante pueden estallar las municiones del «T-34» y provocar una reacción en cadena de dimensiones pocas veces, o nunca, vistas.

Porta trata de librarse del agarrón mortal del «T-34», pero parece que el tanque enemigo esté sujeto al nuestro con grapas de acero. Nos sigue.

—Salgamos de aquí antes de que estallen sus municiones y su carburante —chilla Heide aterrorizado, abriendo la escotilla.

—Cerrad las escotillas —ordena secamente *el Viejo*—. Nadie saldrá del tanque sin mi permiso.

—¿Qué diablos sucede? —pregunta sin entender *Hermanito*, mirando por el ocular—. ¿Nos está dando por el culo un «T-34»?

—Agárrate a la polla —gruñe Porta—. Nos estamos preparando para el mejor viaje aéreo de todos los tiempos, en compañía de uno de nuestros locos vecinos.

El interior del tanque está lleno de humo negro y apestoso, que nos produce violentos ataques de tos. El calor es insoportable. A través de las mirillas de observación, las llamas proyectan una luz fantástica y vacilante.

Porta jura y maldice, enfurecido, tratando por todos los medios de hacer girar al «Tigre». Pero estamos irremediablemente enganchados. Hay chirridos y crujidos de metal retorcido.

—Lánzale una píldora, en nombre del infierno —grita furiosamente Porta—. ¡Borra a ese culo comunista de la faz de la tierra!

—No puedo —balbuceo, desesperadamente—. ¡Ese cochino cañón apunta por encima de él!

—Inténtalo de todos modos —grita Porta.

—Puede que la impresión y el estampido dejen sin aliento a ese idiota.

—Granada explosiva —ordena *el Viejo*—. La llamarada del cañón debería quemar la ropa al muy imbécil.

La granada sale del cañón con un ruido ensordecedor, pero no parece causar la menor impresión al conductor suicida del «T-34». Este ha conseguido adosar el tanque ardiente a nuestra plancha delantera. Las llamas lamen el «Tigre».

—Debe de tener los sesos en el culo —grita Porta, viendo a través de la mirilla cómo se alza la panza del «T-34» delante de nosotros—. No puede pasarnos por encima.

—¡Está rompiendo mi cañón! —grito, aterrorizado, al ser arrancado el cañón de su montura con un chirrido de metal torturado.

—Adiós, cañón —dice Porta, apretando el acelerador al empezar a toser el motor por falta de aire.

Con un rugido atronador, el «Tigre» parece saltar hacia delante, con tanta fuerza que el «T-34» vuelca hacia atrás. Pasamos por encima de él. Parece que estalle toda la tierra. Nos envuelve una cortina de llamas y la explosión extrae todo el aire de nuestros pulmones. Cables, radio, instrumentos y municiones vuelan a nuestro alrededor.

Aceite y gasolina brotan de innumerables roturas de los tubos. Se diría que diez diablos enloquecidos han pasado por el interior del tanque.

He quedado aprisionado entre el tablero del clitómetro y la montura del cañón. *Hermanito* me libera con un gato. Yazgo en el suelo, temblando de pánico, mientras mi corazón parece empeñado en saltar de mi pecho. *El Viejo* me arroja un extintor. Los cinco empezamos a verter espuma sobre las llamas danzarinas, que saltan frenéticamente a nuestro alrededor.

—Atrás —ordena *el Viejo*.

—Entonces, tendrás que bajar y empujar, —responde lacónicamente Porta—. El motor *esta* hecho cisco.

—¿Cómo está la radio? —pregunta *el Viejo*.

—Destrozada —grazna Heide lastimeramente.

—¡Maldita sea! —grita *el Viejo*—. ¿No puedes reparar el motor para que podamos retroceder?

—Tal vez podría —responde Porta, dándose importancia—, pero me lo impide uno de los apéndices de las Ordenanzas del Ejército. Según él, las reparaciones importantes de los tanques «Tigre» solo pueden ser realizadas por los técnicos.

—No podemos quedarnos *aquí* —estalla *el Viejo*.

—¿No? Se está bastante tranquilo, ahora que todos los calentorros belicistas se han ido a otra parte a partirse el cuello a dentelladas —dice *Hermanito*, mirando a su alrededor con aire satisfecho.

—Escucha, Porta —dice *el Viejo*, esforzándose en ser diplomático—. Si *quieres, puedes* reparar ese motor. La avería no es tan grave. Te ayudaremos todo lo que necesites para repararlo.

—Yo me atengo a las Ordenanzas del Ejército —dice tercamente Porta, dando un mordisco a un salchichón—. Lo único que me está permitido es cambiar las bujías y el aceite, pero *esto es todo*. ¡Nada de culata! Joseph Porta. *Obergefreiter* por la gracia de Dios, no la *tocará*. ¡La camarilla de los inteligentes dice que no puedo hacerlo!

—También está prohibido dejar el «Tigre» aquí —grita desesperadamente *el Viejo*.

—Entonces, podemos volarlo —sugiere Porta—. Para esto pusieron cargas explosivas en la torreta.

—Sabes muy bien —chilla *el Viejo*, con la cara roja como un tomate—, que el vehículo no puede ser destruido si no es absolutamente irreparable y no puede ser remolcado.

Porta se estira y enciende reflexivamente un cigarrillo, sin reparar en el peligro de incendio por gasolina que fluye por todas partes.

—Despertadme cuando aparezca un remolcador que pueda sacarnos de aquí.

—¡Basta de estupideces! —grita furiosamente *el Viejo*—. ¡Echemos un vistazo al motor! ¡Abajo todo el mundo!

Porta da tranquilamente una vuelta alrededor del tanque, cantando a media voz:

*Es geht alles vorüber
es geht alles vorbei...*

Poco después, se sienta sobre la hierba al lado del *Viejo*.

—La mitad de una cadena debe de haber llegado ya a Moscú. Dos de los cuatro rodillos están completamente rotos, y el cañón pende como la polla de un ministro.

—¡Maldición! —jura enfurecido *el Viejo*—. Si lo destruimos, nos someterán a consejo de guerra. Uno de vosotros tendrá que volver atrás y requisar un vehículo de rescate.

—Tengo una idea —grazna *Hermanito*, levantando una mano—. ¡Ni siquiera a un catedrático se le habría ocurrido algo mejor!

—¡Virgen Santísima! —gruñe Porta—. Os *conozco* demasiado, a ti y a tus ideas. ¡Siempre acaban en catástrofe!

—Escupe —ordena *el Viejo*, dispuesto a aceptar cualquier plan, por loco que sea, para salir del apuro en que nos hallamos.

—Allí, detrás de aquella hilera de grandes robles —explica *Hermanito*—, hay un «T-34/85» paralítico. Los cuatro colegas están sentados eructando en su interior y no paran de mirar por las rendijas, como jefes indios en la senda de la guerra. ¿Qué pasaría si nos acercásemos a ellos y les sugiriésemos que destruyesen nuestro cacharro? *Entonces* nadie podría decir que lo habíamos abandonado sin necesidad.

—¡Ni hablar de esto! —protesta Heide, con indignación—. Sería un sabotaje de la peor clase. Te costaría la cabeza. ¡Debes de estar completamente loco!

—Y tú eres más estúpido que una mierda de vaca Julius —se burla *Hermanito*—. Si tu *Führer* es tan duro de mollera como tú, ¡vamos directos a la derrota más grande de la historia!

—La idea *no es* tan mala —dice reflexivamente *el Viejo*, observando el «T-34», sobre el borde de cuya torreta asoma precavidamente una cabeza cubierta de cuero.

—Solo tenemos que agitar una bandera blanca —dice *Hermanito*, con optimismo—, para que se convenzan de que únicamente queremos charlar un poco con ellos.

A primera vista, parece una locura —dice *el Viejo*—, pero hay una posibilidad. A esos cuatro les darán una bonita medalla por destruir un «Tigre», y *nosotros* nos libraremos del consejo de guerra. Pero ¿por qué no han disparado ya contra nosotros?

Está claro como el agua —dice Porta, sonriendo ampliamente—. Sus cadenas se han roto, lo mismo que las nuestras. No pueden moverse. Y desde el sitio donde están, tampoco pueden ver que nuestros cañones están inservibles. Si yerran con la primera granada, piensan que les haremos saltar en pedazos sin darles tiempo a rascarse el culo.

—¡Al diablo con todo! —dice *el Viejo*—. ¡Vamos a probar!

Hermanito agita con entusiasmo la bandera blanca. Poco después, otro trapo blanco emerge poco a poco del escotillón de la torreta del «T-34».

—¡Que me aspen! —exclama, sorprendido, *el Viejo*—. ¡Nos están siguiendo el juego!

—Me siento tan avergonzado como un perro judío después de lamer el culo a un árabe —protesta Julius Heide, furiosamente—. No se habla con los *infrahumanos*. ¡Se les destruye! El propio *Führer* lo ha dicho.

—Vete a llorar detrás de un árbol —le sugiere desdeñosamente *Hermanito*, agitando su bandera con creciente entusiasmo.

—Dadme lo que queda del coñac y el salchichón —dice Porta, yendo a lo práctico—. Yo iré y les expondré el caso. Seguid agitando la bandera blanca. Y nada de mierda en la cabeza por *tu* parte, Julius. No me interesa que me vuelen los cojones.

Con el coñac y las salchichas bajo el brazo echan a andar en dirección al «T-34», que está medio oculto detrás de los robles.

Un sargento alto y delgado, provisto de una gran y enmarañada barba roja, salta del «T-34» y se acerca con precaución a Porta. El sol centellea en un par de gemelos apuntados hacia nosotros y arranca destellos parecidos de nuestros propios gemelos, que apuntan al «T-34». Porta y *Barbarroja* se encuentran a medio camino. Con saludable pero disimulado recelo, se tienden la mano vacilante. Porta ofrece la botella de coñac y corta un trozo de salchichón. El sargento saca una botella de vodka del bolsillo. Se intercambian las botellas. Después de varios largos tragos, llega el momento del abrazo y el beso en la mejilla. Echan un par de tragos más y vienen hacia nosotros, riendo a carcajadas.

—La paz es un hecho —dice *Hermanito*, con una sonrisa de triunfo—. ¡Que le den por el culo al resto de esta maldita Guerra Mundial!

—Sargento Gregorij Poleshayew, de la 43ª Brigada Blindada de la Guardia —le presenta Porta, con un amplio movimiento de la mano que a punto está de hacerle caer al suelo.

Cautelosamente, saludamos al sargento, que parece el mismísimo diablo con su tupida barba y sus negros ojos.

Porta le explica las ventajas del «Tigre», sin ocultarle nada. Todo es examinado. El ruso de fiero aspecto no disimula su admiración por el equipo, y dice que solo lamenta que los alemanes no sean rusos.

—Con una máquina como esa —declara—, a estas horas habríamos alcanzado París y Londres.

Un poco más tarde, los otros tres miembros de la dotación del «T-34» se reúnen con nosotros. Nos sentamos en el quemado campo de maíz y hablamos de tiempos de paz y de mujeres. Porta les explica cómo deben prepararse las tortilla de caviar y ostras con champán...

Nos despedimos al amanecer, después de observar, amparados en el «T-34», la destrucción del «Tigre». Tienen que lanzarle cinco granadas para que empiece a arder. Después, les ayudamos a reparar las cadenas rotas del «T-34».

—*Do svidaniya* —gritan, al desaparecer nosotros entre los árboles.

Cuando nos hemos adentrado en el bosque, oímos que empieza a zumbiar el motor Otto. El ruido se extingue gradualmente en la lejanía.

—Esperemos que no tropiecen con algún chalado alemán que les deje sin culo —exclama Porta.

Nos sentamos sobre el tronco de un árbol caído y contemplamos el lago con ojos soñadores. Heide está enfurruñado y se niega a dirigirnos la palabra.

Notas

[¹] HDV: *Heeresdienstvorschrift* (alemán): Reglamento del Ejército. <<

[2] *Marabú*: Famoso comandante de Fuhlsbüttel. Véase *Los «Panzers» de la muerte*. <<

[3] Giessen: Manicomio. <<

[4] Perros de presa: apodo de la Policía Militar. <<

[5] Germersheim: Prisión militar cerca de Karlsruhe. <<

[6] KDF (*Kraft durch Freude*): Organización nazi, «La Fuerza por la Alegría», que montaba diversiones y excursiones. <<

[7] *Schupo: Schutzpolizei*: Policía de orden público. <<

[8] KV (*Kriegsverwendungsfähig*): Apto para todo servicio. <<

[9] GVH (*Carnisonsverwendungsfähig*): Apto para servicios auxiliares. <<

[10] Véase *Los vi morir* <<

[11] La suerte está echada. <<

[12] *Bommerlunder*: aguardiente. <<

[13] *Kripo*: Policía Criminal. <<

[14] RSHA: *Reichssicherheits-Hauptamt*: Servicio de Seguridad del Estado.
<<

[15] *Tiergarten: Zoo.* <<

[16] Alex: Jefatura de Policía en Alexander Platz. <<

[17] *Si quieres volver a verme,*

debes ir a la estación.

En la gran sala de espera

Nos daremos el último adiós... <<

[18] Enrique V, acto 3.º, escena 3.ª: Ante las puertas de Harfleur. <<

[19] HKL: *Hauptkampflinie*, la línea del frente. <<

[20] ¿*Panjemajo?* (ruso): ¿Comprendido? <<

[21] Policía secreta rusa, que precedió a la KGB. <<

[22] El enemigo ama la traición, ¡pero desprecia al traidor! <<

[23] GEKADOS (*Geheime Kommandosache*): Asunto secreto. <<

[24] *Heimatschuss*: Herida que produce incapacidad. <<

[25] SMG (*Schweres Maschinengewehr*): Ametralladora pesada. <<

[26] GROFAZ: *Grösser Feldherr aller Zeiten* (el caudillo más grande de todos los tiempos). Apodo de Hitler. <<

[27] Fuhlsbüttel: Prisión cerca de Hamburgo. <<

[28] ¿Cómo van las cosas, camarada?. <<

[29] Vete a follar a tu madre. <<

[30] OKH: *Oberkommando Heer*: Cuartel General del Ejército. <<

[31] Traducido libremente:

*Todo debe pasar,
Todo debe transcurrir,
el huevo de diciembre
¡en mayo es recogido!
Primero cae el Führer,
¡y después el Partido! <<*

[32] GEFEP: *Feldpolizei*: Policía secreta en campaña. <<

[33] *Jagerbombmaschinen*: Bombarderos de combate. <<

[34] Novia. <<

[35] Me voy a casa, adiós. <<

[36] Mujeres telefonistas (Cuerpo de Transmisiones). <<

[37] Bazuka. <<

[38] Véase Batallón de castigo. <<

[39] *Cuando todos los demás son desleales,
nosotros seguimos siendo fieles. <<*

[40] Coronel. <<

[41] *Rosada aurora, rosada aurora,*
ilumíname hacia una muerte temprana. <<

[42] *No es fácil para ti llegar hasta mí,
cuando la muerte solo tiene que dar cuatro pasos. <<*

[43] *Berlín, Berlín, así volvemos a encontrarnos...* <<

[44] A. W. A.: *Allgemeine Wehrmachtsangelegenheiten*: Asuntos Generales del Ejército. <<

[45] Asuntos secretos del Mando. <<

[46] Véase Ejecución. <<

[47] Dirección de Reglamentos de Servicio del Ejército. <<

[48] Véase *La ruta sangrienta*. <<

[49] En Español en el original. <<